CIÓN UNIVERSAL

R. DOZY

Historia

de l[…] usulmanes de España

hast[…] [c]onquista de los Almoravides

TOMO I

La traducción del francés ha sido hecha por Magdalena Fuentes.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

Reniero Pedro Dozy, tipo representativo del holandés perseverante y del erudito concienzudo, nació en Leyde el 21 de febrero de 1820. Era hijo de un médico afamado y pariente colateral de los Schulten, célebres orientalistas; pero éstos no ejercieron ningún influjo en su vocación.

Mostró desde niño afición "voraz" por la Literatura y la Historia. Al comenzar sus estudios universitarios, halló en la Facultad de Letras el hombre que necesitaba para encauzar sus múltiples aficiones y aptitudes: Weijers, filólogo de universal renombre, que exigía a sus alumnos una asiduidad y una exactitud elevadas a la categoría de virtudes. Aunque le había inducido a asistir a su cátedra el deseo de deleitarse con la lectura de los poetas orientales, Weijers le inclinó a consagrarse a la Historia; pero a Dozy le aterraba perderse en el dédalo de dinastías y batallas, que a él le estaba reservado comprobar y esclarecer.

Además de los cursos universitarios, cultivaba el árabe en lecciones privadas, que su padre remuneraba espléndidamente, cuando el Real Instituto de los Países Bajos convocó un concurso, fijando el siguiente tema: "De los trajes que los árabes de ambos sexos y de diversas tierras han usado y usan aún..."

Dozy no vaciló en acometer aquella empresa,

realmente temeraria, porque no se pedía un ensayo en que se aquilatase un mérito relativo, sino la obra de un sabio. Sólo disponía de un año para leer y acotar una cantidad inmensa de libros y manuscritos; pero a estas dificultades naturales unióse una imprevista. Comenzóse a comentar en la Biblioteca que aquel incipiente erudito de veintidós años se llevase los libros "a carretadas", y el bibliotecario se opuso a prestarle más sin previa autorización de Weijers, que, en su calidad de intérprete del Legado Warneriano, tenía a su cargo la sección de manuscritos orientales. El profesor, temiendo que Dozy, en vez de estudiar concienzudamente, divagara con curioso mariposeo de autor en autor, prohibió terminantemente se le facilitasen nuevos textos. El veto planteó a Dozy—rígido y escrupuloso desde la infancia—un problema de estudio y de conciencia. Weijers formaba parte del Jurado encargado de juzgar las obras, cuyos autores debían guardar el más riguroso incógnito; pero, como no se resignaba a renunciar a su idea, reveló su secreto al maestro, el cual, aunque asombrado de su audacia, no le disuadió, pudiendo desde entonces revisar el prodigioso número de obras de literatos árabes y españoles y aun de libros de viajes de los geógrafos islamitas, que representa su primera obra. En la sesión del 20 de noviembre de 1843 fué premiado su trabajo, que él pidió permiso para ampliar y perfeccionar, publicándose dos años después con el título Diccionario detallado de los nombres de los trajes entre los árabes.

Admirado de sus raras cualidades de investigador, Weijers le indujo a escribir algo sobre historia española, empezando por el reino de taifa de Sevilla; y, al consultar la obra de Conde, descubrió errores tan fundamentales en este autor, considerado como infalible en la materia, que, creyendo de buena fe que la obra estaba mal traducida al alemán, se decidió a estudiar español para poder aquilatarla justamente. A la adquisición del Quijote *siguió bien pronto la de una biblioteca española, considerada como una de las mejores de Holanda.*

La muerte de Weijers, además del dolor de la pérdida del sabio y del amigo, le produjo una de las raras decepciones de su plácida vida. La cátedra del maestro fué adjudicada a Juynboll, y no a Dozy, que esperaba ansiosamente ser catedrático para casarse. Sin embargo, como el problema económico jamás le preocupó, contrajo matrimonio con María wan Goor den Oosterlingh, encantadora joven, identificada con los ideales y entusiasmos de su marido. Durante el viaje de novios por Inglaterra y Alemania, Reniero conoció a Fleischer, que, según su frase, "le entusiasmó", bien ajeno de que había de ser su inexorable crítico, y tuvo la suerte de encontrar en la biblioteca de Gotha un manuscrito árabe, fuente inmediata y fundamental para rehacer la historia del Cid, precioso hallazgo que por primera vez le sugirió la idea de su magna obra Historia de los musulmanes de España. *Dozy, antes de rectificar la*

obra de Conde, se propuso adquirir en literatura española la misma competencia que en literatura árabe, para lo cual se abismó en profundos estudios sobre el poema de Mio Cid y sobre nuestras crónicas medioevales, teniendo, ante todo, que rebatir a Masdeu, el cual se había esforzado en demostrar que "los documentos cristianos, relativos a la historia de España, en su mayoría no son auténticos"; y al refutar este error, demostró la certidumbre del relato, referente al Cid, comprendido en la Crónica general de España, de Alfonso el Sabio, relato valiosísimo, por ser copia de un texto árabe; pero que los eruditos, excepto Huber, habían considerado hasta entonces como apócrifo.

Doloroso trance fué para Dozy tener que desautorizar también a D. Pascual Gayangos, por deberle favores tan inolvidables como el envío de preciosos datos y manuscritos.

Fruto de esta campaña de depuración científica fueron sus Investigaciones sobre la historia política de España, obra en que el estudio sobre los reinos de taifas en el siglo XI y sobre la literatura y civilización españolas, así como su crítica, "de una severidad implacable", sobre todo contra Gayangos, sirven de pedestal a la figura del Cid, cuya historia, reconstruída, comprende casi la mitad del volumen. De todos los juicios publicados sobre tan magistral estudio, ninguno tan justo como el de Defremery, inserto en el Monitor Universal, juicio tan imparcial como entusiasta, pues

censuraba lo rudo de la polémica y los defectos de estilo de la obra, escrita en francés.

Dozy, "tan sensible al elogio como a la censura", se torturó hasta reconocer lealmente sus defectos, y, para evitarlos, además de estudiar los mejores autores clásicos y contemporáneos de Francia, tradujo al holandés multitud de novelas de los mejores estilistas, y después de algún tiempo volvió a traducirlas del holandés al francés, para comparar los giros defectuosos que él empleaba con las bellezas del original. Este trabajo, como todos los suyos, fué coronado por el éxito, y gozó con infantil alegría cuando Defremery apenas introdujo correcciones en otras obras, que le remitió antes de editarlas, y cuando un artista tan refinado como Renan calificó su estilo de "correcto y bello francés". También se mostró dócil a la primera objeción de Defremery, y en la segunda edición de sus Investigaciones *suavizó la forma de su crítica, demoledora en el fondo.*

El triunfo de Dozy, inmenso y resonante en toda Europa, quedó consagrado cuando la Academia de la Historia, de Madrid, le designó como académico correspondiente en 15 de marzo de 1853, y cuando el Gobierno español, rindiendo público homenaje al reconstructor de nuestra historia, le nombró comendador de la Orden de Carlos III.

La autoridad de Dozy comenzó a ser indiscutible, y no sólo los editores se disputaban sus obras, sino que, apenas anunciaba su propósito de publi-

car una serie de textos árabes, llovían las suscripciones y los donativos del Estado y de los particulares, ansiosos de colaborar, siquiera económicamente, en la obra del sabio. De este modo se publicaron sus discutidas Analectas; *la* Historia de los Abaditas de Sevilla *se editó a expensas del Legado Warneriano, dándose el caso de que uno de los puntos más intrincados de nuestra historia no sólo fuese esclarecido por un extranjero, sino costeado por una subvención sin precedente en España.*

Leve eclipse de la gloria de Dozy fueron las diatribas fulminadas contra dos de sus obras. Encargado de escribir la Historia del islamismo, *para una síntesis de las* Principales religiones, *editada por Kruseman de Harlem, con el exceso de los datos acumulados escribió sus* Israelitas en la Meca, *obra que le apasionó tanto, que la creyó superior a sus investigaciones sobre el Cid; pero que, combatida violentamente por los judíos como "una monstruosa amalgama de atrevidas hipótesis", produjo tanta admiración como indignación, pero no fué juzgada por nadie serenamente.*

Habíase dejado tentar Dozy por el deseo de editar la introducción de Macari a la obra de Ben-al-Jatib, filón inagotable para la historia y la literatura. Multitud de suscripciones hicieron posible tan ardua empresa, y desde 1855 comenzó a publicar sus Analectas sobre la historia y la literatura de los árabes de España, *trabajo ímprobo, que en 1860 fué completado por unas tablas y una*

lista de correcciones, debidas en su mayor parte a Fleischer, el docto profesor de Leipzig, que tenía la costumbre de enviar listas de correcciones a todos los editores. Ofendido con Dozy por creer que éste había omitido o atenuado muchas de las formuladas contra su obra—presentando como erratas lo que eran verdaderos errores—, Fleischer no sólo hizo una tirada especial de sus rectificaciones, sino que incurrió en abusos de confianza como el de dar por conclusiones definitivas las meras hipótesis, expuestas en cartas confidenciales por Dozy, el cual se defendió con toda la violencia de su verbo satírico, quedando interrumpida la amistad hasta que, en los últimos años de su vida, el infatigable investigador sometió al sabio profesor de Leipzig los textos árabes que apenas tenía fuerzas para revisar.

Dozy no fué menos admirable como maestro. A pesar de su "aurea mediocritas", había aceptado el cargo de auxiliar de intérprete del Legado Warneriano, que le permitía disponer libremente de los más preciosos manuscritos, al mismo tiempo que prestaba un relevante servicio formando el catálogo de aquel tesoro de erudición; pero su sueño dorado era la cátedra, que aun sus más fervientes admiradores vacilaban en conferirle por temor a que la enseñanza le alejase de sus trabajos de investigación, que estaban vinculando en Leyde la gloria de los estudios orientales. Pero en 1850, al ser nombrado ministro Thorbecke, defensor de la candidatura de Dozy en el claustro uni-

versitario, lo primero que hizo fué designarle para desempeñar la cátedra de Peerlkamp, que abarcaba un ciclo de Historia de la Edad Media. La realización de tan justo deseo fué amargada por el mayor pesar de su vida, por coincidir con la muerte de su primogénito, desgracia que le produjo tan intenso dolor, que, como él afirma, sólo pudo rehacerse llamando en su ayuda al amor y a la ciencia.

Fué Dozy en la cátedra tan escrupuloso como en las investigaciones, bastando para demostrarlo recordar el hecho de que no se atrevió a explicar la historia de los normandos hasta estudiar sueco, islandés y danés. Estableció desde un principio con sus alumnos un régimen de confianza en que la libertad y la franqueza no aminoraban el respeto. Permitíales discutir sus opiniones con tal de que no dijesen absurdos; los congregaba paternalmente en su casa para descifrar manuscritos, y aunque les exigía una ruda labor, los estudiosos de todos los países "corrían para paladear un curso de Dozy como para saborear un manjar refinado". No es de extrañar que el 25 de marzo de 1875, en que celebró sus bodas de plata con la enseñanza, fuese un día de homenaje internacional y de apoteosis del maestro.

Durante los veinticinco años de labor didáctica no había interrumpido sus trabajos de investigación, especialmente el acopio de materiales para su Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de los almoravides. Publicada en 1861,

tuvo en el extranjero un éxito mayor que en Holanda, pues el estar escrita en francés hirió el orgullo nacional de los holandeses. Su plan habrá sido objeto de críticas; podrá aducirse que no tuvo tiempo de agotar las fuentes originales, pero la obra no sólo constituye un verdadero monumento, sino que hace tabla rasa de todo lo anterior a ella.

La solidez de racionamiento, la clarividencia, la perseverancia y la prodigiosa cultura de Dozy quedan esgrafiados en este libro magistral como en esos monolitos, en esos hipogeos orientales en que generaciones enteras han acumulado su esfuerzo y su inspiración. La difícil facilidad con que ameniza los más áridos períodos de nuestra Edad Media, prestándoles el palpitante interés de una novela histórica, nos ha inducido a incluírla en esta COLECCION UNIVERSAL, *como una de las piedras angulares de la cultura hispana. "El libro de historia envejece pronto", y el de Dozy no puede eximirse de esta ley general. Muchos Fleischer hallarán en él deficiencias o errores; pero el mismo Dozy aceptaría las rectificaciones, debidas a la investigación contemporánea, como reconoció la justicia de las de Fleischer y Defremery, porque nunca su amor propio fué más fuerte que su amor a la verdad y a la ciencia.*

Múltiples y halagüeños honores abrumaron al sabio en los últimos años de su vida; los Gobiernos y las Academias de las naciones más cultas de Europa se disputaron el honor de condecorarle, y en España, a los anteriores homenajes se unió el

ser nombrado, en 1880, profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza, al mismo tiempo que Darwin y Tyndall.

Por primera vez, el maestro se preguntó qué iba a hacer, pues había tenido la rara fortuna de desarrollar íntegra y metódicamente el programa de su vida, de una vida casi rayana en la dicha perfecta: gozó de excelente salud y de bienestar económico; su matrimonio, realizando la comunión de dos almas preconizada por Sudermann, creó un hogar feliz, uno de esos honrados, pulcros y previsores hogares de Holanda, que ya en el siglo XVI hacían las delicias de Guicciardini; dejó a sus hijos admirablemente colocados, y a dos de sus hijas, dichosas en sus nuevos hogares, y murió en 1883, después de "una vida bien empleada"—como dijo Dugat—, de una vida representativa de las cualidades de su raza, apta cual ninguna—como escribió Taine, quizá pensando en Dozy—"para toda labor enojosa, pero preparatoria y necesaria para tallar con paciencia y abnegación admirables las piedras del edificio moderno".

ADVERTENCIA

La historia de España, y especialmente la historia de los moros, ha sido durante veinte años mi estudio predilecto, mi constante preocupación, y antes de comenzar este libro he pasado gran parte de mi vida acopiando materiales dispersos en casi todas las bibliotecas de Europa, examinándolos, comparándolos y publicándolos. Sin embargo, no entrego esta Historia al público sin recelo y desconfianza. Su asunto es nuevo, porque —como he procurado demostrar antes de ahora (1)—los libros que tratan de él resultan casi inútiles; se basan en el trabajo de Conde, es decir, en el trabajo de un investigador que tenía pocos materiales disponibles; que, falto de conocimientos gramaticales, no interpretaba fielmente los que poseía; y, en fin, que carecía en absoluto de sentido histórico. No se trata, pues, de rectificar algunos hechos, desfigurados por mis antecesores, o de complementar sus trabajos con datos nuevos, sino de ahondar hasta las raíces, de evocar por primera vez la historia de los musulmanes españoles, y si la novedad del tema constituye uno

(1) En la primera edición de mis *Investigaciones sobre la historia y la literatura de España durante la Edad Media*

de sus atractivos, origina al mismo tiempo arduas dificultades.

Creo haber revisado casi todos los manuscritos que hay en Europa relativos a la historia de los moros, estudiando este asunto en todas sus fases; sin embargo, como no me he propuesto escribir una obra de ciencia árida y erudita, destinada a un grupo restringido de lectores, me he guardado bien de relatar todos los hechos de que tengo noticia. Queriendo atenerme, en cuanto depende de mí, a las reglas del buen gusto y de la composición histórica que ordenan hacer resaltar los sucesos más salientes, de los cuales son los demás accesorios y consecuencias, me he visto obligado a sintetizar en pocas líneas el resultado de muchas semanas de estudio, a pasar en silencio detalles que no cabían en el plan general de mi trabajo, aunque no estuviesen desprovistos de interés. En desquite, me he esforzado en detallar las circunstancias que caracterizan mejor las distintas épocas, sin temor a mezclar a los dramas de la vida pública los hechos íntimos, porque soy de los que piensan que se olvidan demasiado esos fugitivos colores, esos accesorios curiosos, esas minucias de las costumbres, sin las cuales la gran historia resulta pálida y sin vida. Las tendencias de la escuela que se preocupa menos de dar relieve a los individuos que a las ideas que representa, y que no ve más que los aspectos generales de las cuestiones, a mi parecer no conviene al asunto que he elegido.

Por otra parte, aunque no he ahorrado ningún esfuerzo para dar a esta historia el grado de realidad y certidumbre que me he propuesto, he pensado que es preciso ocultar la erudición, en bien del movimiento y de la clarividencia del relato, y no multiplicar inútilmente las notas, los textos y las citas.

En un trabajo de este género sólo deben tener cabida los resultados deducidos de la investigación científica que ha servido para obtenerlos. Únicamente he tenido cuidado de indicar todas las fuentes a que he acudido.

Debo también hacer constar que no pocos capítulos de esta obra son anteriores a algunas publicaciones de estos últimos años. Así, los primeros capítulos de mi primer libro estaban escritos antes de que mi sabio y excelente amigo M. Renan publicase en la *Revista de Ambos Mundos* su admirable artículo sobre Mahoma y los orígenes del islamismo, de suerte que, aunque hemos llegado muchas veces a los mismos resultados, los hemos obtenido independientemente uno de otro.

Réstame, por último, cumplir un grato deber: el de dar gracias a mis amigos, y especialmente a los señores Mohl, Wrigh, Defremèry, Tornberg, Calderón, Simonet, de Slane y Dugat, ya por los manuscritos que han tenido la bondad de prestarme, ya por los extractos y las comprobaciones que me han proporcionado con la mayor amabilidad y benevolencia.

Leyde, febrero 1861.

LIBRO PRIMERO

LAS GUERRAS CIVILES

I

Así como la característica secular de Europa es el desenvolvimiento y el progreso, la inmovilidad es el carácter distintivo de las innumerables tribus que recorren con sus tiendas y sus rebaños los áridos e interminables desiertos de Arabia. Son hoy lo que fueron ayer y lo que mañana serán; entre ellas nada cambia, nada se modifica; los beduínos de nuestros días conservan aún en toda su pureza el espíritu que animaba a sus antepasados, contemporáneos de Mahoma, y no hay comentarios más exactos sobre la historia y la poesía de los árabes paganos que las noticias aportadas por los viajeros modernos acerca de las costumbres, los trajes y la manera de pensar de los beduínos actuales.

Sin embargo, no carece este pueblo de la inteligencia ni de la energía necesarias para mejorar su situación, si lo desease. Si no avanza, si permanece estacionario ante el progreso, es porque,

indiferente al bienestar y a las satisfacciones materiales que proporciona la civilización, no quiere cambiar de suerte ni de vida. En su orgullo, el beduíno se considera como el tipo más perfecto de la creación, desprecia a los demás pueblos porque no son como él, y se cree infinitamente más dichoso que el hombre civilizado. Cada condición tiene sus ventajas y sus inconvenientes; pero el orgullo de los beduínos se explica y se comprende sin trabajo. Guiados, no por principios filosóficos, sino por su propio instinto, adoptaron desde el primer momento la noble divisa de la Revolución francesa: libertad, igualdad, fraternidad.

El beduíno es el hombre más libre de la tierra. "No reconozco otro dueño que el del Universo", afirma. Su libertad es tan grande, tan ilimitada, que, comparadas con ella nuestras más avanzadas doctrinas liberales, resultan teorías despóticas. En nuestra sociedad, un Gobierno es un mal necesario, inevitable, un mal que es condición de un bien; los beduínos se pasan sin gobierno. Cierto que cada tribu elige su jefe, pero éste no posee más que cierta influencia; se le respeta, se escuchan sus consejos, sobre todo si es elocuente; pero no tiene en modo alguno el derecho de dictar órdenes. En vez de disfrutar de un sueldo, se ve forzado por la opinión pública a sustentar a los pobres, a distribuír entre sus amigos los presentes que recibe, a ofrecer a los extranjeros una hospitalidad más suntuosa que ningún individuo de

la tribu. En cualquier circunstancia está obligado a consultar al consejo de la tribu, formado por los jefes de las diferentes familias, sin cuyo consentimiento no puede declarar la guerra, ultimar la paz ni levantar el campo (1). Cuando una tribu confiere el título de jefe a uno de sus miembros, este título no es, a menudo, más que un homenaje sin consecuencias; equivale a un testimonio de pública estimación, a un solemne reconocimiento de que el elegido es el hombre más capaz, más valiente, más generoso, más adicto a los intereses de la comunidad. "Jamás concedemos esta dignidad a nadie—decía un árabe antiguo—, a menos que nos haya dado todo lo que posee, que nos haya sacrificado cuanto le es querido, cuanto estima y honra, y nos haya prestado servicios como un esclavo" (2). Pero la autoridad de este jefe es casi siempre tan mínima, que apenas se nota. Habiéndole preguntado a Araba, contemporáneo de Mahoma, cómo había llegado a jefe de su tribu, negó rotundamente que lo fuese, y al ver que insistían en ello, respondió al fin: "Cuando las desgracias han aquejado a los de mi tribu, les he repartido mi dinero; cuando alguno ha cometido una ligereza, he pagado la multa por él, basando siempre mi autoridad en el apoyo de los hombres más bondadosos de la tribu. Entre mis compañeros, el que no ha podido hacer otro tanto, está

---

(1) Burckhardt: *Notas sobre los beduinos*, pp. 66, 67; Burton: *Peregrinación a Medina y a la Meca*, t. II, p. 112.
(2) Mobarrad, p. 71.

menos considerado que yo; el que puede hacer lo mismo es mi igual, y el que me sobrepuja es más estimado que yo" (1).

En efecto: entonces, como ahora, era depuesto el jefe que no sabía honrar su jerarquía, y, además, siempre que había en la tribu un hombre más generoso y más valiente que él (2).

La igualdad, aunque no completa, en el desierto, es, sin embargo, mayor que en ningún sitio. Los beduínos no admiten ni la desigualdad, inherente a las relaciones sociales, porque todos viven de la misma manera, visten y comen lo mismo. No admiten tampoco una aristocracia basada en la fortuna, porque las riquezas no acrecientan entre ellos la pública estimación (3). Menospreciar el dinero y vivir al día del botín conquistado con su valor, después de haber repartido el patrimonio en beneficios: tal es el ideal del caballero árabe (4). Este desdén hacia la riqueza es, sin duda, una prueba de magnanimidad y de verdadera filosofía; pero no debe perderse de vista que la riqueza no puede tener para los beduínos el mismo valor que para otros pueblos, porque entre ellos es tan precaria como fácil de perder. "La riqueza—dice un poeta árabe—viene por la mañana y desaparece por la tarde", lo cual en el desierto es estrictamente verdad. Incapaz como

(1) Mobarrad, p. 71. Consúltese también Aben-Nobata, en Rasmusen: *Addit. ad his. Arabum*, p. 18 del texto.

(2) Burckhardt, p. 68; Caussin, t. II, p. 634.

(3) Burckhardt, p. 41.

(4) Caussin, t. II, pp. 555, 611.

agricultor, y sin poseer un palmo de terreno, el beduíno no tiene otra riqueza que sus camellos y sus caballos, propiedad con que no puede contar de un instante a otro. Cuando una tribu enemiga ataca a la suya y le arrebata cuanto posee—como sucede a diario—, el que ayer era rico queda de pronto sumido en la miseria (1); pero mañana se desquitará haciendo lo mismo, y volverá a enriquecerse. Sin embargo, la completa igualdad no puede existir más que en el estado de naturaleza, el cual no es más que una pura abstracción. Hasta cierto punto, los beduínos son iguales entre sí; pero sus principios igualitarios no se extienden a todo el género humano; se consideran muy superiores, no sólo a sus esclavos y a los artesanos que ganan el pan trabajando en los campamentos, sino a todos los hombres de cualquier otra raza, pues tienen la pretensión de haber sido formados con diferente limo que los demás seres humanos. Por otra parte, las desigualdades naturales se traducen en distinciones sociales, y si bien la riqueza no proporciona al beduíno ninguna consideración, ninguna importancia, en cambio, la generosidad, la hospitalidad, el valor, la inspiración poética y la elocuencia, le encumbran y enaltecen. "Los hombres se dividen en dos clases—dice Hatim—: las almas mezquinas se complacen en amontonar dinero; las almas nobles prefieren la gloria debida a la generosidad" (2). Los magnates

(1) Burckhardt, p. 40.
(2) Caussin, t. II, p. 627.

del desierto, *los reyes de los árabes*—como afirmaba el califa Omar (1)—son los oradores y los poetas, son los que practican las virtudes de los beduínos; los plebeyos son los hombres de cortos alcances o los malvados que no las practican.

Los beduínos no han conocido nunca ni privilegios ni títulos, a menos que se considere como tal el sobrenombre de *Perfecto*, que se confería antigüamente al que unía a la inspiración poética el valor, la liberalidad, el arte de la escritura y la destreza para nadar y disparar el arco (2).

La nobleza de origen, que, rectamente entendida, impone grandes deberes y hace a unas generaciones solidarias de otras, existe también entre los beduínos. La masa, henchida de veneración por la memoria de los grandes hombres, a quienes rinde una especie de culto, rodea de afecto y estimación a sus descendientes, con tal de que éstos, si no han recibido del cielo los mismos dones que sus antepasados, al menos conserven en su alma el respeto, el entusiasmo y el amor hacia las grandes empresas, el talento y la virtud. Antes de aparecer el islamismo se consideraba como muy noble al que no sólo era jefe de su tribu, sino descendiente de padres y abuelos que habían alcanzado la misma dignidad (3). Nada más lógico; puesto que no se concedía el título de jefe sino al hombre más distinguido, era lícito creer que las vir-

(1) Tabari, t. II, p. 254.
(2) Caussin, t. II, p. 424.
(3) Aben-Jaldun: *Prolegómenos* (XVI), p. 250; *Raihan*, folio 146 r.

tudes beduínas eran hereditarias en una familia que durante cuatro generaciones había marchado a la cabeza de la tribu.

En cada tribu, todos los beduínos son hermanos; es el nombre que se dan entre sí cuando tienen la misma edad. Si es un anciano el que habla a un joven, le llama *hijo de mi hermano*. Si uno de estos *hermanos*, obligado a mendigar, implora un socorro, el beduíno degollará, si es preciso, su último carnero para alimentarle; si su *hermano* ha sufrido una afrenta de un hombre de otra tribu, considerará esta afrenta como una injuria personal, y no descansará hasta que la haya vengado. Nada puede dar una idea bastante exacta, bastante viva de esta *asabia*, como se denomina la adhesión profunda, ilimitada, inquebrantable, que el árabe siente hacia sus hermanos de tribu, hacia los intereses, la prosperidad, la gloria y el honor de la colectividad que le ha visto nacer y que le verá morir. No es un sentimiento comparable a nuestro patriotismo, el cual parece sumamente tibio a un beduíno fogoso: es una pasión violenta y terrible; es el primero y el más sagrado de sus deberes; es la verdadera religión del desierto. Por su tribu, el árabe está dispuesto a todos los sacrificios; por ella arriesgará a cada instante su vida en temerarias empresas en que el entusiasmo y la fe pueden por sí solos realizar milagros; por ella luchará hasta que su cuerpo deshecho pierda la figura humana... "Amad a vuestra tribu—ha dicho un poeta—, porque estáis ligados a ella con vínculos más

fuertes que los que existen entre marido y mujer..." (1).

He aquí de qué modo comprende el beduíno la libertad, la igualdad y la fraternidad. Estos bienes le bastan; no desea, no imagina otros; está contento con su suerte (2). Los europeos nunca están satisfechos con la suya o no lo están más que un día. Nuestra actividad febril, nuestra sed de progresar política y socialmente, nuestros incesantes esfuerzos por mejorar en todos sentidos, ¿no son en el fondo los síntomas, la confesión implícita del malestar y del tedio que corroen y devoran la sociedad?

La idea del progreso, preconizada hasta la saciedad en las cátedras y en la tribuna, es la idea fundamental de las sociedades modernas; pero, ¿a qué hablar incesantemente de cambios y mejoras, cuando los hombres viven en una situación normal y se creen dichosos? Buscando siempre la felicidad, sin encontrarla, demoliendo hoy lo que hemos construído ayer, volando de ilusión en ilusión y de desengaño en desengaño, acabamos por desesperar de la vida; afirmamos en los momentos de abatimiento y debilidad que el hombre tiene otro destino que los Estados, y aspiramos a bienes desconocidos en un mundo invisible... Perfectamente fuerte y sereno, el beduíno no conoce estas vagas y morbosas aspiraciones de un porvenir mejor; su espíritu alegre, éxpansivo, despreocu-

(1) Mobarrad, p. 233.
(2) Burckhardt, p. 141.

pado, radiante como su cielo, no entendería nuestros tedios, nuestros dolores, nuestras confusas esperanzas. Por nuestra parte, con nuestra ambición ilimitada en el pensamiento, en el deseo y en la imaginación, encontramos la tranquila vida del desierto insoportable por su monotonía y uniformidad, prefiriendo nuestra habitual sobrexcitación, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, nuestra conturbada sociedad y nuestra civilización doliente, a todas las ventajas que disfrutan los beduínos en su inmutable serenidad.

Y es que existe, entre ellos y nosotros, una diferencia enorme; somos demasiado exaltados de imaginación para gozar la paz del espíritu; pero también debemos a la fantasía el progreso y nuestra relativa superioridad. De ahí que, donde ella falta, el progreso es imposible, porque cuando se quiere perfeccionar la vida civil y desenvolver las relaciones humanas, es preciso imaginar una sociedad más perfecta que la existente. Pues bien: los árabes—contra lo que supone un prejuicio muy generalizado—tienen escasa imaginación. Su sangre es más impetuosa e hirviente que la nuestra, más fogosas sus pasiones; pero son el pueblo menos imaginativo del mundo. Para convencerse de ello no hay más que analizar su religión y su literatura. Antes de convertirse al islamismo adoraban dioses que simbolizaban los astros, pero no habían sabido crear una mitología como los indios, los griegos o los escandinavos. Sus dioses no tenían pasado ni historia, y nadie se preocupó de

forjarles una. En cuanto a la religión predicada por Mahoma, simple monoteísmo en el cual se funden instituciones, ceremonias y creencias procedentes del judaísmo y del paganismo, es, sin discusión, de todas las religiones positivas, la más sencilla y exenta de misterios, la más razonable, la más depurada, dirían los detractores de lo sobrenatural, los que excluyen del culto los signos externos y las artes plásticas. En la literatura se observa la misma carencia de inventiva, la misma predilección por lo real y positivo. Otros pueblos han ideado epopeyas en que lo sobrenatural desempeña importante papel. La literatura árabe carece de epopeya, ni siquiera tiene poesía narrativa; exclusivamente descriptiva o lírica, no refleja más que la fase poética de la realidad. Los poetas árabes describen lo que ven y lo que sienten, pero no inventan nada, y si se atreven a hacerlo, sus compatriotas los motejan ásperamente de falsarios. La aspiración hacia lo infinito, hacia el ideal, les es desconocida, y lo que desde un principio les ha entusiasmado más es la exactitud y la elegancia de la expresión, es la técnica de la poesía (1).

La invención es tan rara dentro de su literatura, que cuando en ella se encuentra un poema o un cuento fantásticos, puede afirmarse, sin temor, que se trata de una traducción, que no es de procedencia árabe. Así, en las *Mil y una noches*, todos

---

(1) Caussin, t. II, pp. 314 y sig., 345, 509 y sig., 513.

los cuentos fantásticos—esas graciosas creaciones de una imaginación fresca y riente, que han encantado nuestra adolescencia—, son persas o indias, y lo único verderamente árabe son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real. En fin, cuando los árabes, establecidos en los inmensos territorios conquistados por las armas, han cultivado las ciencias, demuestran la misma falta de potencia creadora. Han traducido y comentado las obras de los antiguos, han enriquecido algunas especialidades con observaciones pacientes, exactas y minuciosas, pero no han inventado nada, no han concebido ninguna idea grande y fecunda.

Existen, pues, entre los árabes y los europeos diferencias fundamentales. Tienen tal vez más temple de carácter, más magnanimidad, un sentimiento más vivo de la dignidad humana; pero no llevan en sí el germen de la evolución y del progreso, y con su ansia apasionada de independencia personal, con su carencia absoluta de sentido político, resultan inadaptables a las leyes de la sociedad. Y, sin embargo, se han esforzado por organizarse: arrancados de sus desiertos por la sugestión de un profeta y lanzados a la conquista del mundo, obtuvieron ruidosos éxitos; enriquecidos por el saqueo de veinte provincias, llegaron a conocer los placeres del lujo; bajo la influencia de los pueblos vencidos, cultivaron las ciencias y se civilizaron cuanto pudieron. Pero, aun después de Mahoma, conservaron durante largo tiempo su

carácter nacional. Cuando invadieron España eran todavía los verdaderos hijos del desierto, y a orillas del Tajo o del Guadalquivir no pensaban más que en proseguir las luchas de tribu a tribu, iniciadas en Arabia, en Africa o en Siria.

Estas luchas han de ser el primer objeto de nuestro estudio; mas, para conocerlas bien, es preciso que nos remontemos hasta Mahoma.

II

Innumerables tribus, sedentarias unas, pero nómadas en su mayoría, sin comunidad de intereses, sin centro común y ordinariamente en guerra unas con otras, poblaban la Arabia en tiempo de Mahoma.

Si el valor bastase para hacer a un pueblo invencible, los árabes lo hubieran sido, porque en ningún país predominaba más el espíritu bélico. Sin guerra no hay botín, y sin botín no podían vivir los beduínos (1). Su dicha más embriagadora era: empuñar la lanza obscura y flexible o el acero deslumbrante; hendir cráneos o cercenar las gargantas de los enemigos; aplastar a la tribu contraria, *como la piedra muele el grano;* inmolar víctimas, *pero no aquellas cuya ofrenda place al cielo* (2). El valor en los combates era el mejor título para los elogios de los poetas o el amor de las

(1) Burckhardt, p. 41.
(2) Moalaca de Amr aben-Coltum.

mujeres, que, a su vez, participaban del espíritu marcial de sus hermanos y esposos. Marchaban a retaguardia en los combates, cuidaban a los heridos y alentaban a los guerreros recitando versos de salvaje energía. "Valor—repetían a coro—, valor, defensores de mujeres..., herid con el filo de vuestros aceros... Somos hijas de la estrella de la mañana; nuestros pies se hunden en muelles cojines, nuestros cuellos están ornados de perlas; nuestros cabellos, perfumados de almizcle. Estrechamos en nuestros brazos a los héroes que hacen frente al enemigo; negamos nuestro amor a los cobardes que huyen..." (1).

Sin embargo, un observador atento hubiese advertido fácilmente su extrema debilidad, originada por la falta absoluta de unidad y por el antagonismo constante entre diversas tribus. Arabia hubiera sido sojuzgada indefectiblemente por un conquistador extranjero, si no hubiera sido demasiado pobre para inspirar ambiciones de conquista. "¿Qué encontraríamos entre vosotros?—decía el rey de Persia a un príncipe árabe que le pedía tropas a cambio de la posesión de una gran provincia—. ¿Qué encontraríamos entre vosotros? Ovejas y camellos. No quiero por tan poca cosa aventurar en vuestros desiertos un ejército persa". Sin embargo, Arabia fué al fin conquistada; pero lo fué por un árabe, por un hombre extraordinario: por Mahoma.

---

(1) Caussin, t. II, pp. 281, 391; t. III, p. 99. *Compárese* con Abu-Ismael al Basri, *Fotuh-axam*, pp. 77, 198, 200.

Tal vez el *Enviado de Dios*—como él se denominaba—no era superior a sus contemporáneos; pero lo indudable es que no se parecía a ellos. De complexión delicada, impresionable y excesivamente nervioso—constitución que había heredado de su madre—; dotado de una sensibilidad exagerada y enfermiza; melancólico, silencioso, aficionado a interminables paseos y prolongadas meditaciones nocturnas en los valles más solitarios, siempre atormentado por una vaga inquietud, sollozando y llorando como una histérica, padeciendo ataques epilépticos, falto de valor en las batallas, su carácter contrastaba con el de los árabes, hombres robustos, enérgicos y belicosos, que no entendían de ensueños y miraban como una debilidad vergonzosa que un hombre llorase, aun por los objetos de su más tierna afección. Mahoma, por otra parte, tenía más imaginación que sus compatriotas y un alma profundamente piadosa. Antes que los sueños de ambición mundana perturbasen la innata pureza de su corazón, la religión era todo para él, absorbía todos sus pensamientos, todas las facultades de su espíritu, siendo esto precisamente lo que le distinguía de la multitud.

Existen pueblos—como existen individuos—religiosos y otros que no lo son. Para algunas personas la religión constituye el fondo de su sér, y así, aunque su razón se rebele contra las creencias ancestrales, crean un sistema filosófico mucho más incomprensible, mucho más misterioso que sus mismas creencias. Hay pueblos enteros que viven

por la religión y para la religión, que representa su único consuelo y esperanza. El árabe, al contrario, no es religioso por naturaleza, y en este sentido, entre él y los demás pueblos convertidos al islamismo media una enorme diferencia, lo cual no es de extrañar, porque, considerada en su origen, la religión ejerce mayor influjo sobre la imaginación que sobre el espíritu, y, como hemos dicho, entre los árabes no es la fantasía lo que prepondera. Observad a los beduínos actuales: aunque musulmanes de nombre, cumplen tibiamente los preceptos del Islam; en vez de orar cinco veces al día, como ordena la religión, no rezan nunca (1). El viajero europeo que mejor los ha conocido asegura que es el pueblo más tolerante de Asia (2). Su tolerancia data de muy lejos, porque un pueblo tan celoso de su libertad admite difícilmente la tiranía en materia de fe. Ya en el siglo IV, Martad, rey del Yemen, solía decir: "Reino sobre los cuerpos, pero no sobre las ideas. Exijo a mis súbditos que obedezcan mis órdenes; en cuanto a sus doctrinas, sólo Dios creador tiene derecho a juzgarlos" (3). El emperador Federico II no hubiera sido más explícito. Esta tolerancia rayaba en indiferencia y escepticismo. El hijo y sucesor de Martad había profesado sucesivamente el judaísmo y el cristianismo, acabando por fluctuar incierto entre las dos creencias (4).

(1) Burckhardt, p. 160.
(2) Burckhardt, ídem íd.
(3) Caussin, t. I, p. 111.
(4) Caussin, t. I, p. 114.

En tiempo de Mahoma, tres religiones predominaban en Arabia: la de Moisés, la de Cristo y el politeísmo. Las tribus judías eran las únicas que practicaban rigurosamente su culto, y también las únicas intransigentes. Las persecuciones son raras en la antigua historia de Arabia, pero casi siempre proceden de los judíos. El cristianismo no contaba con muchos adeptos, y aun los que le profesaban sólo le conocían superficialmente. El califa Alí no exageraba cuando decía, refiriéndose a una tribu en que esta religión había echado hondas raíces: "Los Taglib no son cristianos; sólo han tomado del cristianismo la costumbre de beber vino" (1). El hecho es que esta religión entrañaba muchos misterios y milagros para satisfacer a un pueblo tan positivista y burlón. Los obispos, que hacia el año 513 pretendieron convertir a Mondir III, rey de Hira, se persuadieron de ello. Después de haberles escuchado el rey atentamente, uno de sus oficiales se acercó a decirle una palabra al oído. Mondir cayó en una profunda tristeza, y como los prelados le preguntasen respetuosamente la causa,

—¡Ay de mí!—exclamó—. ¡Qué funesta noticia! Me dicen que el arcángel Miguel acaba de morir.

—¡Imposible, príncipe; os han engañado; un ángel es inmortal!

—Entonces, ¿cómo queréis persuadirme de que ha muerto el mismo Dios? (2)

---

(1) Baidaui: *Comentario sobre el Corán,* sura V, vers. 7.
(2) Caussin, t. II, p. 78.

En fin, los idólatras, que formaban la mayor parte de la nación, que tenían divinidades especiales en cada tribu o familia, y que admitían un Dios supremo, Alá, del cual los demás eran meros intercesores, los idólatras sentían cierto respeto por sus adivinos y por sus ídolos; pero asesinaban a los adivinadores si no se cumplían sus vaticinios, o si aquéllos les denunciaban, creían engañar a los dioses sacrificándoles una gacela cuando les habían prometido una oveja, y los injuriaban si no accedían a sus esperanzas y deseos. Cuando Amrulcais se puso en marcha para vengar la muerte de su padre, asesinado por los Beni-Asad, se detuvo en el templo del ídolo Du-'l-Jolosa para consultar al Destino por medio de tres flechas, llamadas *el mandato*, *la prohibición* y *la esperanza*. Habiendo sacado a suerte la de la *prohibición*, repitió el sorteo; pero la flecha del veto salió tres veces seguidas. Entonces rompióla en pedazos, y arrojándolos a la cabeza del ídolo, exclamó: "¡Miserable! Si tu padre hubiese sido el muerto, no me prohibirías ir a vengarle."

En general, la religión preocupaba poco al árabe, absorbido por los intereses terrenos, los combates, el vino, el juego y el amor. "Gocemos del presente—cantaban los poetas—, porque la muerte nos aniquilará demasiado pronto" (1). Tal era, en realidad, la divisa de los beduínos. Estos hombres, que se entusiasmaban tan fácilmente con

(1) Moalaca de Amr aben-Coltum.

una acción noble o un hermoso poema, permanecían de ordinario indiferentes y fríos cuando se trataba de religión. Por eso sus poetas, fieles intérpretes de los sentimientos nacionales, no aludían a ella casi nunca. Oigamos a Tarafa: "Cuando te presentes por la mañana, te ofreceré una copa colmada de vino; no te importe apurarlo a grandes tragos, porque beberás conmigo otra vez. Mis camaradas de placer son nobles, cuyos rostros brillan como estrellas. Todas las noches una cantarina, vestida con un traje rayado y una túnica de color de azafrán, viene a embellecer nuestra reunión. Su traje es descotado. Ella permite que las manos amorosas se deslicen sobre sus encantos... Me he entregado al vino y a los placeres, he vendido cuanto poseía, he despilfarrado los bienes que heredé y los que gané por mí mismo. Censor, que execras mi pasión por los placeres y los combates, ¿tienes medios para hacerme inmortal? Si tu ciencia no puede alejar de mí el fatal instante, déjame prodigarlo todo en el placer antes de que la muerte me extinga. El hombre de inclinaciones generosas bebe la vida a grandes tragos. Mañana, rígido censor, cuando muramos ambos, veremos cuál de nosotros será consumido por una sed ardiente."

Un corto número de hechos prueba, sin embargo, que los árabes, sobre todo las tribus sedentarias, no eran inaccesibles al entusiasmo religioso. Así, los veinte mil cristianos de la ciudad de Nechran, teniendo que elegir entre la hoguera y la con-

versión al judaísmo, prefirieron perecer entre las llamas a abjurar su fe. Pero el celo constituía una excepción; la indiferencia, o, al menos, la tibieza, era la regla general.

El trabajo que Mahoma se impuso al declararse profeta era, pues, doblemente difícil. No podía limitarse a demostrar la verdad de las doctrinas que predicaba; necesitaba ante todo triunfar de la indolencia de sus compatriotas, despertar en ellos el sentimiento religioso, persuadirlos de que la religión no es una cosa indiferente de que en rigor pudiera prescindirse; en una palabra: transformar, metamorfosear una nación sensual, escéptica y burlona. Empresa tan ardua hubiese desalentado a otro menos convencido de la verdad de su misión. Mahoma no halló a su paso más que burlas e injurias. Sus convecinos de la Meca le compadecían o le ridiculizaban, considerándole, ya como un poeta inspirado por un demonio, ya como un loco, un adivino o un mago. "Ved al hijo de Abdala, que viene a traernos noticias del cielo", exclamaban al verle. Algunos le proponían, con bondad aparente, pagarle médicos que le curasen. Cuando salía le arrojaban basura, y hallaba el suelo cubierto de ramas de espino. Le prodigaban los epítetos de falsario e impostor. En otras partes no tuvo mejor suerte En Taif, cuando expuso su doctrina delante de los jefes reunidos, se burlaron de él.

—¿No podía elegir Dios un apóstol mejor que tú?—le dijo uno.

—No quiero discutir contigo—añadió otro—. Si eres un profeta, tienes una gran personalidad para que me atreva a responderte; si eres un impostor, no mereces ni que te hable.

Mahoma, desesperado, abandonó la asamblea, apedreado y perseguido por el populacho.

Más de diez años transcurrieron así. La secta no se extendía; todo parecía indicar que la nueva religión acabaría por desaparecer sin dejar huellas, cuando Mahoma encontró inesperado apoyo en los Aus y los Jazrach, tribus que, hacia fines del siglo V, habían arrebatado Medina a los judíos.

Los de la Meca y los de Medina se odiaban por pertenecer a razas enemigas. Había dos en Arabia: la de los yemenitas y la de los maaditas. Los medineses pertenecían a la primera. Los de la Meca unían al odio el menosprecio. A los ojos de los árabes, que juzgaban la vida nómada y pastoril o el comercio como las únicas ocupaciones dignas de un hombre libre, la agricultura era una profesión envilecedora. Ahora bien, los medineses eran agricultores; los de la Meca, comerciantes. En Medina había gran número de judíos; numerosas familias de Aus y de Jazrach habían adoptado esta religión, profesada por los antiguos señores de la ciudad, reducidos ahora a la condición de *clientes*. Por eso, aunque la mayor parte de las tribus dominadoras habían sido idólatras, como los de la Meca, éstos consideraban a toda la población como judía y la despreciaban profundamente.

Mahoma compartía los prejuicios de sus con-

ciudadanos contra los yemenitas y los agricultores. Se refiere que, oyendo recitar estos versos: "Soy himyarita; mis antepasados no eran de Rabia ni de Modar", Mahoma exclamó: "¡Tanto peor para ti! Tu origen te aleja de Dios y de su profeta" (1). Cuéntase también que, viendo la reja de un arado en la casa de un medinés, le dijo: "Jamás entra en una casa este utensilio sin que entre, al mismo tiempo que él, la deshonra" (2). Pero, desesperando de convertir a su doctrina a los mercaderes y los nómadas de su propia raza, y viendo amenazada su vida desde la muerte de su tío y protector, Abu-Talib, tuvo que olvidar sus prejuicios y aceptar cualquier apoyo, viniera de donde viniera. Recibió, pues, con regocijo las ofertas de los árabes de Medina, para los cuales las molestias y persecuciones promovidas por los de la Meca eran la mejor recomendación y el mayor título de gloria.

El *solemne juramento de Acaba* unió indisolublemente la suerte de Medina a la de Mahoma. Rompiendo el vínculo más sagrado para los árabes, el profeta se separó de su tribu; establecióse en Medina con sus sectarios de la Meca, que desde entonces tomaron el nombre de *refugiados;* desencadenó contra sus antiguos hermanos de tribu la inspiración mordaz de los poetas medineses y proclamó la guerra santa. Animados por un celo y un entusiasmo que desafiaban la muerte, por estar

(1) *Raihán,* fol. 105 v.
(2) Aben-Jaldun: *Proleg.* (XVII), p. 296.

seguros de ir al paraíso si morían a manos de los idólatras, los Aus y los Jazrach, confundidos ahora bajo el nombre de *defensores*, hicieron prodigios de valor. La lucha contra los paganos de la Meca se prolongó ocho años. En este intervalo, el terror que las armas musulmanas difundían por todas partes decidió a muchas tribus a adoptar la nueva creencia; pero las conversiones espontáneas, sinceras y durables, fueron pocas. Al fin la conquista de la Meca consagró el poderío de Mahoma. Los medineses habían prometido hacer pagar caro en este día su insoportable desdén a los orgullosos mercaderes. "¡Hoy es el día de la matanza, el día en que nada será respetado!", había dicho el jefe de los Jazrach. Pero la esperanza de los medineses quedó fallida; Mahoma depuso a este jefe y ordenó a sus generales la mayor moderación. Los de la Meca presenciaron en silencio la destrucción de los ídolos de su templo, verdadero panteón de Arabia, que contenía trescientas sesenta divinidades, adoradas por otras tantas tribus, y, trémulos de ira, proclamaron a Mahoma el enviado de Dios, jurando interiormente vengarse algún día de aquellos zafios, de aquellos judíos de Medina, que habían tenido la insolencia de vencerlos.

Conquistada la Meca, las tribus aun idólatras, persuadidas de que toda resistencia era inútil, y amenazadas de una guerra de exterminio, adoptaron el islamismo, que predicaban los generales de Mahoma con el Corán en una mano y el alfanje en la otra. Una conversión de las más notables

fué la de los Takif, tribu que habitaba en Taif, y que en otro tiempo había arrojado al profeta a pedradas. Por boca de sus emisarios anunciaron que estaban prestos a hacerse musulmanes, con la condición de que les permitiesen conservar durante tres años a su ídolo, Lat, y de que no rezarían. "Tres años de idolatría es demasiado, y además, ¿qué es una religión sin oraciones?", les dijo Mahoma. Entonces los emisarios redujeron sus demandas; se regateó largo tiempo; por fin ambas partes aceptaron las siguientes condiciones: los Takif no pagarían diezmos, no tomarían parte en la guerra santa, no se prosternarían durante la oración, conservarían a Lat durante un año, y, pasado ese tiempo, no se verían obligados a demoler ese ídolo con sus propias manos. Sin embargo, Mahoma sentía algunos escrúpulos; temía la opinión pública. "Que no te detenga ese temor—le dijeron los emisarios—. Si los árabes te preguntan por qué has accedido a este tratado, no tienes más que contestarles: "Me lo ha ordenado "Dios". Pareciendo este argumento perentorio al profeta, comenzó a dictar un acta, que empezaba así: "¡En el nombre de Dios, clemente y misericordioso! Por esta acta queda convenido entre Mahoma, el "Enviado de Dios", y los Takif, que éstos no están obligados a pagar el diezmo ni a tomar parte en la guerra santa..." Después de dictar estas palabras, la vergüenza y el remordimiento impidieron proseguir a Mahoma. "Ni a prosternarse durante la oración", dijo entonces

uno de los emisarios. Y como Mahoma guardase obstinado silencio: "Escribe; es lo convenido", ordenó el takifita, dirigiéndose al escribano, el cual miró al profeta esperando sus órdenes. Pero en aquel momento, el fogoso Omar, mudo testigo hasta entonces de esta escena, tan humillante para Mahoma, se levantó, y desenvainando su espada:

—¡Habéis mancillado el corazón del profeta! —exclamó—. ¡Qué Dios abrase los vuestros en el fuego!...

—No hablamos contigo—replicó el takifita sin conmoverse—; hablamos con Mahoma.

—Pues bien—prorrumpió entonces el profeta—, no acepto tal tratado. Tenéis que abrazar el islamismo pura y simplemente, observando todos sus preceptos sin excepción; si no, preparaos a la guerra.

—Permítenos al menos conservar a Lat durante seis meses—dijeron los takifitas, desalentados.

—No.

—Durante un mes.

—Ni siquiera durante una hora.

Y los emisarios regresaron a su tribu, custodiados por tropas musulmanas, que destruyeron el Lat entre las desesperadas lamentaciones de las mujeres (1).

Sin embargo, esta extraña conversión fué la más duradera de todas. Cuando, más tarde, Arabia entera abjuró el islamismo, los takifitas perma-

(1) Sprenger: *Vida de Mahoma*, p. 186; Caussin, t. III, p. 288.

necieron fieles. ¿Qué pensar de otras conversiones?

Para apostatar no se esperaba más que la muerte de Mahoma. Muchas provincias no pudieron ni tener paciencia hasta entonces; la noticia de la enfermedad del profeta bastó para que se rebelasen Nachd, Yemana y el Yemen. Cada una de estas tres provincias tuvo su falso profeta, émulo y rival de Mahoma, y éste supo en su lecho de muerte que el jefe de la insurrección del Yemen, Aihala el Negro, señor que unía a sus inmensas riquezas una elocuencia arrebatadora, había echado a los soldados musulmanes y conquistado Nachran, Sana, todo el Yemen, en fin.

Así el inmenso edificio del Islam se tambaleaba a la muerte de Mahoma (632), que fué la señal de una sublevación formidable y casi general. En todas partes vencieron los insurrectos. A cada instante llegaban a Medina jefes musulmanes, "refugiados" y "defensores", arrojados de sus distritos por los rebeldes, y las tribus más próximas se aprestaron a sitiar a Medina.

Digno sucesor de Mahoma y lleno de confianza en los destinos del islamismo, el califa Abubequer no vaciló un solo instante ante la gravedad del peligro. Hallóse sin ejército. Fiel a la voluntad de Mahoma, lo había enviado a Siria, a pesar de las objeciones de los musulmanes, que, previendo los peligros que les amenazaban, le habían suplicado aplazase la expedición. "No revocaré —dijo— una orden del profeta por nada del mundo.

Aunque Medina deba quedar expuesta a la invasión de las fieras voraces, es forzoso que el ejército cumpla la voluntad de Mahoma." Si hubiera estado dispuesto a transigir, hubiese podido lograr, por medio de concesiones, la neutralidad o la alianza de muchas tribus del Nachd, cuyos emisarios vinieron a decirle que, si los eximía de impuestos, continuarían en las prácticas islamitas. Los magnates musulmanes opinaron que no podía rechazarse esta embajada; sólo Abubequer rehusó toda transación, como indigna de la santa causa que defendía. "La ley del islamismo—afirmó—es una e indivisible; no admite distinción entre sus preceptos." "Tiene él solo más fe que todos nosotros juntos", dijo entonces Omar. Y era verdad; el secreto de la fuerza y de la grandeza del primer califa estribaba en la fe. Según el testimonio de Mahoma, todos sus discípulos habían vacilado antes de reconocer la santidad de su misión, excepto Abubequer. Sin poseer una gran personalidad ni un gran espíritu, era el hombre de la situación; tenía lo que en otro tiempo había hecho triunfar a Mahoma y lo que faltaba a sus enemigos: una convicción inquebrantable.

Los rebeldes, divididos entre sí, atacaron mal, sin unidad, y acabaron por degollarse unos a otros. Abubequer, que había hecho armar a todos los hombres en estado de combatir, tuvo tiempo para aniquilar a las tribus más próximas. Después, cuando las tribus fieles del Hichad hubieron enviado gran contingente en hombres y caballos, y cuando

el ejército principal regresó del Norte con enorme botín, tomó audazmente la ofensiva, dividió sus tropas en varios destacamentos, que, aunque poco numerosos al partir, engrosaban constantemente por una turba de árabes, a quienes el temor o la esperanza del saqueo agrupaba bajo las banderas musulmanas. En el Nachd, Jalid, tan sanguinario como intrépido, atacó las hordas de Tolaiha, "que antes valía él solo por mil en un ejército", pero que ahora, olvidando su deber de guerrero y no acordándose más que de su papel de profeta, esperaba lejos del campo de batalla, envuelto en su albornoz, las inspiraciones del cielo. Durante mucho tiempo esperó en vano; pero, cuando sus tropas empezaron a flaquear, recibió la anhelada inspiración. "Imitadme, si podéis", gritó a sus compañeros, y saltando sobre su caballo huyó a todo escape. Los vencedores no hicieron aquel día un solo prisionero. "Destruid a los apóstatas sin piedad, por el hierro, por el fuego y por medio de todos los suplicios": tales eran las instrucciones que Abubequer había dado a Jalid.

Precedido por el estruendo de sus victorias y la fama de sus crueldades, Jalid marchó contra Mosailima, el profeta de Yemama, que acababa de derrotar a dos ejércitos musulmanes, uno después de otro. La acometida fué terrible. Al principio, los insurrectos llevaron ventaja, penetrando hasta la misma tienda de Jalid. Sin embargo, este general logró rechazarlos al llano que separaba los dos campamentos, y después de larga y tenaz resis-

tencia, los rebeldes tuvieron que huír para no ser copados. "¡Al reducto, al reducto!", exclamaban, parapetándose en un vasto terreno. defendido por un fuerte muro y por sólida puerta. Los musulmanes los siguieron enardecidos; con audacia inaudita dos de ellos escalaron la muralla y se lanzaron al interior del reducto para franquear la puerta. El uno, acribillado de heridas, sucumbió al momento; el otro, más afortunado, cogió la llave y se la arrojó a sus compañeros por encima del muro. Abrióse la puerta, y los musulmanes penetraron como un torrente. Entonces una horrible carnicería comenzó en aquella palestra, donde la huída era imposible, siendo asesinados diez mil rebeldes en el "Reducto de la muerte".

Mientras el feroz Jalid anegaba la insurrección de la Arabia central en torrentes de sangre, otros generales le imitaban en las regiones del Sur. En el Bahren, el campamento de los bacritas fué sorprendido durante una orgía, siendo todos pasados a cuchillo, excepto algunos que lograron huír hasta el mar y se refugiaron en la isla de Daren; pero bien pronto los musulmanes los atacaron y exterminaron por completo. Esta carnicería repitióse en Oman, en Mahra, en el Yemen y en el Hadramot. Aquí, los restos de las tropas de Aihala el Negro, después de haber pedido compasión al jefe musulmán, fueron exterminados; allá, el defensor de una fortaleza no pudo obtener, al rendirse, más que una promesa de amnistía para diez personas; el resto de la guarnición fué degollado, y un largo

camino quedó mucho tiempo apestado por las emanaciones de innumerables cadáveres.

Si estos mares de sangre no convencieron a los árabes de la verdad de la religión predicada por Mahoma, reconocieron al menos en el islamismo un poder irresistible y casi sobrenatural. Diezmados por el acero, sobrecogidos de espanto y estupor, se resignaron a ser musulmanes, o, al menos, a aparentarlo, y el califa, para no darles tiempo de volver de su espanto, los lanzó inmediatamente sobre el imperio bizantino y sobre Persia, es decir, sobre los dos Estados más fáciles de conquistar, pues se hallaban minados por la discordia, enervados por la servidumbre y gangrenados por todos los refinamientos de la corrupción. De este modo los árabes, mediante su sumisión a la ley del profeta, se resarcieron con la posesión de inmensas riquezas y vastos dominios.

Nadie volvió a hablar de apostasía. "La apostasía es la muerte", según la ley de Mahoma, en este punto inexorable; pero raramente existieron la piedad sincera y el celo por la fe. Empleando los medios más terribles, se había obtenido la aparente conversión de los beduínos. Era todo lo que había derecho a esperar de aquellos desgraciados que habían visto perecer a sus padres, a sus hermanos, a sus hijos bajo el alfanje de Jalid y de otros piadosos verdugos, émulos suyos. Durante mucho tiempo las masas, neutralizando con su resistencia pasiva las medidas adoptadas por los musulmanes fervientes, ni conocieron ni desearon

conocer los preceptos del Corán. Durante el reinado del califa Omar I, un viejo árabe había convenido con un joven que le cedería su mujer una noche sí y otra no, si a cambio le guardaba el ganado.

Enterado el califa de pacto tan singular, llamó a los dos hombres y les preguntó si ignoraban que el islamismo prohibía compartir con otro la mujer propia. Ambos juraron que no sabían nada (1). Otro se había casado con dos hermanas.

—¿No sabes—le preguntó el califa—que la religión prohibe eso?

—No; lo ignoraba en absoluto; pero afirmo que no veo en ello nada de censurable.

—El texto de la ley lo condena terminantemente. Repudia en seguida a una de las dos, o te corto la cabeza.

—¿Hablas seriamente?

—Seriamente.

—Pues bien; entonces es una religión detestable la que prohibe tales cosas, y nunca me ha servido de provecho.

El desgraciado no comprendía, tal era su ignorancia, que al hablar así se exponía a ser decapitado por blasfemo y apóstata (2). Un siglo más tarde, ninguna de las tribus árabes establecidas en Egipto conocía aún lo que el profeta había permitido o prohibido; se hablaba con entusiasmo del tiempo viejo, de las guerras y de los héroes

(1) Abu-Ismael al Basri, *Fotuh-axam*, pp. 238, 239.
(2) Abu-Ismael al Basri, p. 237.

del paganismo, pero no de religión (1). Hacia la misma época, los árabes acantonados en el Norte de Africa se hallaban casi en idéntica situación; bebían vino sin sospechar ni remotamente que Mahoma había prohibido el alcohol, y su asombro fué indecible cuando los misioneros enviados por el califa Omar II se lo hicieron saber (2). Había musulmanes que no conocían del Corán más que esta invocación: "¡En el nombre de Dios, clemente y misericordioso!" (3).

¿Hubiera sido más ferviente el celo por la fe si los medios empleados para la conversión hubiesen sido menos execrables? Es posible, pero no seguro. Siempre ha sido sumamente difícil vencer la tibieza religiosa de los beduínos. En nuestros días, los uahabitas, esa secta rígida y austera que proscribe el lujo y las supersticiones de que está plagado el islamismo; esa secta que tiene por divisa: "Corán, y nada más que Corán", como Lutero adoptó la suya: "Biblia, y nada más que Biblia", en nuestros días, los uahabitas han intentado, sin éxito, arrancar a los beduínos de su indiferencia religiosa. Casi nunca han empleado la violencia, y han encontrado partidarios adictos entre los árabes sedentarios, pero no entre los beduínos, que han conservado el carácter árabe en toda su pureza. Aunque compartiesen las miras políticas de los innovadores; aunque las tribus

(1) Abu-'l-mahasin, t. I, p. 343.
(2) Ben-Adari, t. I, p. 34.
(3) Nœlldeke: *Historia del Corán*, p. 204.

más próximas a la vigilancia de los uahabitas se hayan visto obligadas a observar con más rigor los deberes religiosos; aunque haya habido personas que por miras interesadas hayan fingido celo y aun fanatismo, los beduínos continúan irreligiosos en el fondo, y apenas el poder de los uahabitas fué aniquilado por Mohamed-Alí, se apresuraron a abandonar un culto que les aburría mortalmente (1). "En la actualidad—afirma un viajero moderno—, hay poca religión en el desierto; nadie se preocupa de las leyes del Corán" (2).

Por otra parte, si los árabes admitieron la revolución como un hecho consumado, no perdonaron a los que la promovieron ni aceptaron la jerarquía social que resultó de ella. Su oposición varió de carácter: de una lucha de principios degeneró en un antagonismo de personas.

Hasta cierto punto, las antiguas familias nobles que habían figurado tradicionalmente a la cabeza de las tribus no perdieron su categoría a consecuencia de la revolución. Verdad es que la opinión de Mahoma sobre la nobleza había sido vacilante, pues tan pronto había predicado la igualdad absoluta como había aceptado la aristocracia. "Nada de soberbia pagana—había dicho—. Basta de orgullo, basado en los ascendientes. Todos los hombres son hijos de Adán, y Adán fué hecho de barro; el más preciado a los ojos de Dios es el que

---

(1) Burckhardt, p. 160.
(2) Burton: *Peregrinación a Medina y a la Meca*, t. II, pp. 86, 109.

más le teme" (1). También había dicho: "Los hombres son tan iguales como las púas de un peine; la fuerza de su constitución determina la única superioridad de unos sobre otros" (2). Pero también había afirmado: "Los que eran nobles dentro del paganismo, seguirán siéndolo dentro del islamismo, con tal de que rindan homenaje a la verdadera sabiduría"; es decir, "con tal de que se hagan musulmanes" (3). Así es que, aunque Mahoma sintiese el deseo de abolir la nobleza, no pudo o no se atrevió a hacerlo. Subsistió, pues; conservó sus prerrogativas y quedó a la cabeza de las tribus; porque Mahoma, lejos de intentar hacer de Arabia una verdadera nación—lo cual hubiera sido imposible—, había mantenido la organización en tribus, presentándola como emanada del mismo Dios (4), y cada una de estas sociedades en miniatura no vivía ni se preocupaba más que de sí misma. En la guerra formaban ejércitos separados, teniendo cada uno su estandarte, que llevaba el jefe o guerrero designado para este fin (5); dentro de las ciudades, cada tribu ocupaba su barrio (6), su propio *caravanserallo* (7) y su propio cementerio (8).

---

(1) Caussin, t. III, p. 231.

(2) Caussin, t. III, p. 507.

(3) Aben-Jaldun: *Prolegómenos* (XVI), p. 243.

(4) Corán, sura 49, vers. 13.

(5) Consúltense los ejemplos citados en mis *Investigaciones*, t. I, p. 87, nota segunda.

(6) *Cartás*, p. 26; *Istajri*, p. 26; Ahmed ben-abi-Yacub, *Kitab al boldam*, fol. 25 v. (artículo sobre Cufa).

(7) Ahmed ben-abi-Yacub, fol. 64 v. *Cha'ala licoli cabilatin mahrosan.*

(8) Ahmed ben-abi-Yacub, fol. 53 v. *Uacanat licoli cabilatin'chabanaton to'rafo bihim uabiroasaihim.*

En realidad, el derecho de nombrar jefes de tribu pertenecía al califa; pero mediaba gran distancia entre el hecho y el derecho. En primer lugar, el califa no podía entregar el mando de una tribu sino a quien perteneciese a ella, porque los árabes no obedecen de buen grado a un *extranjero* o no le obedecen en absoluto. Por eso, Mahoma y Abubequer habían respetado casi siempre esta costumbre (1), transmitiendo su autoridad a hombres cuya influencia era reconocida. Durante el califato de Omar, los árabes llegaron a exigir como un derecho que sus jefes se eligieran siempre entre sus hermanos de tribu (2). Pero, de ordinario, las tribus designaban sus jefes (3), y el califa se limitaba a sancionar la elección (4), costumbre que en nuestros tiempos ha sido respetada también por el príncipe uahabita (5).

La antigua nobleza había conservado, por lo tanto, su posición; pero sobre ella se había elevado otro nueva. Mahoma y sus dos inmediatos sucesores habían conferido los cargos más importantes, como el mando del ejército y el gobierno de las provincias, a los primitivos musulmanes, a

---

(1) Consúltense los ejemplos citados por Aben-Cotaiba, página 121; Tabarí, t. I, p. 80; t. II, p. 4.

(2) Tabarí, t. II, pp. 206, 208, 210, 224.

(3) Abu-Ismael al Basri, *Fotuh axam*, pp. 208, 209.

(4) Esta frase debe interpretarse así: "Uno se presenta con sus hermanos de tribu a Omar, que le concede el mando de su tribu"; frase que se encuentra repetida en Tabarí, t. II, página 210. Véase también Abu-Ismael al Basrí, *Fotuh axam*, página 45.

(5) Burckhardt, p. 295.

los *emigrados* y a los *defensores* (1). Y era justo, por ser casi los únicos musulmanes verdaderamente sinceros, los únicos a quienes podía confiarse un gobierno a la vez espiritual y temporal. En cambio, ¿qué esperanza podía cifrarse en los jefes de tribu poco ortodoxos y aun ateos, como Oyena, el jefe de los Fazara, que decía: "Si Dios existe, juro por su nombre que jamás he creído en El" (2). La preferencia concedida a los *emigrados* y *defensores* era, pues, natural y legítima, pero no menos ofensiva para el orgullo de los jefes de tribu, que se veían postergados a los hombres de las ciudades, a labradores y advenedizos. Sus hermanos de tribu, que identificaban siempre el honor de sus jefes con su propia honra, se indignaban también, esperando con impaciencia una ocasión favorable para apoyar con las armas en la mano las pretensiones de sus jefes y para acabar con aquellos devotos musulmanes que habían asesinado a sus deudos.

Los mismos sentimientos de envidia y odio implacable animaban a la aristocracia de la Meca, cuyos jefes eran los Omeyas. Intrépida y orgullosa, veía con mal disimulado despecho que los viejos musulmanes eran los únicos que formaban el consejo del califa (3). Cierto que Abubequer había querido hacerles tomar parte en las deliberaciones; pero Omar se había opuesto enérgicamen-

(1) Tabarí, t. II, p. 164, y *passim*.
(2) Tabari, t. I, p. 110.
(3) Abu-Ismael al Basrí, pp. 161, 162, l. 3.

te, y su opinión había prevalecido (1). Pronto veremos que esta aristocracia pretendió apoderarse de la autoridad sin recurrir a la violencia; mas podía predecirse que, si fracasaba en esta tentativa, hallaría fácilmente aliados contra los *emigrados* y los medineses en los jefes de las tribus beduínas.

III

En sus últimos momentos, el califa Omar, herido de muerte por el puñal de un artesano cristiano de Cufa, había propuesto como candidatos al imperio los seis compañeros más antiguos de Mahoma, entre los cuales se distinguían Alí, Otman, Zobair y Talha. Cuando Omar exhaló el último suspiro, esta especie de cónclave se prolongó, sin ningún resultado, durante dos días, pues cada uno de sus miembros sólo pensaba en hacer valer sus propios títulos y en denigrar a sus adversarios. Al tercer día se convino en que uno de los electores que había renunciado a sus pretendidos derechos nombrase califa, y con gran despecho de Alí, de Zobair y de Talha, eligió al ommíada Otman (644).

La personalidad de Otman no justificaba la elección. Cierto que era rico y generoso, que había ayudado a Mahoma y a su secta con auxilios pecuniarios; pero si se uniese a esto que rezaba y ayunaba a menudo, y que era la honradez y la mo-

(1) Abu-Ismael al Basrí, pp. 37, 39.

destia mismas, quedarían enumerados todos sus méritos. Su espíritu, que nunca había sido muy privilegiado, se había debilitado con la edad—contaba sesenta años—, y su timidez era tan grande, que cuando subió al púlpito por primera vez le faltó valor para predicar. "Comenzar es muy difícil", murmuró suspirando, y bajó del púlpito.

Desgraciadamente, este piadoso anciano tenía debilidad por su familia, y su familia pertenecía a la aristocracia de la Meca, que durante veinte años había insultado, perseguido y combatido a Mahoma. Sus parientes le dominaron por completo. Su tío Alhacan, y, sobre todo, su primo Meruan, gobernaron de hecho, no dejando a Otman más que el título de califa y la responsabilidad de las medidas comprometedoras, que ignoraba casi siempre. La ortodoxia de ambos, sobre todo la del padre, era muy sospechosa. Alhacan no se convirtió hasta el día que se rindió la Meca; más tarde, habiendo traicionado los secretos de Mahoma, éste le maldijo y le desterró. Abubequer y Omar habían sostenido esta condena. Otman, por el contrario, después de revocarla, le dió cien mil monedas de plata y una tierra perteneciente al Estado; además nombró a Meruan su secretario y su visir, le casó con una de sus hijas y le enriqueció con el botín de Africa. Ganosos de aprovechar la ocasión, otros Omeyas, jóvenes tan inteligentes como ambiciosos, pero hijos de los más encarnizados enemigos de Mahoma, se apoderaron de los cargos más lucrativos, con gran satisfac-

ción del pueblo, contento de cambiar los viejos devotos, severos, rígidos, ásperos y tristes, por gentileshombres alegres y espirituales, pero con gran disgusto de los sinceros mahometanos, que sentían hacia los nuevos gobernantes de las provincias una aversión invencible. ¿Quién no recordaba con horror que Abu-Sofyan, el padre de Moauia—nombrado por Otman gobernador de Siria—, había capitaneado el ejército que había vencido a Mahoma en Ohod y que le había sitiado en Medina? Jefe principal de los de la Meca, no se sometió hasta ver perdida su causa, cuando diez mil musulmanes iban a exterminar a él y a los suyos; y aun entonces había respondido a Mahoma, que le intimaba a reconocerle como el *Enviado de Dios*: "Perdona mi sinceridad; sobre este punto conservo todavía algunas dudas." "Rinde homenaje al profeta o tu cabeza rodará", le dijeron entonces, y sólo ante esta amenaza, Abu Sofyan se hizo musulmán. Como tenía escasa memoria, un instante después había olvidado que lo era... Y ¿quién no se acordaba de Hind, la madre de Moauia, aquella feroz mujer que se había hecho con las orejas y las narices de los musulmanes muertos en la batalla de Ohod un collar y unos brazaletes; que había abierto el vientre de Hamza, tío del profeta, y le había arrancado el hígado para desgarrarlo con sus dientes? El hijo de tal padre y de tal madre, *la devoradora de hígado*—como se la llamaba—, ¿podía ser un musulmán sincero? Sus enemigos negaban hasta que lo fuese.

Respecto al gobernador de Egipto (1), hermano de leche de Otman, era peor aún. Su valor resultaba innegable, puesto que había vencido al gobernador griego de Numidia y obtenido una ruidosa victoria sobre la flota griega, muy superior en número a la suya; pero había sido secretario de Mahoma, y cuando el profeta le dictaba sus revelaciones, cambiaba las palabras y desnaturalizaba el sentido. Descubierto este sacrilegio, se había fugado y recaído en la idolatría. El día de la conquista de la Meca, Mahoma había ordenado matarle, aunque le hallasen oculto tras los velos que cubrían el santuario. El apóstata se puso bajo la protección de Otman, que le condujo hasta el profeta y solicitó su perdón. Mahoma guardó largo silencio... "Yo le perdono", dijo al fin; pero cuando Otman se hubo retirado con su protegido, Mahoma, lanzando en torno una mirada colérica, "¿Por qué se me comprende tan mal?—dijo—. Guardaba silencio para que uno de vosotros se levantase y matara a ese hombre..."

Pues bien, ahora era gobernador de una de las más hermosas provincias del imperio.

Ualid, hermano uterino del viejo califa, era gobernador de Cufa. Había dominado la insurrección del Adzerbaichan cuando esta comarca intentó recobrar su independencia; sus tropas, unidas a las de Moauia, se apoderaron de Chipre y de muchas ciudades del Asia Menor; toda la provin-

(1) Abdala aben-Sad ben-Abi-Sarh.

cia elogiaba la prudencia de su gobierno (1); pero su padre, Ocba, había escupido en el rostro a Mahoma, había querido estrangularle, y, prisionero y condenado a muerte, había exclamado: "¿Quién recogerá a mis hijos?" El profeta había respondido: "El fuego del infierno." Y el hijo, el *niño del infierno*, como se le llamaba, parecía dispuesto a justificar esta predicción. Una vez, después de un banquete, prolongado hasta el amanecer, embriagado por el vino y la presencia de hermosas cantarinas, había oído al almuédano anunciar desde lo alto del alminar la plegaria matutina. Con el cerebro aun perturbado por los vapores del vino, y sin otro vestido que su túnica, corrió a la mezquita y recitó, mejor de lo que era de esperar, la oración acostumbrada, que, por otra parte, no duraba más que tres o cuatro minutos; pero cuando hubo terminado preguntó al concurso, probablemente para demostrar que no había bebido con exceso: "¿Es que debo rezar otra?" "¡Por Dios!—exclamó entonces un piadoso musulmán que estaba detrás de él—. ¡Jamás hubiese pensado que nos enviarían de Medina tal gobernador!" Y en el acto se puso a arrancar el pavimento de la mezquita; siguieron su ejemplo los demás concurrentes que participaban de su celo, y Ualid, para no morir lapidado, volvió precipitadamente a su palacio y entró en él con pasos vacilantes, recitando este verso de un poeta pagano: "Podéis estar seguros de encontrarme allí donde haya vino

(1) Weil: *Historia de los califas*, t. I, p. 171, nota segunda.

y cantarinas. No soy un duro guijarro, insensible al placer." El gran poeta Hotaia parece haber encontrado esta aventura bastante graciosa. "El día del juicio final—dice en sus versos—, Hotaia podrá certificar que Ualid no merece el vilipendio con que se le abruma. ¿Qué ha hecho, en resumidas cuentas? Terminada la oración ha exclamado: "¿Queréis más...?"; pero es porque estaba un poco alegre y no sabía lo que decía. ¡Ha sido una suerte que te hayan detenido, Ualid, porque si no, hubieses estado rezando hasta el fin del mundo!" Lo que resulta indudable es que Hotaia, por gran poeta que fuese, no era en el fondo más que un impío, que abrazó y abjuró alternativamente la fe mahometana (1). Por eso hubo en Cufa algunas personas que, pagadas tal vez por los santos de Medina, no opinaban como él, y dos de ellas fueron a la capital para acusar a Ualid. Otman se negó a escuchar la denuncia; pero Alí intervino, y Ualid fué destituído, con gran sentimiento de los árabes de Cufa (2).

La elección de gobernadores no era el único reproche que el partido piadoso dirigía al viejo califa, sino el haber maltratado a muchos compañeros del profeta, el haber renovado un uso pagano, que Mahoma había abolido, y el pensar establecer su residencia en la Meca; pero lo que menos le perdonaban era la nueva redacción del Corán, he-

(1) Respecto a Hotaia, consúltese la nota de M. Caussin, *apud* de Slane, traducción inglesa de la obra de Aben-Jallcan, t. I, p. 209.

(2) Masudi, man. 127, p. 185; *al-Mojtar min nauadir al-ajbar*, man. de Leyde 495, fol. 28 v.

cha por orden suya, y no por los hombres más instruídos—pues hasta aquél que Mahoma había designado como el mejor *lector* del Corán fué extraño a ella—, sino por los más adictos al califa; y, sin embargo, esta redacción pretendían que era la única buena, ordenando que se quemasen todas las demás.

Aunque resueltos a no tolerar mucho tiempo tal estado de cosas, los antiguos competidores de Otman, Alí, Zobair y Talha, que gracias al dinero destinado a los pobres—del cual se habían apoderado—, se habían hecho tan ricos que no contaban más que por millones (1), prodigaban el oro a manos llenas para suscitar revueltas en todas partes. Sin embargo, no lo consiguieron más que a medias; hubo aquí y allá algunos levantamientos parciales; pero las masas permanecieron fieles al califa. En fin, contando con la adhesión de los medineses, los conspiradores llevaron a la capital algunos centenares de esos beduínos de colosal estatura y de atezado rostro, dispuestos siempre, por dinero, a asesinar al que fuese preciso (2). Estos supuestos vengadores de la religión ultrajada, después de haber maltratado al califa en el templo, fueron a sitiarlo en su palacio, defendido tan sólo por quinientos hombres, la mayor parte esclavos, capitaneados por Aeruan. Confiaban en que Otman renunciaría voluntariamente al trono, pero se engañaron; creyendo que no se atreve-

(1) Weil, t. I, p. 166.
(2) Tabari, t. II, pp. 250, 252.

rían a atentar contra su vida o contando con el auxilio de Moauia, el califa mostró una gran firmeza. Fué preciso recurrir a medidas extremas; después de un sitio, que duró muchas semanas, los desalmados penetraron en el palacio por una casa contigua; asesinaron al califa octogenario, que estaba leyendo piadosamente el Corán, y para coronar su obra saquearon el tesoro público. Meruan y los demás ommíadas tuvieron tiempo de huír (656).

Los medineses, *los defensores*—porque este título, aplicado a los compañeros de Mahoma, pasó a sus descendientes—, habían presenciado los hechos pasivamente, hasta el punto de que la casa por donde los asesinos penetraron en el palacio pertenecía a los Beni-Hazm, familia de los *defensores* que más tarde se singularizó por su odio a los ommíadas. Esta neutralidad intempestiva, tan parecida a la complicidad, les fué reprochada duramente por su poeta Hasan-ben-Tabit, ardiente partidario de Otman, que temía, con razón, que los ommíadas vengasen en sus hermanos de tribu el asesinato de su deudo. "Cuando el venerable anciano—dice—vió la muerte alzarse ante él, nada hicieron los defensores para salvarle. ¡Ay! ¡bien pronto resonará en nuestras moradas el grito de: ¡Dios es grande! ¡Venganza, venganza a Otman!" (1).

Alí, elevado al califato por los *defensores*, des-

(1) Masudi, p. 194; Aben-Badrun, p. 148.

tituyó a todos los gobernadores de Otman y los sustituyó por musulmanes de la "antigua roca", sobre todo por *defensores*. Los ortodoxos triunfaban; iban a apoderarse del mando, a exterminar a los nobles, cabeza de las tribus, y a los ommíadas, conversos de la víspera, que creían ser los pontífices y los doctores del porvenir.

Pero su gozo duró poco; la división estalló en el mismo cenáculo; al pagar a los asesinos de Otman, cada uno de los triunviros había contado con el califato. Frustradas sus esperanzas, Talha y Zobair, después de haber sido obligados, con el alfanje sobre el cuello, a jurar fidelidad a su afortunado competidor, abandonaron Medina para unirse con la ambiciosa y pérfida Aixa, la viuda del profeta, que antes había conspirado contra Otman, pero que ahora excitaba al pueblo a vengarle y a sublevarse contra Alí, a quien odiaba con toda la fuerza del orgullo herido, porque una vez, viviendo su esposo, había osado dudar de su virtud.

¿Cuál sería el resultado de la lucha que iba a entablarse? Nadie podía vaticinarlo; los confederados disponían tan sólo de un pequeño ejército; Alí no tenía de su parte más que a los asesinos de Otman y a los *defensores*. Era, por lo tanto, la masa la que debía decidirse por unos o por otros. Pero la masa permaneció neutral. A la noticia del asesinato del anciano califa, un eco de indignación había repercutido en todo el imperio; y si la complicidad de Zobair y de Talha hubiera sido

menos conocida, hubiesen tal vez podido contar con la simpatía de las turbas que pretendían castigar a Alí. Mas su participación en el regicidio no era un misterio para nadie. "¿Será forzoso —respondieron los árabes a Talha en la mezquita de Basora—, será forzoso enseñarte la epístola en que nos excitas a sublevarnos contra Otman? Y tú—dijeron a Zobair—, ¿no has incitado a los habitantes de Cufa a la insurrección?" Por lo tanto, casi no hubo nadie que quisiera batirse por uno de aquellos hipócritas, confundidos en un desprecio común. Esperando los acontecimientos, se procuraba conservar el gobierno y los gobernadores establecidos por Otman. Cuando un funcionario, nombrado gobernador de Cufa por Alí, fué a posesionarse de su cargo, los árabes de aquella ciudad salieron a su encuentro y le exigieron terminantemente el castigo de los asesinos de Otman, declarando que querían seguir con el gobernador anterior, y que, en cuanto a él, le hendirían la cabeza si no se retiraba al instante. El *defensor* encargado del mando de Siria fué detenido en la frontera.

—¿A qué vienes?—le preguntó el comandante.

—A ser vuestro emir.

—Si no te envía el mismo Otman, ya puedes desandar el camino.

—Pero ¿se ignora aquí lo que ocurre en Medina?

—Se sabe perfectamente, y por eso mismo te aconsejo que no insistas.

El defensor tuvo la prudencia de aprovechar el aviso.

Por fin Alí encontró amigos y servidores de ocasión en los árabes de Cufa, a los cuales ganó, no sin trabajo, para su causa, prometiéndoles fijar su residencia en dicha ciudad y elevarla a capital del imperio. Con su ayuda venció en la *batalla del camello*, que le libró de sus competidores: Talha fué herido de muerte; Zobair pereció asesinado en la fuga; Aixa solicitó y obtuvo el perdón. El honor de esta victoria recayó principalmente sobre los *defensores*, que formaban el grueso de la caballería (1).

Desde entonces Alí era dueño de Arabia, del Irak-Arabí y de Egipto, lo cual significaba que su autoridad no era abiertamente desacatada en estas provincias, pero se le obedecía con extrema frialdad y con aversión evidente. Los árabes del Irak-Arabí, cuyo concurso le importaba en extremo, hallában siempre pretextos para no ponerse en marcha cuando él se lo ordenaba: en invierno hacía mucho frío; en verano, mucho calor (2).

Unicamente Siria se resistía a acatarle. Moauia, aunque hubiese querido, no hubiera podido hacerlo sin mancillar su honor. Aun hoy, el fellah egipcio, por degenerado y oprimido que esté, venga la muerte de un deudo, aunque haya de pagar la venganza con la cabeza (3). Moauia, ¿podía, por

(1) Masudi, pp. 204, 206.
(2) Expresión del mismo Alí, hablando a los árabes del Irah (tomada de Reiske, notas sobre Abulfeda, t. I, p. 67).
(3) Burckhardt, p. 178.

lo tanto, dejar impune el asesinato de su tío? ¿Podía someterse al hombre que había nombrado generales a los asesinos? Y, sin embargo, no le impulsaba a resistir, la voz de la sangre sino una ardiente ambición. Hubiera podido salvar a Otman corriendo en su auxilio con su ejército; mas ¿de qué le hubiera servido personalmente? Una vez salvado Otman, hubiera continuado siendo lo que era: gobernador de Siria. El mismo confiesa que desde que el profeta le había dicho: "Si obtienes el gobierno, cumple bien", no tenía otro fin, otra preocupación ni otra idea que obtener el califato (1). Entonces las circunstancias le favorecían admirablemente; después de haberlo esperado todo, podía atreverse a todo. ¡Sus deseos iban a cumplirse! ¡Nada de temor! ¡Nada de escrúpulos! Podía alardear de una causa justa y contar con los árabes de Siria, suyos en cuerpo y alma. Cortés, amable, generoso, conocedor del corazón humano, dulce o severo, según las circunstancias, Moauia había sabido granjearse respeto y amor por sus cualidades personales. Además existía entre ellos comunidad de miras, de sentimientos y de intereses. Para los sirios era el islamismo letra muerta, una fórmula vaga y confusa, cuyo sentido no se preocupaban de descifrar; les repugnaban los deberes y las ceremonias de esta religión; sentían un odio inveterado contra la aristocracia advenediza, cuyo único título para mandarlos era el

(1) *Nauaui*, p. 565.

haber sido fiel a Mahoma; y, en fin, lamentaban la pérdida de la preponderancia de los jefes de su tribu. Si les hubiesen dejado, hubieran marchado rectamente contra las dos ciudades santas para saquearlas, incendiarlas y exterminar a sus habitantes. El hijo de Abu-Sofyan y de Hind compartía con ellos sus propósitos, recelos, resentimientos y esperanzas. Tal era la verdadera causa de la simpatía recíproca entre el príncipe y sus súbditos, simpatía que se patentizó cuando Moauia, después de un largo y glorioso reinado, exhaló su último suspiro y hubieron de rendirle los postreros honores. El emir, a quien Moauia había confiado el gobierno hasta que Yezid, el heredero del trono, llegase a Damasco, había dispuesto que el ataúd fuese conducido por los parientes del ilustre difunto; pero el día de los funerales, cuando empezó a desfilar el cortejo, los sirios dijeron al emir: "Mientras vivió el califa, nos hizo partícipes de todas sus empresas; sus penas y sus alegrías han sido nuestras. Permítenos, pues, que ahora reclamemos nuestra parte." Y cuando el emir hubo accedido a su demanda, uno por uno, quisieron tocar, aunque fuese con la punta de un dedo, el túmulo donde reposaban los restos mortales del amado califa, desgarrando en su precipitación el paño mortuorio (1).

Alí, desde el principio pudo convencerse de que los sirios identificaban la causa de Moauia con su

---

(1) *Raihân*, fol. 200 r.

propia causa. "Diariamente—le decían—cien mil hombres vienen a llorar en la mezquita bajo la túnica ensangrentada de Otman, jurando vengarle en ti." Habían transcurrido seis meses desde el asesinato, cuando Alí, vencedor en *la batalla del camello,* conminó por última vez a Moauia para que se sometiera; pero éste, mostrando a los árabes reunidos en la mezquita la ensangrentada túnica, demandó su opinión. Escucháronle en un silencio respetuoso y solemne; cuando hubo concluído, uno de los nobles, tomando la palabra en nombre de todos: "Príncipe—dijo con esa deferencia que emana del corazón—, a ti te toca aconsejar y ordenar; a nosotros, obrar y obedecer." Y al instante se promulgó esta orden por todas partes: "Que todo individuo, capaz de esgrimir las armas, se agrupe sin demora bajo sus banderas; quien al cabo de tres días no se halle en su puesto, será condenado a muerte." Nadie faltó al llamamiento; el entusiasmo fué sincero y unánime: iba a lucharse por una causa verdaderamente nacional. Siria proporcionó por sí sola más soldados a Moauia que todas las demás provincias habían proporcionado a Alí. Este comparaba con dolor la abnegación y el celo de los sirios con la tibia indiferencia de los árabes del Irak. "Cambiaría de buen grado diez de vosotros por cada uno de los soldados de Moauia—decía (1)—. ¡Por Dios! Triunfará al fin *el hijo de la devoradora de hígado!*" (2).

(1) Masudi, man. 537 d, fol. 159 r.
(2) Weil, t. I, p. 217, en la nota.

La rivalidad iba a solventarse por medio de las armas en las llanuras de Cifin, en la orilla occidental del Éúfrates. Sin embargo, cuando los dos ejércitos se hallaron frente a frente, transcurrieron muchas semanas en inútiles negociaciones y en escaramuzas que, aunque sangrientas, no producían resultado alguno.

Ambas partes rehuían una batalla general y decisiva, que al fin tuvo que entablarse, fracasadas las tentativas de concordia. Los viejos camaradas de Mahoma combatieron en aquella ocasión con la misma rabia fanática que en los tiempos en que forzaban a los beduínos a elegir entre el mahometismo o la muerte. Y es que, a sus ojos, los árabes de Siria eran realmente paganos. "¡Lo juro—decía Amar, que a la sazón contaba noventa años—, no puede haber nada más meritorio ante Dios que combatir a esos impíos! Si sus lanzas me matan, moriré mártir de la verdadera fe. ¡Seguidme, compañeros del profeta! Las puertas del cielo se abren ante nosotros; las huríes nos esperan" (1). Y arrojándose en lo más peligroso del combate, luchó como un león hasta que expiró, acribillado de heridas. Pór su parte, los árabes del Irak-Arabí, comprendiendo que se trataba de su honor, combatieron mejor de lo que se hubiera creído, y la caballería de Alí dió una carga tan formidable, que los sirios perdieron terreno. Viendo en peligro el triunfo, Moauia, poniendo ya el pie en el estribo,

(1) Weil, t. I, p. 225.

se disponía a emprender la fuga, cuando Amr, hijo de Aci, se le aproximó.

—Y bien—le dijo el príncipe—, tú, que te alabas de saber salir de cualquier mal paso, ¿qué remedio encuentras al mal que nos amenaza? Acuérdate de que te he prometido el gobierno de Egipto para después del triunfo, y dime qué debo hacer (1).

—Es preciso—respondió Amr, que mantenía secretas inteligencias con el ejército de Alí—, es preciso ordenar a los soldados que posean un ejemplar del Corán, que lo aten al extremo de sus lanzas; anuncia al mismo tiempo que apelas a lo que decida este libro. El consejo es bueno, te respondo de ello.

Ante el temor de una derrota, Amr había convenido de antemano en apelar a este golpe teatral con otros jefes del ejército enemigo (2), entre los cuales Axat, el hombre más pérfido de entonces, figuraba en primera línea. Ciertamente no tenía razón para ser muy adicto al islamismo y a sus fundadores Axat, que antes, cuando aun era pagano y jefe de la tribu de Kinda, había tomado soberbiamente el título de rey, y cuando había abjurado el islamismo en tiempo de Abubequer, había visto a los musulmanes degollar a toda la guarnición de su fortaleza de Nochair.

Moauia siguió el consejo de Amr y ordenó atar el Corán a las lanzas. El santo libro abundaba

(1) Raihán, fol. 197; Masudi, fol. 231 r.
(2) Weil, t. I, p. 227.

poco en aquel ejército de cerca de ochenta mil hombres; apenas se encontraron quinientos ejemplares (1); pero bastaban para el fin que se proponían Axat y sus enemigos, que, agrupándose en torno del califa, exclamaron:

—Aceptamos la decisión del libro de Dios; queremos la suspensión de la lucha.

—Es una astucia, un ardid infame—rugió Alí, trémulo de indignación—; los sirios apenas tienen idea de lo que es el Corán, y violan sin cesar sus preceptos.

—Pero, puesto que nosotros combatimos en nombre de ese divino libro, no podemos recusarle.

—Por lo que en realidad combatimos es por humillar a esos hombres y someterlos a las leyes de Dios; porque si se han rebelado contra el Todopoderoso, es indudable que han rechazado su santo libro. ¿Creéis que Moauia, Amr y ese *hijo del infierno,* y todos cuantos le siguen, creéis que se preocupan de la religión y del Corán? Yo los conozco mejor, los he tratado en su infancia, y de hombres y de niños han sido siempre unos malvados (2).

—No importa; ellos apelan al libro de Dios, y tú apelas a la espada.

—¡Ay de mí! Veo claramente que queréis abandonarme. Corred, pues, a uniros con los restos de la coalición que en otro tiempo combatió a Mahoma; reuníos a esos hombres que afirman: "Dios y su profeta son impostura y mentira."

---

(1) Masudi, fol. 231 r.
(2) Masudi, fol. 232 r. y v.

—Envía inmediatamente a Axtar—era el general en jefe de la caballería—la orden de batirse en retirada; si no, te espera la misma suerte que a Otman" (1).

Comprendiendo que no retrocederían, si era preciso, en el cumplimiento de esta amenaza, Alí cedió, dando la orden de retirada al general victorioso que perseguía de cerca al enemigo. Axtar se negó a obedecer. Entonces estalló un nuevo tumulto; Alí reiteró su orden.

—Pero ¿no sabe el califa que la victoria es nuestra?—exclamó el valiente Axtar—. ¿Por qué he de retroceder en el momento en que el enemigo va a sufrir una completa derrota?

—Y ¿de qué te serviría la derrota—le respondió un árabe del Irak, es decir, uno de los mensajeros—, si Alí fuera asesinado mientras tanto?

Bien a pesar suyo, el general ordenó la retirada.

Aquel día, el que antes se titulaba rey de Kinda pudo gozar las dulzuras de la venganza, siendo él quien inició la ruina de los piadosos musulmanes que le habían despojado de su realeza y asesinado a sus hermanos de tribu en Nochair. Alí le envió a Moauia para preguntarle en qué forma creía él que había decidido el debate el Corán: "Alí y yo —respondió Moauia—nombraremos cada uno un árbitro, y ellos decidirán, consultando el sagrado libro, cuál de los dos tiene derecho al califato. Por mi parte elijo como árbitro a Amr, hijo de Aci."

(1) Xahrastani, pp. 85, 86.

Cuando Axat llevó esta respuesta a Alí, éste quiso nombrar a su primo Abdala, hijo de Abbas; pero no se lo permitieron, temiendo que un pariente tan próximo fuese muy parcial. Después, cuando Alí propuso a su valiente general Axtar, exclamaron:

—¿Quién ha encendido el fuego de la guerra sino Axtar?

—No queremos—dijo el pérfido Axat—, no queremos otro árbitro más que Abu-Musa.

—Pero este hombre me guarda rencor porque le he quitado el gobierno de Cufa—profirió Alí—; me ha traicionado, ha prohibido a los árabes del Irak seguirme en la guerra; ¿cómo voy a confiarle mis intereses?

—No aceptamos más que éste—respondieron entre las amenazas más terribles.

Alí accedió por fin, cansado de la discusión.

Inmediatamente doce mil soldados abandonaron su causa, después de intentar en vano anular el tratado que acababa de firmarse, y que les parecía un sacrilegio, puesto que la decisión de las discordias no pertenecía a los hombres, sino sólo a Dios. Cierto que entre ellos había traidores, y que probablemente Axat figuraba en ese número; mas la mayoría eran piadosos *lectores del Corán*, hombres de buena fe, muy adictos a la religión, muy ortodoxos, pero de ortodoxia distinta de la de Alí y la aristocracia medinesa. Indignados hacía tiempo de la depravación y la hipocresía de los compañeros de Mahoma, que convertían la religión en

instrumento de su ambición mundana, éstos *no-conformistas* (1) habían resuelto separarse de la iglesia oficial en la primera ocasión. Republicanos y demócratas en religión como en política, moralistas austeros, puesto que consideraban la incredulidad cual grave pecado, se asemejaban mucho a los *independientes* ingleses del siglo XVII del partido de Cromwell (2).

El árbitro nombrado por Alí, según unos, fué engañado por su colega, y, según otros, engañó a su señor. Sea lo que sea, la guerra volvió a reanudarse. Alí sufrió incesantes reveses. Su afortunado rival le arrebató primero Egipto y en seguida Arabia. Dueño de Medina, el general sirio predicó desde lo alto del púlpito: "Ausitas y Jazrachitas, ¿dónde está el venerable anciano que antes ocupaba este puesto? ¡Por Dios, que si no temiese la cólera de Moauia, mi señor, no perdonaría a ninguno de vosotros!... Prestad juramento a Moauia, mi señor, pero sin mala voluntad, y obtendréis el perdón". La mayoría de los *defensores* estaban entonces en el ejército de Alí; los demás se dejaron arrancar el juramento (3).

Poco después, Alí pereció, víctima de la venganza de una joven *no-conformista*, a cuyo padre y hermano había mandado decapitar, y que antes de casarse con un primo suyo le había exi-

---

(1) En árabe, *Jauarich.*
(2) Más tarde volveremos a tratar de esta secta tan importante.
(3) Weil, t. I, p. 246.

gido la cabeza del califa como precio de su mano (661).

Hasan, su hijo, heredó sus pretensiones al califato. Tenía poca personalidad para jefe de un partido; indolente y sensual, prefería una vida muelle, tranquila, opulenta, a la gloria, al poder y a los cuidados del gobierno. El verdadero jefe del partido fué desde entonces el defensor Cais, hijo de Sad, hombre de colosal estatura, de formas atléticas, magnífico tipo de fuerza bruta, que se había singularizado en veinte batallas por su arrojo indomable. Su piedad era ejemplar, hasta el punto de cumplir sus deberes religiosos aun con peligro de su vida. Un día, al inclinarse para rezar su oración, vió una enorme serpiente en el sitio en que debía apoyar la cabeza. Harto escrupuloso para interrumpir su oración, la continuó, apoyando tranquilamente la cabeza al lado del reptil, que se enroscó en torno de su cuello sin hacerle daño. Cuando hubo concluído de rezar, desenroscó la serpiente y la arrojó lejos de sí (1). Este devoto musulmán odiaba a Moauia, no sólo por considerarle como enemigo de sus hermanos de tribu en general y de su familia en particular, sino por juzgarle incrédulo, puesto que Cais jamás había querido admitir que Moauia fuese musulmán. Estos dos hombres se detestaban hasta tal punto, que cuando Cais, durante el reinado de Alí, era aún gobernador de Egipto, entablaron

---

(1) Masudi, p. 278.

correspondencia por el solo placer de escribirse injurias. El uno encabezaba su carta: "Judío, hijo de un judío." Y el otro respondía: "Pagano, hijo de un pagano. Has adoptado el islamismo a tu pesar, por coacción, pero le traicionas de buen grado. Tu fe, si alguna tienes, es de fecha reciente; en cambio, tu hipocresía es muy antigua" (1).

Hasan disimuló mal desde un principio sus pacíficas intenciones.

—Extiende la mano—le dijo Cais—; sólo te prestaré juramento cuando antes hayas jurado conformarte con el libro de Dios, con las leyes dadas por el profeta, y combatir a nuestros enemigos.

—Juro—respondió Hasan—identificarme con lo que es eterno en el libro de Dios y en las leyes del profeta; pero tú, por tu parte, habrás de obedecerme, lucharás con los que yo luche y harás la paz cuando yo la haga.

Se prestó el juramento; pero estas palabras habían producido un efecto fatal. "No es el hombre que necesitamos—decían—; no quiere la guerra." Para los *defensores* todo estaba perdido si Moauia triunfaba. No tardaron en realizarse sus temores. Durante muchos meses, aunque Hasan dispuso de un ejército considerable, permaneció inactivo en Madain; probablemente pactaba en secreto con Moauia. Por fin envió a Cais hacia la frontera de Siria, pero con tan escasas tropas, que el valiente *defensor*

(1) Mobarrad, pp. 304, 305; Masudi, p. 277.

se vió vencido por el número. Los fugitivos, al llegar a Madain en el mayor desorden, maltrataron a Hasan, que, si no los había entregado al adversario, había desempeñado al menos un papel ambiguo, y que se apresuró a concertar la paz con Moauia, renunciando para siempre al califato, a cambio de una magnífica renta y de la amnistía para sus secuaces.

Sin embargo, Cais tenía aún a sus órdenes cinco mil hombres, que después de la muerte de Alí se habían rasurado la cabeza en señal de duelo. Con tan corto ejército intentaba proseguir la lucha; pero, ignorando si sus tropas participaban de su frenético ardor, les dijo: "Si queréis, pelearemos hasta el fin y nos dejaremos matar uno a uno antes que rendirnos; pero si preferís demandar el *amán* (1), yo os lo procuraré. Elegid." Los soldados optaron por el *amán* (2). Cais, acompañado de los principales de su tribu, se presentó a Moauia, pidió gracia para él y para los suyos, y le recordó las palabras de Mahoma, que en el lecho de muerte había recomendado los *defensores* a los demás musulmanes, diciendo: "Honrad y respetad siempre a estos hombres, que han dado asilo al profeta fugitivo, y a los cuales debe el éxito de su causa." Al terminar su discurso dió a entender que los *defensores* se considerarían felices si quería aceptar sus servicios; porque, a pesar de su

(1) Voz con que los musulmanes demandan gracia en el combate. (N. de la T.)
(2) Abu-'l-mahasin, t. I, p. 113.

devoción, a pesar de su repugnancia a obedecer a un incrédulo, no podían resignarse a perder sus cargos elevados y lucrativos. Moauia respondió en estos términos:

—No concibo, *defensores*, qué títulos podéis alegar para obtener mi gracia. ¡Por Dios! Habéis sido mis más encarnizados enemigos. En la batalla de Cifin estuvisteis a punto de causar mi ruina cuando vuestras lanzas deslumbrantes sembraban la muerte en las filas de mis soldados. Las sátiras de vuestros poetas han sido para mí otros tantos alfilerazos; y ahora que Dios ha consolidado lo que queríais derribar, me decís: "¡Respeta las in"dicaciones de Mahoma!" Imposible; hay absoluta incompatibilidad entre nosotros.

Herido en su soberbia, Caís cambió de tono:

—El título para apelar a tu bondad—dijo—es el de ser fieles musulmanes, y a los ojos de Dios esto basta, si bien es verdad que los que se han aliado para combatir al profeta tienen otros títulos que hacer valer ante ti, pero que no les envidiamos. Cierto que hemos sido vuestros enemigos; pero vosotros hubieseis podido evitar la guerra. Nuestros poetas os han zaherido con sus sátiras; pues bien, lo que hayan dicho de falso, olvídese, y quede tan sólo lo que hayan dicho de verdad. Vuestro poder se ha consolidado; harto lo sentimos; en la batalla de Cifin, cuando pudimos causar vuestra derrota, combatíamos bajo las banderas de un hombre que creía cumplir la voluntad de Dios. En cuanto a las recomendaciones del profeta, el que

cree en él las acata; pero, pues dices que hay incompatibilidad entre nosotros, desde ahora sólo Dios podrá impedirte hacer el mal, Moauia.

—¡Retiraos al instante!—gritó el califa, indignado de tamaño atrevimiento (1).

Los *defensores* habían sucumbido. El poder volvía, naturalmente, a los antiguos jefes de tribu, a la primitiva nobleza. Y, sin embargo, los sirios no estaban satisfechos. Habían soñado con el placer de una venganza plena y terrible. La moderación de Moauia no se lo permitía; pero ya llegaría el momento de intentarlo, y entonces sería un combate a muerte. En cuanto a los *defensores*, se consumían de despecho, de rabia y de cólera. Mientras viviese Moauia, el poder de los Omeyas sería demasiado sólido para que pudiesen intentar nada; pero Moauia no era inmortal, por lo que, lejos de dejarse abatir, los medineses se preparaban para una nueva lucha.

En aquel intervalo de forzada inacción, la tarea de los guerreros pasó a los poetas; por todas partes el odio se exhalaba en sangrientas sátiras. Se porfiaba sin descanso; los chismes y las vejaciones eran incesantes; los sirios y los príncipes de la dinastía ommíada no perdonaban ninguna ocasión para demostrar su odio y su menosprecio a los *defensores*, que les pagaban en la misma moneda (2).

(1) Masudi, pp. 277, 278.

(2) Consúltense: *Raihán*, fols. 138 r., 139 r.; *Nouveau Journal Asiatique*, t. XIII, pp. 295, 297; *Raihán*, fols. 139 r. y v., 140 r.; Masudi, 537 d., fol. 141 r. y v.

IV

Antes de morir había recomendado Moauia a su hijo Yezid que vigilase incesantemente a Hosain, hijo segundo de Alí, porque ya no existía Hasan, que era el mayor, y que vigilase igualmente al *emigrado* Abdalá, hijo de aquel Zobair que había disputado el trono al yerno del profeta. Ambos eran peligrosos, en efecto. Cuando Hosain encontró a Abdalá en Medina, le dijo:

—Tengo serias razones para creer que el califa ha muerto.

—En este caso, ¿qué piensas hacer?—le preguntó Abdalá.

—Jamás reconoceré a Yezid como soberano; es un borracho, un disoluto, y tiene una pasión furiosa por la caza.

Su interlocutor guardó silencio, pero pensaba lo mismo.

Yezid I no tenía ni la moderación de su padre, ni su respeto a las conveniencias, ni su afición al reposo y al bienestar; era imagen fiel de su madre, una fiera beduína, que, como ella misma afirmaba en hermosos versos, prefería el silbido de la tempestad en el desierto a una música armoniosa, y un trozo de pan, comido bajo la tienda de campaña, a los más exquisitos manjares que le servían en el soberbio palacio de Damasco. Criado por ella en el desierto de los Beni-Kelb, Yezid era más bien un jefe de tribu entronizado,

que un monarca y un sumo pontífice. Menospreciando el fausto y la etiqueta, afable con todo el mundo (1), jovial, generoso, elocuente, inspirado poeta, aficionado a la caza, a la danza, al vino y a la música, no experimentaba más que una tibia simpatía por la fría y austera religión de que el azar le había hecho jefe, y a la cual su abuelo había combatido sin resultado. La devoción, casi siempre falsa; la piedad, a menudo ficticia, de los veteranos del islamismo, chocaba con su franca naturaleza; no disimulaba su predilección por el que los teólogos llamaban el *tiempo de la ignorancia;* se abandonaba sin escrúpulo a los placeres prohibidos por el Corán; se complacía en realizar todos los caprichos de su espíritu fantástico y voluble, y no se molestaba por nadie.

En Medina se le aborrecía y execraba; en Siria se le adoraba de rodillas (2).

Como de ordinario, el partido de los viejos musulmanes tenía superabundancia de jefes, pero carecía de soldados. Hosain, que, después de haber burlado la crédula vigilancia del gobernador de Medina se había refugiado con Abdala en el sagra-

---

(1) "Nullam umquam sibi regalis fastigii causa gloriam appetivit, sed cum omnibus civiliter vixit."—Isidoro de Beja, c. 18.

(2) "Vir nimium gratissime habitus."—Isidoro. Todo cuanto consigna este autor, casi contemporáneo, sobre el carácter de los ommíadas, tiene un gran interés, porque refleja la opinión de los sirios establecidos en España, en tanto que los escritores árabes, menos antiguos, por otra parte, juzgan de ordinario a estos príncipes desde el punto de vista de los medineses. Véase también la elegía sobre la muerte de Yezid, en Wright, *Opuscula Arabica,* pp. 118 y 119.

do territorio de la Meca, recibió con gozo extraordinario las misivas de los árabes de Cufa, que le apremiaban para que se pusiera a su cabeza, prometiéndole reconocerle como califa y levantar a favor suyo toda la población de Irak-Arabí. Los mensajeros de Cufa se sucedían sin interrupción; el *último* era *portador* de una demanda tan extensa, que las firmas ocupaban nada menos que ciento cincuenta hojas. En vano amigos clarividentes le suplicaban, le conjuraban a no lanzarse en una empresa tan audaz, a desconfiar de las promesas y el entusiasmo ficticio de una población que había engañado y traicionado a su padre, Hosain, mostrando con orgullo las innumerables peticiones que había recibido, y que un camello —decía— apenas podía transportar, Hosain prefirió seguir los consejos de su funesta ambición. Obedeciendo a su destino, partió para Cufa, con gran satisfacción de su supuesto amigo Abdala, que, incapaz de luchar públicamente contra el nieto del profeta, gozaba interiormente viéndole correr a su perdición con el deliberado propósito de entregar espontáneamente su cabeza al verdugo.

La devoción no influía para nada en la adhesión que el Irak-Arabí demostraba por Hosain, pues aquella provincia se hallaba en una situación excepcional. Moauia, aunque oriundo de la Meca, había sido el fundador de una dinastía esencialmente siria. Bajo su reinado, Siria se había convertido en región preponderante. Damasco fué desde entonces la capital del imperio, honor que

había disfrutado Cufa durante el califato de Alí. Humillados en su orgullo, los árabes del Irak mostraron desde el principio un espíritu muy turbulento, muy sedicioso, muy anárquico, muy árabe, en una palabra. La provincia se convirtió en el punto de cita de los sediciosos políticos, en guarida de asesinos y ladrones. Entonces Moauia confió el gobierno a Ziyad, su hermano bastardo, que no contuvo las fuerzas alborotadas, sino que las cortó. No salía más que escoltado de soldados, de esbirros y verdugos, y ahogaba con mano de hierro la menor tentativa para turbar el orden público o social. Bien pronto la más completa sumisión y la mayor seguridad reinaron en la provincia, pero también el más afrentoso despotismo. He aquí por qué el Irak estaba dispuesto a reconocer a Hosain.

Pero el temor tiranizaba las almas de los habitantes de la región, sin que lo sospechasen ellos mismos. Ya no existía Ziyad, pero quedaba un hijo digno de él; este hijo se llamaba Obaidala. A él fué a quien confió Yezid el trabajo de ahogar la conspiración de Cufa, pues el gobernador de la ciudad, Noman, hijo de Baxir, alardeaba de una moderación que parecía sospechosa al califa. Habiendo partido de Basora a la cabeza de sus huestes, Obaidala acampó a corta distancia de Cufa. Después, poniéndose un velo para ocultarse el rostro, penetró en la ciudad durante la noche, acompañado tan sólo de diez hombres. A fin de sondear las intenciones de sus habitantes, había hecho que

algunas personas apostadas a su paso le saludasen, como si hubiera sido Hosain. Muchos nobles le ofrecieron al punto hospitalidad. El supuesto Hosain rechazó sus ofertas, y, seguido de una multitud tumultuosa que gritaba "¡Viva Hosain!", marchó directamente al castillo, cuyas puertas mandó cerrar Noman precipitadamente.

—¡Abrid—exclamó Obaidala—, a fin de que pueda entrar el nieto del profeta!

—Vuelve por donde has venido—le respondió Noman—; preveo tu pérdida, y no quiero que pueda decirse: "Hosain, el hijo de Alí, fué muerto en el castillo de Noman."

Satisfecho con esta respuesta, Obaidala se quitó el velo que cubría su rostro. Reconociendo sus facciones, se dispersó la turba, sobrecogida de espanto, mientras Noman vino a saludarle respetuosamente y a rogarle que entrase en el castillo. Al siguiente día, Obaidala anunció al pueblo, reunido en la mezquita, que sería un padre para los buenos y un verdugo para los malvados. Estalló un tumulto, fué reprimido, y desde entonces nadie osó hablar de rebelión. El infortunado Hosain recibió tan funestas nuevas cerca de Cufa. Apenas contaba con un centenar de hombres, parientes suyos casi todos. Sin embargo, continuó su camino; la loca y ciega credulidad, que parece un sino en los pretendientes, no le abandonó; en cuanto se hallase a las puertas de Cufa, los habitantes de esta ciudad se armarían para defender su causa, como tenían convenido. Cerca de Ker-

bela se encontró frente a frente con las tropas que Obaidala había enviado a su encuentro con orden de cogerle muerto o vivo. Obligado a rendirse, entró en negociaciones. El general de las tropas ommíadas no obedecía sus órdenes, y vaciló. Era un coraixita, hijo de uno de los primeros discípulos de Mahoma, por lo cual le repugnaba la idea de verter la sangre de un hijo de Fátima. Envió, pues, a pedir nuevas instrucciones a su jefe, informándole de las proposiciones de Hosain. Al recibir el mensaje, el mismo Obaidala dudó un momento.

—¡Y qué!—dijo entonces Xamir, noble de Cufa y general del ejército ommíada, árabe del tiempo viejo, idéntico a su nieto, que encontraremos más tarde en España—, el azar ha puesto al enemigo en tus manos, y ¿le perdonarás?

—No; es preciso que se rinda a discreción.

Obaidala expidió una orden en este sentido al general de sus tropas; Hosain se negó a rendirse sin condiciones, y, sin embargo, no se le atacó. Entonces Obaidala envió nuevos refuerzos al mando de Xamir, al cual encargó: "Si el coraixita persiste en no querer combatir, córtale la cabeza y asume el mando en su lugar" (1). Pero cuando Xamir llegó al campamento, el coraixita no vaciló más y dió la señal de ataque. En vano Hosain gritó a sus enemigos: "Si creéis en la religión fundada por mi abuelo, ¿cómo podréis justificar

(1) Aben-Badrun, p. 164.

vuestra conducta el día de la resurrección?"; en vano mandó atar el Corán a la punta de las lanzas, pues, según la orden de Xamir, se le atacó espada en mano y fué muerto. Sus compañeros quedaron casi todos sobre el campo de batalla, después de haber vendido caras sus vidas (10 de octubre 680).

La posteridad, siempre predispuesta a compadecer la suerte de los pretendientes desgraciados, y olvidándose del derecho, de la tranquilidad pública, de las calamidades que acarrea una guerra civil si no se sofoca en sus comienzos, la posteridad ha considerado a Hosain como la víctima de un crimen abominable. El fanatismo persa ha completado la obra; ha imaginado un santo donde no había más que un aventurero, impelido al abismo por una extraña aberración de ideas, por una frenética ambición. La inmensa mayoría de sus contemporáneos le juzgaba de otro modo, viendo en Hosain un perjuro, un reo de alta traición, toda vez que, viviendo Moauia, había prestado juramento de fidelidad a Yezid, y no podía hacer valer ningún derecho, ningún título al califato.

Como la muerte de Hosain había dejado vacante el puesto de pretendiente, desempeñó este papel Abdalá, hijo de Zobair; fué menos temerario, y se creyó más hábil. Ostensiblemente había sido amigo de Hosain; pero sus verdaderos sentimientos no eran un secreto ni para el mismo Hosain, ni para los amigos de este último. "Pue-

des estar tranquilo y satisfecho, hijo de Zobair —le había dicho Abadala, hijo de Abbas, cuando se despidió de Hosain después de haberle aconsejado inútilmente que no emprendiese el viaje a Cufa; y recitando unos versos muy populares entonces, prosiguió—: Alondra, el aire es libre para ti... Pon tus huevos, gorjea y picotea todo lo que quieras... He aquí a Hosain, que parte para el Irak y que te abandona el Hichaz." Sin embargo, aunque hubiese adoptado secretamente el título de califa, desde que la marcha de Hosain le había dejado el campo libre, el hijo de Zobair fingió un profundo dolor cuando la noticia de la catástrofe de Hosain llegó a la ciudad santa, y se aprestó a pronunciar un discurso muy patético. Era un verdadero retórico; nadie más ducho en la *frase;* nadie poseía como él el arte de disimular sus ideas y de fingir sentimientos; ninguno sabía ocultar mejor la sed de riquezas y poder que le devoraba bajo las apariencias de deber, virtud, religión y piedad. Tal era el secreto de su fuerza y por lo que se imponía al vulgo. Entonces, que Hosain ya no podía hacerle sombra, le reconoció como legítimo califa, alabó sus virtudes y su piedad, prodigó los epítetos de pérfidos y bellacos a los árabes de Irak, y terminó su discurso con estas palabras, que hubiera podido apropiarse Yezid, si lo hubiese juzgado conveniente: "Jamás se vió preferir a este santo hombre la música a la lectura del Corán; los cantos afeminados, a la compunción producida por el temor de Dios; el

vino de la orgía, al ayuno, y los placeres de la caza, a las pláticas piadosas... Pronto recogerán esos malvados el fruto de su conducta perversa..." (1).

Necesitaba, ante todo, atraer a su causa a los jefes más influyentes de los *emigrados*. Presintió que no podría engañarlos tan fácilmente como a la plebe acerca de los verdaderos móviles de su rebelión; previó que encontraría obstáculos, sobre todo en Abdala, el hijo del califa Omar, por ser éste un hombre verdaderamente desinteresado, piadoso, fuerte y clarividente. Sin embargo, no se desalentó por esto. El hijo del califa Omar tenía una mujer, cuya devoción era igual a su credulidad. El hijo de Zobair comprendió que debía comenzar por ella. Fué a verla, le habló, con su facundia ordinaria, de su celo por la causa de los *defensores*, de los *emigrados*, del profeta y de Dios, y cuando vió que sus untuosas palabras le habían hecho una impresión profunda, le rogó persuadiese a su marido para que le reconociese como califa. Ella se lo prometió, y a la noche, cuando sirvió la comida a su marido, le habló con los mayores elogios de Abdala, y concluyó diciendo:

—¡Ah! Verdaderamente, no busca más que la gloria del Eterno.

—¿Has visto—le preguntó su esposo—, has visto el magnífico cortejo que llevaba Moauia en su

(1) *Nouveau Journal Asiatique*, t. IX, p. 332.

peregrinación, sobre todo aquellas soberbias mulas blancas, cubiertas con gualdrapas de púrpura y montadas por bellas jóvenes, que deslumbraban con sus adornos, coronadas de perlas y diamantes? Tú has visto eso, ¿no es cierto? Pues bien, lo que busca tu santo hombre sólo son esas mulas.

Y continuó comiendo, sin querer escuchar más (1). Ya hacía un año que el hijo de Zobair se hallaba en abierta rebelión contra Yezid, y éste, sin embargo, le dejaba tranquilo. Era más de lo que había derecho a esperar por parte del califa, que no contaba la paciencia ni la mansedumbre entre sus virtudes más salientes, pero que, por un lado, juzgaba que Abdala no era peligroso, porque, más prudente que Hosain, no abandonaba la Meca, y, por otro, no quería, sin una necesidad absoluta, ensangrentar un territorio que ya durante el paganismo gozaba de derecho de asilo, tanto para los hombres como para los animales. Harto sabía que tal sacrilegio produciría el colmo de la indignación en los devotos.

Pero su paciencia tuvo fin. Por última vez intimó a Abdala para que le reconociese; Abdala se negó. Entonces el califa, enfurecido, juró que no aceptaría el juramento de fidelidad de aquel rebelde hasta que no estuviese en su presencia cargado de cadenas. Sin embargo, como era bondadoso en el fondo, pasado el primer momento de cólera, se arrepintió de su juramento. Obligado,

(1) Agani, t. I., p. 18; Aben-Badrun, p. 199.

sin embargo, a mantenerle, ideó un medio de conseguirlo sin herir el orgullo de Abdala. Resolvió enviarle una cadena de plata y un soberbio manto, con el cual pudiera cubrirse para ocultar la cadena a las miradas extrañas.

Los portadores de tan singulares presentes fueron diez, figurando entre ellos el defensor Noman, hijo de Baxir, el mediador ordinario entre el partido piadoso y los ommíadas; sus compañeros, menos conciliadores, eran jefes de distintas tribus establecidas en Siria.

Los diputados llegaron a su destino. Abdala, como era de prever, rehusó el regalo del califa; pero Noman, lejos de desanimarse, intentó inducirle a la sumisión con prudentes razonamientos y frencuentes pláticas, que no dieron ningún resultado, pero que despertaron sospechas en uno de los emisarios, Ben-Ida, jefe de la tribu de las Axaritas, la más numerosa y potente de Tiberiades (1). "Ese Noman es un *defensor* después de todo—pensaba—, y, por tanto, muy capaz de traicionar al califa, como ha sido traidor a su partido y a su tribu." Y un día que encontró a Abdala, le dijo de pronto:

—Hijo de Zobair, puedo jurarte que ese defensor no ha recibido del califa otras instrucciones que las que hemos recibido todos los demás. El es nuestro jefe; a eso se reduce todo; pero, por Dios, te confieso que no sé qué pensar de esas

(1) Ahmed ben-abi-Yacub, fol. 62 v.

conferencias secretas. Un *defensor* y un *emigrado* son dos pájaros del mismo plumaje, y Dios sabe lo que estaréis urdiendo.

—Y a ti ¿qué te incumbe?—le respondió Abdala, con supremo gesto de desdén—. Mientras esté aquí haré cuanto me plazca, pues soy tan inviolable como esa paloma protegida por la santidad del lugar. Tú no osarías matarla, ¿no es cierto? Porque sería un crimen, un sacrilegio.

—¡Ah!, ¿crees que tal consideración me detendría?

Y volviéndose al paje que llevaba sus armas, exclamó:

—¡Pronto, mi arco y mis flechas!

Cuando el paje le hubo obedecido, el jefe sirio cogió una flecha, la colocó en el arco, y dijo:

—Paloma, Yezid, hijo de Moauia, ¿es aficionado al vino? Dime que sí, si te atreves, y, ¡por Dios!, que en este caso te atravesaré con mi flecha... Paloma, ¿pretendes usurpar la dignidad de califa a Yezid, hijo de Moauia, separarte del pueblo de Mahoma, y sueñas con la impunidad por hallarte en un territorio inviolable? Dime que piensas así, y te heriré con este dardo.

—Harto ves que el pájaro no puede responderte—dijo Abdala, fingiendo piedad, pero tratando en balde de disimular su turbación.

—El ave no puede responderme, es cierto; mas tu, ¡tú sí puedes, hijo de Zobair!... Escúchame bien: te aseguro que prestarás juramento a Yezid, de grado o por fuerza, o que verás el estandarte

de los axaritas (1) flotar sobre este valle, y entonces no respetaré los privilegios que reclamas para este sitio.

El hijo de Zobair palideció ante esta amenaza; apenas podía creer tanta impiedad, ni aun en un sirio, y se aventuró a preguntar con voz tímida y temblorosa:

—¿Te atreverías realmente a cometer el sacrilegio de verter sangre en territorio sagrado?

—Me atrevería—replicó el jefe sirio con perfecta calma—. Caiga la responsabilidad sobre el que ha elegido este sitio para conspirar contra el jefe del Estado y de la religión (2).

Tal vez, si Abdala hubiese estado firmemente convencido de que aquel jefe era intérprete de los sentimientos que animaban a sus compatriotas, hubiese evitado hartas desgracias al mundo musulmán y a sí mismo; porque el hijo de Zobair había de perecer como el yerno y el nieto del profeta, como sucumbirían todos los primitivos musulmanes, los hijos de los compañeros o amigos de Mahoma, entre inauditas desgracias, entre terribles y repetidas catástrofes. Sin embargo, para él no había llegado aún la hora fatal; el destino había decretado que antes la desgraciada Medina expiase con su completa destrucción, con el destierro o la muerte de sus hijos, el funesto honor de haber dado asilo al fugitivo profeta, de haber

---

(1) Era, como ya se ha dicho, el nombre de la tribu de que era jefe Ben-Ida.

(2) *Agani*, t. I, p. 18.

visto nacer a los verdaderos fundadores del islamismo, a los héroes fanáticos que, al sojuzgar Arabia en nombre de una nueva fe, habían mecido al mahometismo en tan sangrienta cuna.

V

Transcurría el año 682. El sol acababa de ocultarse tras las montañas que se alzan al Oeste de la ciudad de Tiberiades, cuyo antiguo esplendor actualmente atestiguan tan sólo sus ruinas; pero que en la época a que nos referimos era la capital del distrito del Jordán y la residencia temporal del califa Yezid I. Iluminados por los argentados rayos de la luna, los alminares de las mezquitas y las torres de las murallas se reflejaban en las ondas límpidas del lago—de ese mar de Galilea que evoca en el cristiano tantos recuerdos piadosos—, cuando una pequeña caravana, aprovechando la frescura de la noche, salió de la ciudad y se encaminó hacia el Sur.

En los nueve viajeros que iban a la cabeza de la caravana se adivinaba a primera vista gentes de calidad; sin embargo, nada denotaba en ellos a los cortesanos de aquel califa que de ordinario no admitía en su intimidad más que a personas de una edad menos madura, de un rostro menos austero, menos ceñudo.

Caminaron algún tiempo en silencio; por fin, uno de los viajeros indicó:

—Y bien, hermanos míos, ¿qué pensáis ahora de él? Confesemos, al menos, que ha sido generoso con nosotros. ¿No te ha dado cien mil monedas, hijo de Handala?

—Sí; me ha dado esa suma—replicó el interrogado—; pero él bebe vino sin escrúpulo, toca la guitarra, pasa el día con los perros de caza y las noches con los salteadores de caminos; comete incestos con sus hermanas y sus hijas; no reza nunca (1); en fin, es evidente que no tiene religión. ¿Qué hacer, hermanos míos? ¿Creéis que podremos tolerar mucho tiempo a semejante hombre? Hemos tenido demasiada paciencia, y, si continuamos por este camino, temo que lluevan piedras del cielo para aplastarnos. ¿Qué piensas, hijo de Sinan?

—Voy a decírtelo—repuso el aludido—. En cuanto estemos de regreso en Medina, debemos declarar solemnemente que no podemos seguir obedeciendo a este libertino, hijo de un libertino. En seguida rendiremos homenaje al hijo de un *emigrado.*

En el mismo momento en que pronunció estas palabras, un hombre, que venía en dirección opuesta, pasó por el camino. La capucha de su albornoz, echada sobre su rostro, hubiera velado sus facciones a las miradas de los caminantes, aunque la atención de éstos no hubiese estado absorbida por el diálogo, que se animaba cada vez más.

(1) Soyuti: *Tarij al-Jolafa,* p. 209, ed. Lees.

Cuando se alejó la caravana, el hombre del capuchón se paró. Su encuentro era un mal presagio, según las supersticiones árabes, porque era tuerto; por otra parte, la ferocidad y el odio fulguraban en la mirada terrible que con su único ojo lanzó a los hombres, que se perdían ya a lo lejos, cuando murmuró con voz lenta y solemne: "¡Juro que, si te vuelvo a encontrar y puedo matarte, te mataré, hijo de Sinan, por compañero de Mahoma que hayas sido!" (1).

Ya se habrá comprendido que los caminantes eran medineses, personajes distinguidos de esta ciudad, casi todos *defensores* o *emigrados* que regresaban de la corte del califa por la razón siguiente:

Se habían notado en Medina síntomas de rebelión, suscitándose graves quejas con motivo de las tierras laborables y de las plantaciones de palmeras que Moauia había comprado en otro tiempo a los habitantes de la ciudad, pero que éstos reclamaban ahora bajo pretexto de que Moauia, reteniéndoles los sueldos, les había obligado a vender dichas tierras en la centésima parte de su valor (2). Al gobernador Otman le halagaba la esperanza de que el califa, su primo hermano, sabría calmar aquellos disturbios y atraerse a los nobles medineses con sus amables maneras y con su generosidad habitual, por lo que había propues-

(1) Aben-Jaldun, t. II, fols. 170 r., 169; Samhudi, man. de París, núm. 793 bis, fol. 31 r.
(2) *Raihán*, fol. 200 v.; Samhudi, *loco laudato.*

to a estos nobles emprender el viaje a Tiberiades, y ellos habían accedido. Pero, animado de las mejores intenciones, el gobernador había cometido una grave imprudencia, una ligereza imperdonable. ¿Cómo no había pensado que los nobles de Medina no deseaban otra cosa que poder afirmar, como testigos oculares, la impiedad del califa, a fin de excitar a sus conciudadanos a la rebelión? Así, en vez de inducirles a ir a la corte, debía haberlo impedido a todo trance.

Había ocurrido lo que era lógico prever. Cierto que Yezid les había brindado hospitalidad cordial y llena de atenciones; que había sido sumamente generoso, dando al defensor Abdala, hijo de Handala—es decir, de un noble y valiente guerrero muerto en Ohod combatiendo por Mahoma—, cien mil monedas de plata, dando además veinte o diez mil monedas, según su categoría, a los demás emisarios (1); pero, como no se molestaba por nadie, y como su corte no era un modelo de virtud y de abstinencia, la libertad de sus costumbres y su predilección por los beduínos—que preciso es convenir en que tenían algo de salteadores cuando llegaba la ocasión—, había escandalizado extraordinariamente a aquellos austeros y rígidos hombres de ciudad, enemigos natos de los hijos del desierto.

De regreso a su ciudad natal, no cesaron de ha-

(1) *Weil*, t. I, p. 326. El décimo emisario, Mondir, hijo de Zobair, no acompañaba a sus compañeros en su retorno a Medina, porque había obtenido de Yezid permiso para ir al Irak; Aben-Jaldun, fol. 169 v.

blar de la impiedad del califa. Sus relatos, tal vez un poco exagerados; sus diatribas, llenas de santa indignación, produjeron un efecto tan terrible en los corazones, ya predispuestos a creer ciegamente todo lo malo que se dijese de Yezid, que bien pronto se desarrolló una escena extraordinaria en la mezquita. Hallándose congregados allí los medineses, uno de ellos exclamó:

—Yo rechazo a Yezid del mismo modo que arrojo mi turbante—y unió la palabra a la acción, añadiendo después—: Convengo en que Yezid me ha colmado de presentes; pero declaro que es un borracho, un enemigo de Dios.

—Y yo rechazo también a Yezid, del mismo modo que tiro mi sandalia.

Un tercero agregó:

—Yo le rechazo, como arrojo mi alquicel...

—Yo le rechazo, como arrojo mis borceguíes.

Otras personas les imitaron, y bien pronto, ¡extraño espectáculo!, se vió en la mezquita un montón de turbantes, mantos, zapatos y sandalias.

Decidida la destitución de Yezid, resolvieron expulsar de la ciudad a todos los Omeyas. Se les notificó que debían partir sin demora, jurando antes no ayudar jamás a ningún ejército que sitiase a Medina, rechazarlo, si era posible; y, si esto era superior a sus fuerzas, al menos no entrar en la ciudad con las tropas sirias. Otman, el gobernador, intentó, aunque sin éxito, persuadir a los rebeldes de los peligros que entrañaba tal expulsión.

—Bien pronto—les dijo—un ejército numeroso vendrá a exterminarnos, y entonces os felicitaréis de poder decir que, al menos, no habéis expulsado a vuestro gobernador. Esperad, para hacerme partir, a haber alcanzado la victoria. Por interés vuestro, y no mío, os hablo así, porque querría impedir la efusión de sangre.

Lejos de rendirse ante estos razonamientos, los medineses le llenaron de imprecaciones, lo mismo que a Yezid.

—Vamos a comenzar por ti—le dijeron—, y a tu expulsión seguirá la de tus parientes.

Los ommíadas estaban furiosos.

—¡Qué funesto asunto! ¡Qué detestable religión! (1)—exclamó Meruan, que había sido sucesivamente ministro del califa Otman y gobernador de Medina, pero que ahora apenas había encontrado con gran trabajo quien quisiera encargarse de su mujer y de sus hijos. Sin embargo, era preciso amoldarse a las circunstancias. Después de haber prestado el exigido juramento, los ommíadas se pusieron en marcha, perseguidos por la rechifla del populacho: llegaron hasta arrojarles piedras, y el liberto Horait, el *Saltador*, llamado así porque uno de los primeros gobernadores le había mandado cortar un pie, y caminaba casi a saltos, aguijoneaba sin cesar las cabalgaduras de aquellos infelices, arrojados como malhechores de una ciu-

(1) Estas palabras se encuentran en *Agani*, p. 19, l. 19; un pasaje de Abu-Ismael al Basri *Fotuh axam*, p. 287, l. 10) muestra, a mi entender, que es preciso traducirlas como las he traducido.

dad de que habían sido dueños durante mucho tiempo. Por fin llegaron a Du-Joxob, donde los desterrados debían permanecer hasta nueva orden. Su primer cuidado fué enviar correos a Yezid para informarle de su infortunio y demandar su auxilio. Apenas lo supieron los medineses, cincuenta jinetes se pusieron en marcha para arrojar a los ommíadas de su retiro. El *Saltador* no desaprovechó aquella nueva ocasión para saciar su venganza, y entre él y un individuo de la familia de los Beni-Hazm—familia de *defensores* que había facilitado el asesinato del califa Otman, poniendo su casa a disposición de los rebeldes—hostigaban de tal modo el camello que montaba Meruan, que el animal estaba a punto de tirar al suelo a su jinete. Fuése por temor o por compasión al cuadrúpedo, apeóse Meruan y exclamó: "Anda, y deja de sufrir." Cuando llegaron a un paraje llamado Souaida, Meruan vió venir hacia él a uno de sus clientes que moraba en aquel caserío, y que le rogó participase de su comida. "El *Saltador* y sus dignos camaradas no me permitirán detenerme—le respondió Meruan—. ¡Plegue al cielo que algún día caiga este hombre en nuestro poder, para que su mano corra la misma suerte que su pie perdido." Al fin, cuando hubieron llegado a Uadi-'l-cora, se permitió a los ommíadas que permaneciesen allí (1).

Entre tanto, la discordia estuvo a punto de es-

(1) *Agani*, t. I, pp. 18, 20. Como M. Weil ha dicho, con razón, es preciso borrar la palabra *alaihi*, p. 18, última línea.

tallar entre los mismos medineses (1). Mientras sólo se trató de expulsar, injuriar y maltratar a los ommíadas, había reinado la unión más perfecta entre todos los habitantes de la ciudad; pero cuando fué preciso elegir otro califa, los coraixitas no consistieron que fuera un *defensor,* y los *defensores* se negaron a aceptar a un coraixita. Sin embargo, como se sentía necesidad de concordia, se resolvió elegir jefes provisionales, aplazando la elección de califa para cuando Yezid fuese destronado (2).

En cuanto a este último, los correos expedidos por los ommíadas le habían dado cuenta de los sucesos, quedando tan indignado y sorprendido de la conducta pasiva de sus parientes, como irritado contra los sediciosos.

—¿Podrían los ommíadas reunir un millar de hombres, contando con sus libertos?—preguntó.

—Seguramente—respondió el emisario—podrían reunir hasta tres mil, sin trabajo alguno.

—Y con fuerzas tan considerables, ¿no han intentado resistir ni siquiera una hora?

—El número de rebeldes era enorme; toda resistencia hubiera sido imposible (3).

Si Yezid no hubiese escuchado más que su justa indignación contra los que se habían sublevado después de aceptar sin escrúpulo su hospitalidad y su dinero, hubiese enviado inmediatamente un

(1) *Raihán,* fol. 200 v.
(2) *Weil,* t. I, p. 326, en la nota.
(3) *Agani,* t. I, p. 21.

ejército para castigarlos; pero quería evitar, mientras fuera posible, malquistarse con los devotos, recordando que el profeta había dicho: "Dios, los ángeles y los hombres maldecirán al que esgrima la espada contra los medineses" (1), y por segunda vez alardeó de moderación, tanto más meritoria, dado su carácter. Queriendo emplear aún medios conciliadores, envió a Medina al defensor Noman, hijo de Baxir; pero en vano. Cierto que los defensores no permanecieron impasibles a los prudentes consejos de su hermano de tribu, que les recordaba que eran muy débiles, que tenían muy pocas fuerzas para resistir los ejércitos de Siria; pero los coraixitas querían luchar a todo trance, y su jefe, Abdala, hijo de Moti, dijo a Noman:

—¡Huye de aquí, porque has venido a turbar la concordia que, gracias a Dios, reina ahora entre *nosotros!*

—¡Ah!, eres demasiado valiente y atrevido—le respondió Noman—; pero cuando el ejército de Siria llegue a las puertas de Medina, huirás a la Meca, montado en tu mulo más veloz, abandonando a su suerte a estos infortunados, a los *defensores*, que serán degollados en las calles, en las mezquitas y a las puertas de sus mismas casas.

Persuadido, al fin, de que todo era inútil, Noman volvió a la corte de Yezid, al cual dió cuenta del fracaso de su misión (2). "Puesto que es in-

(1) Soyutí: *Taríj al-Jolafa*, p. 209, ed. Lees.
(2) Aben-Jaldun, t. II, fol. 169 r. y v.

evitable—dijo entonces el califa—, los haré aplastar por los caballos de mis sirios" (1).

El ejército, de unos diez mil hombres, que iba a marchar hacia el Hichaz, debía someter a la obediencia no sólo a Medina, sino también la otra ciudad santa, la Meca. Como muriese el general encargado del mando, los demás jefes, ansiosos de humillar para siempre a la nueva aristocracia, se disputaron el honor de ocupar su puesto—véase la nota A al fin de este tomo—. Yezid no se había decidido aún por ninguno de los competidores, cuando un hombre envejecido en la guerra entró a formar parte de las filas. Era el tuerto que encontró a los viajeros en el camino de Tiberiades.

Tal vez nadie personificase mejor los antiguos tiempos del paganismo que el tuerto Moslim, hijo de Ocba, de la tribu de Mozaima (2). No tenía la menor sombra de fe mahometana; cuanto era sagrado para los musulmanes no lo era para él. Moauia conocía y apreciaba sus sentimientos. Le había recomendado a su hijo como el hombre más a propósito para subyugar a los medineses si se sublevaban (3). Sin embargo, si no creía en los divina misión de Mahoma, tampoco creía en los prejuicios supersticiosos del paganismo, en los sueños proféticos, en las misteriosas palabras que salían de los *gharcad*, especie de zarza espino-

(1) Samhudi.

(2) En muchos manuscritos se lee por equivocación *Morri*, en lugar de *Mozani*. La verdadera versión se encuentra en Fakihi, fol. 400 r.

(3) Aben-Jáldun, fol. 169 v.; Samhudi.

sa, que actuaban de oráculos en algunas regiones de la Arabia, según el paganismo. Al presentarse a Yezid, le dijo:

—Cualquier hombre que envíes contra Medina, fracasará por completo. Yo sólo puedo vencer... He visto en sueños un *gharcad*, de donde salía este grito: "¡Por la mano de Moslim!..." Me acerqué al sitio de donde procedía la voz, y oí: "Tú eres el elegido para vengar a Otman de los medineses, sus asesinos" (1).

Convencido de que Moslim era el hombre que necesitaba, Yezid le aceptó como general y le comunicó órdenes en estos términos:

—Antes de atacar a los medineses, les intimarás a la rendición durante tres días; si rehusan, atácalos, y si obtienes la victoria, entrega la ciudad al saqueo durante otros tres días; todo lo que tus soldados encuentren allí en dinero, armas o provisiones, les pertenecerá (2). En seguida haz jurar a los medineses que serán mis esclavos, y corta la cabeza a quien se niegue (3).

El ejército, en que sobresalía Ben-Ida, jefe de los axaritas (4), cuya entrevista con el hijo de Zobair hemos referido, llegó sin dificultad a Uadi-'l-cora, donde se encontraban los ommíadas expulsados de Medina. Moslim los consultó uno a uno a fin de que le indicasen los medios más estra-

(1) *Aghani*, t. I, p. 21.
(2) Aben-Jaldun; Samhudi.
(3) Fakihi, fol. 400 r.
(4) Ben-al-Atir, man. de París (C. P.), t. III, fol. 78 r.

tégicos para apoderarse de la ciudad. Y como un hijo del califa Otman rehusase violar el juramento que los medineses le habían exigido, exclamó el fogoso Moslim: "Si no fueses el hijo de Otman, te cortaría la cabeza; pero lo que a ti te salva no librará a ningún otro coraixita que me niegue su apoyo y sus consejos." Llegó su turno a Meruan, que también experimentaba escrúpulos de conciencia, pero que temía por su vida, porque Moslim cumplía pronto sus amenazas; además, su odio a los medineses era demasiado vivo para que desaprovechase la ocasión de saciarle. Por fortuna sabía que en el cielo había también subterfugios y que se puede violar un juramento sin que lo parezca. Dió sus instrucciones a su hijo Abdalmelic, que no había jurado: "Entra delante de mí—le indicó—; tal vez Moslim no me pregunte nada después de hablar contigo." Llevado a presencia del general, Abdalmelic le aconsejó avanzar con sus tropas hasta las primeras plantaciones de palmeras; pasar allí la noche, y a la mañana siguiente, situarse en Harra, al Este de Medina, para que los medineses, que no dejarían de salir al encuentro del enemigo, tuvieran el sol de cara (1). Abdalmelic dejó también entrever a Moslim que su padre podría entablar negociaciones con ciertos medineses, los cuales, una vez empeñada la lucha, serían capaces de traicionar a sus conciudadanos (2). Sumamente satisfecho con lo que acababa

(1) Aben-Jaldun.
(2) *Raihán*, fol. 200 v.

de oír, Moslim exclamó con burlona sonrisa: "¡Qué admirable es tu padre!" Y sin forzar a Meruan a decir nada, siguió puntualmente los consejos de Abdalmelic: acampó al Este de Medina en la carretera de Cufa, y anunció a los medineses que les concedía un plazo de tres días para entregarse. Pasados los tres días, los medineses respondieron que se negaban a someterse (4).

Como había previsto Meruan, los medineses, en vez de esperar al enemigo en la ciudad, hábilmente fortificada, marcharon a su encuentro—26 de agosto de 683—, divididos en cuatro cuerpos de ejército, según su origen. Los *emigrados* llevaban a la cabeza a Makil, hijo de Sinan (2), compañero de Mahoma, que al frente de su tribu y de la de Axcha había tomado parte en la conquista de la Meca, y que debía haber gozado de gran consideración en Medina, puesto que los emigrados le habían elegido por jefe, no siendo de su tribu. Los coraixitas, que no pertenecían a los *emigrados*, pero que en diferentes épocas y después de la toma de la Meca se habían establecido en Medina, se alistaron en dos compañías, una mandada por Abdala, hijo de Moti, y la otra por un compañero del profeta. En fin, la división más considerable, la de los *defensores*, iba capitaneada por Abdala, hijo de Handala. Guardando un profundo y religioso silencio, avanzaron hacia Harra, donde acam-

(1) Aben-Jaldun.
(2) Véase Nauaui, p. 567; Aben-Cotaiba, p. 152; Samudi, fol. 32.

paban los impíos, los paganos, a quienes iban a combatir.

El general del ejército sirio, aunque se hallaba gravemente enfermo, se hizo llevar en una silla delante de las filas; confió su bandera a un valiente paje, griego de origen, y gritó a sus soldados: "¡Arabes de Siria! ¡Demostrad que sabéis defender a vuestro general! ¡A la carga!"

Entablóse el combate. Los sirios atacaron con tal impetuosidad, que flaquearon tres divisiones enemigas; la de los *emigrados* y la de los coraixitas huyeron; pero la cuarta, la de los *defensores*, les obligó a retroceder y agruparse en torno de su general. En todas partes se batían con encarnizamiento, cuando el intrépido Fajl, que luchaba junto a Abdala, hijo de Handala, a la cabeza de unos veinte jinetes, dijo a su jefe: "Pon a mis órdenes toda la caballería. Trataré de llegar hasta Moslim, y él o yo perderemos la vida." Habiendo consentido Abdala, Fajl cargó tan vigorosamente, que los sirios retrocedieron de nuevo. "¡Cargad otra vez, mis queridos y valientes amigos!—exclamó—. ¡Por Dios! Si encuentro a su general, sucumbirá uno de los dos. Acordaos de que la victoria es la recompensa del valor." Los soldados atacaron con redoblado coraje, rompieron las filas de la caballería siria y penetraron hasta el recinto en que se hallaba Moslim. Quinientos peones le rodeaban con las picas en ristre; pero Fajl, abriéndose paso con la espada, dirigió su caballo hacia el estandarte de Moslim, asestó al paje que le

defendía un golpe que le hendió el casco y el cráneo, y gritó:

—¡Por el Señor de la Caaba!... ¡He matado al tirano!

—Te engañas—le respondió Moslim.

Y enarbolando su bandera, aunque estaba tan enfermo, reanimó a los sirios con el ejemplo y con las palabras. Fajl murió, cubierto de heridas al lado de Moslim.

En el momento en que los medineses veían el batallón de Ben-Ida dispuesto a lanzarse sobre ellos, escucharon en su ciudad ecos de victoria y gritos de: "¡Dios es grande!..." Habían sido traicionados; Meruan había cumplido su palabra a Moslim. Seducidos por brillantes promesas, los Beni-Harita, familia perteneciente a los *defensores*, había introducido secretamente tropas sirias en la ciudad. Esta se hallaba en poder del enemigo; todo estaba perdido; los medineses iban a encontrarse entre dos fuegos. La mayoría corrió hacia la ciudad para salvar a las mujeres y a los niños; algunos, como Abdala, hijo de Moti (1), huyeron en dirección a la Meca; pero Abdala, hijo de Handala, resuelto a no sobrevivir a aquel día funesto, gritó a los suyos: "Nuestros enemigos llevan la ventaja. En menos de una hora todo habrá terminado. ¡Piadosos musulmanes, habitantes de una ciudad que dió asilo al profeta: puesto que todo hombre ha de morir, la muerte más her-

(1) Aben-Cotaiba, p. 201.

mosa es la del mártir! Dejémonos matar, hoy que Dios nos ofrece ocasión de morir por su santa causa!" Las flechas de los sirios llovían en torno suyo, cuando exclamó de nuevo: "¡Los que deseen entrar inmediatamente en el paraíso, sigan mi bandera!" Todos le obedecieron, luchando desesperadamente para vender caras sus vidas. Abdala lanzó sus hijos a lo más fuerte de la pelea, y los vió sucumbir uno a uno. Mientras Moslim prometía oro al que le llevase una cabeza enemiga, Abdala segaba cabezas a diestro y siniestro, y la convicción de que un terrible castigo esperaba a sus víctimas más allá de la tumba le causaba una alegría feroz. Según la costumbre árabe, combatía recitando versos que expresaban el pensamiento de un fanático que se aferra a la fe para odiar a su sabor: "¡Mueres—gritaba a cada una de sus víctimas—; mueres, pero tus crímenes sobrevivirán! ¡Dios lo dice; lo hemos leído en su libro: el infierno espera a los infieles!" Al fin sucumbió. Su hermano uterino cayó a su lado, herido de muerte. "Pues muero herido por las espadas de estos hombres, estoy más seguro de ir al paraíso que si me hubiesen dado la muerte los dailemitas paganos." Tales fueron sus últimas palabras. Fué una carnicería espantosa; entre los muertos se encontraron setecientas personas que sabían de memoria el Corán; ochenta estaban revestidos del carácter sagrado de los compañeros de Mahoma. Ninguno de los venerables ancianos que habían combatido en Bedr, donde el profeta había al-

canzado su primera victoria sobre los de la Meca, sobrevivió a esta funesta catástrofe.

Los vencedores, irritados, entraron en la ciudad con permiso de su general, para saquearla durante tres días. Estorbándoles sus caballos, galoparon hacia la mezquita para convertirla en cuadra. No había en ella más que un medinés, Said, hijo de Mosayab, el más sabio teólogo de su época; vió a los sirios entrar en la mezquita y atar sus caballos entre el púlpito y la tumba del profeta, recinto sagrado, denominado por Mahoma *jardín del paraíso*... A la vista de tan nefando sacrilegio, Said, pensando que la naturaleza entera estaba amenazada de un cataclismo, quedó inmóvil de estupor. "Mirad ese imbécil, ese doctor", dijeron los sirios burlándose; pero no le hicieron nada, ansiosos de entregarse al saqueo.

No se perdonó a nadie; los niños fueron asesinados o reducidos a la esclavitud; las mujeres, violadas, y a causa de esto, más de mil de aquellas desgraciadas dieron a luz otros tantos parias, infamados para siempre con el nombre de *hijos de Harra*.

Entre los prisioneros se encontró a Makil, hijo de Sinan, que, moribundo de sed, se quejaba amargamente. Moslim le hizo llevar a su presencia y le recibió con el rostro más benévolo que le fué posible.

—Tienes sed, ¿no es cierto, hijo de Sinan?—le preguntó.

—Sí, general.

—Ofrécele de esa bebida que el califa nos ha dado—prosiguió Moslim dirigiéndose a uno de sus guerreros.

Cuando Makil hubo bebido, le volvió a preguntar:

—¿Tienes sed ahora?

—No, ya no la tengo.

—Pues bien—continuó el general cambiando bruscamente de gesto y de entonación—, has bebido por última vez en tu vida. Prepárate a morir.

El anciano se hincó de rodillas demandando gracia.

—¡Tú, tú! ¿Esperas que te perdone? ¿No eres el que encontré en el camino de Tiberiades la noche en que regresabas a Medina con los otros emisarios? ¿No te oí colmar de injurias al califa? ¿No eres tú el que dijo: "Cuando estemos de vuelta en Medina, debemos declarar solemnemente que no obedeceremos más a ese libertino, hijo de un libertino, y en seguida rendiremos homenaje al hijo de un *emigrado*"?... Pues bien, en aquel momento juré que, si te encontraba de nuevo, te mataría. ¡Por Dios que mantengo mi juramento! ¡Que maten a este hombre!

La orden fué ejecutada en el acto.

En seguida los medineses que aun quedaban en la ciudad, aunque la mayor parte habían buscado la salvación en la fuga, fueron conminados a prestar juramento a Yezid. Y no se trataba de un juramento ordinario, del juramento por el cual se comprometían a obedecer al califa mientras éste

obedeciese al Corán y los preceptos de Mahoma; los medineses debían jurar ser esclavos de Yezid, esclavos que podía emancipar o vender, según su voluntad; tal era la fórmula; tenían que reconocerle un poder ilimitado sobre todo lo suyo, sobre sus mujeres, sus hijos y su vida. Los que se negasen a prestar tan terrible juramento habían de morir; y, sin embargo, dos coraixitas declararon con firmeza que no prestarían más que el juramento usual. Entonces Moslim ordenó que les cortaran la cabeza. Meruan, coraixita también, se atrevió a censurar esta orden; pero Moslim, pinchándole con su bastón en el vientre, le dijo: "¡Por Dios, que si tú mismo dijeras lo que ellos han osado decir, te mataría!" A pesar de esto, Meruan se decidió a demandar gracia para un aliado de su familia, que se negaba a jurar; pero el general sirio no se dejó ablandar. Cedió, sin embargo, cuando un coraixita, cuya madre pertenecía a la tribu de Kinda, rehusó el juramento y cuando uno de los jefes del ejército sirio, que pertenecía a los Sacun, subtribu de Kinda, exclamó: "El hijo de nuestra hermana no prestará semejante juramento." Moslim le dispensó (1).

Los árabes de Siria habían ajustado sus cuentas con los hijos de los sectarios fanáticos que habían inundado la Arabia con la sangre de sus padres. La antigua nobleza había aplastado a la

(1) Ben-al-Atir, t. III, fol. 78 r., 79 v.; Samhudi, fol. 31 r. y sig.; Aben-Jaldun, t. II, fol. 169 v., 170 v.; *Raihán*, fol. 200 v., 201 r.

nueva aristocracia. Representante de la antigua aristocracia de la Meca, Yezid había vengado el asesinato del califa Otman y las derrotas que los medineses—cuando combatían bajo las banderas de Mahoma—habían hecho sufrir a su abuelo. La reacción del principio pagano contra el principio musulmán había sido cruel, terrible, inexorable. Los *defensores* jamás se rehicieron de este golpe fatal; su fuerza había sido aniquilada para siempre. Su ciudad, casi desierta, quedó algún tiempo abandonada a los perros, y los campos de alrededor a las bestias feroces (1), porque la mayoría de sus habitantes, buscando una patria nueva y una suerte menos dura en un país lejano, fueron a engrosar el ejército de Africa. Los que quedaron eran bien dignos de compasión; los ommíadas no perdonaban medio de abrumarlos con su desdén, con su menosprecio, con su odio implacable, para acrecentar su dolor y su amargura. Diez años después de la batalla de Harra, Hachach, gobernador de la provincia, hizo sufrir la pena de marca a muchos santos ancianos compañeros de Mahoma. Para él cada medinés era un asesino de Otman, como si este crimen—aun suponiendo que los *defensores* no hubiesen sido más culpables de lo que creían—no estuviera suficientemente expiado por la carnicería de Harra y el saqueo de Medina. Y cuando Hachach abandonó la ciudad, exclamó: "¡Dios sea loado, pues me permite alejarme de la

(1) Samhudí, fol. 31 r.

más impura de las ciudades, de la que ha pagado siempre las bondades del califa con perfidias y rebeliones! ¡Por Dios! Si mi soberano me ordenase en todas sus cartas perdonar a estos infames, destruiría su ciudad y les haría lanzar gemidos en torno del púlpito del profeta..." Habiendo oído estas palabras uno de los ancianos que Hachach había hecho señalar con una marca infamante, le dijo: "En la otra vida te espera un terrible castigo, el castigo digno de Faraón" (1). La convicción de que sus tiranos sufrirían las llamas eternas fué desde entonces el único consuelo y la única esperanza de aquellos desgraciados, y se lo prodigaban incesantemente, interpretando en favor suyo, con una credulidad ávida e insaciable, supuestos milagros, predicciones de los compañeros del profeta y profecías del mismo Mahoma. El teólogo Said, que se hallaba en la mezquita cuando los jinetes sirios la convirtieron en cuadra, refería que, habiendo permanecido en el templo, había oído a la hora de la oración salir de la tumba del profeta una voz que profirió las palabras sacramentales destinadas a anunciar esta hora (2). En el terrible Moslim, el hombre de Mozaina, veían los medineses el monstruo más espantable de la tierra; creían que no se encontraría otro como él hasta el fin del mundo y en su misma tribu; referían que el profeta había dicho: "Los últimos que resucitarán serán dos hombres de Mozaina.

(1) Ben-al-Atir, t. IV, fol. 17 r.
(2) Samhudi, *Raihán*.

Hallarán la tierra deshabitada; vendrán a Medina, donde no encontrarán más que bestias feroces. Entonces dos ángeles descenderán del cielo, los derribarán en tierra y los arrastrarán hacia el paraje donde se encuentren los demás hombres..." (1).

Oprimidos, ultrajados, pisoteados, los medineses no podían adoptar otro partido que imitar el ejemplo de sus convecinos, alistados en el ejército de Africa. Y eso es lo que hicieron; pero de Africa pasaron a España. Casi todos los descendientes de los antiguos *defensores* figuraron en la armada con que Muza cruzó el estrecho. Estableciéronse en España, principalmente en las provincias del Este y del Oeste, donde su tribu llegó a ser la más numerosa de todas (2). De Medina desaparecieron por completo. Cuando un viajero del siglo XIII llegó a aquella ciudad, y por curiosidad se informó de si los descendientes de los *defensores* la habitaban aún, no pudieron mostrarle más que un solo hombre y una sola mujer, representantes de ellos y sumamente viejos (3). Puede, por lo tanto, ponerse en duda el ilustre origen de una docena de familias pobres, que viven hoy en los arrabales de Medina y que pretenden descender de los *defensores* (4). Aun en España, los *defensores* no se vieron libres del odio de los árabes de Siria. La

---

(1) Samhudi, fol. 30 r.
(2) Macari, t. I, p. 187.
(3) Macari, t. I, p. 187.
(4) Burckhardt: *Viajes por Arabia*, t. II, p. 237. Según Burton, *Peregrinación a Medina y a la Meca*, t. II, p. 1, no había en Medina más que cuatro de estas familias.

lucha volvió a comenzar a orillas del Guadalquivir, en la época en que España tenía por emir un coraixita que en la desastrosa batalla de Harra había combatido en el ejército medinés, y que después de la derrota huyó a engrosar el ejército de Africa.

Lo que debe atraer ahora nuestra atención es una lucha de naturaleza distinta, pero que se continuó también en la península ibérica. Al relatarla, tendremos ocasión de hablar, de paso, de Abdala, hijo de Zobair, y de ver que la suerte de este otro representante de los compañeros de Mahoma no fué menos desgraciada que la de los medineses.

VI

Si se exceptúan las luchas suscitadas por los principios fundamentales, que siempre han estado en litigio, y que lo estarán eternamente, no hay ningunas, así en Asia como en Europa, así entre musulmanes como entre cristianos, que hayan tenido tanta persistencia como las procedentes de los antagonismos de raza, que, perpetuándose a través de los siglos, sobreviven a todas las revoluciones políticas, sociales y religiosas. Incidentalmente tuvimos ya ocasión de decir que la nación árabe se componía de dos pueblos distintos y enemigos el uno del otro; pero este es el lugar adecuado para tratar de ello con la precisión y el detenimiento necesarios.

Según la costumbre de los orientales, que hacen descender una nación entera de un solo hombre, el más antiguo de estos pueblos se creía descendiente de Cahtan, personaje identificado por los árabes con el Yoctan de la Biblia, o sea uno de los descendientes de Sem, según el Génesis. La posteridad de Cahtan había invadido la Arabia meridional muchos siglos antes de nuestra era, subyugando la raza, de origen incierto, que habitaba el país. Los cahtanidas llevan ordinariamente el nombre de *yemenitas*, derivado de la provincia más floreciente del Sur de Arabia, y así los llamaremos desde ahora.

El otro pueblo, procedente de Adnan, uno de los descendientes de Ismael, habitaba el Hichaz, provincia que se extiende entre Palestina y el Yemen, y en la cual se encuentran la Meca y Medina, el Nach, es decir, la vasta meseta, surcada de pequeñas ondulaciones, que ocupa toda la Arabia central; en una palabra, el Norte de Arabia. Denomínábanse *maaditas*, nizaritas, madaritas o caisitas, nombres que indican el mismo pueblo o una parte de él, porque Cais descendía de Madar; éste era uno de los hijos de Nizar, y Nizar, a su vez, era hijo de Maad. Para designar esta raza emplearemos el vocablo *maaditas*.

En la historia de Europa no hay nada semejante al odio, unas veces sordo y otras vibrante, de estos dos pueblos árabes que se exterminaban por el pretexto más fútil. Así, el territorio de Damasco fué durante dos años teatro de una guerra cruel,

porque un maadita había cogido un melón en el huerto de un yemenita (1), y en la provincia de Murcia la sangre corrió a torrentes durante siete años, porque un maadita, atravesando casualmente la heredad de un yemenita, había arrancado, sin querer, una hoja de cepa (2). No es que en Europa el antagonismo de raza no se deje sentir también; pero, al menos, siempre ha sido motivado por las diferencias entre vencedores y vencidos. En Arabia, al contrario, ninguna de las dos razas había sido subyugada por la otra. Cierto que antiguamente los maaditas del Nach reconocían la soberanía del rey de Yemen y le pagaban un tributo; pero era voluntario, porque estas hordas anárquicas necesitaban un señor que las impidiese matarse entre sí, y este jefe no podía ser elegido entre una de sus familias, porque las demás se hubiesen negado a obedecerle. Por eso cuando las tribus maaditas, después de estar reunidas momentáneamente bajo un jefe escogido por ellas, habían vuelto a ser independientes, las guerras civiles les obligaban bien pronto a someterse a él. Forzados a elegir entre la anarquía y la dominación extranjera, los jefes de tribus confesaban después de una larga guerra civil: "No nos queda otra solución que acatar de nuevo al rey del Yemen, pagándole un tributo en ganado y camellos para que impida al fuerte aplastar al débil" (3).

(1) Abu-'l-feda, t. II, p. 64.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 84.
(3) Caussin, t. II, p. 285.

Más tarde, cuando el Yemen fué conquistado por los abisinios, los maaditas del Nach decidieron voluntariamente conceder a otro príncipe yemenita, al rey de Hira, la débil autoridad que había ejercido hasta entonces el soberano del Yemen. Entre una sumisión tan espontánea y la servidumbre impuesta por un pueblo extranjero, hay una diferencia enorme.

En Europa, la diversidad de idiomas y de costumbres solía elevar una barrera infranqueable entre los dos pueblos que la conquista había reunido violentamente en un mismo territorio. No ocurría lo mismo en el mundo arábigo. Mucho antes de Mahoma, la lengua yemenita o himyarita, nacida de la mezcla del árabe y del idioma de los vencidos, había sido substituída por el árabe puro, lengua propia de los maaditas, que habían adquirido cierta preponderancia intelectual. Salvo ligeras diferencias de dialecto, los dos pueblos hablaban, por lo tanto, el mismo idioma, y nunca ocurrió en los ejércitos musulmanes que un maadita no pudiera entender a un yemenita (1). Por otra parte, tenían los mismos gustos, las mismas ideas, las mismas costumbres, porque todos hacían vida nómada. Después, cuando hubieron adoptado el islamismo, tuvieron hasta la misma religión. En una palabra, la diferencia que existía entre ellos era mucho menos sensible que la que mediaba

(1) Cierto que en el Mahra se conservaba la antigua lengua, que los árabes de otras regiones casi no entendían. Consúltese Istajri, p. 14.

entre las tribus germánicas cuando los bárbaros invadieron el imperio romano.

Y, sin embargo, aunque las razones que explican el antagonismo de raza en Europa no existían en Oriente, este antagonismo adquiría allí una tenacidad incomprensible para nosotros. En el transcurso de trescientos o cuatrocientos años, la hostilidad originaria se desvanece en Europa; entre los beduínos dura desde hace veinticinco siglos, se remonta a los primeros tiempos históricos de la nación, y en nuestros días aun está muy lejos de extinguirse (1). "La hostilidad primitiva—decía un antiguo poeta—proviene de nuestros antepasados, y mientras seamos sus descendientes, subsistirá" (2). Y como no ha tenido en Europa el carácter atroz que tiene en Oriente, no ha ahogado en nuestros abuelos los sentimientos más dulces y sagrados de la naturaleza; un hijo no ha despreciado ni odiado a su madre por la sola razón de que perteneciese a otra raza que su padre.

—Tú rezas por tu padre—le dijeron a un yemenita que iba en procesión solemne en torno del templo de la Meca—; mas ¿por qué no rezas también por tu madre?

—¡Por mi madre!—replicó el yemenita con aire

---

(1) Consúltense el *Viaje por Siria y Egipto,* de Volney, t. I, p. 440; *Journal Asiatique Allemand,* t. V, p. 501; t. VI, pp. 389, 390; Robinson: *La Palestina,* t. II, pp. 481, 601, de la traducción alemana, y, además, la nota en que el autor se refiere a los viajes de Niebuhr y de Burckhardt.

(2) *Hamasa,* de Bohtori, man. de Leyde, p. 35.

desdeñoso—, ¿cómo he de rezar por ella, si era de la raza de Maad? (1).

Este odio que se transmite de generación en generación, a despecho de la comunidad de lengua, de derechos, de costumbres, de ideas, de religión y casi hasta de origen, puesto que los dos pueblos son de raza semítica; este odio, que no se justifica por sus antecedentes, sólo puede decirse que lo llevan en la sangre, y probablemente los árabes del siglo VII hubieran sido tan incapaces de determinar su verdadera causa, como los yemenitas que recorren hoy los desiertos que rodean a Jerusalén, y que cuando los viajeros les preguntan por qué son enemigos jurados de los caisitas —maaditas—de la provincia de Hebrón, responden que no saben más sino que este odio recíproco data de tiempo inmemorial (2).

El islamismo, lejos de disminuír la aversión instintiva de ambos pueblos, le prestó un vigor y una vivacidad que nunca había tenido. Aunque siguieron mirándose con recelo los yemenitas y los maaditas, se vieron obligados desde entonces a combatir bajo las mismas banderas, a repartirse el botín de la conquista, a vivir en el mismo territorio, y estas relaciones cotidianas engendraron innumerables disputas. Al mismo tiempo, su eterna rivalidad adquirió una importancia y un interés que nunca hubiera tenido si hubiese quedado oculta en un rincón, casi ignorado, del Asia. Pos-

(1) Mobarrad, p. 195.
(2) Robinson, t. II, p. 601.

teriormente ensangrentó España y Sicilia, lo mismo que los desiertos del Atlas y las riberas del Ganges, ejerciendo una influencia terrible, no sólo sobre los pueblos vencidos, sino sobre la suerte de todas las naciones románicas o germánicas, puesto que detuvo a los musulmanes en la carrera de sus conquistas, en el preciso momento en que amenazaban a Francia y a todo el Occidente.

En el mismo imperio musulmán ambos pueblos se combatieron; mas este imperio era demasiado extenso y carecía de unidad entre sus tribus para que la lucha pudiera ser simultánea y dirigida hacia un fin prefijado. Cada provincia tuvo, pues, su guerra particular, y los nombres de los dos bandos, derivados de las dos tribus más numerosas en el país en que se luchaba, variaron casi siempre. En el Jorasan, por ejemplo, los yemenitas llevaban el nombre de azditas, y los maaditas, el de temimitas, porque las tribus de Azd y de Temin eran allí las más poderosas (1). En Siria, provincia de que vamos a tratar principalmente, figuraban, por una parte, los kelbitas, y por otra, los caisitas. Los primeros, de origen yemenita, formaban allí la mayoría de la población árabe (2), porque durante el califato de Abubequer y de Omar, mientras muchas tribus yemenitas se establecieron en Siria, los maaditas prefirieron instalarse en el Irak Arabí (3).

(1) *Comentario de Socari sobre el Divan de Ferazdac*, man. de Oxford, fol. 93 v.

(2) Istajri, p. 13.

(3) Tabari, t. II, p. 254; Abu-Ismael al Basri, *Fotuh aram*, pp. 12, 195.

Los kelbitas y los caisitas eran igualmente adictos a Moauia, el cual, gracias a su política sagaz y prudente, supo mantener entre ellos cierto equilibrio y granjearse la adhesión de unos y otros. Sin embargo, por bien calculadas que estuviesen sus medidas, no pudo impedir que el odio recíproco estallase de tiempo en tiempo; durante su reinado, los kelbitas y los de Fezara, tribu de los caisitas, sostuvieron una verdadera batalla en Banat-Caín (1), y Moauia halló dificultades por parte de los caisitas cuando quiso nombrar heredero a Yezid, porque la madre de éste era kelbita, hija de Malic aben-Bahdal, jefe de esta tribu, y para los caisitas Yezid, criado en el desierto de Semaua, entre la familia de su madre, no era un ommíada, era un kelbita (2). Ignórase cómo pudo Moauia ganar sus votos; se sabe únicamente que al fin reconocieron a Yezid por presunto heredero del trono y que le fueron fieles mientras reinó, si bien su reinado no duró más que tres años. Murió en noviembre del 683, dos meses y medio después de la batalla de Harra, cuando sólo contaba treinta y ocho años. A su muerte, el inmenso imperio se halló de pronto sin jefe. No es que Yezid muriese sin hijos, que dejó muchos; pero el califato no era hereditario, sino electivo. Este gran principio no había sido impuesto por Mahoma, que nada decidió en este sentido, sino por el califa Omar, que no carecía tan en absoluto como el profeta de

(1) Wüstenfeld: *Tablas genealógicas*, p. 265.
(2) *Hamasa*, pp. 319, 658.

sentido político, y que, como legislador, gozaba de una autoridad indiscutible. Él fué quien dijo en una arenga, pronunciada en la mezquita de Medina: "Si alguno piensa proclamar un soberano sin que todos los musulmanes hayan deliberado, la proclamación será nula" (1). Cierto que se había eludido siempre la aplicación de este principio, y que el mismo Yezid no había sido elegido por la nación; pero, al menos, su padre había tenido la precaución de hacerle jurar como presunto heredero. Yezid había descuidado este requisito; sorprendióle la muerte en la flor de la edad, y su hijo mayor, llamado Moauia, como su abuelo, no tenía ningún derecho al califato. Sin embargo, hubiera logrado probablemente ser reconocido, si los sirios, árbitros de la elección de califas en esta época, hubiesen estado de acuerdo para sostenerle. Pero no lo estaban, y el mismo Moauia se dice que rehusó el trono. El más profundo misterio envuelve los sentimientos de este joven. Si ha de darse crédito a los historiadores musulmanes, Moauia no se parecía en nada a su padre; para él, la causa justa era la defendida por los medineses, y cuando supo la victoria de Harra, el saqueo de Medina y la muerte de los veteranos compañeros de Mahoma, se deshizo en lágrimas (2). Pero estos historiadores, que, llenos de prejuicios teológicos, han falseado muchas veces la historia, están en contradicción con un cro-

(1) *Siratar-rasul*, en el *Journal des savants* de 1832, p. 542.
(2) *Raihán*, fol. 202 r.

nista español casi contemporáneo (1), que, por decirlo así, copiaba lo que le dictaban los sirios establecidos en España, el cual afirma que Moauia era la fiel imagen de su padre. Fuese lo que fuese, los caisitas no querían obedecer a un príncipe que tenía una kelbita por abuela y una kelbita por madre, y no querían tampoco la dominación del kelbita Hassan Aben-Malic Aben-Bahdal, gobernador de Palestina y del distrito del Jordán, que había tomado la dirección de los asuntos políticos en nombre de su sobrino segundo (2). En todas partes adoptaron una actitud hostil, y uno de sus jefes, Zofar, de la tribu de Kilab, alzó bandera de rebelión en el distrito de Kinesrina, del cual arrojó al gobernador kelbita, Said Aben-Babdal. Siendo preciso oponer un pretendiente al de los kelbitas, Zofar se decidió por Abdala, hijo de Zobair, cuya causa era en el fondo completamente indiferente para los caisitas. El partido piadoso acababa de entablar una alianza muy extraña. Puesto que iba a sostener los intereses de los hijos de los compañeros de Mahoma, Zofar creyóse en el deber de pronunciar desde el púlpito un sermón edificante. Mas, aunque era gran orador y excelente poeta, como los árabes paganos, no estaba habituado, desgraciadamente, a las fórmulas religiosas y al estilo untuoso. Cortóse a la mitad de la primera frase, y sus compañeros de armas se echaron a reír estrepitosamente (3).

(1) *Isidoro*, c. 18.
(2) *Hamasa*, p. 319; *Raihán*, fol. 187 r.
(3) *Raihán*, fol. 187 r.

Moauia II no sobrevivió a su padre más que cuarenta días, según unos, o dos o tres meses, según otros—no se sabe exactamente, ni importa saberlo—. La confusión llegó al colmo. Las provincias, cansadas de ser tratadas por los sirios como país conquistado, sacudieron el yugo. En el Irak-Arabí se proclamaba cada día un califa o un emir, y al siguiente se le destronaba (1). Aben-Bahdal no había combinado todavía su plan; ya quería hacerse proclamar califa, ya—viendo que no sería reconocido más que por sus kelbitas—se decidía a prestar obediencia al ommíada que el pueblo eligiese (2). Pero como había pocas probabilidades de éxito, era difícil encontrar un ommíada que quisiera prestarse al triste papel de pretendiente. Ualid, nieto de Abu-Sofyan y antiguo gobernador de Medina, lo había aceptado; pero, atacado de peste en el momento en que recitaba la oración sobre el cuerpo de Moauia II, había caído muerto (3). Aben-Bahdal bien hubiese querido adjudicar el califato a Jalid, hermano de Moauia II; pero como no tenía más que diez y seis años, no se atrevió, porque los árabes sólo consentían en obedecer a un adulto. Ofreciósele, pues, a Otman; éste, que creía completamente perdida la causa de su familia, rehusó, y fué a reunirse con el afortunado pretendiente, Aben-Zobair, cuyo partido aumentaba de día en día. En Siria, todos los cai-

(1) Aben-Jaldun, t. II, fol. 171 r. y v.
(2) *Hamasa*, p. 319.
(3) Aben-Jaldun, t. II, fol. 170 v.

sitas se declararon en favor suyo. Dueños ya de Kinesrina, lo fueron bien pronto de Palestina, y el gobernador de Emesa, Noman, hijo de Baxir el defensor, se declaró también partidario de Aben-Zobair (1). Bahdal, por el contrario, no podía contar más que con el distrito del Jordán, el menos importante de los cinco de que constaba Siria (2). Allí habían jurado obedecerle, pero con la condición de que no proclamaría a un hijo de Yezid, puesto que eran muy jóvenes. En cuanto al distrito de Damasco, el más importante de todos, su gobernador, Dahac, de la tribu de Fihr (3), no pertenecía a ningún partido. No estaba de acuerdo ni aun consigo mismo; antiguo jefe de la guardia de Moauia I, y uno de sus confidentes más íntimos, no aceptaba el pretendiente de la Meca; y como él era maadita, no quería hacer causa común con el jefe de los kelbitas; de aquí sus vacilaciones y su neutralidad. A fin de sondear sus intenciones y las del pueblo de Damasco, Aben-Bahdal le envió una carta destinada a ser leída un viernes en la mezquita. Aquella carta estaba llena de elogios hacia los ommíadas y de invectivas contra Aben-Zobair; pero como Aben-Bahdal temía que Dahac se negase a leerla en público, tuvo buen cuidado de dar una copia al mensajero, y le dijo: "Si Dahac no se la lee a los árabes de Damasco, tú les lees ésta."

---

(1) *Raihán*, fol. 187 r.; Aben-Jaldun, fol. 172 r.
(2) Istajri, p. 37.
(3) Los Fihr eran los coraxitas de la región de la Meca.

Ocurrió lo que había previsto. El viernes, cuando Dahac subió al púlpito, no dijo ni una palabra referente a la carta recibida. Entonces, el mensajero de Aben-Bahdal se levantó y la leyó delante del pueblo. Apenas terminada, oyéronse gritos por todas partes: "¡Aben-Bahdal tiene razón!", exclamaban unos. "¡No, miente!", vociferaban otros. El tumulto llegó a ser tan espantoso en el sagrado recinto, que—como en todos los países musulmanes, servía no sólo para las ceremonias religiosas, sino para las deliberaciones políticas—resonaban las injurias que mutuamente se lanzaban los kelbitas y los caisitas. Al fin, Dahac logró imponer silencio; terminó la ceremonia religiosa, pero él persistió en su actitud (1).

Tal era la situación de Siria cuando los soldados de Moslim regresaron a su país natal. Pero no era Moslim quien los capitaneaba. He aquí, en pocas palabras, lo que había ocurrido:

Después de la conquista de Medìna, Moslim, ya muy enfermo durante la batalla de Harra, se había negado a seguir el escrupuloso régimen que los médicos le habían prescripto. "Habiendo castigado a los rebeldes, moriré contento—decía—; y como he matado a los asesinos de Otman, Dios perdonará mis pecados" (2).

Llegado con su ejército a tres jornadas de la Meca, y conociendo su próximo fin, llamó al general Hosain, designado por Yezid para el mando

(1) Aben-Jaldun, fol. 172 r.
(2) Abu-'l-Mahasin, en *Weil*, t. I. p. 331. en la nota.

del ejército, en caso de que Moslim sucumbiese. Hosain era de la tribu de Sacum, y, por consiguiente, kelbita, lo mismo que Moslim; pero éste le despreciaba, porque dudaba de su penetración y de su firmeza. Apostrofándole, pues, con la franqueza brutal que le caracterizaba, y que no nos es dado atenuar, le dijo: "Aunque eres un asno, vas a tomar el mando en mi lugar. Por mí, jamás te lo confiaría; pero es preciso que la voluntad del califa se cumpla. Escucha ahora mis consejos; sé que los necesitas, porque te conozco: desconfía siempre de los ardides de los coraixitas; no des oídos a sus melosos discursos, y, cuando llegues a la Meca, acuérdate de que no tienes más que tres cosas que hacer: combatir a vida o muerte, encadenar a los habitantes de la ciudad y volver a Siria" (1). Dicho esto, exhaló el último suspiro.

Hosain, cuando puso sitio a la Meca, procedió como si se hubiese empeñado en demostrar que las prevenciones de Moslim respecto a él carecían de fundamento. Lejos de faltarle audacia o de detenerse por escrúpulos religiosos, sobrepasó los sacrilegios del mismo Moslim. Las ballestas hicieron llover sobre el templo de la Caaba piedras tan enormes, que aplastaron las columnas del edificio. A instigación suya, un jinete sirio disparó por la noche una antorcha atada al extremo de su lanza sobre el pabellón de Aben-Zobair, eleva-

(1) Fakihí, fol. 400 v.; *Raihán*, fol. 201 v.; Aben Jaldun, fol. 170 v.

do en el patio de la mezquita. Incendiado al instante el pabellón, comunicóse la llama a los velos que cubrían la santa Caaba, y la más venerada de las mezquitas quedó destruída enteramente... (1). Por su parte, los de la Meca—secundados por una turba de no conformistas que, olvidando momentáneamente su odio a la alta Iglesia, habían acudido llenos de entusiasmo a defender el sagrado territorio—se defendían con arrojo, cuando la noticia de la muerte de Yezid cambió de repente el aspecto de la cuestión. Al hijo de Zobair la inesperada noticia le produjo un gozo indecible; en cambio, para Hosain fué un rayo. Este general, de espíritu frío, egoísta y calculador, conocía harto bien la fermentación de los partidos en Siria para no prever que estallaría una guerra civil, y no forjándose ilusiones sobre la debilidad de los ommíadas, vió en la sumisión al califa de la Meca el único remedio contra la anarquía, la única salvación para él y para su ejército, gravemente comprometidos. Invitó, pues, a Aben-Zobair a conferenciar con él a la noche siguiente en un lugar determinado. Aben-Zobair acudió a la entrevista, y Hosain le dijo en voz baja, para que los sirios no pudiesen oírlo:

—Estoy dispuesto a reconocerte por califa, con la condición de que te comprometas a otorgar una

---

(1) Hay otras tradiciones sobre la causa de este incendio; pero a la que doy preferencia en el texto parece la única verdadera a Aben-Jaldun (fol. 170 v.): es también la única que se encuentra en el autor más antiguo y más digno de crédito, Fakihi, fol. 400 v.

amnistía general y a no tomar venganza de la sangre vertida en el sitio de la Meca y en la batalla de Harra.

—No—le respondió Aben-Zobair en alta voz—, no me daría por satisfecho, aunque matase diez enemigos por cada uno de mis camaradas.

—¡Maldito sea el que te considere en adelante como un hombre de talento!—exclamó entonces Hosain—. Hasta ahora había creído en tu prudencia; pero cuando te hablo bajo, respondes en voz alta; te ofrezco el califato, y me amenazas con la muerte.

Entre ambos, la reconciliación era desde entonces imposible; Hosain interrumpió bruscamente la conferencia, y regresó con su ejército a Siria. En el camino encontró a Meruan, que había vuelto a Medina después de la batalla de Harra, pero que, expulsado nuevamente de esta ciudad por orden de Aben-Zobair, se había ido a Damasco. Allí había encontrado la causa de su familia poco menos que perdida, y en una entrevista con Dahac se había comprometido a volver a la Meca para anunciar a Aben-Zobair que los sirios estaban dispuestos a obedecer sus órdenes (1), lo cual era el mejor medio para granjearse la benevolencia de su antiguo enemigo. En este viaje de Damasco a la Meca fué cuando Meruan encontró a Hosain (2). Este general, después de haberle asegurado que jamás reconocería al pretendiente de la Meca, le

(1) *Raihán*, fol. 187 v.; *Hamasa*, p. 318.
(2) Aben-Jaldun, fol. 172 v.

declaró que, si tenía valor para alzar la bandera ommíada, podía contar con su apoyo. Habiendo aceptado Meruan esta proposición, decidieron convocar en Chabia una especie de dieta, en que se deliberase sobre la elección de califa.

Invitados a esta dieta, acudieron Aben-Bahdal y sus kelbitas. Dahac prometió también asistir, y se excusó de su anterior conducta. Efectivamente, se puso en marcha con los suyos; pero en el camino, los caisitas, persuadidos de que los kelbitas no darían sus votos más que al que era aliado de su tribu, a Jalid, el hermano aun joven de Moauia II, se negaron a seguir adelante. Dahac desanduvo, pues, el camino, y acampó en la pradera de Rahit, al Este de Damasco (1). Sin embargo, los caisitas comprendieron que su querella contra los kelbitas iba a ventilarse pronto por las armas, y cuanto más se acercaba el momento decisivo, más comprendían la monstruosidad de su alianza con el jefe del partido piadoso. Sintiendo mucha más simpatía por Dahac, antiguo compañero de armas de Moauia I, le dijeron: "¿Por qué no te proclamas califa? No vales menos que Aben-Bahdal o que Aben-Zobair." Halagado por estas palabras, y satisfecho de salir de su falsa posición, Dahac no rehusó la proposición de los caisitas, que le prestaron juramento (2).

Las deliberaciones de los kelbitas, reunidos en

(1) *Raihán*, fol. 187 v.; *Hamasa*: Aben-Jaldun, folio 172 r. y v.
(2) *Hamasa*, p. 318.

Chabia, no duraron menos de cuarenta días. Aben-Bahdal y sus amigos querían nombrar califa a Jalid—no se habían engañado los caisitas—, y Hosain no consiguió que aceptasen su candidato, Meruan. Había llegado a decir: "Y ¡qué! Cuando nuestros enemigos proponen a un hombre de edad, ¿nosotros les opondremos un joven, casi un niño?" Respondiéronle que Meruan estaba aún muy pujante. "Si Meruan obtiene el califato—decían—, seremos sus esclavos; tiene diez hijos, diez hermanos, diez sobrinos" (1). Por otra parte, se le consideraba como extranjero. La rama de los ommíadas, a que pertenecía Jalid, estaba naturalizada en Siria, mientras Meruan y su familia habían habitado siempre en Medina (2). Aben-Bahdal y sus amigos cedieron al fin; aceptaron a Meruan, pero le hicieron comprender que al conferirle el califato le hacían un gran favor, y le impusieron condiciones tan duras como humillantes.

Meruan tuvo que comprometerse solemnemente a confiar todos los cargos importantes a los kelbitas, a gobernar según sus consejos y a pagarles anualmente una suma considerable (3). Aben-Bahdal hizo decretar, además, que el joven Jalid sería el sucesor de Meruan, y que mientras tanto desempeñaría el gobierno de Emesa (4).

---

(1) Aben-Jaldun, fol. 172 v.

(2) *Hamasa*, p. 659, vs. 5 del poema.

(3) Masudi. -Todo esto recuerda la *capitulación* que la aristocracia danesa hacía jurar al que era elegido rey.

(4) Aben-Jaldun.

Convenido así, uno de los jefes de la tribu de Sacun, Malic, hijo de Hobaira, que había sido celoso partidario de Jalid, dijo a Meruan, con aire altanero y amenazador: "No prestaremos el juramento que se presta al califa, al sucesor del profeta, porque combatiendo bajo tu bandera sólo tenemos en cuenta los bienes de este mundo. Por consiguiente, si nos tratas bien, como Moauia y Yezid, te ayudaremos; si no, te convencerás, a pesar tuyo, de que no sentimos más predilección por ti que por cualquier otro coraixita" (1).

Habiendo terminado la dieta de Chabia, a fines de junio del año 684 (2), unos siete meses después de la muerte de Yezid, Meruan, acompañado de los Kelb, los Gasan, los Sacsac, los Sacun y otras tribus yemenitas, marchó contra Dahac, al cual habían enviado tropas los tres gobernadores de su bando. Zofar mandaba en persona los soldados de su provincia, o sea de Kinesrina. Durante la marcha, Meruan recibió una noticia tan inesperada como agradable: Damasco se había declarado en favor suyo. Un jefe de la tribu de Gasan, en vez de ir a Chabia, se había ocultado en la capital. Cuando supo la elección de Meruan, reunió a los yemenitas y se apoderó de Damasco por un golpe de mano, obligando al gobernador nombrado por Dahac a buscar la salvación en una fuga tan precipitada, que no pudo ni llevarse el tesoro público. El audaz gasanita se apresuró a

(1) Masudi.
(2) Aben-Jaldun.

informar a Meruan del éxito de su empresa y a enviarle dinero, armas y soldados (1).

Cuando los dos ejércitos, mejor dicho, los dos pueblos, se hallaron frente a frente, en la pradera de Rahit, perdieron veinte días en duelos y escaramuzas. Por fin el combate se hizo general y más sangriento que ninguno, según un historiador árabe, sufriendo los caisitas una completa derrota (2)—véase la nota B al fin de este volumen—, después de haber perdido ochenta de sus jefes, entre ellos el mismo Dahac.

Kelbitas y caisitas no olvidaron jamás esta batalla, llamada de la *Pradera*, que setenta y dos años más tarde se reprodujo, por decirlo así, en España. Fué el tema preferido de los poetas de los dos bandos rivales, vibrando en los cantos de unos la alegría del triunfo, y en los de los otros, las imprecaciones del dolor y de la venganza.

En el momento de la fuga, Zofar tenía al lado suyo dos jefes de la tribu de Solain. Su corcel fué el único que no pudo luchar en velocidad con los de los kelbitas que los perseguían, y sus dos compañeros, viendo que los enemigos iban a alcanzarlos, le gritaron: "¡Huye, Zofar, huye; nos van a matar!" Espoleando su caballo, Zofar se salvó; sus dos amigos fueron asesinados (3).

"¿Qué felicidad—escribió Zofar más tarde—, qué felicidad puedo esperar yo después de ha-

(1) Ben-al-Athir, t. III, fol. 84 v.; Aben Jaldun.
(2) Ben-al-Atir, Aben-Jaldun.
(3) Masudi.

ber abandonado a Ben-Amr y a Aben-Man, después de haber muerto Hammam? (1). Jamás había sido cobarde, pero aquella noche funesta, cuando me perseguían, cuando, rodeado de enemigos, nadie me podía socorrer, aquella noche abandoné a mis dos amigos y me salvé como un infame... Un solo momento de debilidad ¿podrá borrar todas mis hazañas, todas mis acciones heroicas? ¿Dejaremos tranquilos a los kelbitas? ¿No les herirán nuestras lanzas? Nuestros hermanos, muertos en Rahit, ¿no serán vengados?... La hierba brotará de nuevo sobre la tierra, recientemente removida, que cubre sus huesos; pero no los olvidaremos nunca, y sentiremos hacia nuestros enemigos un odio implacable. ¡Mujer, dame mis armas! En mi opinión, la guerra será perpetua. En verdad que la batalla de Rahit ha abierto un abismo entre Meruan y nosotros" (2).

Un poeta kelbita le responde en un poema, del cual no quedan más que estos versos:

"Indudablemente, después de la batalla de Rahit, Zofar ha adquirido una enfermedad incurable. Jamás dejará de llorar por Solaim, por Amir y por los Dobyan, muertos en el combate; y defraudadas sus más caras esperanzas, renovará con sus versos el dolor de las viudas y de las huérfanas" (3).

(1) Jefe de los Nomair. Véase *Hamasa*, p 318.
(2) Masudi: *Hamasa*, p. 72; *Raihán*, fol. 187 v.; Aben-Badrun, p. 185; *Hamasa*, de Bohtori, p. 34.
(3) *Raihán*, fol. 187 v.

Otro poeta kelbita (1) canta la victoria de sus hermanos de tribu. "¡Qué vergüenza para los caisitas!... Mientras huían velozmente, abandonaban sus banderas, las cuales caían "como los pájaros que cuando tienen sed describen círculos en el aire y después se precipitan en el agua". El poeta enumera uno a uno los jefes caisitas; ¡cada tribu llora la pérdida del suyo! ¡Cobardes! ¡Habían sido heridos por la espalda! Hubo ciertamente en la Pradera hombres que se estremecían de gozo: eran los que habían cortado la nariz, las manos y las orejas a los caisitas, y los que los habían castrado.

VII

Mientras Meruan, dueño de Siria, a consecuencia de la victoria alcanzada en la Pradera de Rahit, iba a someter Egipto, Zofar, ahora jefe de su partido, se lanzaba sobre Carkisia, fortaleza de Mesopotamia, situada al Este de Kinesrinas, en la confluencia del Jabur—Chaboras—y el Eúfrates. Poco a poco Carkisia vino a ser el punto de reunión de los caisitas. Siendo imposible la gran guerra, debían limitarse a una lucha de emboscadas y ataques nocturnos, pero a sangre y fuego. Capitaneados por el lugarteniente de Zofar, Omair, hijo de Hobab, saqueaban los campos kelbitas en el desierto de Semaua, extre-

(1) *Hamasa*, p. 317, donde debe leerse Kelbi en vez de Kilabi: c. f., p. 656.

mando la crueldad hasta abrir el vientre a las mujeres; y cuando Zofar los veía volver cargados con el botín y cubiertos de sangre, exclamaba:

"¡Kelbitas, ahora es para vosotros para quienes los tiempos son duros; os castigamos, y nos vengamos! En el desierto de Semaua no hay seguridad para vosotros; abandonadle, pues; llevaos al hijo de Bahdal y buscad un asilo allá donde viles esclavos cultivan los olivares" (1).

Sin embargo, los caisitas no tuvieron en esta época más que una importancia secundaria. Cierto que Carkisia era el terror y el azote de los moradores de los contornos; pero, al fin y al cabo, no era más que un nido de malhechores que no podía inspirar a Meruan serias preocupaciones, y como le importaba, ante todo, la conquista del Irak Arabí, se decidió a combatir enemigos mucho más terribles.

El Irak Arabí presentaba entonces un curioso espectáculo. Las doctrinas más exóticas y extravagantes se disputaban allí la popularidad; el principio hereditario y el electivo, el despotismo y la libertad, el derecho divino y la soberanía nacional, el fanatismo y la indiferencia, luchaban entre sí; los vencedores árabes y los persas vencidos, los ricos y los pobres, los visionarios y los incrédulos, se combatían sin tregua. Existía el partido moderado, pero no quería ni a los om-

(1) *Raihán*, fol. 187 v. Véase *Nouveau Journal Asiatique*, t. XIII, p. 301.

míadas ni a Aben-Zobair. Tal vez ninguno del Irak simpatizaba con el carácter ni con las tendencias de este último, y, sin embargo, habiendo fracasado toda tentativa encaminada a constituír un gobierno nacional en Basora como en Cufa, los moderados acabaron por reconocerle como el único capaz de mantener algo el orden en la provincia. Unos, musulmanes sin repugnancia, pero también sin fervor, vivían naturalmente una vida tranquila, dulce y perezosa; otros, menos preocupados del porvenir, anteponían la duda al entusiasmo, la negación a la esperanza. No adoraban ni sacrificaban más que a un Dios: el placer de los sentidos. El elegante y espiritual Omar Ben-abi-Rabia, el Anacreonte de los árabes, había escrito su liturgia. Los dos nobles más influyentes y considerados de Basora, Ahnaf y Harita, representaban maravillosamente las dos tendencias de este partido. El nombre del primero aparece mezclado a todos los acontecimientos de esta época; pero no hacía más que dar consejos; hablaba mucho, pero no actuaba jamás. Jefe de los Temim, gozaba en su tribu de una consideración tan ilimitada, que Moauia I solía decir: "Si monta en cólera, cien mil temimitas se encolerizan también, sin preguntarle la causa." Afortunadamente, no era capaz de enfurecerse; su longanimidad era proverbial; aun cuando llamaba su tribu a las armas, todos sabían que era sólo por complacer a la bella Zabra, su querida, que le dominaba completamente. "Zabra está hoy de

mal humor", se decían entonces los soldados. Como observaba una justa ponderación en todo, su devoción era un término medio entre el fervor y la indiferencia. Expiaba sus pecados, pero sus penitencias no eran muy rudas; pasaba el dedo sobre la llama de una bujía, y dando un ligero grito de dolor, se preguntaba a sí mismo: "¿Por qué has cometido este pecado?" Dejábase guiar por un egoísmo prudente y reflexivo, pero que no llegaba ni a la doblez ni a la bajeza; se mantenía neutral siempre que podía; se conformaba con cualquier gobierno, por ilegítimo que fuese, sin censurarle, pero sin adularle ni buscar sus favores: tal era la línea de conducta que se había trazado desde su juventud, y de la que no se apartó jamás. Era un carácter sin expansión, sin abnegación, sin grandeza; representante del justo medio y de la vulgaridad egoísta; amigo de las contemporizaciones y de los términos medios; tan incapaz de inspirar entusiasmo como de sentirlo; pero querido de todo el mundo por su dulzura, por su amabilidad y por su genio ecuánime y conciliador (1).

Tipo representativo de la antigua nobleza pagana, por lo espiritual y brillante, Harita pasaba por atrevido bebedor, y no negaba que lo fuese. El distrito preferido, cuando podía elegir una prefectura, era el que producía vinos más exquisitos.

---

(1) Aben-Jalican, t. I, p. 323 y sig., ed. de Slane; Aben-Nobata en Rasmussen. *Adiciones a la historia de los árabes*, p. 16 y sig. del texto.

Sus sentimientos religiosos no eran un misterio para sus amigos. "¡Qué extraño espectáculo—decía un poeta de su familia—es el ver a Harita asistir a la oración pública, él, que no puede ser más incrédulo!" (1). Pero era de una extremada cortesía; se elogiaba su conversación, a la vez instructiva y jocosa (2), y además se distinguía por su valor entre todos sus conciudadanos. Porque es forzoso decir que los del Irak eran de una cobardía increíble. Cuando Obaidala era gobernador de la provincia, dos mil de sus habitantes, enviados por él para subyugar a cuarenta no-conformistas, no se habían atrevido a atacarlos. "Yo me preocupo poco de que Obaidala pronuncie mi elogio fúnebre—había dicho el general—; prefiero que me vitupere" (3).

Los otros dos partidos, el de los no-conformistas y el de los xiitas, se componían de creyentes sinceros y fervorosos. Pero estas dos sectas, que casi se confundían en el punto de partida, se separaron cada vez más en su desarrollo, y acabaron por comprender la religión y el Estado de una manera completamente opuesta.

Los no-conformistas eran almas nobles y generosas, que en aquel siglo del egoísmo habían conservado la pureza de corazón, que no ambicionaban los bienes terrenos, que tenían la más alta idea de Dios para servirle maquinalmente y para

(1) Mobarrad, p. 699. "Mas incrédulo que un asno", dice el texto.

(2) Aben-Jalican, t. I, p. 325, ed. de Slane.

(3) Mobarrad, p. 651.

adormecerse en una piedad común y fácil; eran los verdaderos discípulos de Mahoma, pero de Mahoma tal como había sido en la primera época de su misión, cuando la religión y la virtud henchían su alma entusiasta, en tanto que los ortodoxos de Medina eran más bien los discípulos del otro Mahoma, del impostor, cuya ambición insaciable aspiraba a conquistar el mundo por medio de la espada. En aquel tiempo en que la guerra civil asolaba tan cruelmente las provincias del vasto imperio, y en que cada tribu convertía su noble origen en un título para el poder, ellos practicaban las hermosas palabras del Corán: "Todos los musulmanes son hermanos." "No nos preguntéis—añadían—si descendemos de Cais o de Temim; somos hijos del islamismo, rendimos homenaje a la unidad divina, y el preferido de Dios es el que le demuestra mejor su gratitud" (1). Mas también era cierto que si predicaban la igualdad y la fraternidad, era porque pertenecían más bien a la clase obrera que a la aristocracia (2). Justamente indignados contra la corrupción de sus contemporáneos, que se entregaban sin escrúpulo ni vergüenza, a todas las disoluciones y a todos los vicios, creyendo que bastaban para borrar los pecados la asistencia a las plegarias públicas y la peregrinación a la Meca, ellos predicaban que la fe sin obras es insuficiente, y que los pecadores se condenarán lo mismo

(1) Mobarrad, p. 588.
(2) Mobarrad, p. 704.

que los incrédulos (1). En efecto, dominaban entonces las ideas más exageradas sobre el poder absolutorio de la fe. Mas ¿en qué consistía esta fe? A menudo, en un simple deísmo. Los hombres de espíritu selecto, pero de costumbres relajadas, si por azar creían en el paraíso, esperaban conquistarlo con poco trabajo.

—¿Qué has preparado para semejante día? —preguntaba el piadoso teólogo Hasan de Basora al poeta Ferazdac, el *disoluto*, que asistía con él a un entierro.

—El testimonio que durante sesenta años he rendido a la unidad de Dios—replicó tranquilamente el poeta (2).

Los no-conformistas protestaban contra esta teoría.

—En este caso—afirmaban—, el mismo Satán se libraría de la condenación eterna, porque ¿no está convencido también él de la unidad de Dios? (3).

Para una sociedad ligera, frívola, escéptica y semipagana, una religión tan apasionada y una virtud tan austera resultaban una herejía. "Es preciso extirparla—se decían—, porque a veces el escepticismo proscribe la piedad en nombre de Dios." A su vez, el gobernador se alarmaba, con motivo, de estos demócratas, de estos niveladores. Los ommíadas hubiesen llegado quizás a consen-

---

(1) Xahrastani y Mobarrad, *passim*.
(2) *Nouveau Journal Asiatique*, t. XIII, p. 543.
(3) Xahrastani, p. 91.

tirlos y hasta a aplaudirlos si se hubiesen limitado a declarar que los jefes del partido ortodoxo, los llamados santos del islamismo, como Talha, Zobair, Alí y Aixa, la viuda del profeta, no eran más que hipócritas ambiciosos; pero es que iban más lejos. Sin contar con que, a imitación de los ortodoxos de Medina, tachaban de incrédulos a los omeyas y disputaban a los coraixitas el derecho exclusivo al califato, negaban osadamente que el profeta hubiese dicho que el gobierno espiritual y temporal no correspondiese más que a esta tribu, predicando que cualquiera podía ser elegido califa, ya perteneciese a la más alta nobleza o a las últimas capas de la sociedad, ya fuese coraixita o esclavo, peligrosa teoría que minaba el derecho público hasta sus raíces. Pero esto aún no era todo. Soñando con una sociedad perfecta, estas almas cándidas y apasionadas por la libertad sostenían que un califa no era necesario más que para contener a los malhechores, y que los verdaderos creyentes, los hombres virtuosos, podían muy bien pasarse sin él (1).

El gobierno y la aristocracia del Irak Arabí se daban, pues, la mano para exterminar con un común esfuerzo los no-conformistas y sus doctrinas, de igual modo que la nobleza había secundado a los ommíadas en su lucha contra los compañeros del profeta. Comenzó una persecución horrible y cruel, dirigida por el gobernador,

(1) Xahrastani, pp. 87, 90.

Obaidala, ¡el escéptico, el filósofo, que había hecho matar al nietó del profeta y que no vaciló en derramar a torrentes la sangre de aquellos hombres que en el fondo de su alma debía considerar como los verdaderos discípulos de Mahoma! Y no es que fuesen temibles por el momento: vencidos por Alí en dos sangrientas batallas, ya no predicaban en público; se ocultaban, hasta habían depuesto a su jefe porque reprobaba su inacción, su trato con los árabes que no eran de su secta (1); pero eran sus enemigos los sabían muy bien—el fuego oculto entre cenizas, que no esperaba más que aire para reavivarse. Propagaban en secreto sus principios, con una elocuencia viva, arrolladora, irresistible, porque emanaba del corazón.

"Es forzoso ahogar esta herejía en su germen—respondía Obaidala cuando le argüían que estos sectarios no eran tan peligrosos para justificar tantas crueldades—; estos hombres son más temibles de lo que creéis; sus menores discursos inflaman los espíritus como una chispa hace arder un montón de juncos" (2).

Los no-conformistas sostuvieron esta terrible prueba con firmeza verdaderamente admirable. Confiados y resignados, marchaban al cadalso con paso firme, recitando oraciones y versículos del Corán, y morían glorificando al Señor. Ninguno pronunciaba una palabra para salvar su vida.

(1) Mobarrad, p. 575.
(2) Mobarrad, p. 647.

Un agente de la autoridad detuvo a un sectario en la calle.

—Permíteme entrar un instante en mi casa —suplicó el no-conformista—, a fin de que me purifique y en seguida ore.

—Y ¿quién me responde de que volverás?

—Dios—replicó el no-conformista, y volvió (1).

Otro, encerrado en la prisión, asombró hasta al carcelero con su ejemplar piedad y por su persuasiva elocuencia.

—Tu doctrina me parece tan bella y tan santa —le dijo el carcelero—, que quiero prestarte un servicio: te permitiré ir a ver a tu familia por las noches, si me prometes volver aquí al amanecer.

—Te lo prometo—respondió el no-conformista.

Y desde entonces, el carcelero le dejaba salir todas las tardes al ponerse el sol. Pero una noche que el no-conformista se hallaba con su familia, vinieron a decirle los amigos que el gobernador, irritado por el asesinato de uno de los verdugos, había mandado decapitar a todos los heréticos que estaban en la prisión. A pesar de los ruegos de sus amigos y de las lágrimas de su mujer y de sus hijos, que le pedían no fuese en busca de una muerte cierta, el no-conformista volvió a la prisión, diciendo:

—¿Podría presentarme delante de Dios si hubiese faltado a mi palabra?

Una vez en el calabozo, viendo que el rostro

(1) Mobarrad, p. 659.

del bondadoso carcelero revelaba tristeza, le dijo:

—Tranquilízate, conozco los designios de tu señor.

—¡Los conoces, y, sin embargo, has vuelto! —exclamó el carcelero, lleno de admiración y asombro (1).

Las mujeres rivalizaban en valor con los hombres. La piadosa Balcha, advertida de que la víspera Obaidala había pronunciado su nombre—lo cual equivalía a una sentencia de muerte—, se negó a ocultarse, como sus amigos le aconsejaban. "Si me manda prender, tanto peor para él, porque Dios le castigará—dijo—; pero no quiero que ni uno solo de nuestros hermanos se vea perseguido por causa mía." Tranquila y resignada esperó a los verdugos, que, después de haberle cortado las manos y las piernas, arrojaron su cuerpo en el mercado (2).

Tanto heroísmo, tanta grandeza y santidad, excitaban el interés y la admiración de las almas justas, y a veces imponían respeto hasta a los mismos verdugos. A la vista de estos hombres extenuados y pálidos, que no comían ni dormían (3), y que parecían nimbados de una aureola de gloria, un santo horror detenía su brazo dispuesto a herir (4). Después no fué ya el respeto el que les hacía vacilar, sino el miedo. La secta perseguida

(1) Mobarrad, pp. 647, 648.
(2) Mobarrad, p. 647.
(3) Xahrastani, p. 89; Mobarrad, p. 590.
(4) Mobarrad, p. 670.

se había convertido en una sociedad secreta, cuyos miembros se hacían solidarios unos de otros. Al día siguiente de cada ejecución se encontraba, casi siempre, al verdugo, asesinado (1). Era un comienzo de resistencia a mano armada. En efecto, desde el punto de vista de la secta y de los musulmanes en general, la paciente resignación a los suplicios, lejos de ser un mérito, era una debilidad. La iglesia musulmana es una iglesia esencialmente militante, pero lo es en otro sentido que la iglesia católica. Asimismo, los exaltados reprochaban a los moderados su trato con los *bandidos* y los *incrédulos* (2), su inacción, su cobardía; y los poetas, asociándose a esta censura, hacían ya un llamamiento a las armas (3), cuando se supo que el ejército de Moslim iba a atacar a las dos ciudades santas. Fué un momento decisivo en el destino de la secta, dentro de la cual el hombre más eminente era Nafi, hijo de Azrac. Voló con sus amigos a defender el territorio sagrado, y Aben-Zobair, que decía que para combatir a los árabes de Siria aceptaría el socorro de los dailemitas, de los turcos, de los paganos y de los bárbaros (4), le acogió con los brazos abiertos, asegurándole hasta que compartía sus doctrinas. Mientras duró el sitio de la Meca, los no-conformistas hicieron prodigios de valor; pero no tardaron en advertir que entre ellos y el jefe de la alta Iglesia no había avenencia po-

(1) Mobarrad, p. 648 y sig.
(2) Mobarrad, p. 577.
(3) Mobarrad, p. 661.
(4) Mobarrad, p. 678.

sible. Volvieron, pues, a Basora; luego, aprovechándose del general desorden, se establecieron en la provincia de Ahuaz, después de haber expulsado a los funcionarios del gobierno.

A partir de esta época, los no-conformistas, al menos los de Ahuaz—a quienes los árabes llaman azrakitas, del nombre del padre de Nafi—, no se contentaron con romper toda relación con los árabes extraños a su secta, con declarar que era pecado vivir en su compañía, comer animales muertos por ellos y contraer matrimonios con sus familias, sino que, exasperados por muchos años de persecuciones y sedientos de venganza, adquirieron un carácter cruel y feroz, dedujeron de sus principios las consecuencias más rigurosas e interpretaron el Corán como ciertas sectas de Inglaterra y Escocia interpretaron la Biblia en el siglo XVII, buscando argumentos para justificar y aun santificar su odio implacable. Los demás árabes eran para ellos, o incrédulos, o pecadores, lo que venía a ser lo mismo; era preciso exterminarlos si rehusaban aceptar las creencias del pueblo de Dios, toda vez que Mahoma había planteado a los árabes paganos el dilema de elegir entre el islamismo o la muerte. No debía ser perdonado nadie, ni las mujeres, ni aun los niños de pecho; pues Noé decía en el Corán: "Señor, no dejes subsistir en la tierra ninguna familia infiel, porque si la dejas, seducirán a tus devotos y no engendrarán más que impíos o incrédulos" (1). Ha-

(1) Mobarrad, pp. 680, 683.

bían querido exterminarlos, y a su vez procuraban exterminar a sus perseguidores; de mártires se convertían en verdugos.

Bien pronto, marcando su paso con torrentes de sangre, avanzaron hasta dos jornadas de Basora. Indecible consternación reinaba en esta ciudad, cuyos habitantes, que, como es sabido, alardeaban de indolencia con un cinismo insultante, no podían entonces contar más que con sus propias fuerzas y su propio valor, porque era precisamente la época en que se habían emancipado de la dominación de los ommíadas y en que aun se negaban a reconocer a Aben-Zobair. Para colmo de desdichas, habían sido tan irreflexivos que habían entregado el gobierno al coraixita Baba (1), hombre de excesiva corpulencia, pero de perfecta nulidad. Sin embargo, como tenían que salvar sus bienes, sus mujeres, sus hijos y su propia vida, la gravedad del peligro les prestó un poco de energía, y salieron al encuentro del enemigo con más presteza y valor del que mostraban de ordinario, cuando era preciso combatir. Vinieron a las manos cerca de Dulab y se batieron durante un mes. Nafi fué muerto en uno de estos combates; por su parte, los árabes de Basora perdieron a los tres generales que se sucedieron en el mando (2), y fatigados al fin por tan larga campaña, desalentados al ver que tantos combates no produ-

(1) Compárese Aben-Jaldun, t. II, fol. 171 v., con Mobarrad, p. 688.
(2) Mobarrad, pp. 688, 690.

cían un resultado definitivo, y agotados por un esfuerzo a que estaban tan poco acostumbrados, comprendieron que habían confundido la voluntad con la fuerza y volvieron a sus hogares. El Irak hubiera sido inundado entonces por los feroces sectarios, si Harita no les hubiese cortado el paso con sus hermanos de tribu, los de Godan. "¡Vergüenza eterna sobre nosotros—dijo a sus compañeros de armas—, si abandonamos nuestros hermanos de Basora a la furia brutal de los no-conformistas!" Y combatiendo como voluntario, sin carácter oficial, libertó el Irak Arabí del terrible azote que le amenazaba.

Pero como el peligro era siempre inminente, como Harita podía ser derrotado en cualquier momento, y entonces nada impediría al enemigo penetrar en Basora, los habitantes de esta ciudad no vieron otra solución que aliarse con Aben-Zobair y reconocerle como califa. Aben-Zobair les envió un gobernador, que confió el mando de las tropas a un hermano suyo, llamado Otman. Cuando llegaron frente al enemigo, viendo que le llevaban gran ventaja en el número, Otman dijo a Harita, que se había reunido con él:

—Y qué, ¿es ése todo su ejército?

—¡Ah!, es que no los conoces—replicó Harita—; te respondo de que te darán mucho que hacer.

—¡Por Dios!—insistió Otman con aire desdeñoso—. Antes de sentarme a la mesa quiero ver si saben batirse.

—Una vez entablada la batalla, estos hombres no retroceden jamás.

—Yo sé que los del Irak Arabí son unos cobardes. Y tú, Harita, ¿qué entiendes de guerra? De lo que tú entiendes es de otra cosa.

Otman había acompañado estas palabras con un gesto significativo, y Harita, furioso por haber tenido que sufrir de aquel extranjero, de aquel pietista, el doble reproche de borracho y de cobarde, permaneció inactivo con sus hombres sin tomar parte en la lucha.

Víctima de su jactancia, Otman, después de haber presenciado la fuga de sus tropas, murió en el campo de batalla. Los no-conformistas iban a recoger el fruto de su victoria, cuando Harita, alzando el estandarte caído en tierra, y entrando en batalla con sus hermanos de tribu, detuvo el avance de la hueste enemiga. "Si Harita no hubiese estado allí—decía con razón un poeta—, ni un habitante del Irak hubiera sobrevivido a tan fatal jornada." Cuando se pregunta: "¿Quién es el que ha salvado la provincia?", maaditas y yemenitas contestan de común acuerdo: "¡El!"

Desgraciadamente, los pietistas que Aben-Zobair envió sucesivamente para gobernar el Irak Arabí no supieron apreciar a este hombre, el único que, en medio de la cobardía general, había sabido demostrar valor y energía. Era—según ellos—un borracho, un incrédulo, y se obstinaban en negarle la posición oficial que solicitaba y en no enviarle los refuerzos imprescindibles para

hacer frente al enemigo. Perseguido de cerca el valiente guerrero, no pudo salvar su ejército, debilitado, sino por una retirada que parecía una fuga. Acosados por el enemigo, al llegar al Pequeño Tigris se arrojaron precipitadamente en las barcas para atravesarle. Cuando estaban ya a mitad del río, Harita escuchó los gritos de angustia de un valiente temimita, que, habiendo llegado tarde para embarcarse, iba a ser alcanzado por los enemigos. Inmediatamente ordenó al barquero volver a la orilla; pero ésta era tan escarpada, que el temimita, pesadamente armado, al tirarse a la barca la hundió, y todos perecieron ahogados en las aguas (1).

El Irak Arabí había perdido a su último defensor. El enemigo avanzaba, comenzaba ya a construír un puente sobre el Eúfrates. La mayoría de los habitantes habían abandonado Basora para buscar asilo más seguro; otros se preparaban a seguirlos, y el temor inspirado por las terribles *cabezas rapadas* era tan grande, tan general, que el gobernador no encontró nadie que quisiese mandar el ejército. Pero entonces, como por una inspiración del cielo, un solo pensamiento hizo salir un grito unánime de todas las bocas: "Sólo Mohalab puede salvarnos" (2).

Y Mohalab los salvó. Era, sin disputa, un hombre superior, digno de la admiración entusiasta que demostró por él un héroe cristiano, el Cid,

---

(1) Mobarrad, pp. 698, 700.
(2) Mobarrad, p. 701; cf. p. 593; Aben-Cotaiba, p. 203.

cuando en su alcázar de Valencia se hacía releer las hazañas de los antiguos héroes del islamismo (1). Como nada se ocultaba a su clarividencia, comprendió desde un principio que una guerra de este género requería en un general algo más que talentos militares; que para reducir a aquellos fanáticos, dispuestos a morir o vencer, y que, atravesados de parte a parte por las lanzas enemigas, se precipitaban aún sobre sus adversarios, gritando "¡Corremos hacia ti, Señor!" (2), era preciso oponerles soldados, no solamente disciplinados y aguerridos, sino animados igualmente por el entusiasmo religioso. Y realizó un milagro: el de transformar a los escépticos moradores del Irak Arabí en celosos creyentes, persuadiéndolos de que los no-conformistas eran los enemigos más encarnizados del Eterno, inspirándoles el deseo de alcanzar la corona del martirio. Cuando decaían los ánimos, atribuía osadamente a Mahoma palabras proféticas que prometían la victoria a sus soldados (3), porque, por un singular contraste, el genio de la impostura le era tan natural como el magnánimo valor. Entonces los soldados no dudaban más y alcanzaban el triunfo, convencidos de que se lo había vaticinado el cielo. Observóse en esta guerra, que duró diez y nueve años (4), una emulación de violencia y de odio fanático, sin que pudiera decirse cuál de

(1) Véanse mis *Investigaciones*, t. II, p. 25.
(2) Mobarrad, p. 623.
(3) Aben-Jalican, fasc. IX, p. 48, ed. Wüstenfeld.
(4) Xahrastani, p. 89.

los dos partidos se mostró más ardiente, más encarnizado y más pasionalmente implacable. "Si yo viese venir por un lado a los dailemitas paganos y por otro a los no-conformistas—decían en el ejército de Mohalab—, me lanzaría sobre estos últimos, porque el que muere a sus manos gozará en el paraíso una aureola tan resplandeciente como la de los otros mártires" (1).

Mientras Basora necesitaba agotar todas sus fuerzas, toda su energía, para rechazar a los no-conformistas, otra secta, la de los xiitas, inspiraba los más vivos temores, tanto a los ommíadas como a Aben-Zobair.

Si los principios de los no-conformistas conducían forzosamente a la democracia, los de los xiitas tendían al más terrible despotismo. No pudiendo admitir que el profeta hubiese cometido la imprudencia de abandonar la elección de su sucesor a la multitud, se fundaban en ciertas expresiones, harto equívocas, de Mahoma, para demostrar que éste había designado expresamente a Alí para sucederle, y que el califato era hereditario en la familia del esposo de Fátima. Consideraban, pues, como usurpadores, no sólo a los ommíadas, sino también a Abubequer, a Omar y a Otman, y al mismo tiempo elevaban al califa a la categoría de un Dios, creyendo que no pecaba nunca ni participaba de las debilidades e imperfecciones humanas. De esta deificación del califa,

---

(1) *Mobarrad*, p. 704.

la secta que predominaba en esta época, y que había sido fundada por Caisan (1), liberto de Alí, llegó por una consecuencia lógica a la triste doctrina de que la fe, la religión y la virtud consisten únicamente en la sumisión pasiva y en la obediencia ilimitada a las órdenes del hombre-Dios (2); extraño y monstruoso pensamiento, antipático al carácter árabe, que había germinado anteriormente en los sectarios de Zoroastro, los cuales, acostumbrados a ver en sus reyes y en sus sacerdotes, descendientes de los dioses, divinidades y genios celestes, vinculaban en los jefes de la nueva religión la veneración que habían tributado antes a sus soberanos (3). Porque los xiitas eran una secta esencialmente persa, formada principalmente por libertos, es decir, por persas (4). De aquí que esta secta diese a sus creencias el aspecto formidable de una guerra ciega y furiosa contra la sociedad; odiando a la nación dominante y enviándole sus riquezas, estos persas le pedían su parte en los bienes terrenos (5). Sus jefes casi siempre eran árabes que explotaban, en provecho propio, la credulidad y el fanatismo de estos sectarios. En esta época dejábanse guiar por Mojtar, espíritu a la vez atrevido y flexible, violento

---

(1) Algunos autores árabes identifican equivocadamente a Caisan con Mojtar. Caisan fué más tarde jefe de la guardia de Mojtar. Consúltese Aben-Jaldun, t. II, fol. 176 v.

(2) Xahrastani, pp. 108, 109.

(3) De Sacy: *Exposición de la religión de los druzos*, t. I. Introducción, p. XXVII.

(4) Tabari, en Weil, t. I, p. 378, en la nota.

(5) Aben-Jaldun, *passim*.

y bellaco, heroico y malvado, tigre en la cólera y zorro en la reflexión. Había sido sucesivamente no-conformista, ortodoxo-*zobairita*—como se decía entonces—, y xiita; había pasado por todos los partidos, desde el que representaba la democracia hasta el que predicaba el absolutismo; y para justificar tales mudanzas—harto propias para inspirar dudas sobre su sinceridad y buena fe—había creado un Dios a imagen suya, un Dios esencialmente variable, que sabía, quería y ordenaba hoy lo contrario que ayer. Tan absurda doctrina aun tenía para él otra ventaja; como se jactaba de adivinar el porvenir, ponía sus presentimientos y sus visiones a salvo de la crítica; porque si los acontecimientos no los justificaban, decía: "Dios ha cambiado de parecer" (1). Y, sin embargo, a pesar de las apariencias contradictorias, ninguno era menos inconsecuente, menos variable que él. Si cambiaba, no cambiaba más que de medios, porque todos sus actos tenían un solo móvil: una ambición desenfrenada; todos sus esfuerzos tendían a un solo fin: el dominio y el poder. Despreciaba cuanto los demás veneraban o temían. Su espíritu orgulloso se cernía con desdeñosa indiferencia sobre todos los sistemas políticos y todas las creencias religiosas, que él consideraba como otros tantos señuelos para engañar a la multitud, como otros tantos prejuicios de que un hombre hábil podía valerse para lograr

---

(1) Xahrastant, p. 110.

sus fines. Pero, aunque desempeñaba toda clase de papeles con incomparable destreza, el de jefe de los xiitas era el que más convenía a su genio. Ninguna otra secta era tan crédula y simple, ninguna tenía la pasiva obediencia, que tanto agradaba a su carácter imperioso.

Por un atrevido golpe de mano arrebató a Aben-Zobair la ciudad de Cufa; después hizo salir sus tropas al encuentro del ejército sirio, enviado contra él por el califa Abdalmelic, que acababa de suceder a su padre, Meruan. Para sublevarse, los habitantes de Cufa, que sufrían, trémulos de indignación y de cólera, el yugo del impostor y de los persas, sus *esclavos*, como ellos decían (1), no habían esperado más que este momento; pero Mojtar supo ganar tiempo con protestas y promesas, aprovechándole para enviar a su general Ibrahim la orden de volver inmediatamente. Y en efecto, cuando menos lo esperaban, los rebeldes vieron a Ibrahim y a los xiitas caer sobre ellos, espada en mano. Anegada la rebelión en sangre, Mojtar hizo detener y decapitar a doscientas cincuenta personas, que en su mayoría habían combatido contra Hosain en Kerbela. La muerte de Hosain le sirvió de pretexto, pero su móvil era quitar a los árabes el trabajo de comenzar nuevamente. Ellos se guardaron bien de hacerlo, y para escapar al despotismo del hacha emigraron en tropel.

---

(1) Aben-Jaldun, t. II, fol. 179 v.

En seguida, ordenando a su ejército marchar de nuevo contra las tropas sirias, Mojtar estimuló por todos los medios posibles su entusiasmo y fanatismo. En el momento de partir les mostró una silla vieja que había comprado a un carpintero por el módico precio de dos monedas de plata, pero que, recubierta de seda, él hacía pasar por el solio de Alí. "Este trono será para vosotros —decía a sus soldados— lo que el arca de a alianza para los israelitas. Colocadle en el sitio en que el combate sea más sangriento, y defendedle" (1). Después añadió: "Si alcanzáis la victoria, será porque Dios os ha ayudado; pero no os desalentéis si sufrís una derrota, porque sé, por una revelación, que Dios enviará entonces en vuestro auxilio ángeles, que veréis volar junto a las nubes en forma de pichones blancos." Conviene saber que Mojtar había entregado a sus más adictos confidentes pichones amaestrados en los palomares de Cufa, con orden de soltarlos si se temía un fracaso (2). Estas aves anunciarían a Mojtar el momento en que debía velar por su propia seguridad, y al mismo tiempo excitarían a los crédulos soldados a emplear todos sus esfuerzos para trocar en triunfo la derrota.

Libróse la batalla a orillas del Jazir, no lejos de Mosul—agosto del año 686—. Los xiitas perdían al principio. Entonces soltaron los pichones, cuya vista reanimó su valor; y mientras en su exalta-

(1) Mobarrad, p. 667.
(2) Mobarrad, p. 665.

ción fanática se precipitaron sobre el enemigo con desenfrenado coraje, gritando: "¡Los ángeles, los ángeles!", dejóse sentir otro grito en el ala izquierda del ejército sirio, compuesto enteramente de caisitas y mandado por Omair, el antiguo lugarteniente de Zofar, que la noche anterior había celebrado una entrevista con el general de los xiitas. Plegando entonces su estandarte, exclamó: "¡Venganza, venganza por la batalla de la Pradera!" Desde entonces los caisitas fueron espectadores inmóviles, pero no indiferentes, del combate, y al llegar la noche, el ejército sirio, después de haber perdido a su general en jefe, Obaidala, estaba completamente derrotado (1).

Mientras Mojtar se embriagaba con su triunfo, los emigrados de Cufa suplicaban a Mosab, hermano de Aben-Zobair y gobernador de Basora, que fuese a atacar al impostor, asegurándole que no tendría más que presentarse para que todos los hombres sensatos de Cufa se declarasen por él. Cediendo a estos ruegos, Mosab citó a Mohalab en Basora, marchó con él contra los xiitas, alcanzó dos victorias y sitió a Mojtar, que se había encerrado en la ciudadela de Cufa, y que, considerando inevitable la ruina de su partido, se decidió a no sobrevivirle. "Precipitémonos sobre los sitiadores—ordenó a sus soldados—. Vale más morir como valientes que perecer aquí de hambre o dejarnos degollar como corderos." Pero había

(1) Mobarrad, pp. 666, 667; Masudi, fol. 125 r. y v.

perdido su prestigio; de seis o siete mil hombres, sólo veinte respondieron a su llamamiento y vendieron caras sus vidas. A los otros de nada les sirvió su cobardía, pues, considerados como bandidos, como asesinos, el implacable Mosab los entregó al verdugo—687—. Pero no gozó largo tiempo de su triunfo. Sin quererlo, había prestado al rival de su hermano un magnífico servicio, librándole de los xiitas, sus enemigos más terribles; y Abdalmelic, no teniendo nada que temer por este lado, hacía grandes preparativos para atacar a los zobairitas en el Irak Arabí. Para no dejar enemigos detrás, comenzó por sitiar a Carkisia, donde Zofar desempeñaba un papel muy extraño. Tan pronto pretendía combatir a favor de Aben-Zobair, como proporcionaba víveres a los xiitas y les proponía ayudarles a luchar contra los sirios (1). Todos los enemigos de los ommíadas, por diferentes que fueran sus pretensiones, eran para él aliados y amigos. Sitiado por Adalmelic, que por consejo de los kelbitas tenía prudentemente a los soldados caisitas fuera de combate, Zofar defendió su guarida con terquedad extremada; sus soldados llegaron a hacer una salida tan audaz, que penetraron hasta la tienda del califa, y como éste tenía prisa para poder dirigirse contra Mosab, entabló una negociación, que interrumpió cuando la destrucción de cuatro torres le devolvió la esperanza de tomar

(1) Aben-Jaldun, fols. 174 v., 175 r.

la ciudad a viva fuerza, pero que reanudó cuando fué rechazado el asalto. A costa de algún dinero para repartir entre los soldados del califa, Zofar obtuvo las condiciones más honrosas: la amnistía para sus compañeros de armas, y para él, el gobierno de Carkisia (1). Por satisfacer su orgullo estipuló, además, que no tendría que prestar juramento a un califa ommíada hasta la muerte de Aben-Zobair. En fin, para sellar su reconciliación, convinieron en que Maslama, hijo del califa, se casaría con una hija de Zofar. Concertada la paz, Zofar volvió al lado de Abdalmelic, que le recibió con grandes atenciones y le hizo sentar a su lado en el mismo trono (2). Era un espectáculo conmovedor ver a aquellos hombres, enemigos durante tanto tiempo, darse todo género de garantías de una amistad fraternal. ¡Engañosa apariencia! Para que la amistad de Abdalmelic por Zofar se convirtiera en un odio ardiente, bastó recordarle un solo verso. Un noble yemenita, Aben-Di-'l-cala, penetró en la tienda, y viendo el puesto de honor que ocupaba Zofar, comenzó a derramar lágrimas. El califa le preguntó la causa de su emoción.

—Comendador de los creyentes—dijo—, ¿cómo no derramar amargo llanto viendo a ese hombre, antes rebelde contra ti, cuyo alfanje destila aún sangre de mi familia, víctima de su fidelidad en

(1) Aben-Jaldun no hace mención de esta cláusula; pero véase *Nouveau Journal Asiatique*, t. XIII, p. 305.
(2) Aben-Jaldun, fols. 182 v., 183 r.

servirte, viendo, repito, a este asesino de mi raza sentado contigo en el trono, al pie del cual estoy yo?

—Si le hago sentar a mi lado—respondió el califa—, no es por elevarle sobre ti; es solamente porque habla mi idioma y porque su conversación me interesa.

El poeta Ajtal, que en aquel momento bebía en otra tienda, se enteró de la acogida que el califa dispensaba a Zofar. Odiaba mortalmente al bandido de Carkisia, que había estado a punto de exterminar toda su tribu, es decir, la de Taglib.

—Voy—dijo—a darle un golpe que no ha podido asestarle Aben-Di-'l-cala.

Presentóse inmediatamente ante el califa, y después de mirarle fijamente, declamó estos versos:

"El licor que llena mi copa tiene el cambiante brillo del ojo vivo y animado del gallo. Exalta el espíritu del bededor; el que bebe tres vasos colmados sin mezcla de agua, siente el deseo de hacer beneficios. Camina balanceándose muellemente, como una encantadora joven de Coraix, y deja flotar a capricho del viento los pliegues de su ropa."

—¿Por qué me recitas estos versos?—preguntó el califa—. Lo haces, sin duda, con alguna intención.

—Es verdad, comendador de los creyentes—replicó Ajtal—; un torbellino de ideas me ha asaltado al ver sentado en el trono a este hombre que

aseguraba ayer: "Sin duda la hierba brotará sobre la tierra recientemente removida que cubre los huesos de nuestros hermanos, pero jamás los olvidaremos, y siempre profesaremos a nuestros enemigos un odio implacable."

Al oír estas palabras, Abdalmelic saltó como si le hubiese picado una avispa. Furioso, jadeante de cólera, con los ojos chispeantes de odio feroz, dió un violento puntapié en el pecho a Zofar y le derribó del trono... Zofar confesó después que nunca se había creído más próximo a la muerte (1).

Aún no había llegado el tiempo de una reconciliación sincera, y los caisitas no tardaron en dar a los ommíadas una nueva prueba de su odio inveterado. Zofar había reforzado el ejército de Abdalmelic, cuando fué a luchar contra Mosab con una división de caisitas mandada por su hijo Hodail; pero apenas los dos ejércitos se hallaron frente a frente, los caisitas se pasaron al enemigo con armas y bagajes (2). Esta defección no tuvo, sin embargo, las funestas consecuencias que había tenido la de Omair. Al contrario, la fortuna sonreía a Abdalmelic. Ligeros y mudables los del Irak, habían ya olvidado sus quejas contra los omeyas; poco dispuestos siempre a combatir, fuese por quien fuese, no tenían gana de matarse por un pretendiente a quien despreciaban, y habían prestado ávida atención a los emisarios de

(1) *Nouveau Journal Asiatique*, t. XIII, pp. 304, 307.
(2) Aben-Jaldun, fol. 181 v.

Abdalmelic, que recorrían el Irak prodigando el oro y las más seductoras promesas. Mosab estaba, por lo tanto, rodeado de generales vendidos a los ommíadas, y una vez empeñada la batalla, no tardaron en revelarle sus verdaderos sentimientos.

—No quiero—le respondió uno de ellos cuando le ordenó dar una carga—, no quiero que perezca mi tribu, combatiendo por una causa que no le interesa.

—Y qué, ¿me ordenas marchar contra el enemigo?—le preguntó otro, mirándole con aire insolente y burlón—; ninguno de mis soldados me seguiría, y si diese yo sólo la carga, me pondría en ridículo (1).

A un hombre orgulloso y valiente como Mosab no le quedaba más que un partido. Dirigiéndose a su hijo Isa:

—Parte—le ordenó—, corre a anunciar a tu tío que los pérfidos del Irak me han traicionado, y despídete de tu padre, a quien sólo le restan algunos instantes de vida.

—No, padre mío—respondió el joven—; jamás los coraixitas me reprocharán que te he abandonado en el peligro.

El padre y el hijo se lanzaron a lo más enconado del combate, y poco después sus cercenadas cabezas eran presentadas a Abdalmelic—690—.

Todo el Irak prestó juramento al ommíada. Mohalab, que hasta la víspera, ignorando la

---

(1) Aben-Badrun, p. 189.

muerte de Mosab, conocida ya por los no-conformistas, había declarado en una conferencia con los jefes de estos sectarios que Mosab era su señor en este mundo y en el otro, que estaba dispuesto a morir por él y que todo buen musulmán debía combatir a Abdalmelic, a aquel hijo de un maldito, Mohalab siguió el ejemplo de sus compatriotas tan pronto como recibió el diploma por el cual el califa ommíada le confirmaba en todos sus cargos y dignidades. ¡Véase de qué modo, aun los más eminentes del Irak, comprendían la lealtad y el honor! "Decidid ahora vosotros mismos si el error era nuestro o vuestro—exclamaban los no-conformistas en su justa indignación—, y tened, al menos, la buena fe de confesar que, esclavos de los bienes de este bajo mundo, servís e incensáis a todo poder con tal de que os pague, hermanos de Satán" (1).

VIII

Abdalmelic creía ya alcanzar el objeto de sus anhelos. Para reinar sin competidor sobre el mundo musulmán, no le faltaba más que conquistar la Meca, residencia y último asilo de su adversario. Era esto, a la verdad, un sacrilegio, y Abdalmelic hubiese temblado de horror sólo al pensarlo si hubiera conservado aún los piadosos sentimientos por los cuales se había singularizado en su juven-

(1) Weil, t. I, pp. 411, 412; Mobarrad, p. 736.

tud (1). Pero no era ya el joven cándido y vehemente que en un arranque de santa indignación llamaba a Yezid enemigo del Eterno porque se había atrevido a enviar tropas contra Medina, la ciudad del Profeta (2). Los años, el trato de gentes y el poder, habían marchitado su candor infantil, su sencilla fe; y cuéntase que el día que murió su primo Axdac, aquel día en que Abdalmelic se manchó con el doble crimen de perjurio y asesinato, había cerrado el libro de Dios, diciendo, con aire glacial y sombrío: "Desde hoy no hay nada de común entre nosotros" (3). Así, sus sentimientos religiosos eran bastante conocidos para que nadie se asombrase al saber que iba a enviar tropas contra la Meca; pero de lo que todo el mundo se sorprendió fué de que el califa escogiese para mandar una expedición tan importante a un hombre salido de la nada, a un tal Hadchach, que en otro tiempo había ejercido la humilde profesión de maestro de escuela en Taif—Arabia—, y que se consideraba feliz si, enseñando a leer por mañana y tarde a los muchachos, llegaba a ganar para comprar un trozo de pan seco (4). Conocido solamente por haber restablecido un tanto la disciplina en la guardia de Abdalmelic (5), por haber mandado una división en el Irak, donde la retirada del enemigo le impidió mostrar su va-

(1) Véase Soyuti, *Tarif al-Jolafa*, pp. 216, 217, ed. Lees.
(2) Mobarrad, p. 636.
(3) Mobarrad, p. 635.
(4) Aben-Cotaiba, p. 272.
(5) Aben-Jalican, t. I, p. 182, ed. de Slane.

lor o su cobardía, y, en fin, por haberse dejado vencer por los zobairitas (1) durante el reinado de Meruan, debió su encumbramiento a una circunstancia bastante extraña. Cuando solicitó el honor de mandar el ejército destinado a sitiar a Aben-Zobair, el califa le respondió al principio con un "Cállate" altanero y desdeñoso (2); pero, por una de esas anomalías frecuentes en el corazón humano, Abdalmelic, que no creía casi en nada, creía firmemente en los sueños, y Hadchach lo aprovechó hábilmente. "He soñado—dijo—que desollaba a Aben-Zobair", y al momento, el califa le confirió el mando que solicitaba (3).

En cuanto a Aben-Zobair, había recibido con bastante calma y resignación la noticia de la pérdida del Irak y de la muerte de su hermano. También es verdad que no veía sin inquietud los proyectos de Mosab, el cual, a su parecer, tenía demasiada afición a alardear de soberano, y se consoló tanto más de su pérdida porque le proporcionó ocasión de desplegar sus talentos oratorios, pronunciando un sermón que tal vez nos resultaría frío y ampuloso, pero que sin duda a él le pareció muy edificante, en el cual afirmaba ingenuamente que la muerte de su hermano le había llenado de tristeza y alegría: de tristeza, porque se veía "privado de un amigo", cuya muerte era para él una herida tan penetrante, que no

---

(1) Aben-Cotaiba, p. 201.
(2) Fakihi, fol. 401 r.
(3) Aben-Cotaiba, p. 202.

dejaba a un hombre sensato más recurso que la resignación y la paciencia; de alegría, "porque Dios, concediendo a su hermano la gloria del martirio, había querido darle un testimonio de su afecto" (1). Pero cuando necesitó no predicar, sino combatir; cuando vió la Meca cercada por todas partes y entregada a los horrores de la más espantosa miseria, entonces flaqueó su valor. No es que careciese de la energía vulgar que todo soldado, a no ser un gran cobarde, demuestra en el campo de batalla; pero le faltaba la energía moral; así que, yendo en busca de su madre, mujer de una fortaleza romana, a pesar de sus cien años, le dijo:

—Madre mía, todo el mundo me abandona; pero los enemigos me ofrecen aún condiciones muy aceptables. ¿Qué debo hacer?

—Morir—respondió ella.

—Pero temo—prosiguió con tono lastimoso—, temo que si sucumbo bajo los golpes de los sirios, sacien su venganza en mi cadáver...

—Y eso ¿qué te importa? La oveja, después de degollada, ¿sufre cuando la desuellan?

Estas enérgicas palabras ruborizaron al califa, que se apresuró a asegurar a su madre que compartía sus sentimientos y que sólo se había propuesto probarla...

Poco después, armado de todas armas, volvió para darle el último adiós. Ella le abrazó, y su mano tropezó con una cota de malla.

---

(1) *Nouveau Journal Asiatique*, t. X, p. 140.

—Cuando se va decidido a morir, no hace falta esto—observó.

—Me he revestido con esta armadura tan sólo para que aun conserves alguna esperanza—repuso un poco desconcertado.

—Ya he dicho adiós a la esperanza; quítate eso.

El obedeció; en seguida, después de pasar algunas horas rezando en la Caaba, aquel héroe sin heroísmo cayó sobre los enemigos y murió más honrosamente que había vivido. Su cabeza fué enviada a Damasco, y su cuerpo, colgado, por los pies, de un patíbulo—692—.

Durante los seis u ocho meses que había durado el sitio de la Meca, Hadchach había desplegado un gran valor, una actividad infatigable, una perseverancia a toda prueba, y, por decirlo todo, una indiferencia hacia las cosas santas, que los teólogos no le perdonaron jamás, pero que demostraba que estaba identificado en cuerpo y alma con la causa de su señor. Nada le había detenido, ni la inviolabilidad tradicional del templo, ni lo que otros consideraban como signos de cólera celeste. Una tempestad había estallado un día que los sirios lanzaban piedras sobre la Caaba, y doce soldados murieron heridos por el rayo. Poseídos de un terror supersticioso, los sirios se detuvieron y no quisieron continuar; pero Hadchach, levantándose al punto la vestidura, cogió una piedra y la colocó sobre una ballesta, que disparó, diciendo con acento resuelto: "Esto no es nada; conozco el país, porque he nacido en él; las tem-

pestades son aquí muy frecuentes." Tal abnegación hacia la causa ommíada merecía una brillante recompensa. Hadchach fué nombrado por Abdalmelic gobernador de la Meca, y poco después, de casi todo el Hichaz. Como era caisita de nacimiento, su exaltación hubiese inspirado probablemente a los kelbitas sospechas y alarmas si hubiera sido de origen más ilustre, pero no era más que un advenedizo, un hombre sin importancia. Por otra parte, también los kelbitas podían alegar relevantes servicios, prestados en el asedio de la Meca; afirmando, por ejemplo, que la piedra fatal que había matado a Aben-Zobair había sido lanzada por uno de ellos, por Homaid Aben-Bahdal (1). Lo que acabó de tranquilizarlos fué que el califa se complacía en alabar su valor y su fidelidad, que adulaba a sus jefes, en prosa y en verso (2); que les concedía empleos, excluyendo a sus enemigos, y, en fin, que tenían en favor suyo a muchos príncipes como Jalid, hijo de Yezid I, y Abdalaziz, hermano del califa e hijo de una kelbita.

Sin embargo, los caisitas no carecían de protectores en la corte; sobre todo Bixr, hermano del califa e hijo de una caisita, se había identificado con sus intereses y sus quejas, y como decía de continuo que ellos aventajaban a los kelbitas en valor, sus fanfarronadas enfurecieron de tal modo a Jalid, que éste dijo un día a los kelbitas:

---

(1) *Hamasa*, p. 658.
(2) Véase la poesía de Abdalmelic, citada en el *Raihán*, fol. 204 r.

—¿No hay ninguno entre vosotros que quiera echar una redada en el desierto de los Cais? Es absolutamente preciso humillar el orgullo de los príncipes que tienen madres caisitas, porque sostienen que en todas las luchas, antes y después del Profeta, los caisitas han podido más que nosotros.

—Lo haré de buen grado—respondió Homaid Aben-Bahdal—, si me garantizas que el califa no ha de castigarme.

—Respondo de todo.

—¿Qué debemos hacer?

—Nada más sencillo. Ya sabes que, desde la muerte de Aben-Zobair, los caisitas no han pagado el diezmo al califa. Te daré una supuesta orden de Abdalmelic, que te autorizará a cobrarles el impuesto, con lo que hallarás fácilmente ocasión de tratarlos como se merecen.

Aben-Bahdal se puso en marcha, pero con corto séquito, para no despertar sospechas, seguro de encontrar soldados dondequiera que hubiese hombres de su tribu. Cuando llegó al país de los Beni-Abd-Uad y de los Beni-Olaim, subtribus de Kelb, que moraban en el desierto al Sur de Duma y de Jabt, les comunicó el proyecto de Jalid, y los hombres más valientes y resueltos le confesaron que no deseaban más que seguirle, por lo que se internó con ellos en el desierto, después de haberles hecho jurar que serían inexorables con los caisitas.

Un hombre de Fazara, subtribu de Cais, fué su

primera víctima. Era de un rico y poderoso linaje: su bisabuelo, Hodaifa Aben-Badr, había sido el jefe de los Dobyan en la célebre guerra de Dahis; pero como había tenido la desgracia de que su madre fuese una esclava, sus altivos hermanos de tribu le despreciaban, hasta tal punto que se habían negado a darle una de sus hijas en matrimonio—lo cual le había obligado a buscar mujer en una tribu yemenita—; y no queriendo admitirle en su compañía, le habían relegado a los confines del campo. Este desgraciado paria se hallaba recitando en alta voz la plegaria matutina, y eso le perdió; pues, guiados por su oración, los kelbitas cayeron sobre él, le asesinaron, y, uniendo al homicidio el robo, se llevaron cien camellos. En seguida atacaron a cinco familias descendientes también de Hodaifa. El combate fué encarnizado y se prolongó hasta la noche; entonces todos los caisitas cayeron en el campo de batalla, y sus enemigos los creyeron muertos. Sin embargo, no lo estaban: sus heridas, aunque numerosas, no eran mortales, y, gracias a la arena que a impulsos de un huracanado viento del Oeste vino a cubrirlos y contuvo su sangre, se libraron de la muerte.

Continuaron su camino durante la noche, y encontraron a la siguiente mañana otro descendiente de Hodaifa, llamado Abdala, anciano que iba de viaje con su familia, pero sin llevar a nadie capaz de esgrimir las armas, excepto Chad, su hijo, que en cuanto vió aproximarse la hueste

kelbita se armó, montó a caballo y se colocó a alguna distancia. Cuando los kelbitas echaron pie a tierra, Abdala les preguntó quiénes eran. Respondieron que eran recaudadores enviados por Abdalmelic.

—¿Podéis mostrarme una orden en apoyo de lo que decís?—preguntó el anciano.

—Ciertamente—respondió Aben-Bahdal—; he aquí la orden—y sacó un diploma timbrado con el sello del califa.

—¿Y qué contiene ese escrito?

—Aquí se lee: "De orden de Abdalmelic, hijo de Meruan, para Homail Aben-Bahdal. Al citado Homail Aben-Bahdal se le ordena por la presente ir a cobrar el diezmo a todos los beduínos que pueda encontrar. El que pague el diezmo será inscripto en el registro y considerado como súbdito obediente y fiel; por el contrario, el que se resista, será tenido por rebelde a Dios, a su profeta y al comendador de los creyentes."

—Muy bien; estoy dispuesto a obedecer y a pagar el impuesto.

—Eso no basta. Es preciso algo más.

—¿Qué?

—Necesitamos que vayas en busca de todos los individuos de tu tribu, que recaudes el diezmo de cada uno de ellos y que nos indiques el sitio en que podremos recibir el dinero de tus manos.

—Eso es imposible. Los de Fazara están dispersos en una gran extensión del desierto; no soy joven; no puedo emprender tan larga caminata,

y no tengo conmigo más que a uno solo de mis hijos. Vosotros, que venís de tan lejos y que estáis habituados a tan largos viajes, hallaréis a mis hermanos de tribu más fácilmente que yo. Cada día llegaréis a uno de sus campamentos, porque se detienen allí donde encuentran buenos pastos.

—Sí; ya lo sabemos; pero no es para buscar los pastos para lo que se han diseminado por el desierto, sino para substraerse al pago de la contribución. Son rebeldes.

—Puedo jurarte que son súbditos leales, y que solamente por buscar pastos...

—No hablemos más de esto, y haz lo que te decimos.

—Imposible. Tomad, en cambio, el diezmo que debo al califa.

—Tu obediencia no es sincera, porque tu hijo, desde su caballo, nos dirige miradas desdeñosas.

—Nada tenéis que temer de mi hijo; cobrad el impuesto y marchaos, si verdaderamente sois recaudadores.

—Tu conducta me demuestra que estaban en lo cierto cuando nos aseguraban que tú y los de tu tribu habíais peleado a favor de Aben-Zobair.

—Nunca lo hemos hecho. Le hemos pagado puntualmente la contribución; pero es que nosotros los beduínos, ajenos a la política, se la pagamos a todo el que es dueño del país.

—Prueba que dices la verdad haciendo desmontar a tu hijo del caballo.

—¿Qué queréis hacer con mi hijo? Es joven, y ha tenido miedo al ver jinetes armados.

—Que baje, pues; no tiene que temer nada.

El anciano se dirigió a su hijo y le indicó que echase pie a tierra.

—Padre mío—manifestó el joven—, veo que me devoran con los ojos; quieren asesinarme. Dales lo que te pidan, pero déjame defenderme.

Reuniéndose con los kelbitas, dijo Abdala:

—El muchacho teme por su vida. Tomad el diezmo y dejadnos tranquilos.

—No aceptaremos nada mientras tu hijo continúe a caballo.

—No quiere obedecerme; y además, ¿de qué serviría?

—Bien; te declaras rebelde. Esclavo, dame lo necesario para escribir. El asunto está terminado. Escribiremos al comendador de los creyentes que Abdala, nieto de Oyaina, nos ha impedido cumplir nuestra misión cerca de los Beni-Fazara.

—Os ruego que no lo hagáis, porque no soy culpable de tal acto.

Sin prestar atención a las súplicas del anciano, Aben-Bahdal escribía una denuncia, y, habiéndosela dado a uno de sus jinetes, éste tomó rápidamente el camino de Damasco.

Abdala, consternado, exclamó:

—¡No me acuséis tan injustamente! Os pido en nombre de Dios que no me presentéis a los ojos del califa como un rebelde, porque estoy dispuesto a obedecer sus órdenes.

—Haz desmontar a tu hijo.

—Estáis muy mal conceptuados; pero ¿prometéis que no le sucederá nada?

Habiéndolo prometido los kelbitas de la manera más solemne, Abdala ordenó a su hijo:

—¡Que Dios me maldiga si no bajas de tu caballo!

Entonces Chad obedeció, y, arrojando su lanza en tierra, avanzó lentamente hacia los kelbitas, diciendo con voz sombría:

—Este día te traerá desgracia, padre mío.

De igual modo que el tigre juega con la presa que tiene entre sus garras antes de darle el último golpe, los kelbitas comenzaron a insultar y burlarse del joven; después le echaron sobre una roca para degollarle. Durante su agonía, el desgraciado dirigió a su padre una última mirada, llena a la vez de tristeza, de resignación y de reproche.

Respecto al anciano, sus blancos cabellos impusieron a los kelbitas, aunque eran tan feroces, cierto respeto; y no atreviéndose a degollarle como a su hijo, le molieron a palos y le dejaron por muerto sobre la arena. Volvió a la vida, pero, atormentado por el remordimiento, no cesaba de repetir: "Aunque pueda olvidar todas las calamidades que he sufrido, jamás se borrará de mi memoria la mirada de mi hijo cuando le entregué a sus verdugos."

El caballo de Chad se negó a abandonar el lugar del crimen; con los ojos fijos en el suelo, y

escarbando con las patas la arena que empapaba la sangre de su amo, el noble animal se dejó morir de hambre.

Los asesinatos se sucedieron sin interrupción. Entre las víctimas se contó a Borda, hijo de un jefe ilustre, de Halhala, y los sanguinarios kelbitas no volvieron a Damasco hasta que los caisitas, sospechando la verdad, se substrajeron a su ciego furor internándose en el desierto.

Todos los kelbitas estaban ebrios de alegría y orgullo, y un poeta de Chohaina, tribu descendiente de Codaa, expresó sus sentimientos con singular energía y con exaltación fanática.

"¿Sabéis, hermanos míos—decía—, vosotros, los aliados de Kelb, sabéis que el intrépido Homaid Aben-Bahdal ha devuelto la salud y la alegría a los kelbitas? ¿Sabéis que ha cubierto de oprobio a los de Cais y les ha obligado a emigrar? Para decidirse a hacerlo han debido sufrir daños terribles... Privadas de sepultura las víctimas de Homaid aben-Bahdal, yacen sobre la arena del desierto; los caisitas, perseguidos por los vencedores, no han tenido tiempo de enterrarlas. Regocijaos, hermanos míos. Las victorias de Kelb son las nuestras; ellos y nosotros somos dos manos de un mismo cuerpo; cuando en el combate la mano derecha ha sido cortada, la izquierda es la que blande el sable."

Grande fué también la alegría de los príncipes ommíadas, hijos de mujeres kelbitas. En cuan-

to tuvo noticia de lo ocurrido, Abdalaziz dijo a su hermano Bixr, en presencia del califa:

—¿Sabes cómo han tratado mis tíos maternos a los tuyos?

—¿Qué han hecho?—interrogó Bixr.

—Jinetes kelbitas han atacado y destruído un campamento caisita.

—¡Imposible! Tus tíos maternos son demasiado viles y cobardes para medirse con los míos.

Pero a la mañana siguiente, Bixr adquirió la certidumbre de que su hermano le había dicho la verdad. Halhala, Saíd y otro jefe de Fazara llegaron a Damasco sin albornoz, descalzos, con la ropa desgarrada, y se arrojaron a sus pies suplicándole que los protegiese, y que defendiera su causa.

El lo prometió, y, presentándose a su hermano el califa, le habló con tal calor en favor de sus protegidos, que Abdalmelic, a pesar de su odio hacia los caisitas, le prometió retener del sueldo de los kelbitas la cantidad indispensable para la indemnización pecuniaria debida a los de Fazara. Pero esta decisión, aunque legal, no les satisfizo. No era dinero lo que querían, era sangre; así que rehusaron el acomodamiento que se les proponía.

—Pues bien—dijo el califa—, el tesoro público os pagará inmediatamente la mitad de la suma a que tenéis derecho, y si después seguís siéndome fieles, de lo cual dudo mucho, os pagaré también la otra mitad.

Irritados por tan injuriosa sospecha, aunque no podían alegar que carecía de fundamento, y decididos además a exigir la pena del talión, los fazaritas estaban a punto de rehusar de nuevo; pero Zofar, llamándolos aparte, les aconsejó que tomasen el dinero ofrecido, a fin de emplearlo en comprar armas y caballos. Aceptada esta idea, consintieron en recibir el dinero, y después de comprar gran cantidad de armas y caballos regresaron al desierto.

Cuando se hallaron en su campamento, convócaron el consejo de la tribu. En esta asamblea, Halhala pronunció palabras entusiastas para excitar a sus hermanos de tribu a vengarse de los kelbitas. Sus hijos le apoyaron; pero había entre los miembros del consejo algunos que, menos ofuscados por el odio, juzgaron la expedición temeraria y peligrosa.

—Tu propia familia—dijo uno discutiendo con Halhala—está muy debilitada en este momento para tomar parte en la lucha. Esas hienas kelbitas han matado a casi todos tus guerreros y te han robado todas tus riquezas. Estoy seguro de que, en estas circunstancias, tú mismo no nos acompañarías.

—Hijo de mi hermano — respondió Halhala—, partiré como los demás, con la rabia en el corazón... ¡Han matado a mi hijo, a mi Borda, a quien amaba tanto!...—añadió con voz ahogada; y este doloroso recuerdo, produciéndole uno de los accesos de cólera frecuentes en él desde la

muerte de su hijo, le hizo lanzar gritos agudos y penetrantes, que parecían mís bien rugidos de una bestia feroz, privada de sus cachorros, que sonidos de garganta humana.

—¿Quién ha visto a Borda? —exclamaba—. ¿Dónde está? Devolvedme a mi hijo amado, esperanza y orgullo de mi raza...

Despuése enumeró uno por uno los nombres de todos los que habían perecido bajo el acero kelbita, y al pronunciar cada nombre añadía:

—¿Dónde está? ¡Venganza! ¡Venganza!

Los que antes se habían mostrado más tranquilos y opuestos a la lucha, dejáronse fascinar y arrastrar por aquella elocuencia ruda y salvaje; y, resuelta una expedición contra los kelbitas, se pusieron en marcha hacia Banat-Cain, donde había un campamento kelbita. Durante la noche, los de Fazara cayeron de improviso sobre sus enemigos, exclamando: "¡Venganza por Borda, venganza por Chad, por todos nuestros hermanos!"

Las represalias fueron tan atroces como las violencias que las habían provocado. Un solo kelbita logró escapar, gracias a la rapidez de su carrera; los demás fueron asesinados, y los de Fazara examinaron cuidadosamente sus cuerpos para ver si algún enemigo respiraba aún, con el fin de insultarle en su agonía y rematarle.

Al saber la noticia de esta matanza el príncipe Bixr, buscando el desquite, dijo a su hermano Abdalaziz, en presencia del califa:

—¿Sabes cómo han tratado mis tios maternos a los tuyos?

—¡Qué!—exclamó Abdalaziz—. ¿Se han atrevido a hacer una carnicería, después que el califa ha concertado la paz y les ha indemnizado?

El califa, enfurecido por lo que acababa de oír, pero esperando antes de adoptar una decisión recibir noticias concretas, les impuso silencio en un tono que no admitía réplica.

Bien pronto un kelbita sin albornoz, descalzo y con la ropa desgarrada, llegó hasta Abdalaziz, que le introdujo a presencia del califa, diciendo:

—Comendador de los creyentes, ¿consentirás que se ultraje a los que has acogido bajo tu protección, que se desprecien tus órdenes, que se derroche tu dinero, para emplearlo en contra tuya, y que se degüelle a tus súbditos?

El kelbita refirió lo ocurrido. Exasperado y furioso, el califa no pensó esta vez en un acomodamiento. Decidido a hacer sentir a los caisitas todo el rigor de su resentimiento y de su odio inveterado, ordenó inmediatamente a Hadchach, entonces gobernador de toda la Arabia, que pasase a cuchillo a todos los fazaritas adultos.

Aunque esta tribu era aliada de la suya, Hadchach vaciló en obedecer. Era muy adicto a su raza, pero al mismo tiempo le devoraba la ambición. Había adivinado que él y su bando no tenían más que un partido que adoptar. La sana lógica le había enseñado que la oposición no le serviría de nada; que necesitaba recuperar el fa-

vor del califa, y que para conseguirlo tenía que someterse incondicionalmente a sus órdenes, aunque le mandase la destrucción del santuario más venerado o el suplicio de un próximo pariente; pero su corazón sangraba. "Cuando haya exterminado a los Fazara—pensó al partir con sus tropas—, mi nombre será infamado y maldecido, como el del caisita más desnaturalizado de la tierra."

La orden que había recibido era, por otra parte, muy difícil de ejecutar. Los gatafán, aliados de los de Fazara, habían jurado auxiliarlos, y el mismo juramento habían prestado casi todas las tribus caisitas. El primer acto de hostilidad sería, pues, la señal de una cruel guerra civil, cuyo desenlace era imposible prever. Hadchach no sabía qué hacer, cuando la llegada de Halhala y de Said vino a sacarle de dudas. Ambos jefes, satisfechos de haber saciado su venganza en Banat-Cain, y temblando ante la sola idea de una guerra que podía tener para su tribu las consecuencias más fatales, se sacrificaron con noble abnegación para alejar de sus hermanos de tribu los males que los amenazaban, porque el amor a su tribu tenía tanta fuerza y tenacidad como su odio a los kelbitas. Colocando amistosamente sus manos en la de Hadchach, dijeron: "¿Para qué quieres a los de Fazara? Nosotros dos somos los verdaderos culpables."

Gozoso de este inesperado desenlace, el gobernador los aprisionó, escribiendo en el acto al ca-

lifa para decirle que no se había atrevido a empeñarse en una guerra contra todas las tribus caisitas y para rogarle que se contentara con los dos jefes, que se habían entregado voluntariamente. El califa aprobó su conducta, y le mandó que enviase los dos prisioneros a Damasco.

Cuando fueron introducidos en la gran sala en que estaba el soberano, rodeado de kelbitas, los guardias les ordenaron saludar. Lejos de obedecer, Halhala empezó a recitar con voz fuerte y resonante estos versos de un poema que había compuesto en otro tiempo:

"Salud a nuestros aliados, salud a los Adi, a los Mazin, a los Xamj (1), salud sobre todo a Abu-Uahb (2), mi fiel amigo. Pueden condenarme a muerte ahora que he saciado la sed de sangre de los kelbitas, que me devoraba. He saboreado esta felicidad; he asesinado a cuantos han caído bajo mi acero, y desde que han dejado de vivir, mi corazón goza de un dulce reposo."

A fin de devolverle insolencia por insolencia, el califa, al dirigirle la palabra, mutiló intencionadamente su nombre, como si fuese demasiado obscuro para merecer el honor de ser pronunciado correctamente. En vez de Halhala le llamó Halhal; pero el otro le interrumpió diciendo:

—Me llamo Halhala.

—No, es Halhal.

---

(1) Nombres de tres subtribus de Fazara.
(2) Uno de los de Mazin.

—Digo que es Halhala; así me llamaba mi padre, y me parece que nadie ha de saber mi nombre mejor que él.

—Pues bien, Halhala, puesto que hay un Halhala: has ultrajado a los que había tomado bajo mi protección, yo, que soy el jefe de los creyentes; has despreciado mis órdenes y robado mi dinero.

—Nada de eso; he realizado mi deseo, he saciado mi odio y mi venganza.

—Pues ahora, Dios te entrega a la vengadora mano de la justicia.

—No soy culpable de ningún crimen, *hijo de Zarsa.*

Era una injuria llamar a Abdalmelic por este nombre, que debía a una abuela suya, de escandalosa memoria (1). El califa le entregó al kelbita Soair, que tenía que vengar en él a su padre, muerto en Banat-Cain.

—Dime, Halhala—preguntó Soair—, ¿cuándo viste a mi padre por última vez?

—En Banat-Cain—respondió con aire desdeñoso—. Temblaba de pies a cabeza el pobre hombre.

—¡Por Dios, que te mataré!

—¿Tú? ¡Mentira! Eres demasiado vil y cobarde para matar a un hombre como yo. Sé que voy a morir, pero es porque le place al *hijo de Zarsa.*

Dicho esto, marchó al lugar del suplicio con fría indiferencia y con insolente alegría, recitan-

(1) Agani, t. I, p. 27.

do de tiempo en tiempo algún trozo de las antiguas poesías del desierto, y sin necesidad de que le estimulasen las animosas palabras que le dirigía el príncipe Bixr, el cual había querido ser testigo de su suplicio, y estaba orgulloso de su firmeza inquebrantable. En el momento en que Soair levantó el brazo para cortarle la cabeza, exclamó: "Procura que sea un golpe tan certero como el que yo di a tu padre."

Su compañero Said, que el califa había entregado a otro kelbita, sucumbió con un menosprecio de la vida casi tan profundo como el suyo (1).

IX

Mientras los sirios se saqueaban y mataban unos a otros, los del Irak, raza incorregible e indomable, no permanecían más tranquilos, y mucho tiempo después, los nobles turbulentos de Cufa y de Basora recordaban aún con nostalgia aquella época anárquica, aquellos "buenos tiempos", como ellos decían, en que, seguidos de diez o veinte clientes (2), se pavoneaban por las calles con la cabeza erguida y la mirada amenazadora, prestos siempre a reñir en cuanto otro noble mostrara el semblante un poco altivo, y seguros, además, de que, aunque dejasen tendidos a dos o tres ad-

(1) *Hamasa*, pp. 260, 264. Compárese la muerte de Hallala en Mobarrad, p. 870.
(2) Mobarrad, p. 220.

versarios en el arroyo, el gobernador sería indulgente para castigarlos. Y no solamente los gobernadores los dejaban tranquilos, sino que la envidia y el odio de Mohalab exponían aún al Irak a las incursiones de los no-conformistas, siempre temibles y dispuestos a vengar sus numerosas derrotas. Efectivamente: había motivo para envidiarlos. Cada habitante del Irak veía en Mohalab el general más grande de su patria, y lo que es más, su propio salvador; ningún nombre era tan popular como el suyo; y como había impuesto condiciones antes de encargarse del mando, había reunido una fortuna colosal, que derrochaba con soberbia indiferencia, dando cien mil monedas de plata al que iba a recitar un poema en su honor, y otras cien mil al que después se presentaba a decirle que era el autor de aquel poema (1). Eclipsaba, pues, a todos los gobernadores por su lujo principesco y su generosidad sin límites, tanto como por el brillo de su fama y de su poder. "Los árabes de esta ciudad no tienen ojos más que para contemplar a este hombre", decía tristemente el ommíada Jalid (2), primer gobernador de Basora después de la restauración; y alejó a Mohalab del teatro de sus éxitos, le condenó a la inacción dándole el gobierno de Ahuaz, y confió el mando del ejército, casi de treinta mil hombres, a su propio hermano Abdalaziz, joven sin

---

(1) Aben-Jalican, fasc. IX, p. 51, ed. Wustenfeld.

(2) Jalid ben-Abdala, ben-Asid (y no Osaid; el excelente manuscrito de Mobarrad consigna todas las vocales).

experiencia, pero no sin orgullo, porque se daba aires de importancia y tono de vencedor. "Los habitantes de Basora—decía—pretenden que sólo Mohalab es capaz de terminar esta guerra; pues bien, ahora verán." Pronto expió su loca presunción con una derrota sangrienta y terrible. Menospreciando los prudentes consejos de sus oficiales, que le disuadían de perseguir un escuadrón que fingía huír, cayó en una emboscada, perdió a sus generales, a multitud de soldados y hasta a su bella esposa, y él se salvó tan sólo por milagro de una treintena de enemigos que le perseguían en su fuga.

Mohalab había previsto el desastre, y por esto había encargado a uno de sus confidentes que le informara día por día de cuanto ocurriese en el ejército. Después de la derrota, aquel hombre fué a buscarle.

—¿Qué noticias me traes?—le gritó Mohalab desde lejos.

—Una que te alegrará saber: *él* ha sido vencido, y su ejército ha sufrido una completa derrota.

—¡Cómo, desgraciado! ¿Crees que puedo alegrarme de que un coraixita y un ejército musulmán hayan sido vencidos?

—Poco importa que te cause pena o alegría; la noticia es cierta, y esto basta (1).

La indignación contra Jalid, el gobernador, era extremada en toda la provincia.

---

(1) Mobarrad, pp. 740, 745.

—He aquí las consecuencias—le argüían—de enviar contra el enemigo a un joven de dudoso valor, en vez del noble y leal Mohalab, ese héroe que, gracias a su larga experiencia guerrera, sabe prever y conjurar todos los peligros (1).

Jalid se resignaba a oír estos reproches, familiarizado ya con el descrédito de su hermano; pero si era poco susceptible en cuestiones de honor, en cambio temía por su puesto, sobre todo por su vida, y esperaba con ansiedad creciente la llegada de un correo de Damasco. Impulsado por la necesidad, propia de todos los débiles, de que un espíritu más fuerte que el suyo los tranquilice, hizo venir a Mohalab y le preguntó:

—¿Qué piensas que Abdalmelic hará conmigo?

—Destituirte—respondió lacónicamente el general, que le guardaba demasiado rencor para prestarse a calmar sus inquietudes.

—Y ¿no tendré que temer algo peor, aunque soy su pariente?—replicó Jalid.

—Cierto—repuso Mohalab con aire desdeñoso—; porque en cuanto sepa el califa que tu hermano Abdalaziz ha sido vencido por los no-conformistas de Persia, sabrá también que tu hermano Omeya ha sido derrotado por los de Bahrain.

El temido correo llegó al cabo con una carta del califa para Jalid. En ella, Abdalmelic le dirigía los reproches más amargos por su conducta

(1) Mobarrad, p. 746.

ridícula y culpable, le anunciaba su destitución, y terminaba diciendo: "Si fuera a castigarte como te mereces, te haría experimentar cruelmente mi resentimiento; pero no quiero olvidar nuestro parentesco, y por eso me limito a destituirte."

En substitución de Jalid nombró el califa a su propio hermano Bixr, que ya era gobernador de Cufa, para el gobierno de Basora, ordenándole conferir a Mohalab el mando del ejército, reforzado por ocho mil hombres de Cufa.

En aquellas circunstancias no cabía una elección más deplorable. Caisita violento, como ya se ha visto, Bixr confundía a todas las tribus yemenitas en un odio común, y detestaba a Mohalab, jefe natural de aquella raza en el Irak-Arabí. Así, cuando recibió la orden del califa se enfureció y juró que mataría a Mohalab. Su primer ministro, Muza aben-Nosair—el futuro conquistador de España (1)—, esforzóse en calmarle, y se apresuró a escribir al general para aconsejarle que procediese con gran circunspección, que se mezclase con la turba para saludar a Bixr cuando hiciese su entrada en Basora, pero sin pedirle audiencia. Mohalab siguió sus consejos.

Instalado en su palacio de Basora, Bixr conce-

---

(1) Muza aben-Nosair, como zobairita, había asistido a la batalla de la Pradera. Proscripto por Meruan, había demandado y obtenido la protección de Abdalaziz, hijo de este califa, y desde entonces se había convertido en uno de los más firmes defensores de los ommíadas.—Ben-Asakir, *Historia de Damasco*, man. de la Biblioteca de Aatif en Constantinopla, artículo sobre Muza aben-Nosair.—M. de Slane ha tenido la bondad de facilitarme la copia de este artículo.

dió audiencia a los nobles de la ciudad, y, notando la ausencia de Mohalab, preguntó la causa:

—El general te ha saludado en la calle, perdido entre la multitud—le respondieron—; ahora se siente muy indispuesto, y no puede venir a ofrecerte sus respetos.

Bixr creyó encontrar en la indisposición del general un excelente pretexto para no ponerle al frente de las tropas. Sus aduladores no cesaban de decirle que, siendo el gobernador, tenía derecho a nombrar por sí mismo un general; sin embargo, no atreviéndose a desobedecer abiertamente al califa, le envió una carta en que le participaba que Mohalab estaba enfermo, pero que había en el Irak otros generales muy aptos para substituírle. Cuando llegó esta noticia a Damasco, Abdalmelic celebró una entrevista privada con el jefe Aben-Hakim, y le dijo:

—Sé que eres un hombre de gran probidad y de rara inteligencia; aconséjame, pues, qué general posee el talento y las condiciones necesarias para terminar con éxito esta guerra.

Aunque él no fuese yemenita, Aben-Hakim respondió sin vacilar un momento que era Mohalab.

—Pero está enfermo—repuso el califa.

—No será su enfermedad la que le impida tomar el mando—replicó Aben-Hakim con maligna sonrisa.

—¡Ah, comprendo!—murmuró el califa—. Bixr quiere seguir el mismo camino que Jalid.

Y le escribió inmediatamente para ordenarle

con tono absoluto e imperioso que pusiese a Mohalab y no a otro al frente de las tropas.

Bixr obedeció, pero de muy mala gana. Habiéndole remitido Mohalab la lista de los soldados que deseaba movilizar, le tachó los nombres de los más valientes, y después, llamando a Aben-Mijnaf, general de las tropas auxiliares de Cufa, le dijo: "Ya sabes cuánto te aprecio y lo que me fío de ti. Pues bien: si quieres conservar mi amistad, desobedece todas las órdenes que te dé ese bárbaro del Oman, y haz que todas sus medidas le precipiten en un ruidoso fracaso." Aben-Mijnaf se inclinó, lo que Bixr interpretó como señal de asentimiento; pero se había equivocado. De la misma raza, y, lo que es más, de la misma tribu que Mohalab, Aben-Mijnaf no aceptó el odioso papel que el gobernador le adjudicaba; y cuando salió del palacio dijo a sus amigos: "Indudablemente *ese chiquillo* ha perdido la cabeza, puesto que me cree capaz de hacer traición al jefe más ilustre de mi tribu."

El ejército entró en campaña, y Mohalab, aunque privado de sus mejores oficiales y de sus soldados más valientes, logró nada menos que arrojar a los no-conformistas del Eúfrates, primero, y después, del Ahuaz y de Ram-Hormoz; pero esta brillante serie de victorias fué interrumpida bruscamente por la noticia de la muerte de Bixr. Lo que este espíritu inquieto no había podido lograr en vida lo hizo su muerte, que causó en el ejército un desorden espantoso. Juzgando en su egoís-

mo que la guerra no interesaba más que a los árabes de Basora, los soldados de Cufa sublevándose contra su general, Aben-Mijnaf, y desertaron en masa para volver a sus hogares. La mayoría de los soldados de Basora imitó su ejemplo. Nunca, en aquella guerra tan larga y tenaz, el peligro había sido tan inminente. La anarquía más completa reinaba en el Irak, donde no había sombra de autoridad ni de disciplina. El lugarteniente de Bixr en Cufa había amenazado con la muerte a los desertores si no volvían a sus puestos; pero por toda respuesta entraron en su ciudad, y no llegaron a castigarlos (1). Bien pronto los no-conformistas aniquilaron al puñado de valientes que habían permanecido fieles a la bandera de Mohalab, y, franqueando todas las antiguas barreras, inundaron el Irak. Habían dejado morir de hambre, después de haberlos encerrado en un subterráneo, cargados de cadenas, a los infelices que habían caído en su poder después de la derrota de Abdalaziz (2), y ¿quién sabe si no preparaban la misma suerte a todos los *paganos* de la provincia? Todo dependería del nuevo gobernador. Si la elección del califa era tan mala como las anteriores, el Irak estaba perdido.

Abdalmelic nombró a Hadchach, que se hallaba entonces en Medina y que en cuanto recibió el nombramiento partió para Cufa, acompañado tan sólo por doce personas—diciembre del año 694—.

---

(1) Mobarrad, pp. 747-751.
(2) Mobarrad, p. 741.

En cuanto llegó, fué directamente a la mezquita, donde el pueblo, enterado ya de su llegada, estaba reunido Penetró en ella con el sable al cinto, el arco en la mano y la cabeza medio oculta bajo su turbante; subió al púlpito y paseó largo tiempo su mirada, incierta y débil—porque era corto de vista (1)—, sobre el auditorio, sin proferir una palabra. Interpretando su prolongado silencio por timidez, los del Irak se indignaron, y como, si no eran valientes en acción, eran insolentes en palabras, sobre todo cuando se trataba de insultar a un gobernador, murmuraban ya: "¡Que Dios confunda a los omeyas por haber confiado el gobierno de nuestra provincia a semejante imbécil!..."; hasta uno de los más atrevidos se disponía a tirarle una piedra a la cabeza, cuando rompió de improviso el silencio que tan obstinadamente había guardado hasta entonces. Atrevido innovador en oratoria como en política, no comenzó con las fórmulas consagradas en honor de Dios y del profeta. Levantando el turbante que le cubría el rostro, comenzó a recitar estos versos de un poeta antiguo:

—"Yo soy el sol naciente. No hay obstáculo que no venza. Para el que me conoce, basta con que me descubra."

Después continuó con voz lenta y solemne:

"Veo muchas cabezas maduras para ser sega-

(1) Aben-Cotaiba, p. 202.

das...; yo seré el segador... Entre los turbantes y las barbas que cubren los pechos veo sangre... sangre..."

Después, animándose poco a poco, prosiguió:

"Habitantes del Irak, por Dios que no me dejo amedrantar por miradas amenazadoras. No me parezco a esos camellos, a los cuales se hace correr a escape espantándolos con el ruido de un odre vacío y seco. Así como se examina la boca de un caballo para conocer su edad y su aptitud para el trabajo, así han examinado la mía, y han encontrado que ya tengo la muela del juicio. El comendador de los creyentes ha sacado las flechas de su carcaj, las ha puesto delante de sí, las ha examinado una a una, atenta, cuidadosamente, y después de probarlas todas ha comprendido que la más dura y la más difícil de romper era yo. He aquí por qué me ha enviado al Irak... Hace mucho que seguís el camino de la rebelión y la anarquía; pero os juro que haré con vosotros lo que se hace con las zarzas espinosas cuando se quieren emplear como leña para arder: atarlas con una cuerda para cortarlas en seguida (1); os moleré a palos como los pastores a los camellos que se quedan detrás. Y tened en cuenta que hago lo que digo; que cumplo lo que proyecto, y que una vez que he trazado sobre el cuero la forma de una sandalia, la corto sin vacilación. El co-

---

(1) Véase la frase que emplea aquí el orador; Mobarrad, página 46.

mendador de los creyentes me ha ordenado pagaros vuestra soldada y conduciros al teatro de la guerra, donde combatiréis a las órdenes de Mohalab. Os concedo tres días para hacer vuestros preparativos, y os juro por lo más sagrado que, pasado este plazo, cortaré la cabeza a todos los que no hayan partido... Y ahora, muchacho, lee la carta del comendador de los creyentes."

El aludido leyó estas palabras: "Abdalmelic, comendador de los creyentes, a todos los musulmanes de Cufa, salud."

Era costumbre que el pueblo respondiese a tal fórmula con estas palabras: "¡Salud al comendador de los creyentes!"; pero esta vez el auditorio guardó un sombrío silencio, fuese porque comprendía instintivamente que había encontrado un amo en aquel orador de palabra brusca, pero pintoresca y nerviosa, fuese porque no quería convencerse de ello.

—¡Detente!—ordenó Hadchach al lector—; después, dirigiéndose nuevamente al pueblo, exclamó—: ¿cómo es que el comendador de los creyentes os saluda y vosotros no le respondéis? ¡Por Dios, que he de daros una lección de cortesía! Vuelve a empezar, muchacho.

Al pronunciar estas sencillas palabras, Hadchach había dado a su rostro y a su voz una expresión tan amenazadora y terrible, que cuando el lector leyó de nuevo la palabra "salud", todo

el concurso contestó al unísono: "¡Salud al comendador de los creyentes!" (1).

Los mismos medios produjeron el mismo éxito en Basora. Muchos habitantes de esta ciudad, informados de lo ocurrido en Cufa, sin esperar siquiera la llegada del nuevo gobernador, habían ido a incorporarse al ejército de Mohalab (2), y este general, agradablemente sorprendido de tan insólito celo, exclamó en un arranque de alegría: "¡Dios sea loado! Al fin ha venido un hombre al Irak" (3). Desgraciado el que mostraba la menor vacilación o resistencia, porque Hadchach apreciaba en muy poco la vida de un hombre. Dos o tres personas demostraron con su muerte este aserto (4).

Sin embargo, si Hadchach creía haber ganado la partida, se engañaba.

Repuestos de su primer espanto, los del Irak rugieron de cólera por haberse dejado intimidar y aturdir como los niños por el *maestro de escuela*, y en el momento en que Hadchach conducía al ejército de Mohalab una división de tropas, una queja—con pretexto de la paga—fué la señal de un tumulto que bien pronto adquirió las proporciones de una formidable rebelión. La contraseña era la deposición del gobernador; los rebeldes juraron exigírsela a Abdalmelic, amenazándole con destituirle ellos mismos. Abandonado

(1) Mobarrad, pp. 220, 221.
(2) Mobarrad, p. 753.
(3) Weil, t. I, p. 433.
(4) Mobarrad, p. 753.

de todos, a excepción de sus parientes, de sus amigos íntimos y de sus servidores, vió a los rebeldes saquear su tienda y llevarse sus mujeres; si no les hubiera detenido el temor al califa, le hubiesen matado. Pero no se abatió un instante; rechazando con indignación los consejos de sus amigos, que le proponían que entrase en negociaciones con los insurrectos, dijo con fiereza, como si hubiera sido el dueño de la situación: "No lo haré más que cuando me hayan entregado a sus jefes."

Probablemente hubiese pagado con la vida su inflexible terquedad, si en aquel momento crítico los caisitas le hubieran abandonado a su suerte; pero habían adivinado en él una esperanza, un sostén, un jefe; habían comprendido que, siguiendo sus órdenes, se levantarían de su abatimiento y recobrarían el poder. Tres jefes caisitas, entre los cuales figuraba el valiente Cotaiba Aben-Moslim, volaron en su auxilio; un hermano de tribu de Mohalab y un jefe temimita, descontentos de los rebeldes, siguieron su ejemplo, y en cuanto Hadchach vió seis mil hombres en torno suyo, obligó a los rebeldes a aceptar la batalla. Un instante estuvo a punto de perderla; pero, habiendo replegado sus tropas y habiendo sido muerto por una flecha el jefe de los rebeldes, alcanzó la victoria, que hizo completa y decisiva por su clemencia con los vencidos; prohibió perseguirlos, les concedió la amnistía y se contentó con enviar las cabezas de diez y nueve jefes rebeldes, muertos en el combate, al campamento de Mohalab, a fin

de que sirviesen de escarmiento a los que pensaran en sublevarse (1).

Por primera vez, los caisitas, promovedores casi siempre de todas las insurrecciones, habían servido de apoyo al poder establecido; y emprendido este camino, marcharon resueltamente por él, seguros de que era el único medio de rehabilitarse ante el califa.

Una vez restablecido el orden, Hadchach no tuvo otro pensamiento que excitar y estimular a Mohalab; temiendo que éste quisiese prolongar la guerra en provecho propio. Mezclando con su impetuosidad natural las malas medidas con las buenas, le escribía carta tras carta, reprochándole duramente su ineptitud, su inacción, su flojedad, amenazando con darle muerte o destituírle (2), y enviando incesantemente comisarios al campamento (3). Por pertenecer a la raza del gobernador, y por el prurito de dar consejos, sobre todo cuando no se los pedían, estos comisarios sembraban el desorden en el ejército (4), y al entablarse la batalla, huían (5).

Mas logróse el éxito apetecido: no habían transcurrido dos años desde que Hadchach había sido nombrado gobernador del Irak-Arabí, cuando los no-conformistas depusieron las armas, hacia fines del año 696.

---

(1) Aben-Jaldun, fol. 186 r. y v.
(2) Mobarrad, p. 756.
(3) Mobarrad, pp. 759, 765.
(4) Mobarrad, p. 766.
(5) Mobarrad, p. 785.

Nombrado virrey de todas las provincias orientales en recompensa de tan fieles y útiles servicios, Hadchach tuvo que reprimir aún algunas sublevaciones; pero triunfó de todas, y a medida que se afirmaba la corona sobre la cabeza de su soberano, levantaba a su raza del abatimiento en que había caído y trataba de reconciliarla con el califa; lo consiguió sin gran dificultad. Obligado a apoyarse en los caisitas o en los kelbitas, la elección no podía ser dudosa. Los reyes son de ordinario poco afectos a los que han contribuído a su elevación, y que se creen con derecho a su reconocimiento. Los servicios prestados por los kelbitas habían inspirado a éstos una soberbia inoportuna. Con cualquier motivo recordaban al califa que, sin ellos, ni él ni su padre hubiesen ocupado el trono, y le miraban como obra suya, como de su propiedad. Los caisitas, al contrario, queriendo hacer olvidar a toda costa que habían sido enemigos de su padre y de los suyos, demandaban sus favores de rodillas, y obedecían ciegamente sus palabras y ademanes. De este modo llegaron a suplantar a sus adversarios (1).

Los kelbitas, al caer en desgracia, se quejaron amargamente; pero el poder del califa estaba harto consolidado en esta época para que pudieran sublevarse contra él. Sus poetas se desquitaron reprochándole acremente su ingratitud, y prodigándole amenazas. He aquí lo que decía Chauas,

---

(1) *Hamasa*, p. 658.

el padre de Sad, al que veremos más tarde morir en España, víctima del odio de los caisitas.

"¡Abdalmelic! No nos has recompensado, a los que hemos combatido valientemente en tu favor, procurándote la felicidad y los bienes de este mundo. ¿¿Te acuerdas de lo que ocurrió en Chabia, en Chaulan? Si Aben-Bahdal no hubiera asistido a la asamblea que allí se celebró, vivirías ignorado, y ninguno de tu familia recitaría en la mezquita la plegaria pública. Sin embargo, después de obtener el poder supremo y de hallarte sin competidores, nos has vuelto la espalda, y falta poco para que nos trates como a enemigos. ¿No se diría que ignoras que el tiempo puede traer extrañas revoluciones?"

En otro poema se lee:

"La familia omeya nos ha obligado a teñir nuestras lanzas en la sangre de nuestros enemigos, y ahora no quiere que participemos de su fortuna. ¡Familia ommíada! Hemos vencido con nuestras lanzas y nuestras espadas innumerables escuadrones de indómitos guerreros, cuyo grito de guerra no era el tuyo, y hemos alejado el peligro que te amenazaba. Dios recompensará tal vez nuestros servicios y el haber afianzado ese trono con nuestras armas, pero de seguro que la familia ommíada no nos recompensará. Sois extranjeros, venís del Hichaz, de un país separado completamente del nuestro por el desierto, y en

Siria no os conocía nadie (1). Entonces los caisitas luchaban contra vosotros; el odio fulguraba en sus miradas, y su bandera flotaba en los aires..."

Otro poeta kelbita, uno de los que anteriormente habían cantado la victoria de la Pradera, dirigió esta poesía a los ommíadas:

"En un tiempo en que ni aun soñabais con el trono, nosotros habíamos precipitado del de Damasco a los que se habían atrevido a ocuparle, y después os lo hemos dado. En muchas batallas os hemos demostrado nuestra adhesión, y en la de la Pradera debisteis la victoria sólo a nuestro poderoso auxilio. No paguéis con ingratitudes nuestros leales servicios; antes erais buenos para nosotros; guardaos de convertiros en tiranos. Aun antes de Meruan, cuando los ojos de un emir ommíada estaban nublados por los cuidados como por un velo tupido, nosotros rasgamos ese velo para que pudiera ver la luz; cuando ya estaba a punto de sucumbir, cuando ya rechinaba los dientes, le salvamos (2), y entonces, gozoso, exclamaba: "¡Dios es grande!" Cuando el caisita se jacte, recuérdale la bravura que demostró en el campo

---

(1) Recuérdese que la rama de los ommíadas, a que pertenecía Meruan, se había establecido en Medina.

(2) El comentarista Tibrizi ha interpretado mal este verso, porque no ha hecho notar que por una licencia poética, *naffasna* está empleado en vez de *naffasnâ;* compruébese con Aben-Cotaiba, p. 201, l. 18, y con *Hamasa*, p. 263, ls. 6 y 7, donde se encuentra *talana y naaina,* en lugar de *talanâ* y *naina,* como resulta de la línea 11 de esta página.

de Dahac, al Este de Chobar (1); allí ningún caisita se portó como un hombre de corazón; montados en sus alazanes, buscaron todos su salvación en la fuga" (2).

Quejas, murmuraciones, amenazas, todo fué inútil para los kelbitas. El tiempo de su grandeza había pasado, y pasado para siempre. Cierto que la política de la corte podía cambiar, y que cambió en efecto. Cierto que los kelbitas siguieron desempeñando un papel importante, sobre todo en Africa y en España, pero nunca volvieron a ser lo que en tiempo de Meruan, la más poderosa de las tribus yemenitas. Esta categoría correspondió desde entonces a los Azd; la familia de Mohalab había suplantado a la de Aben-Bahdal. La lucha, sin perder su energía, adquirió proporciones más vastas; en adelante, los caisitas tuvieron a todos los yemenitas por enemigos.

En el reinado de Ualid, que en 705 sucedió a su padre, Abdalmelic, llegó al cenit el poderío de los caisitas. "Hijo mío—había dicho Abdalmelic en el lecho de muerte—, muestra siempre el más profundo respeto hacia Hadchach; a él le debes el trono; él es tu espada y tu diestra, y tienes más necesidad de él que él de ti" (3). Ualid no olvidó jamás esta recomendación. "Mi padre solía decir: "Hadchach es la piel de mi frente." Pero

---

(1) Es decir, en la batalla de la Pradera.
(2) *Hamasa*, pp. 650-659.
(3) Soyuti, *Tarij al-jolafa*, p. 221, ed. Lees.

yo añado: Hadchach es la piel de mi rostro" (1). Esta frase resume todo su reinado, más fecundo en conquistas y en gloria militar que ninguno, porque fué entonces cuando el caisita Cotaiba plantó las banderas musulmanas sobre las murallas de Samarcanda, cuando Mohamed aben Casim, primo de Hadchach, conquistó la India hasta el Himalaya y cuando al otro extremo del imperio, los yemenitas, después de haber ultimado la conquista del Norte de Africa, anexionaron España al vasto Estado fundado por el Profeta de la Meca.

Pero fué un tiempo desastroso para los yemenitas, especialmente para los dos hombres más notables, aunque no más respetables, de este partido: Yezid, hijo de Mohalab, y Muza, hijo de Nossair. Por su desgracia, Yezid, jefe de su familia desde la muerte de su padre, había dado pretextos muy plausibles para justificar el odio de Hadchach. Como todos los miembros de su familia, la más liberal bajo el gobierno de los ommíadas, como los barmecidas lo serán durante el de los abasidas (2), sembraba el dinero a su paso; y queriendo ser dichoso y que todo el mundo lo fuera, derrochaba la fortuna en los placeres, en las artes y en imprudentes larguezas de una esplendidez altamente aristocrática. Una vez, yendo en peregrinación a la Meca, dió mil monedas de plata a un barbero que acababa de afei-

(1) *Historia del califato de Ualid*, ed. Anspach, p. 13.
(2) Aben-Jalican, Fasc. X, p. 107, ed. Wüstenfeld.

tarle. Estupefacto ante tan considerable recompensa, el barbero exclamó con alegría:

—Voy a rescatar con esto a mi madre de la esclavitud.

Entonces, conmovido por su amor filial, Yezid le dió otras mil monedas.

—Me condeno a repudiar a mi mujer—prosiguió el barbero—, si rasuro en mi vida a otra persona.

Y Yezid le dió todavía otras dos mil monedas (1). Cuéntanse de él multitud de anécdotas semejantes, que patentizaban que entre sus dedos pródigos corría el dinero como el agua; pero como no hay fortuna, por enorme que sea, que resista a una prodigalidad exagerada hasta la locura, Yezid se había visto obligado, para librarse de la ruina, a usurpar fondos al califa. Condenado por Hadchach a restituír seis millones al tesoro, y no pudiendo pagar más que la mitad de esta suma, fué encerrado en un calabozo y torturado cruelmente. Al cabo de cuatro años (2) intentó evadirse con dos de sus hermanos que compartían su cautiverio, y mientras Hadchach, creyendo que habían ido a sublevar al Jorasan, enviaba correos a Cotaiba para mandarle que tomase medidas de precaución y ahogase la revolución en su germen, ellos, guiados por un kelbita (3), recorrían el desierto de Samaua, a fin

---

(1) Aben-Jalican, Fasc. X, p. 105.
(2) Aben-Jaldun, fol. 196 v.
(3) Aben-Jaldun, fol. 196 v.

de ir a implorar la protección de Solimán, hermano del califa, heredero del trono en virtud de las disposiciones dictadas por Abdalmelic, y, además, jefe del partido yemenita. Solimán juró que, mientras viviese, los hijos de Mohalab no tendrían nada que temer; ofreció pagar al tesoro los tres millones que adeudaba Yezid, y pidió gracia para este último, pero no la tuvo sino con gran trabajo y por un golpe teatral. Desde entonces, Yezid permaneció en el palacio de su protector, esperando el momento en que su partido volviese al poder, y cuando se le preguntaba por qué no compraba casa, respondía: "¿Qué iba a hacer de ella? Tendré bien pronto una que no abandonaré jamás: un palacio de gobernador, si Solimán llega a ser califa, y una prisión, si no lo consigue (1).

El otro yemenita, el conquistador de España, no procedía, como Yezid, de un linaje ilustre. Era un liberto, y, si pertenecía a la facción, entonces en desgracia, era porque su dueño, el príncipe Abdalaziz, hermano del califa Abdalmelic y gobernador de Egipto, era ardiente defensor de la causa de los kelbitas, porque su madre procedía de esta tribu. Ya bajo el reinado de Abdalmelic, cuando aun era recaudador de contribuciones en Basora, Muza se hizo culpable de malversación. Enterado el califa, dió a Hadchach orden de prenderle; pero, avisado a tiempo, Muza se refugió en Egipto e imploró la protección de su dueño, el cual le tomó bajo su salvaguardia, y se trasladó

(1) Aben-Jallcan, Fasc. X, pp. 112-115.

a la corte para arreglar el asunto. Habiendo exigido el califa cien mil monedas de oro como indemnización, pagó la mitad de la suma Abdalaziz, y en seguida nombró a Muza para el gobierno de Africa, porque entonces el gobernador de esta provincia era elegido por el gobernador de Egipto (1). Después de haber conquistado España, Muza, colmado de riquezas, en el cenit de la gloria y del poder, volvió a usurpar los bienes del califa con igual atrevimiento que antes. Cierto que entonces todo el mundo negociaba con las rentas públicas; el error de Muza fué el de excederse, no perteneciendo al partido dominante. Hacía tiempo que Ualid vigilaba sus actos, y al fin le ordenó volver a Siria para rendir cuentas. Mientras pudo, Muza eludió el cumplimiento de esta orden; pero, obligado al fin a obedecer, abandonó España, y, una vez en la corte, procuró desarmar la cólera del califa ofreciéndole magníficos presentes. Todo fué inútil. Acumulados durante largo tiempo los odios de sus compañeros Taric, Mogit y otros, se desbordaron; abrumáronle con acusaciones que fueron muy bien acogidas, y el caudillo prevaricador fué arrojado ignominiosamente, en plena reunión, de la sala de audiencia. El califa no se contentaba con menos que con sentenciarle a muerte; pero algunas personas importantes, que Muza había comprado a fuerza de dinero, le salvaron la vida, quedando

(1) Ben-Adarì, t. I, pp. 24, 25.

reducida la pena a una multa muy considerable (1).

Poco tiempo después exhaló Ualid el último suspiro, dejando el trono a su hermano Solimán. La caída de los caisitas fué inmediata y terrible; Hadchach ya no existía. "¡Alá, concédeme morir antes que el comendador de los creyentes, y no me des por soberano un príncipe implacable para mí!" (2); tal había sido su ruego, y Dios le había escuchado; pero sus clientes, sus amigos, que ocupaban aún todos los puestos, fueron destituídos inmediatamente y reemplazados por yemenitas. Yezid ben-abi-Moslim, liberto y secretario de Hadchach, perdió el gobierno del Irak, y fué encerrado en un calabozo, de donde no salió hasta cinco años más tarde, al subir al trono el califa caisita Yezid II, para ser nombrado en seguida gobernador de Africa (3); tan rápidos eran entonces los cambios de fortuna. Más desgraciado que él, el intrépido Cotaiba fué decapitado, y el ilustre conquistador de la India, Mohamed aben-Casim, primo de Hadchach, expiró en el tormento, mientras Yezid, el hijo de Mohalab, que en el reinado precedente había estado a punto de morir degollado, gozaba—como favorito de Solimán—de ilimitado poder.

Muza fué el único que no se aprovechó del triunfo de su partido, porque con la vana espe-

(1) Isidoro, c. 38, 40.
(2) Tabari, apud Weil, t. I, p. 553.
(3) Abu-Ali Tanuji, *Al-faracho bada's-xidati*, man. de Leyde, 61, p. 73.

ranza de reconciliarse con Ualid, había ofendido gravemente a Solimán. Cuando Muza llegó a Siria, Ualid estaba ya tan enfermo que podía predecirse su muerte, y Solimán, que, codiciaba los ricos presentes que Muza destinaba a Ualid, invitó a éste a que retrasase su marcha para llegar a Damasco cuando su hermano hubiese muerto y él hubiese ocupado el trono. Muza no accedió a la demanda; y como los hijos de Ualid habían heredado los regalos hechos a su padre, por esto Solimán le guardaba rencor (1); así que no le perdonó la multa que podía pagar fácilmente con la ayuda de sus numerosos clientes de España (2) y de los miembros de la tribu de Lajm, a la cual pertenecía su esposa (3). Solimán no llevó más lejos su venganza. Hay, respecto a la suerte de Muza, un enjambre de leyendas, unas más conmovedoras que otras, pero inventadas por los novelistas en una época en que se había olvidado completamente la situación en que se hallaban los partidos en el siglo VIII; cuando nadie se acordaba ya de que Muza gozaba—como atestigua un autor tan antiguo como digno de crédito (4)—de la proteción y amistad de Yezid, hijo de Mohalab, el omnipotente favorito de Solimán. Ningún motivo, por especioso que sea, puede autorizar tan indignos rumores, que no se fundan sobre ningu-

(1) Ben Habib, man. de Oxford, p. 153.
(2) Isidoro, c. 40. *Pro multa opulentia*—dice este autor—*parvum impositum onus existimat, atque mira velocitate impositum pondus exactat.*
(3) *Ajbar machmua*, fol. 62 r.
(4) Beladori, man. de Leyde, p. 270.

na autoridad respetable y que se hallan en oposición directa con el circunstanciado relato de un autor contemporáneo (1).

Como excepción única en la historia de los ommíadas, el sucesor de Solimán, Omar II, no era un hombre de partido, sino un respetable pontífice, un santo, que sentía horror a la discordia y al odio, que daba gracias a Dios por no vivir en la época en que los santos del islamismo, Alí, Aixa y Moauia, combatían entre sí, y no quería ni oír hablar de tan funestas luchas. Preocupado únicamente con los intereses religiosos y la propagación de la fe, recuerda al excelente y venerable pontífice, que decía a los florentinos: "No seáis ni gibelinos ni güelfos; no seáis más que cristianos y conciudadanos." Omar II, como Gregorio X, no consiguió realizar su sueño generoso. Yezid II, que le sucedió, y que se había casado con una sobrina de Hadchach, fué caisita. Hixem, al subir al trono, favoreció a los yemenitas, y habiendo reemplazado muchos gobernadores nombrados por su antecesor, por hombres de este partido (2), permitió a los que subían al poder perseguir cruelmente a los que acababan de abandonarlo (3); pero cuando, por razones que expondremos más adelante, tuvo que decidirse por el otro partido. los caisitas buscaron el desquite, sobre todo en Africa y España.

(1) Este autor es Isidoro de Beja.

(2) En el Jorasan, por ejemplo, el caisita Moslim al-Kilabi fué substituído por el yemenita Asad al-Casiri.

(3) Abu-'l-mohasin, t. I, p. 288.

Como la población árabe de estos dos países era casi exclusivamente yemenita, solían estar tranquilos cuando los gobernadores eran hombres de esta facción; pero cuando los gobernantes eran caisitas, se convertían en teatro de las violencias más atroces. Esto es lo que sucedió después de la muerte de Bixr, el kelbita, gobernador de Africa. Antes de exhalar el último suspiro, Bixr había confiado el gobierno de esta provincia a uno de sus hermanos de tribu, que se jactaba de que el califa Hixem confirmaría el nombramiento. Su esperanza quedó fallida; Hixem nombró al caisita Obaida, de la tribu de Solaim. Enteróse de esto el kelbita, pero se creyó bastante poderoso para resistir con las armas en la mano.

Era la mañana de un viernes del mes de junio o julio del año 728. El kelbita acababa de vestirse y se disponía a ir a la mezquita para presidir allí la oración pública, cuando sus amigos se precipitaron en su cámara, gritando:

—¡El emir Obaida acaba de entrar en la ciudad!

El kelbita, aterrado, cayó en mudo estupor, y sólo recobró la palabra para exclamar:

—¡Sólo Dios es poderoso! La hora del juicio final llegará tan inopinadamente como ésta.

Sus piernas se negaron a sostenerle, y, helado de espanto, cayó en tierra.

Obaida había comprendido que, para imponer su autoridad, necesitaba sorprender la capital. Felizmente para él, Cairauan no tenía murallas, y marchando con sus caisitas por caminos extra-

viados y en el más profundo silencio, había entrado de improviso cuando los habitantes de la ciudad le creían aún en Egipto o en Siria.

Dueño de la capital, se ensañó contra los kelbitas con una crueldad sin ejemplo. Después de encarcelarlos les dió tortura, y, a fin de saciar la codicia de su soberano, los despojó de sumas cuantiosas (1).

Tocó a su vez a España, país cuyo gobernador era entonces nombrado por el de Africa; pero que no había recaído más que una sola vez sobre un caisita. Habiendo fracasado en sus primeras tentativas, Otaiba envió en abril del año 729 al caisita Haitam, de la tribu de Kilab (2), amenazando a los árabes de España con los más rigurosos castigos si no se ponían a las órdenes de su nuevo gobernador. Los yemenitas murmuraban, tal vez conspiraban contra el caisita, al menos éste lo creía; y obrando conforme a las instrucciones secretas de Obaida, encarceló a los jefes del otro partido, les arrancó entre horribles torturas la confesión del complot y les hizo cortar la cabeza. Entre las víctimas figuraba un kelbita, que, a causa de su origen ilustre, de sus riquezas y de su elocuencia, gozaba de gran consideración: era Sad, hijo de aquel Chauas—véase la nota C al fin de este volumen—que había reprocha-

(1) Ben-Adari, t. I, p. 36; Ben-al-Abar, p. 47.49.

(2) Moharram, 111. Aben-Baxcoual, *apud* Macari, t. II, p. 10. Es preciso leer *Kilabi,* como se halla en Macari, en Aben-Jaldun, etc., y no *Kinani,* como se lee en otros autores. En escritura árabe es fácil confundir estos dos nombres.

do en sus versos tan enérgicamente al califa Abdalmelic su ingratitud hacia los kelbitas, cuyo valor en la batalla de la Pradera había decidido la suerte del imperio y proporcionado el trono a Meruan. El suplicio de Sad hizo temblar de indignación a los kelbitas, y algunos, como Abrax, el secretario de Hixem (1), que no había perdido toda influencia en la corte, la utilizaron tan bien, que el califa consintió en enviar a España a un tal Mohamed, con orden de castigar a Haitam y de conferir el gobierno de la provincia al yemenita Abderrahman al-Gafiki, que gozaba de gran popularidad. Llegado a Córdoba, Mohamed no encontró allí a Abderrahman, que se había ocultado para librarse de las persecuciones del tirano; pero, habiendo mandado encarcelar a Haitam, le hizo azotar y raparle la cabeza, lo cual entonces era una pena infamante; después, cargado de cadenas y montado en un asno con la cabeza hacia atrás y las manos atadas en la espalda, mandó pasearle por toda la ciudad. Ejecutada la sentencia, le desterró a Africa, para que el gobernador de esta provincia decidiese de su suerte. Sin embargo, no era de esperar que Obaida castigase al que no había hecho más que cumplir sus órdenes. Por su parte, el califa creía haber dado a los kelbitas una satisfacción suficiente—aunque ellos tenían mayores exigencias—, pues la muerte de Sad no podía ser expiada, según las ideas árabes, más

(1) Ben-al-Abar, p. 49, y Weil, t. I, p. 654.

que con la de su asesino. Hixem envió, pues, a Obaïda una orden tan ambigua que éste pudo interpretarla en favor de Haitam (1). Esto fué para los kelbitas una gran desilusión; pero no se desanimaron, y uno de sus más ilustres jefes, Abu-'l-Jatar, que había sido íntimo de Sad, y que en la prisión—que había compartido con Obaida—había acumulado tesoros de odio contra el tirano y contra todos los caisitas, compuso este poema para repetírselo al califa:

"Permites a los caisitas verter nuestra sangre, hijo de Meruan; pero si te resistes a hacernos justicia, apelaremos al juicio de Dios, que será más equitativo para nosotros. Se diría que has olvidado la batalla de la Pradera y que ignoras quién te proporcionó entonces la victoria. Fueron nuestros pechos los que te sirvieron de escudo contra las lanzas enemigas, y no tenías otros infantes y caballeros que nosotros. Pero, una vez obtenido el fin, ahora que, gracias a nosotros, nadas entre delicias, finges no vernos; he aquí cómo, después de tan largo trato, procedes constantemente con nosotros. Pero no fíes en una seguridad engañosa cuando la guerra se reanude, y cuando sientas deslizar el pie sobre tu escala de cuerda, puede que entonces las cuerdas que creías sólidamente retorcidas se destuerzan... Esto se ha visto muchas veces..."

(1) Isidoro, c. 57.

El kelbita Abrax, secretario de Hixem, fué el encargado de recitar estos versos; y la amenaza de una guerra civil produjo tal efecto al califa, que dictó inmediatamente la destitución de Obaida, exclamando con cólera verdadera o fingida: "Maldiga Dios a ese hijo de una cristiana que no ha cumplido mis órdenes" (1).

X

La lucha entre yemenitas y caisitas no dejó de ejercer influencia sobre la suerte de los pueblos vencidos, porque principalmente en lo relativo a los tributos, cada uno de los dos partidos tenía principios diferentes, y en este sentido, como en otros muchos, Hadchach había trazado a los suyos la línea de conducta que debían seguir. Sabido es que, en virtud de las disposiciones de la ley, los cristianos y los judíos sometidos a la dominación musulmana, en cuanto abrazaban el islamismo quedaban dispensados de pagar al tesoro la capitación impuesta a los que perseveraban en la fe de sus mayores. Gracias a este cebo ofrecido a la avaricia, la iglesia árabe recibía cada día en su seno una turba de conversos que, sin estar completamente convencidos de la verdad de sus doctrinas, se preocupaban ante todo del dinero y de los intereses mundanos. Los teólogos se regocija-

(1) Consúltense mis *Noticias sobre algunos manuscritos árabes*, pp. 47-49, 257, y también Ben-Adarí, t. I, pp. 36, 37.

ban de tan rápida propagación de la fe, pero el tesoro disminuía enormemente. La contribución de Egipto, por ejemplo, que durante el califato de Otman se elevaba aún a doce millones, pocos años después, durante el califato de Moauia, cuando la mayoría de los coptos habían abrazado el islamismo, quedó reducida a cinco millones (1). En el reinado de Omar II disminuyó aún más; pero el piadoso califa no se inquietaba por esto. Y cuando uno de sus lugartenientes le envió este mensaje: "Si este estado de cosas se prolonga en Egipto, todos los dimis se harán musulmanes y se perderán las rentas que recaudaba el Estado", el califa respondió: "Yo sería muy dichoso si todos los dimis se hicieran musulmanes; porque Dios ha enviado a su Profeta como apóstol y no como recaudador de contribuciones" (2). Hadchach pensaba de distinto modo; le interesaba poco la propagación de la fe, y para conservar el favor del califa se veía obligado a llenar el tesoro. Por esto no había concedido a los musulmanes recién convertidos en el Irak la ventaja de no pagar la capitación (3). Los caisitas imitaron constantemente este ejemplo, y además trataron a los vencidos, musulmanes o no, con altivez insolente y con extrema dureza. Los yemenitas, por el contrario, si no se portaban más equitativa y bondadosamente con los vencidos, mientras ocupaban el poder, al me-

---

(1) Ahmed ben-abi-Yacub, *Kitad al-boldan*, fol. 69 v.
(2) *Journal Asiatique*, IV serie, t. XVIII, p. 433.
(3) Nouairí, en el *Journal Asiatique*, III serie, t. XI, página 580.

nos, cuando estaban en la oposición, unían sus quejas a las de los oprimidos, para censurar el espíritu de fiscalización que animaba a sus rivales. Por eso los pueblos sojuzgados, cuando veían a los yemenitas subir al poder, se prometían días "tejidos con seda y oro", aunque su esperanza resultó muchas veces fallida, porque los yemenitas no fueron ni los primeros ni los últimos liberales que durante la oposición gritan contra los impuestos, exigen la reforma del sistema tributario y la prometen para cuando vuelvan al gobierno; pero que, cuando le ocupan, no cumplen sus ofertas. "Me encuentro en una situación muy difícil—decía el jefe de los yemenitas, Yezid, hijo de Mohalab, cuando Solimán le nombró gobernador del Irak—; toda la provincia ha cifrado en mí sus esperanzas; me maldecirá, como ha maldecido a Hadchach, si la obligo a pagar los mismos tributos que antes satisfacía; mas, por otra parte, Solimán estará descontento de mí si no percibe las mismas rentas que percibía su hermano, cuando Hadchach era gobernador de la provincia." Para salvar el obstáculo ideó un recurso muy original. Habiendo declarado al califa que no podía comprometerse a cobrar los impuestos, le indujo a confiar tan odiosa misión a un hombre del partido que acababa de caer (1).

No puede negarse que había entre los yemenitas hombres extremadamente dúctiles, que tran-

(1) Aben-Jalican, Fasc. X, p. 116, ed. Wüstenfeld; Aben-Jaldun, fol. 199 r.

sigían sin pena con sus principios, y que, por conservar sus puestos, servían al que mandaba, fuese yemenita o caisita, con una adhesión y una docilidad a toda prueba. El kelbita Bixr era un prototipo de estos hombres, cada vez más numerosos, a medida que las costumbres se relajaban y el amor a la tribu cedía paso a la ambición y a la sed de riquezas. Nombrado gobernador de Africa por el caisita Yezid II, Bixr envió a España a uno de sus hermanos de tribu, llamado Anbasa, que hizo pagar a los cristianos del país doble tributo (1); pero cuando el yemenita Hixem subió al trono, envió a uno de su tribu, llamado Yahya, a que restituyese a los cristianos todo lo que habían cobrado injustamente. Un autor cristiano de aquel tiempo llega a decir que este gobernador—*terrible*—, tal es el epíteto que le da, tuvo que recurrir a medidas *crueles* para forzar a los musulmanes a que devolviesen lo que no les pertenecía (2).

Sin embargo, los yemenitas, en general, eran menos duros que sus adversarios con los vencidos, y, por consiguiente, resultaban menos odiosos. La población de Africa, formada por una aglomeración de tribus heterogéneas que los árabes encontraron establecidas desde Egipto hasta el Atlántico, y que han sido designadas con el nombre de bereberes, tenía por ellos una predilección indecible. Los berberiscos eran una raza al-

---

(1) Isidoro, c. 52.
(2) Isidoro, c. 54.

tiva, aguerrida y extremadamente celosa de su libertad. En muchos aspectos, indicados ya por Strabon (1), se parecían a los árabes. Nómadas en un territorio limitado, como los hijos de Ismael, guerreaban del mismo modo que ellos, como atestigua Muza aben Nosair (2), que tanto contribuyó o someterlos; acostumbrados, como los árabes, a una independencia inmemorial, porque la dominación romana casi se había limitado a la costa; teniendo, en fin, la misma organización política, o sea una democracia templada por la influencia de las familias nobles, fueron para los árabes, cuando intentaron subyugarlos, enemigos mucho más terribles que los soldados mercenarios y los súbditos oprimidos de Persia y del imperio bizantino.

Los invasores pagaban cada éxito con una sangrienta derrota. En el mismo momento en que recorrían en triunfo el país hasta las orillas del Atlántico, se veían envueltos y divididos por hordas tan innumerables como las arenas del desierto. "Conquistar el Africa es empresa imposible—escribía un gobernador al califa Abdalmelic—; apenas es exterminada una tribu berberisca, surge otra en su lugar." Los árabes, tal vez a causa de los obstáculos que encontraron, y que el honor los impulsaba a salvar, costase lo que costase, se obstinaron en esta conquista con una terquedad y un valor admirables. A costa de se-

(1) II, 18.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 20.

Hixen.

tenta años de mortífera guerra lograron la sumisión de los africanos, que consintieron en deponer las armas con tal de que no hiciesen valer sobre ellos los derechos adquiridos, de que se respetase su arrogancia quisquillosa y no los tratasen como vencidos, sino como iguales y hermanos. ¡Desgraciado el que cometía la imprudencia de ofenderlos! En su loco orgullo, el caisita Yezid-aben-abi-Moslim, el antiguo secretario de Hadchach, quiso tratarlos como esclavos, y le asesinaron; así que, a pesar de ser caisita, el califa Yezid II tuvo la prudencia de no exigir el castigo de los culpables y de enviar un kelbita para gobernar la provincia. Menos precavido que su antecesor, Hixem provocó una insurrección terrible que desde Africa se propagó a España.

Yemenita al comienzo de su reinado, y, por lo tanto, bastante popular (1), Hixen acabó por inclinarse hacia los caisitas, porque los creía dispuestos a saciar su pasión dominante: la sed de oro. Habiéndole entregado las provincias que ellos sabían explotar tan bien, sacó de ellas más dinero que ninguno de sus antecesores (2), y en cuanto al Africa, en el año 734, año y medio después de la destitución de Obaida (3), la confió al gobierno del caisita Obaidala. Era éste nieto de un liberto, pero no un hombre vulgar. Había reci-

(1) *Qui Hiscam primordio suae potestatis satis se modestum ostendens.* Isidoro, c. 55.

(2) Isidoro, c. 57.

(3) En Ben-Adari (t. I, p. 37) hay que leer: un año y seis meses (Xaual 114-Rebi II, 116).

bido una educación sólida y brillante; sabía de memoria, y le entusiasmaban, los poemas clásicos y los relatos de las guerras de los antiguos tiempos (1). En su adhesión a los caisitas había un pensamiento noble y generoso. No habiendo encontrado en Egipto más que dos humildes tribus caisitas, hizo venir allí mil trescientas familias pobres de esa raza, y se desveló por que prosperase esta colonia (2). Su respeto hacia la familia de su patrono era conmovedor: en medio de su grandeza, y en el colmo del poderío, lejos de avergonzarse de su humilde origen, proclamaba en alta voz su gratitud hacia el padre de Ocba, que había manumitido a su abuelo; y cuando, siendo él gobernador de Africa, Ocba vino a visitarle, le sentó a su lado, y le demostró tanto respeto, que sus hijos, con la vanidad propia de todo advenedizo, se indignaron. "¡Qué!—le dijeron cuando le encontraron a solas—. ¡Haces sentar a tu lado a ese beduíno, en presencia de la nobleza y de los coraixitas, que se darán por ofendidos, indudablemente! Como eres un anciano, nadie se mostrará cruel contigo, y tal vez la muerte te pondrá a cubierto de toda hostilidad; pero debemos temer que el oprobio de este suceso caiga sobre nosotros. ¿Qué sucederá si el califa se entera de lo ocurrido? ¿No montará en cólera cuando sepa que has tributado más honores a este hombre que

(1) Ben-Adarí, t. I, p. 38.
(2) Macrizi, *De las tribus árabes establecidas en Egipto*, páginas 39, 40, ed. Wüstenfeld.

a los coraixitas?" "Tenéis razón, hijos míos—respondió Obaidala—; no encuentro modo de excusarme, y no volveré a hacer lo que me reprocháis."

A la mañana siguiente, llamó a Ocba y a los nobles a su palacio; los trató con sumo respeto. pero cedió el puesto de honor a Ocba, y, sentándose a sus pies, hizo venir a sus hijos. Cuando entraron en la sala y se sorprendieron de aquel espectáculo, Obaidala se levantó, y, después de haber glorificado a Dios y a su Profeta, repitió a los nobles las palabras que sus hijos le habían dirigido la víspera, y prosiguió en estos términos: "Tomo a Dios y a todos vosotros por testigos, aunque solo Dios basta, para declarar que este hombre que veis aquí es Ocba, hijo de Hadchach, que dió libertad a mi abuelo. Mis hijos han sido seducidos por el demonio, que les ha inspirado un orgullo insensato; pero al menos, yo he querido dar a Dios la prueba de que no soy culpable de ingratitud y de que sé lo que debo, tanto al Eterno como a aquel hombre. He querido hacer esta declaración en público, porque temía que mis hijos llegasen a negar un beneficio de Dios y a no reconocer a este hombre y a su padre por sus patronos, lo cual traería como consecuencia inevitable la maldición de Dios y de los hombres, porque harto sé que el Profeta ha dicho: "¡Maldito aquel que pretende pertenecer a una "familia a la cual es extraño; maldito el que re-"niega de su patrono!" Y también he oído referir

que Abubequer dijo: "Renegar de un pariente, "aunque sea lejano, o fingirse oriundo de una fami- "lia a la cual no se pertenece, es ser ingrato con "Dios..." Hijos míos, como os quiero tanto como a mí mismo, no he querido exponeros a la maldición del cielo y de los hombres. Me habéis asegurado que el califa se indignará contra mí, si sabe lo que he hecho. Tranquilizaos; el califa—a quien Dios conceda larga vida—es demasiado magnánimo, comprende lo que debe a Dios, y conoce harto bien sus deberes para que yo tema excitar su cólera cumpliendo los míos; estoy persuadido de que aprobará mi conducta." "¡Bien dicho!—exclamaban por todas partes—. ¡Viva nuestro gobernador!" Los hijos de Obaidala, avergonzados, guardaron un sombrío silencio. Después, Obaidala, dirigiéndose a Ocba, prosiguió: "Señor, mi deber es obedecer tus órdenes. El califa me ha confiado un vasto país. Elige el gobierno de la provincia que más te agrade." Ocba eligió España. "Mi mayor anhelo—dijo—es tomar parte en la guerra santa; allí podré satisfacerle" (1).

Sin embargo, a pesar de la elevación de su carácter, y aunque poseía las virtudes características de su nación, Obaidala sentía el más profundo menosprecio por todo lo que no fuese árabe. A sus ojos, los coptos, los bereberes, los hispanos, los vencidos, en general—a los cuales apenas consideraba como hombres—, no tenían otra misión

---

(1) *Ajbar machmua,* fol. 60 r., 61 r.

en el mundo que enriquecer con el sudor de su frente al gran pueblo que Mahoma había llamado el mejor de todos. Ya en Egipto, cuando fué recaudador de contribuciones, había aumentado en una vigésima parte el tributo que pagaban los coptos; y este pueblo, de ordinario muy pacífico, y que desde que había sido dominado por los musulmanes nunca había apelado a las armas, se exasperó de tal modo por tan arbitraria medida, que se sublevó en masa (1). Elegido gobernador de Africa, juzgó un deber satisfacer los caprichos de los grandes señores de Damasco, a expensas de los rebeldes. Como las lanas de los merinos con que fabricaban telas de una blancura deslumbradora eran muy apreciadas en aquella capital, despojaba a los berberiscos de sus rebaños, los mandaba degollar, aunque a menudo no encontraba más que un solo carnero con lana entre cada ciento, porque los demás eran de los llamados carneros pelados o sin lanas, y, por consiguiente, inútiles para el gobernador (2). No contento con quitar a los bereberes sus ganados, fuente principal de su riqueza, o, por mejor decir, casi su único medio de vida, les arrebataba también sus mujeres y sus hijas, para surtir los harenes de Siria, porque los señores árabes tienen en el más alto aprecio a las mujeres berberiscas, que

---

(1) Macrizi, *Historia de los coptos*, p. 22 del texto, ed. Wustenfeld; véase también la nota del editor, p. 54.

(2) Aben-Jaldun. *Historia de los bereberes*, t. I, p. 150 151 del texto; *Ajbar majmua*, fol. 63. r.

siempre han gozado fama de sobrepujar a las árabes en belleza (1).

Durante más de cinco años, los bereberes sufrieron en silencio; murmuraban, acumulaban tesoros de odio; pero la presencia de un numeroso ejército los contenía aún.

La insurrección germinaba; tendría un carácter tanto religioso como político, estaría dirigida por misioneros y sacerdotes, porque, a pesar de las numerosas y ostensibles semejanzas que existían entre el berberisco y el árabe, mediaba, sin embargo, entre ellos la diferencia esencial de que el uno era *no sólo* piadoso, sino inclinado a la superstición, y ante todo lleno de una ciega veneración hacia sus sacerdotes, mientras el otro, burlón y escéptico, no concedía casi ninguna importancia a los ministros de la religión. En nuestros tiempos todavía los morabitos africanos ejercen una influencia ilimitada. Sólo ellos tienen derecho a intervenir en las rivalidades entre dos tribus; cuando hay que elegir jefes, ellos son los que proponen al pueblo los que consideran más dignos; cuando la gravedad de las circunstancias exige una reunión de las tribus, ellos recogen las diversas opiniones, deliberan entre sí y participan su decisión al pueblo, el cual se encarga de satisfacer todas sus necesidades y deseos (2) y hasta de reparar sus viviendas. ¡Cosa extraña y cu-

(1) Iben-Adhari, t. I, p. 39; Aben-Jaldun, *Loco laud;* compárese con Soyuti, *Tarij-al-Jolafa,* p. 222, l. 11, ed. Lees.
(2) Daumas. *La grande Kabylie,* p. 53-56.

mosa! Los bereberes tienen más veneración por los sacerdotes que por el mismo Dios. "El nombre de Dios—afirma un autor francés que ha estudiado a conciencia las costumbres de este pueblo—, el nombre de Dios, invocado por un infeliz a quien se pretende despojar, no le protege; en cambio, el de un morabito venerado le salva" (1). Por eso los berberiscos no han desempeñado un papel importante en el mundo más que cuando han sido impulsados por un sacerdote, por un morabito. Los morabitos fueron los que echaron los cimientos de los vastos imperios de los almoravides y de los almohades. En su lucha contra los árabes, los berberiscos de las montañas del Auras fueron capitaneados por una profetisa, que creían dotada de un poder sobrenatural, y en aquel tiempo, el general árabe Ocba-aben-Nafi, que había comprendido mejor que nadie el carácter del pueblo que combatía, y adivinado que para vencerle había que buscar su flaco y herir su imaginación por medio de milagros, desempeñó atrevidamente el papel de hechicero, de morabito. Tan pronto encantaba serpientes como fingía escuchar voces celestiales, y aunque estos recursos nos parezcan ridículos y pueriles, resultaron tan fructuosos que una turba de bereberes, deslumbrados por los prodigios de aquel hombre y convencidos de que en vano intentarían resistirle, depusieron las armas y se convirtieron al islamismo.

(1) Daumas, p. 55.

En la época de que tratamos, esta religión predominaba en Africa. Durante el reinado de Omar II había hecho tan grandes progresos, que un antiguo cronista (1) llegó a decir que no quedaba un solo berberisco que no fuera musulmán, aserto que no parecerá muy exagerado si se recuerda que estas conversiones no eran completamente espontáneas, y que el interés desempeñaba en ellas un papel importante. Como la propagación de la fe era el objetivo de la vida de Omar, utilizaba todos los medios propios para hacer prosélitos; y apenas consentían en pronunciar las palabras: "No hay más que un solo Dios, y Mahoma es su Profeta", quedaban dispensados de pagar la capitación, sin estar obligados a cumplir estrictamente todos los preceptos religiosos. Un día que el gobernador del Jorasan escribió a Omar, quejándose de que los que en apariencia habían abrazado el islamismo lo hacían tan sólo por no pagar la capitación, añadiendo que había adquirido la certidumbre de que estos hombres no estaban circuncidados, el califa le respondió: "Dios ha enviado a Mahoma para llamar a los hombres a la verdadera fe, y no para circuncidarlos" (2). Es que contaba con el porvenir; bajo aquella inculta vegetación adivinaba una tierra rica y fértil, en que la palabra divina podía germinar y fructificar; presentía que si los recién conversos merecían aún el reproche de tibieza, sus hijos y sus

(1) Ben Abd-Alhaquen, en Weil, t. I, p. 583.
(2) Aben-Jaldun, fol. 202 r.

Berberes

nietos, nacidos y educados en el islamismo, llegarían a sobrepujar en celo y devoción a los que habían dudado de la ortodoxia de sus padres.

Los hechos han justificado sus previsiones, sobre todo en lo que concierne a los habitantes de Africa. El islamismo, que les había sido tan antipático y odioso, se les hizo primero soportable y después querido en alto grado. Pero la religión, tal como ellos la comprenden, no es la fría religión oficial, triste término medio entre la incredulidad y el deísmo, que les predicaban misioneros sin unción, repitiéndoles siempre lo que debían al califa y no lo que el califa les debía a ellos; era la religión apasionada y atrevida, que les predicaban los no-conformistas, los cuales, perseguidos en Oriente como bestias feroces, y obligados a disfrazarse y adoptar nombres supuestos (1) para escapar a las persecuciones, habían ido a buscar, desafiando mil peligros, un asilo en los ardientes arenales de Africa, donde propagaban sus doctrinas con éxito inaudito. Estos doctores, convencidos y ardientes, no habían encontrado en ninguna parte disposiciones tan propicias para adoptar sus creencias; el calvinismo musulmán había, al fin, encontrado su Escocia. El mundo árabe, por decirlo así, había vomitado estas doctrinas no por repugnancia a los principios políticos del sistema, que armonizaban admirablemente con el instinto republicano del país,

---

(1) Véase en Mobarrad, p. 579, y sig. las curiosas aventuras del poeta no-conformista Imran ben-Hitan.

sino porque no quería ni tomar la religión en serio ni aceptar la moral intolerante que caracterizaba a estos sectarios. En desquite, los habitantes de los pobres aduares africanos la aceptaron con indescriptible entusiasmo. Ignorantes y sencillos, nada comprendían de las especulaciones y sublimidades dogmáticas en que se abismaban los espíritus superiores; hubiera sido inútil indagar a qué secta se afiliaron con preferencia, si eran haruritas, zofritas o ibaditas, porque los cronistas no están de acuerdo en este punto; pero comprendían lo suficientemente de estas doctrinas para abrazar las ideas revolucionarias y democráticas, para compartir las esperanzas novelescas de nivelación universal que animaban a sus doctores y para estar convencidos de que sus opresores eran réprobos, dignos del infierno. Como todos los califas, a partir de Otman, no habían sido más que usurpadores incrédulos, no era un delito sublevarse contra el tirano que les arrebataba sus bienes y sus mujeres; era un derecho y casi hasta un deber. Como hasta entonces los árabes los tenían alejados del gobierno, no dejándoles más que lo que no les habían podido quitar, el gobierno de las tribus, creían fácilmente que la doctrina de la soberanía del pueblo—doctrina que en su salvaje independencia habían profesado desde tiempo inmemorial—era muy musulmana, muy ortodoxa, y que el más humilde bereber podía ser elevado al trono en virtud del sufragio universal. Así este pueblo, cruelmente oprimido, excitado por

fanáticos, mitad apóstoles, mitad guerreros, que por su parte querían ajustar antiguas cuentas con los pseudoortodoxos, iba a sacudir el yugo en nombre de Alá y de su profeta, en nombre de aquel libro sagrado en que se habían apoyado otros para fundar un terrible despotismo. ¡Extraño destino el de los códigos religiosos, formidables arsenales que proporcionan armas a todos los partidos, que lo mismo justifican a los que queman herejes y predican el absolutismo, que a los que proclaman la libertad de conciencia, decapitan un rey y fundan una república...!

Todos los espíritus estaban, pues, en plena exaltación, y no se esperaba para tomar las armas más que una ocasión favorable, cuando en el año 740 Obaidala envió un gran contingente de tropas para invadir Sicilia. Alejado el ejército, bastaba el menor pretexto para que estallase la insurrección, y precisamente entonces el gobernador de Tingitania cometió la imprudencia de implantar el sistema caisita, ordenando a los bereberes de su distrito que pagasen doble tributo, como si no hubieran sido musulmanes. Inmediatamente tomaron las armas, se raparon la cabeza y ataron el Corán a la punta de sus lanzas—según la costumbre de los no-conformistas (1)—; confirieron el mando a Maisara, uno de los más celosos sectarios, a la vez sacerdote, soldado y demagogo; atacaron la ciudad de Tánger, se apo-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 63, r.

deraron y degollaron al gobernador y a cuantos árabes encontraron en ella, y, aplicando sus doctrinas en todo su inhumano rigor, no perdonaron ni aun a los niños. Maisara marchó desde Tánger hacia la provincia de Sus, gobernada por Ismael, hijo del gobernador Obaidala. Sin esperar su llegada, los bereberes se sublevaron en todas partes, y el gobernador de Sus sufrió la misma suerte que el de Tingitania. En vano los árabes intentaron resistir; batidos en todas partes, se vieron forzados a evacuar el país, y en pocos días perdieron toda la región occidental, cuya conquista les había costado tantos años de sacrificios Los bereberes se reunieron para elegir califa, y tan democrática fué esta revolución, que la elección no recayó sobre un noble, sino sobre un hombre del pueblo, sobre el valiente Maisara, que antes había sido un simple aguador en el mercado de Cairauan.

Sorprendido de improviso, Obaidala ordenó a Ocba, gobernador de España, atacar la costa de Tingitania; así lo hizo; pero habiendo sido derrotadas sus tropas, Ocba, con fuerzas más considerables, desembarcó en Africa y pasó a cuchillo a cuantos bereberes cayeron en sus manos, pero no consiguió dominar la insurrección.

Al mismo tiempo, Obaidala había dado al fihirita Habib, jefe de la expedición de Sicilia, la orden de volver lo más pronto posible con sus tropas al Africa, confiando que la flota de España tendría a raya a los sicilianos; pero como el pe-

ligro iba en aumento porque la sublevación se propagaba con una rapidez espantosa, creyó que no podía esperar la llegada de estos refuerzos, y, reuniendo todas las tropas disponibles, confirió el mando al fihirita Jalid, prometiéndole reforzar su ejército con el de Habib en cuanto llegase. Jalid se puso en marcha; encontró a Maisara en las inmediaciones de Tánger, y se entabló la batalla.

Después de un combate encarnizado, pero no decisivo, Maisara se retiró a Tánger, donde le asesinaron sus propios soldados, sea porque, acostumbrados a la victoria, les disgustase no haber triunfado esta vez, sea porque, después de encumbrado el demagogo, había traicionado las doctrinas democráticas de la secta, como afirman los cronistas árabes; en este caso sus correligionarios ejercitaron el derecho y el deber que, según sus doctrinas, les ordenaba deponer y matar al jefe o al califa que conculcase los principios de la secta.

Elegido otro jefe, los bereberes atacaron de nuevo y con más éxito a sus enemigos; en lo más fuerte de la lucha, una división, capitaneada por el sucesor de Maisara, cayó sobre la retaguardia de los árabes, que, cogidos entre dos fuegos, huyeron en espantoso desorden; pero Jalid y los nobles de su séquito eran demasiado altivos para sobrevivir al baldón de tal derrota, y, arrojándose entre las filas de los enemigos, se hicieron matar hasta el último, vendiendo caras sus vidas. Este

Combate de los Nobles

combate funesto, en que pereció lo más escogido de la aristocracia árabe, recibió el nombre de *combate de los nobles*.

Habib, que había llegado de Sicilia y avanzado hasta las inmediaciones de Tahort, no se atrevió a atacar a los berberiscos cuando supo el desastre de Jalid, y bien pronto el Africa semejó un navío encallado, sin velamen ni piloto. Obaidala fué depuesto por los mismos árabes, que le acusaban, no sin razón, de haber atraído sobre ellos tan terribles desgracias (1).

El califa Hixem tembló de dolor y de rabia al enterarse de la insurrección de los berberiscos y de la derrota de su ejército. "¡Por Alá—exclamó—, que les haré experimentar lo que es la cólera de un árabe de rancia casta! Enviaré un ejército como jamás se ha visto; la cabeza de la armada llegará a Tánger cuando la cola esté todavía aquí!" Cuatro distritos de Siria recibieron la orden de aprestar seis mil soldados cada uno; el quinto, el de Kinesrina, debía proporcionar tres mil. A estos veintisiete mil hombres habían de unirse mil soldados de Egipto y todas las tropas africanas. Hixem confirió el mando de este ejército y el gobierno de Africa a un general caisita curtido en la guerra, a Coltum, de la tribu de Coxair. En caso de que éste muriera, su

---

(1) Ben-Adari, t. I, pp. 38-41; Aben-Jaldun, *Historia de Africa*, ed. Noël des Wergers, pp. 10 y 11 del texto; el mismo, en su *Historia de los bereberes*, t. I, p. 151 del texto; *Ajbar machmua*, folio 61 v.; Isidoro, c. 61; Ben-al-Cutia, folio 6 v.

sobrino (1) Balch debería substituírle, y si moría también, el generalato debía pasar al jefe de las tropas del Jordán, a Talaba, de la tribu yemenita de Amila. Queriendo infligir a los rebeldes un ejemplar castigo, el califa autorizó al general que entregase al saqueo todas las regiones reconquistadas y que decapitase a cuantos cayeran en sus manos.

Habiendo elegido por guías a dos oficiales, clientes de los ommíadas, que conocían el país, y que se llamaban Harun y Moghit, Coltum penetró en Africa durante el verano del año 741. Los árabes de este país recibieron muy mal a los sirios, que procedían con una rudeza insolente, por lo cual les consideraron como invasores más que como auxiliares. Los habitantes de las ciudades les cerraron las puertas, y cuando Balch, que mandaba la vanguardia, les ordenó abrir con tono imperioso anunciándoles que estaba decidido a establecerse en Africa con sus soldados, escribieron a Habib, que aun estaba acampado cerca de Tahort, para informarle de lo que ocurría. Habib dirigió inmediatamente una carta a Coltum, en la cual le decía: "Tu insensato sobrino ha osado decir que ha venido para establecerse en nuestro país con sus soldados, llegando hasta amenazar a los habitantes de nuestras ciudades; pero te advierto de antemano que si el ejército no nos deja tranquilos, nosotros mismos nos alzaremos en armas

(1) Algunos autores dicen que Balch era primo hermano de Coltum.

Combate de Nafdura

contra vosotros." Coltum se excusó y le anunció que iría a reunirse con él cerca de Tahort; llegó, en efecto; pero bien pronto surgieron desavenencias entre el sirio y el africano, y Balch, que había defendido con vehemencia la causa de su tío, exclamó:

—He aquí al que nos amenaza con volver las armas contra nosotros.

—Pues bien—le respondió Abderrahman, hijo de Habib—; mi padre está dispuesto a daros una satisfacción si os creéis ofendidos.

Los dos ejércitos no tardaron en asociarse a la disputa; el grito "¡A las armas!" fué pronunciado simultáneamente por los sirios y por los africanos, a los cuales estaban unidos los soldados egipcios. Costó gran trabajo evitar la efusión de sangre y restablecer la concordia, que no fué más que aparente.

El ejército, formado por unos setenta mil hombres, avanzó hasta un paraje llamado Bacdura o Nafdura (1), donde los berberiscos le cortaron el paso. Viendo que los enemigos eran superiores en número, los dos clientes ommíadas que servían de guías a Coltum le aconsejaron construír un campo fortificado, rehuir la batalla y limitarse a asolar las ciudades de los alrededores. Coltum quiso seguir este prudente consejo, pero el fogoso Balch lo rechazó con indignación. "Guárdate de

---

(1) El primer nombre se encuentra en el *Ajbar machmua;* el segundo, en Ben-al-Cutia. En otro lugar del *Ajbar machmua* (fol. 66 r.) se lee *Nacdura.*

seguir esa opinión—dijo a su tío—, y no te preocupe el número de los bereberes, porque no tienen armas."

Y en esto Balch tenía razón, porque los berberiscos estaban mal armados, y por todo traje no llevaban más que un paño; hasta tenían pocos caballos; pero Balch olvidaba que el entusiasmo religioso y el amor a la libertad duplicaban sus fuerzas. Coltum, acostumbrado a dejarse guiar por su sobrino, siguió su parecer, y resuelto a entablar la batalla, le confirió el mando de la caballería siria; confió el de las tropas africanas a Harun y a Moghit, y él mismo se puso a la cabeza de la infantería siria.

Balch comenzó el ataque. Se jactaba de que aquella desordenada multitud no resistiría un instante a su caballería; pero los enemigos habían hallado un medio muy seguro para defraudar sus esperanzas: arrojar a la cabeza de los caballos sacos llenos de piedras, estratagema que fué coronada por el éxito, pues los corceles, enfurecidos, se encabritaron y desmontaron a muchos jinetes. Los berberiscos lanzaron después contra la infantería yeguas salvajes, que habían logrado enfurecer atando a sus colas odres y tiras de cuero, causando gran desorden en las filas. A pesar de esto, Balch, que había permanecido a caballo con cerca de siete mil jinetes, intentó reanudar el ataque, logrando romper las filas berberiscas, y llegando en su carga impetuosa a la retaguardia del ejército enemigo; pero bien pronto los be-

reberes se volvieron para cortarle la retirada, mientras otros combatían a Coltum con tanto éxito que murieron Habib, Moghit y Harun; y los árabes de Africa, privados de sus jefes y enemistados contra los sirios, emprendieron la fuga. Coltum resistía obstinadamente con la infantería siria. Un sablazo le desolló la cabeza, y—según afirma un testigo ocular—él volvió a poner la piel en su sitio con una sangre fría prodigiosa. Hiriendo a diestro y siniestro, recitaba versículos del Corán, propios para estimular el valor de sus compañeros: "Dios—decía—ha comprado a los creyentes sus bienes y sus vidas para darles, en cambio, el Paraíso; el hombre no muere más que por la voluntad de Dios, y de acuerdo con el destino que fija el término de la vida."

Pero cuando los nobles que combatían a su lado fueron muertos uno a uno; cuando él mismo cayó, acribillado de heridas, la derrota de los sirios fué completa y terrible, y los bereberes los persiguieron con tal encarnizamiento que, según confesión de los vencidos, un tercio de aquel gran ejército quedó muerto, y el otro fué hecho prisionero.

Mientras tanto, Balch, separado con siete mil jinetes del grueso del ejército, se había defendido valientemente, haciendo gran estrago entre los berberiscos; pero éstos eran muy numerosos para preocuparse de sus muertos; y cuando muchas divisiones, después de haber alcanzado la victoria sobre las tropas de su tío, se volvieron contra él,

y vióse abrumado por una multitud inmensa, no quedándole más partido que la retirada o la muerte, buscó la salvación en la fuga; pero como los enemigos le cerraban el camino de Cairauan, que habían seguido otros fugitivos, tuvo que tomar la dirección opuesta. Perseguidos sin descanso por los bereberes, que montaban los caballos de los enemigos muertos en el combate, los jinetes sirios llegaron cerca de Tánger extenuados de fatiga. Después de haber intentado en vano penetrar en la ciudad, se dirigieron a Ceuta, y habiéndose apoderado de esta plaza, reunieron fácilmente algunos víveres, gracias a la fertilidad de la zona circundante. Cinco o seis veces fueron atacados por los berberiscos; pero como éstos no sabían sitiar estratégicamente una fortaleza, y como los sitiados se defendían con el valor de la desesperación, comprendieron que no lograrían tomar a viva fuerza el último asilo que quedaba a los enemigos. Resolvieron, pues, sitiarlos por hambre, y asolando los campos de las inmediaciones, los rodearon de un desierto de dos jornadas de camino. Los sirios se vieron obligados a alimentarse con la carne de sus caballos, pero bien pronto éstos empezaron a faltar, y si el gobernador de España se obstinaba en negarles los auxilios que reclamaba su deplorable situación, irremisiblemente morirían de hambre (1).

---

(1) *Ajbar machmua*, fol. 62 r.-64 v.; Ben-Adharí, t. I, páginas 41-43; Isidoro, c. 63.

XI

En ningún caso los árabes, establecidos en España hacía treinta años, hubieran consentido fácilmente en enviar a los sirios, encerrados entre las murallas de Ceuta, las naves que demandaban para pasar a la península. La insolente rudeza con que habían tratado a los árabes de Africa, su designio altivamente anunciado de establecerse en este país, habían prevenido a los árabes de España de los peligros que podían temer si les enviaban recursos para cruzar el estrecho. Pero si en cualquier ocasión los sirios tenían pocas probabilidades de obtener lo que deseaban, entonces no les quedaba absolutamente ninguna, por ser el partido medinés el que gobernaba en España.

Después de haber sostenido contra los paganos, es decir, contra los árabes de Siria, una lucha tan larga como tenaz, los descendientes de los fundadores del islamismo, de los defensores y los emigrados habían sucumbido en la sangrienta batalla de Harra; más tarde, cuando vieron saqueada su ciudad santa, transformada en cuadra su mezquita y violadas sus mujeres; cuando—como si todos estos sacrilegios y todos estos horrores que recuerdan el saqueo de Roma por la feroz soldadesca del condestable y los furiosos luteranos de Jorge Freundsberg, no hubieran sido suficientes—habían sido forzados a jurar que de allí en adelante serían esclavos del califa, *escla-*

vos que a capricho podía manumitir o vender, abandonaron en masa—como ya hemos tenido ocasión de referir—su ciudad, antes tan venerada, pero que ahora servía de guarida a las bestias feroces, y habiéndose alistado en el ejército de Africa, vinieron con Muza a España, donde se establecieron. Si su celo religioso, mezclado siempre con cierta levadura de hipocresía, de orgullo y de ambición mundana, se había entibiado tal vez durante el camino, al menos habían conservado en su alma y transmitido a sus descendientes un odio implacable hacia los sirios y la convicción de que, por tener el honor de ser los descendientes de los gloriosos compañeros del Profeta, el poder les pertenecía por derecho propio. Ya una vez, cuando el gobernador de España pereció en la célebre batalla contra Carlos Martell, cerca de Poitiers, en octubre del año 732, habían elegido para el gobierno de la península al hombre más influyente de su partido, a Abdalmelic, hijo de Catan, que cuarenta y nueve años antes había combatido a favor suyo en Harra; pero como Abdalmelic—según el testimonio unánime de los árabes y de los cristianos (1)—había cometido las mayores injusticias esquilmando la provincia, había perdido el poder desde que Africa recuperó su legítima autoridad sobre España, es decir, desde que Obaidala fué nombrado gobernador de Occidente. Obaidala, como

(1) Isidoro, c. 60; Aben-Baxcoual, en Macari, t. II, p. 11

ya hemos dicho, había confiado el gobierno de la península a su patrono Ocba, el cual, llegado a España, hizo aprisionar a Abdalmelic y transportar a Africa los jefes del partido medinés, cuyo espíritu inquieto y turbulento perturbaba la tranquilidad del país (1). Sin embargo, los medineses no se desalentaron, y más tarde, cuando a causa de la gran insurrección berberisca, el poder del gobernador de Africa quedó anulado en España, y cuando Ocba cayó tan gravemente enfermo que se preveía su fin próximo, lograron persuadirle y obligarle a que nombrase a Abdalmelic sucesor suyo (2)—enero 741—(3).

Era, por consiguiente, a Abdalmelic a quien Balch tuvo que dirigirse demandando recursos para pasar a España; pero no había nadie menos dispuesto a acceder favorablemente a su petición. En vano Balch procuró conmoverle escribiéndole que él y sus compañeros morían de hambre en Ceuta y que eran tan árabes como él; Abdalmelic, el viejo caudillo medinés, lejos de compadecerse de su miseria, daba gracias al cielo que le había permitido saborear, a la edad de noventa años, los indecibles placeres de la venganza. Por lo tanto, iban a perecer de inanición los hijos de aquellos bárbaros, de aquellos herejes, que en la batalla de Harra habían exterminado a sus parientes y amigos, que habían pretendido atravesarle

(1) Isidoro, c. 61.
(2) Isidoro, c. 61, 63.
(3) Esta fecha, la única verdadera, ha sido aportada por Razi, *apud* Macari, t. II, p. 11.

a él mismo con sus espadas, que habían saqueado Medina y profanado el templo del Profeta. Los hijos de estos monstruos concebían aún esperanzas de que se apiadase de su suerte, ¡como si el espíritu vengativo de un árabe pudiera perdonar tales ofensas! ¡Como si los sufrimientos de un sirio pudieran inspirar compasión a un medinés! Abdalmelic no tuvo, pues, más que un cuidado, una preocupación y un pensamiento: impedir que otros, menos hostiles a los sirios, les suministrasen víveres. A pesar de las precauciones que adoptó, un compasivo noble de la tribu de Lajm logró burlar su vigilancia e introducir en el puerto de Ceuta dos barcos cargados de trigo. Apenas lo supo, Abdalmelic hizo arrestar al generoso lajmita y le dió setecientos azotes. Después, so pretexto de que tramaba una sublevación, le hizo acribillar los ojos y cortarle la cabeza. Su cadáver fué atado a un patíbulo con un perro crucificado a su derecha, a fin de que el suplicio resultase más ignominioso.

Los sirios parecían, pues, condenados a morir de hambre, cuando un acontecimiento imprevisto forzó a Abdalmelic a cambiar de conducta.

Los bereberes establecidos en la península, aunque no estuviesen tiránicamente oprimidos, compartían la celosa aversión de sus hermanos de Africa hacia los árabes. Eran ellos los verdaderos conquistadores del país, porque Muza y sus secuaces no habían hecho más que recoger los

frutos de la victoria alcanzada por Taric y sus doce mil berberiscos sobre los godos. En el momento en que desembarcaron en la costa de España, lo único que faltaba que hacer era ocupar algunas ciudades, prontas a rendirse a la primera intimación. Y, sin embargo, cuando se trató de repartir el fruto de la conquista, los árabes se habían adjudicado la parte del león, apoderándose de lo mejor del botín, del gobierno del país y de las tierras más fértiles. Apropiándose la hermosa y opulenta Andalucía, habían relegado a los compañeros de Taric a las áridas mesetas de la Mancha y Extremadura, a las ásperas montañas de León, Asturias y Galicia, donde tenían que sostener continuas escaramuzas con los indómitos cristianos. Poco escrupulosos entre ellos mismos cuando se trataba de intereses, habían mostrado una severidad inexorable en lo relativo a los berberiscos. Cuando éstos se permitían pedir dinero por el rescate de los cristianos que se habían rendido por capitulación, los árabes, después de hacerles sufrir el látigo y la tortura, dejaban gemir a los indígenas cargados de cadenas y apenas cubiertos de harapos, plagados de miseria, en infectos calabozos (1).

La suerte de España estaba, pues, ligada tan íntimamente con la de Africa, que los choques del otro lado del estrecho no podían menos de repercutir aquí. Ya una vez el fiero y valiente Munu-

(1) Isidoro, c. 44.

za, uno de los cuatro principales jefes berberiscos venidos a España con Taric (1), había levantado la bandera de la insurrección en Cerdaña, porque había sabido que sus hermanos de Africa estaban cruelmente oprimidos por los árabes, y había sido secundado por Eudes, duque de Aquitania, con cuya hija se había casado (2). Esta vez la sublevación de los berberiscos africanos tuvo en España un eco ruidoso. Los bereberes de este país habían acogido con los brazos abiertos a los misioneros no-conformistas, llegados de Africa para predicarles y excitarlos a alzarse en armas contra los árabes. Una insurrección, a la vez política y religiosa como la de Africa, estalló en Galicia y se transmitió a todo el Norte, excepto al distrito de Zaragoza, el único en esta parte del país en que tenían mayoría los árabes, que fueron vencidos y arrojados de todas partes, como fueron derrotadas todas las fuerzas que Abdalmelic envió contra los rebeldes. Después, los berberiscos de Galicia, Mérida, Talavera, Coria y otras regiones se reunieron, eligieron un jefe, un *imam*, y se dividieron en tres cuerpos de ejército, destinados, el primero, a sitiar Toledo; el segundo, a atacar a Córdoba, y el tercero, a marchar contra Algeciras, a fin de apoderarse de la flota anclada

---

(1) Sebastián, c. 11.

(2) Isidoro (c. 58) es el que detalla esta sublevación, diciendo que tuvo lugar cuando Abderrahman al-Gafiki era gobernador de España. Los autores árabes la suponen durante el gobierno de Haitam, el predecesor de Abderrahman; véase Ben-Adari, t. II, p. 27, y Macari, t. I, p. 145.

en el puerto, pasar el estrecho, exterminar a los sirios en Ceuta y transportar a España una turba de berberiscos africanos.

La situación de los árabes de España llegó, por lo tanto, a ser tan precaria y peligrosa que Abdalmelic, bien a pesar suyo, se vió forzado a solicitar el auxilio de los mismos sirios que hasta entonces había abandonado tan implacablemente a su triste suerte. Tomó, sin embargo, precauciones; les prometió enviarles medios de transporte, pero a condición de que evacuarían la península tan pronto como la rebelión fuera sofocada, y además que cada división le entregaría como rehenes diez de sus jefes, que serían custodiados en una isla y responderían con su cabeza del fiel cumplimiento del tratado. Por su parte, los sirios estipularon que Abdalmelic no los separaría cuando los hiciera conducir a Africa, y que los llevaría a una costa que no estuviese en poder de los berberiscos.

Aceptadas recíprocamente estas condiciones, desembarcaron en Algeciras los sirios, hambrientos, cubiertos apenas de miserables harapos. Proporcionáronseles víveres, y como se hallaban en España casi todos sus hermanos de tribu, éstos se encargaron de equiparlos, cada uno según sus recursos; hubo jefe rico que proporcionó cien vestidos para los recién llegados, y otro, cuya fortuna era menos considerable, vistió solamente a diez o a uno solo. Luego, como era preciso detener a la división berberisca que avanzaba sobre Al-

geciras y que había llegado ya a Medina-Sidonia, la atacaron los sirios, reforzados por algunos cuerpos de árabes españoles, y combatiendo con su acostumbrado valor, la derrotaron, apoderándose de rico botín. El ejército berberisco que marchaba sobre Córdoba se defendió con más tenacidad, causando a los árabes graves pérdidas; pero al fin también fué dispersado. Quedaba el tercer ejército, el más numeroso de todos, el que sitiaba a Toledo hacía veintisiete días, ejército que salió al encuentro del enemigo y que fué completamente derrotado a orillas del Guazalate. Desde entonces, los vencedores persiguieron a los rebeldes como a bestias feroces en toda España, y los sirios, mendigos la víspera, recogieron un botín tan considerable que de repente se hallaron más ricos de lo que jamás habían soñado.

Gracias a tan intrépidos guerreros, la insurrección berberisca, que comenzó tan formidable, quedó sofocada como por encanto; pero Abdalmelic no logró desembarazarse tan fácilmente de aquellos auxiliares que temía tanto como odiaba. Apresuróse, pues, a recordar a Balch el tratado concertado con él, y a exigirle que abandonase España; pero Balch y los sirios no querían volver a un país en que habían sufrido toda clase de reveses; por el contrario, se habían aficionado extraordinariamente a vivir en las magníficas comarcas, teatro de los éxitos que los habían enriquecido. No es, pues, de extrañar que surgiesen discusiones y querellas entre hombres que, siendo

tradicionales enemigos, tenían entonces intereses y deseos opuestos. Como el odio es un mal consejero, Abdalmelic agravó la situación y reavivó las inveteradas llagas negando a los sirios el ser transportados a Africa todos a la vez, y pretextando que, como ahora tenían tantos caballos, esclavos y bagajes, no disponía de barcos para cumplir esta cláusula del tratado. Además, como los sirios deseaban embarcarse en la costa de Elvira—Granada—o de Todmir—Murcia—, declaró que esto era imposible, que todos los buques estaban en el puerto de Algeciras y que no podía alejarlos de aquella parte de la costa, porque los bereberes africanos podían aprovecharse e intentar un desembarco; en fin, sin disimular sus pérfidos pensamientos, cometió la imprudencia de ofrecer a los sirios conducirlos a Ceuta nuevamente. Esta proposición produjo una indignación indecible.

—Más valdría que nos echaran al mar que entregarnos a los berberiscos de Tingitania—exclamó Balch, y reprochó duramente al gobernador el haber intentado dejarlos morir de hambre en Ceuta y el haber crucificado de una manera infamante al generoso lajmita que les había proporcionado víveres. De las palabras pasaron pronto a los hechos, y, aprovechando la ocasión de que Abdalmelic apenas tenía tropas en Córdoba, los sirios le arrojaron de su palacio y proclamaron a Balch gobernador de España—20 de septiembre del año 741—.

Desencadenadas las pasiones, era de temer que

nada detendría a los sirios, y los acontecimientos no tardaron en demostrarlo.

El primer cuidado de Balch fué poner en libertad a los jefes sirios que habían servido de rehenes y que Abdalmelic hacía custodiar en la isla de Om-Hakim, frente a Algeciras. Los jefes llegaron a Córdoba irritados, exasperados; se quejaban de que el gobernador de Algeciras, cumpliendo las órdenes de Abdalmelic, les había dejado sin agua y alimentos, y de que un noble de Damasco, de la tribu yemenita de Gasan, había perecido de sed. Exigían la muerte de Abdalmelic en expiación de la del gasanita. Sus quejas, el relato de sus sufrimientos, la muerte de un jefe venerado, todo esto llevó al colmo el odio que los sirios sentían por Abdalmelic, aquel pérfido que merecía la muerte. Balch, a quien repugnaban las medidas extremas, intentó apaciguarlos diciendo que la muerte del gasanita debía atribuirse a una negligencia involuntaria y no a un designio premeditado.

—Respetad la vida de Abdalmelic—añadió—; es un coraixita y además un anciano.

Pero sus palabras no surtieron efecto; los yemenitas, que tenían que vengar a un hombre de su raza, y que sospechaban que Balch quería salvar a Abdalmelic porque éste era de la raza de Maad, a la cual pertenecía Balch igualmente, persistieron en su demanda, y Balch, que como la mayoría de los nobles sólo ejercía el mando a condición de ceder a la voluntad y a las pa-

siones de sus soldados, no pudo resistir a sus clamores, y permitió que fuesen a arrancar a Abdalmelic de la casa que poseía en Córdoba, y a la cual se había retirado después de su deposición.

Ebrios de furor, los sirios arrastraron al suplicio a aquel nonagenario, cuyos largos cabellos blancos le asemejaban—tal es la expresión extraña y pintoresca de las crónicas árabes—a la cría de un avestruz.

—¡Cobarde—exclamaban—, te has librado de nuestras espadas en la batalla de Harra! Para vengarte de tu derrota nos has obligado a comer perros y hasta cueros; has querido entregarnos y aun vendernos a los berberiscos, a nosotros, soldados del califa.

Deteniéndose cerca del puente, le azotaron con vergajos, hundieron las espadas en su pecho y clavaron el cadáver en una cruz, crucificando a la izquierda un perro y a la derecha un cerdo. Tan bárbaro asesinato, tan infamante suplicio, clamaba venganza. La guerra estaba encendida; las armas decidirían si habían de ser dueños de la península los árabes de la primera o de la segunda invasión, los medineses o los sirios.

Los medineses tenían por jefes a los hijos de Abdalmelic, Omeya y Catan, que habían huído cuando la deposición de su padre, yendo el uno en busca de socorros a Zaragoza, y el otro, a Mérida. Sus antiguos enemigos, los bereberes, hicieron causa común con ellos; deseaban volver

más tarde sus armas contra los árabes de España; pero, ante todo, querían vengarse de los sirios. Los medineses tuvieron además otros auxiliares; el lajmita Abderrahman-ben-Alcama, gobernador de Narbona, y el fihirita Abderrahman, hijo del general africano Habib, que se había refugiado en España, seguido de algunas tropas, después de la terrible derrota en que había perecido su padre, pero antes de la llegada de los sirios a la península (1). Enemigo jurado de Balch, había atizado el odio que el viejo Abdalmelic sentía hacia los sirios, refiriéndole las insolencias y abusos que habían cometido en Africa; había fortalecido su propósito de no enviarles los barcos que solicitaban y dejarlos morir de hambre. Entonces creíase obligado a vengar el suplicio de Abdalmelic, porque era de su tribu y además aspiraba al gobierno de la península (2), basándose en su ilustre origen.

Los coligados tenían sobre sus enemigos la ventaja del número, porque el ejército contaba con cuarenta mil hombres, según unos, y con cien mil, según otros; mientras Balch no pudo reunir más que doce mil soldados, si bien vinieron en su ayuda gran número de sirios que acababan de pasar el estrecho, después de muchas tentativas inútiles para volver a su patria. A fin de

(1) Esto es lo que se dice formalmente Rakik (*apud* Ben-Adari, t. I, p. 43), y este aserto tiene más probabilidades de certeza que el de otros cronistas, que aseguran que Abderrahman-ben-Habib llegó a España en compañía de Balch.
(2) Ben-al-Abbar, p. 51.

engrosar sus tropas, reclutó una turba de esclavos cristianos que cultivaban las tierras de los árabes y de los bereberes, y después fué a esperar al enemigo en una aldea llamada Aqua-Portora. Entablado el combate—agosto, 742—, los sirios se defendieron tan denodadamente que rechazaron todos los ataques de los coligados. Entonces Abderrahman, el gobernador de Narbona, que pasaba por el caballero más valiente y más cumplido que jamás había habido en España, creyó que la muerte del jefe del ejército enemigo decidiría la suerte de la batalla.

—¡Que me muestren a Balch!—exclamó, y juró matarle o morir.

—Mírale—respondió uno—, es aquel que monta un caballo blanco y que lleva el estandarte.

Abderrahman cargó tan vigorosamente con sus jinetes de la frontera, que hizo retroceder a los sirios. A la segunda tentativa hirió a Balch en la cabeza; pero atacado de pronto por la caballería de Kinesrina y rechazado por ella, arrastró en su rápida retirada todo el ejército de los coligados. Su derrota fué completa; perdieron diez mil hombres, y los sirios, que no habían perdido más que mil, volvieron a entrar en Córdoba vencedores.

Las heridas de Balch eran mortales; pocos días después exhaló el último suspiro; y como el califa había dispuesto que si Balch llegaba a morir le sustituyese el yemenita Talaba, los sirios proclamaron gobernador de España a este jefe. Los medineses no tenían motivo para felicitarse por ello.

Aunque no lo consiguió, Balch, al menos, había procurado refrenar los sanguinarios apetitos de los sirios; su sucesor no lo intentó siquiera. ¿Quería ser popular y comprendía que, para lograrlo, tenía que hacerse el desentendido, o reconocía en los graznidos lúgubres de un pájaro nocturno una voz querida, que le recordaba que aun tenía que vengar en los medineses la muerte de un pariente cercano, de un padre tal vez? (1). Se ignora; pero lo cierto es que la resolución que adoptó de no tener piedad para los medineses le ganó el corazón de sus soldados y le hizo más popular de lo que Balch había sido nunca.

El principio de su gobierno no fué feliz; habiendo atacado a los árabes y a los bereberes, reunidos en gran número en los alrededores de Mérida, fué vencido y obligado a retirarse a la capital del distrito, donde su situación no tardó en ser crítica. Ya había enviado a Córdoba la orden de que su lugarteniente viniera en su auxilio con el mayor número posible de tropas, cuando una feliz casualidad le salvó. Un día de fiesta, en que los sitiadores se habían dispersado por las cercanías sin tomar bastantes precauciones contra una sorpresa, él, aprovechando este descuido, atacó a los adversarios de improviso, haciendo una gran carnicería, cogiendo mil prisioneros, forzando a

(1) Los árabes creían que cuando un hombre había perecido de muerte violenta, su alma, huyendo del cuerpo, se metamorfoseaba en un buho o en un mochuelo, que hacía oír su chillido hasta que el muerto quedaba vengado en la persona del matador.

los demás a buscar la salvación en una fuga precipitada, y llevándose como esclavos a los niños y a las mujeres. Era esto un atentado inaudito, una barbarie que hasta entonces los mismos sirios no se habían atrevido a cometer. Mientras Balch había sido su jefe, habían respetado el uso establecido desde tiempo inmemorial, y perpetuado hasta nuestros días entre los beduínos, el uso de dejar — cuando se trataba de guerras civiles — en libertad a las mujeres y a los hijos del enemigo, y aun de tratarlos con cierta cortesía. Cuando Talaba, arrastrando diez mil prisioneros, retornó a Andalucía, fué peor aún. Haciendo acampar su ejército en Mozara, cerca de Córdoba, un jueves del mes de mayo del 743, ordenó sacar los cautivos a pública subasta. Entre ellos había muchos medineses, y, a fin de abatir de una vez para siempre el orgullo de estos últimos, los sirios, jocosamente feroces, convinieron entre ellos en venderlos, no a la alza, sino a la baja. Un medinés, por el cual un sirio había ofrecido diez monedas de oro, fué adjudicado a cambio de un perro; otro fué vendido por un cabrito, y así sucesivamente. Nunca, ni en el horrible saqueo de Medina, los sirios habían hecho sufrir tales afrentas, tales ignominias a los hijos de los fundadores del islamismo.

Esta escandalosa escena duraba aún cuando un acontecimiento que Talaba y sus exaltados secuaces no había previsto vino a ponerle término.

Los hombres moderados y sensatos de los dos

partidos, afligidos por los males de la guerra civil, indignados por los terribles excesos de unos y otros, y temiendo que los cristianos del norte aprovechasen la discordia de los musulmanes para extender sus dominios, habían entrado en relaciones con el gobernador de Africa, Handala el kelbita, para rogarle enviara un gobernador capaz de restablecer la tranquilidad y el orden. Handala había enviado a España al kelbita Abu-'l-Jatar, que llegó con sus soldados a Mozara en el preciso momento en que se vendía a los árabes a cambio de los perros y chivos. Mostró las órdenes, y como era un noble de Damasco, los sirios no se resistieron a reconocerle. Los árabes de España le saludaron como a su salvador, porque su primer cuidado fué libertar a los diez mil cautivos vendidos a la baja.

Con prudentes medidas, el nuevo gobernador restableció la tranquilidad. Concedió la amnistía a Omeya y a Catan, los dos hijos de Abdalmelic, y a todos los que abrazaron su partido, excepto el ambicioso Abderrahman ben-Habib, que intentó ganar la costa y pasar a Africa, donde le esperaba un brillante destino; alejó de España a doce de los jefes más turbulentos, entre los cuales figuraba Talaba, diciéndoles que, en vez de perturbar la tranquilidad de la península, debían emplear mejor su fogoso valor combatiendo a los berberiscos africanos; y, en fin, como urgía librar la capital de los sirios que pululaban en ella, les repartió en feudo tierras del dominio público, or-

denando a los siervos que las cultivaban que desde entonces diesen a los sirios el tercio de las cosechas que antes entregaban al Estado. La división de Egipto quedó establecida en los distritos de Ocsonoba, de Beja y de Todmir (Murcia); la de Emesa, en los distritos de Niebla y de Sevilla; la de Palestina, en los distritos de Sidona y Algeciras; la del Jordán, en el distrito de Regio—Málaga—; la de Damasco, en el distrito de Elvira—Granada—, y, en fin, la de Kinesrina, en el distrito de Jaén (1).

Así concluyó el papel importante, pero desgraciado, que los hijos de los defensores de Mahoma desempeñaron en la historia musulmana. Escarmentados por tantos reveses y catástrofes, comprendieron que no podían realizarse sus ambiciosas esperanzas. Abandonando a otros partidos la escena pública, se obscurecieron para vivir retirados en sus dominios, y cuando, a largos intervalos, se ve surgir el nombre de algún caudillo medinés en los anales árabes, obraba por motivos puramente personales o para servir a un partido que no era el suyo. Aunque ricos y numerosos, no ejercieron casi ninguna influencia sobre la suerte del país. Entre los descendientes del gobernador Abdalmelic, unos, los Beni-'l-Chad, eran opulentos propietarios de Sevilla; otros, los Beni-

(1) *Ajbar machmua*, fols. 65 v.-69 r.; Isidoro, c. 64-67; Ben-Adarí, t. II, pp. 30-34; Macarí, t. II, pp. 11-14; Ben-al-Cutia, fols. 7 r.-8 v.; Ben-al-Jatib, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 84 y sig.

Casim, poseían vastos dominios cerca de Alpuente (1), en la provincia de Valencia, donde el pueblo de Benicasim lleva aún su nombre; pero ni una ni otra rama salió de una obscuridad relativa. Cierto que en el siglo XI los Beni-Casim fueron jefes independientes de un pequeño estado que no se extendía más allá de los límites de sus tierras; pero era en la época en que, desmembrado el califato de Córdoba, todo propietario territorial se daba tono de soberano. También es verdad que dos siglos después los Beni-'l-Ahmar, descendientes del medinés Sad ben-Obada (2), uno de los más ilustres compañeros de Mahoma, y que estuvo a punto de ser su sucesor, subieron al trono de Granada; pero entonces las antiguas pretensiones y los antiguos odios estaban sepultados en un profundo olvido; nadie se acordaba ya de la existencia de un partido medinés; los árabes habían perdido su carácter nacional, y bajo la influencia berberisca, hasta se habían hecho devotos. Además, esta rama de los Beni-'l-Ahmar no reinó más que para ver a los reyes de Castilla conquistarles una a una todas las fortalezas, hasta el día en que "la Cruz entró en Granada por una puerta, mientras el Corán salía por la otra", y en que el *Te Deum* vibró donde antes había resonado el *Alá acbar*, como dice el romance español. Viva imagen del destino de los medineses, la familia de Sad ben-Obada, cuyo nom-

---

(1) Macari, t. II, p. 11.
(2) Ben-al-Jatib, man. G, fol. 176 r.

bre se enlaza con los más esclarecidos de la historia de Oriente y de Occidente, con los de Mahoma y Abubequer, con los de Carlomagno e Isabel la Católica, dejó un indeleble y glorioso recuerdo, y fué casi constantemente perseguida por la desgracia. Comienza con Sad y acaba con Boabdil. Un intervalo de ocho siglos y medio separa estos dos nombres, y, sin embargo, los dos que los llevaros murieron en el destierro, soñando con su grandeza pasada. Intrépido campeón del islamismo en todos los combates que Mahoma había sostenido con los paganos, Sad *el Perfecto* iba a ser elegido califa por los defensores, cuando los emigrados de la Meca reclamaron ese derecho para sí mismos. Gracias a la traición de algunos medineses, gracias sobre todo a la llegada de una tribu completamente adicta a los emigrados, éstos se apoderaron de la plaza en medio de un espantoso tumulto, durante el cual Sad, que yacía gravemente enfermo sobre un colchón, fué cruelmente ultrajado por Omar, y casi aplastado por el tropel de los invasores. Jurando que nunca reconocería a Abubequer, y no pudiendo soportar el triunfo de sus enemigos, emigró a Siria, donde murió de un modo misterioso. En un paraje apartado fué muerto por los chins, según la tradición popular; sus hijos se enteraron de su muerte por esclavos que vinieron a referirles que habían oído salir de un pozo una voz que decía: "Hemos matado al jefe de los Jazrach, Sad ben-Obada; le hemos disparado dos flechas que no han errado

su corazón (1). También Boabdil, cuando perdió su corona, fué a terminar la vida en tierra inhospitalaria y lejana, después de haber dirigido, desde lo alto de la roca que aun conserva el poético nombre de "Ultimo suspiro del moro", una lenta mirada de punzante adiós sobre su adorada Granada, sin igual en el mundo.

XII (2)

En los primeros tiempos de su gobierno, Abu-'l-Jatar trató a todos los partidos con laudable equidad, y aunque era kelbita, no tuvieron motivo para quejarse de él ni los mismos caisitas, que se hallaban en gran número entre las tropas que Balch había traído a España. Pero, lejos de perseverar en esta moderación, tan excepcional en un árabe, recayó bien pronto en sus ingénitas antipatías. Además, tenía que ajustar antiguas cuentas con los caisitas; en Africa había sido él mismo víctima de su tiranía; en España, Sad,

---

(1) Tabari, t. I, pp. 6-12, 32-42; Nauaui, p. 274; Aben-Cotaiba, p. 132. Los racionalistas de aquel tiempo afirmaron que la muerte de Sad había sido ocasionada por la picadura de un reptil venenoso.

(2) *Ajbar machmua,* fols. 72 v.-78 r.; Macari, t. II, libro VI; Ben-Adari, t. II, pp. 35-38, 43-45; Ben-al-Abar, páginas 46-50, 52-54; Isidoro, c. 68, 70, 75; Ben-al-Jatib, manuscrito E., artículo sobre Somail. En cuanto al nombre del jefe caisita, que va a desempeñar un papel tan importante en este relato, como los manuscritos árabes no indican las vocales, no se sabría si era *Somail* o *Samil,* si el modo de escribirlo el autor contemporáneo Isidoro—*Zumahel*—no resolviese la cuestión.

su hermano de tribu, hijo de Chauas, había muerto asesinado por ellos, y aquel hombre era para él tan querido, que solía repetir: "De buen grado me dejaría cortar la mano si pudiera resucitarle."

Al menos se propuso vengarle, ensañándose contra los caisitas—que suponía cómplices de la muerte de su amigo—tan cruelmente como él mismo refiere en uno de sus poemas:

"Querría que el hijo de Chauas pudiera saber con qué ardimiento he defendido su causa. Para vengar su muerte he matado a noventa personas, que yacen en tierra como troncos de palmeras arrancados por el torrente."

Tales suplicios tenían necesariamente que encender de nuevo la guerra civil. Sin embargo, los caisitas, menos numerosos en España que los yemenitas, no se apresuraron a desenlazar por la fuerza una situación tan intolerable para ellos, y el odio acumulado en sus corazones no se desbordó hasta que el honor de su jefe se vió comprometido del siguiente modo: Habiendo tenido una reyerta con un kelbita un hombre de la tribu maadita de Kinana, vino a defenderse ante el tribunal del gobernador, el cual, aunque el derecho estaba de su parte, falló, como de costumbre, parcialmente. El kinanita fué a quejarse de tan inicuo juicio al jefe caisita Somail, de la tribu de Kilab, que fué inmediatamente al palacio, y reprochó al gobernador su parcialidad con sus hermanos de tribu, exigiéndole que atendiese

las justas quejas del kinanita. El gobernador le replicó ásperamente, y como Somail le respondiera en el mismo tono, le hizo abofetear y arrojar de su presencia. Somail soportó estos insultos sin quejarse, con calmoso desprecio. Brutalmente despedido salió del palacio con el tocado descompuesto. Un hombre que estaba a la puerta le preguntó:

—¿Qué le ha sucedido a tu turbante, Abu-Chauxan? Está en completo desorden.

—Mis hermanos de tribu — respondió el jefe caisita—sabrán arreglarlo.

Esto equivalía a una declaración de guerra. Abu-'l-Jatar se había convertido en un enemigo tan peligroso como implacable, por lo mismo que no era un hombre vulgar ni en el mal ni en el bien. Un genio bueno y otro malo obraban como fuerzas iguales sobre el alma, naturalmente generosa, pero apasionada, altiva, violenta y rencorosa de Somail. Era una naturaleza pujante, pero inculta, movible, sometida al instinto y guiada por el azar, una extraña mezcla de los influjos más opuestos. De una actividad perseverante cuando se excitaban sus instintos, caía en la pereza y en la inacción, ingénitas en él, cuando se calmaban sus febriles agitaciones. Su generosidad, virtud que sus compatriotas apreciaban más que ninguna, era tan grande, tan ilimitada, que su poeta—cada jefe árabe tenía el suyo, como los jefes de los clanes escoceses—no le visitaba más que dos veces al año en las grandes fiestas reli-

giosas para no arruinarle, porque Somail había jurado darle cuanto llevase encima cada vez que le viera. No era, sin embargo, instruído. A pesar de su afición a los versos, sobre todo a los que halágaban su vanidad, y aunque a veces versificaba él también, no sabía leer, y los árabes le juzgaban un ignorante para su siglo (1); en compensación tenía tal trato de gentes, que sus mismos enemigos le consideraban como un modelo de cortesía (2). Por sus costumbres relajadas y su indiferencia religiosa, perpertuaba el tipo de los antiguos nobles, viciosos y desenfrenados, que no eran musulmanes más que de nombre. A despecho de la prohibición de Mahoma, bebía vino como un verdadero árabe pagano, y casi todas las noches le encontraban ebrio (3). El Corán le era casi desconocido, y se preocupaba muy poco de aquel libro cuyas tendencias igualitarias herían su orgullo árabe. Cuentan que un día, oyendo a un maestro de escuela, ocupado en enseñar a leer a los niños en el Corán, pronunciar este versículo: "Los reveses y los éxitos alternan entre los hombres", exclamó:

—No; debe decir entre los árabes.

—Perdona, señor—replicó el maestro—; dice entre los hombres.

—¿Es así como está escrito ese versículo?

—Sin duda.

---

(1) Aben-al-Cutia, fol. 16 v.

(2) Véase el testimonio de Abderrahmán I (en el *Ajbar machmua,* fol. 88 r.), que reproduciremos más adelante.

(3) *Ajbar machmua,* fol. 78 v.

—¡Desgraciados de nosotros! En este caso, el poder no nos pertenece exclusivamente; los patanes, los villanos, los esclavos, podrán tomar parte en él (1).

Pero si era un mal musulmán, le venía de raza, por ser abuelo suyo aquel Xamir de Cufa, de quien ya hemos hablado, aquel general del ejército ommíada que no había vacilado un momento en matar al nieto del profeta, cuando otros, por escépticos que fuesen, retrocedían ante tal sacrilegio. Aquel abuelo que había llevado al califa Yezid I la cabeza de Hosain había sido también la causa indirecta de la venida de Somail a España. El xiita Mojtar le había hecho decapitar y arrojar a los perros (2) su cadáver, cuando, dueño de Cufa, vengó la muerte de Hosain con horribles represalias; entonces Hatim, padre de Somail, librándose por la fuga de la venganza del partido triunfante, buscó un asilo en el distrito de Kinesrina, estableciéndose allí con su familia; y en la época en que Hixem reclutó en Siria el ejército destinado a sofocar la insurrección de los bereberes, a Somail le tocó en suerte formar parte de él. Más tarde cruzó el estrecho con Balch, y los caisitas de España le consideraron como su principal jefe.

De retorno a su morada convocó por la noche a los más influyentes caisitas, les refirió los ultrajes que había sufrido y les pidió su parecer.

(1) Ben-al-Cutia, fol. 17 r.
(2) Aben-Jaldun, t. II, fol. 177 v.

—Revélanos tu plan—respondieron—; le aprobamos de antemano, y estamos dispuestos a ejecutarle.

—¡Por Dios!—repuso entonces Somail—. Tengo el firme propósito de arrebatar el poder a ese árabe; pero los caisitas somos demasiado débiles en este país para resistir solos a los yemenitas, y no quiero exponeros a los peligros de una empresa tan temeraria. Llamaremos a las armas a todos los vencidos en la batalla de la Pradera, pero además firmaremos una alianza con los lajmitas y los chodamitas (1), y elevaremos al emirato a uno de ellos; es decir, en apariencia les daremos la hegemonía, pero nosotros la tendremos en realidad. Voy, pues, a marcharme de Córdoba para avistarme con los diferentes jefes y hacerles estar sobre las armas. ¿Aprobáis mi plan?

—Le aprobamos—respondieron—; pero no te dirijas a Abu-Ata, aunque es de nuestra misma tribu, porque puedes estar seguro de que se negará a prestarnos su ayuda.

Abu-Ata, que vivía en Ecija, era el jefe de los Gatafan. La gran influencia que Somail ejercía sobre los espíritus neutralizaba la suya y le inspiraba violentos celos; no es, pues, de extrañar que todos los votos de los caisitas aprobasen unánimemente el consejo que acababan de darle. Sólo uno pareció disentir de la común opinión; pero como era muy joven y la modestia le prohibía

(1) Dos tribus yemenitas.

opinar en contra de los ancianos, no manifestó su desaprobación más que por el silencio, hasta que Somail le animó preguntándole por qué no exponía su parecer como los demás.

—Sólo tengo que decir una palabra. Si no vas a pedir apoyo a Abu-Ata—respondió el joven—, estamos perdidos; si lo haces, enmudecerán su envidia y su odio a impulsos del amor que tiene a su raza, y puedes estar seguro de que te secundará vigorosamente.

Después de reflexionar un momento,

—Creo que tienes razón—dijo Somail.

Y saliendo de Córdoba antes de amanecer, fué a avistarse con Abu-Ata, el cual, como había previsto el joven Aben-Tofail, prometió secundarle, y cumplió su palabra. Desde Ecija, Somail fué a Morón, donde vivía Toaba, jefe de los chodamitas, que había tenido ya desavenencias con Yusof. Ambos jefes ultimaron una alianza, y, habiendo sido Toaba proclamado caudillo de la coalición, los caisitas, los chodamitas y los lajmitas, en pie de guerra, se reunieron en el distrito de Sidona—abril del 745—.

Apenas lo supo Abu-'l-Jatar, marchó al encuentro de los insurrectos, seguido de las tropas que tenía en Córdoba. Pero durante la batalla librada a orillas del Guadalete pudo apreciar por sí mismo la prudencia del consejo que Somail había dado a los de su tribu cuando los indujo a aliarse con dos poderosas tribus yemenitas y a conceder la hegemonía a una de ellas, según el uso

observado en Oriente, donde las tribus que se consideraban demasiado débiles para resistir por sí solas a los enemigos se aliaban ordinariamente a tribus de la otra raza. Así en el Jorasan (1) y en el Irak-Arabí (2), los yemenitas, que estaban en minoría en ambas provincias, se aliaban con los de Rabia, tribu maadita, para hacer frente a otros maaditas, a los temimitas. Esta clase de alianza proporcionaba a las tribus débiles otra ventaja, además de la de reforzarlas: desarmaba, por decirlo así, al enemigo que se resistía casi siempre a combatir contra tribus de su raza, especialmente cuando éstas ejercían la hegemonía. Esto es lo que sucedió también en la batalla de Guadalete. Los yemenitas de Abu-'l-Jatar, después de haber combatido débilmente a los chodamitas y a los lajmitas, con los cuales estaban ya en inteligencia, y que a su vez les hacían el menor daño posible, se dejaron vencer y emprendieron la fuga. Sólo con sus kelbitas en el campo de batalla, Abu-'l-Jatar se vió obligado a seguir su ejemplo, después de haber visto morir a muchos de su tribu; pero mientras huía con tres parientes suyos, cayó prisionero. Entre los vencedores había quien exigía su muerte, pero la opinión contraria le salvó. Contentáronse, pues, con cargarle de cadenas, y Toaba, gobernador de España por el derecho del más fuerte, fijó su residencia en la capital.

---

(1) Véase el *Comentario de Socari sobre el diván de Ferazdac*, man. de Oxford, fol. 93 v.
(2) Aben-Jaldun, t. II (*passim*).

Sin embargo, los kelbitas no se dieron por vencidos, y uno de sus jefes, Abderrahman-aben-Noaim, tomó la atrevida resolución de hacer una tentativa para librar de su prisión a Abu-'l-Jatar. Seguido de treinta o cuarenta jinetes y de doscientos infantes, penetró en Córdoba, a favor de la noche; atacó de improviso a los centinelas de Abu-'l-Jatar, les hizo huír y puso al ex gobernador bajo la salvaguaria de los kelbitas, establecidos en las inmediaciones de Beja.

Una vez libre, Abu-'l-Jatar reunió a algunos yemenitas bajo su bandera y marchó contra Córdoba, con la esperanza de que entonces mostrasen los soldados más celo por su causa. Toaba y Somail salieron a su encuentro, y los dos ejércitos enemigos acamparon frente a frente. Llegada la noche, un maadita salió del campamento de Toaba, y, aproximándose al de Abu-'l-Jatar, dijo así, alzando cuanto pudo la voz: "Yemenitas, ¿por qué nos combatís y habéis libertado a Abu-'l-Jatar? ¿Es que teméis que le matemos? Habiéndole tenido en nuestro poder, le hemos perdonado la vida, y se lo perdonamos todo... Tendríais un pretexto plausible para combatirnos si hubiéramos elegido un emir de nuestra propia raza; pero hemos elegido uno de la vuestra. Meditad, por lo tanto, lo que debéis hacer. Os juro que no es el temor el que nos induce a hablar así; pero queremos, si es posible, evitar la efusión de sangre."

Estas palabras, en que es fácil reconocer el espíritu de Somail, hicieron tanta impresión en los

soldados de Abu-'l-Jatar, que, arrastrando a su emir, bien a pesar suyo, levantaron el campo aquella misma noche para volver a sus hogares, y cuando el alba comenzó a iluminar las cimas que limitaban el horizonte, estaban a muchas leguas de distancia. Tan cierto es que en las guerras civiles los soldados no se baten por los intereses de un individuo, sino por la hegemonía La muerte de Toaba, ocurrida un año después, sumió de nuevo a España en la anarquía. Dos jefes—ambos chodamitas—aspiraban al emirato. Era uno Amr, el hijo de Toaba (1), que se creía con derecho a suceder a su padre, y el otro, Ben-Horait, hijo de una negra y oriundo de una familia establecida desde hacía mucho tiempo en España (2). Este último tenía a los sirios un odio tan feroz que no cesaba de repetir: "Si la sangre de los sirios estuviera reunida en un solo vaso, yo apuraría ese vaso hasta la última gota." Siendo sirio Somail, no podía consentir que España fuese dominada por un enemigo tan implacable de su nación; pero tampoco prefería al hijo de Toaba. Dar el título de gobernador, que él no ambicionaba, por creer que los caisitas eran demasiado débiles para sostenerle, dar este título a un testaferro y gobernar él en realidad, tal era su pro-

---

(1) En el *Ajbar machmua* se lee: Toaba ben-Amr; pero yo opino que debía decir: *Amr aben-Thoaba.*

(2) El autor del *Ajbar machmua* dice que Ben-Horait pertenecía al *pueblo del distrito del Jordán;* pero esto debe ser un error, pues en este caso hubiera sido sirio, y ¿cómo explicar entonces su odio hacia sus compatriotas?

pósito. Ya había encontrado el hombre que necesitaba en todos sentidos: era el fihirita Yusof, que unía a su inofensiva mediocridad los títulos más adecuados para obtener los votos de los árabes de cualquier raza. Era bastante viejo para los que se pagaban de la gerontocracia, porque contaba cincuenta y siete años; procedía de un linaje ilustre, porque descendía de Ocba, el conquistador de gran parte de Africa; era fihirita, y los fihiritas, es decir, los coraixitas del distrito de la Meca, eran considerados como la más alta aristocracia después de los coraixitas puros; estaban habituados a verlos al frente de los negocios, y se los consideraba por cima de todos los partidos. A fuerza de ponderar todas estas ventajas, Somail consiguió que aceptasen a su candidato; Ben-Horait obtuvo, en compensación, la prefectura de Regio, y en el mes de enero del año 741, los jefes eligieron a Yusof para el gobierno de España.

Desde entonces Somail, cuyas pasiones habían estado contenidas por el poder de Toaba, que contrapesaba el suyo, era el único dueño de la península, y pensaba servirse de Yusof, a quien manejaba cual blanda cera, para saciar su venganza. Sabiendo que tenía de su parte a los maaditas, no retrocedería ante una guerra contra todos los yemenitas. Comenzó violando la promesa hecha a Ben-Horait, a quien destituyó de su prefectura, con lo cual quedaron rotas las hostilidades. Furioso Ben-Horait, ofreció su alianza a Abu-'l-Jatar, que vivía entre los de su tribu, triste y des-

alentado. Los dos jefes celebraron una entrevista; faltó poco para que resultase infructuosa, porque Abu-'l-Jatar aspiraba al emirato para sí, y también le pretendía Ben-Horait, alegando que su tribu era más numerosa en España que la de Kelb. Pero los mismos kelbitas, que comprendían que para vengarse de los caisitas necesitaban el apoyo de toda su raza, obligaron a Abu-'l-Jatar a ceder. Ben-Horait fué, pues, reconocido como emir, y de todas partes vinieron los yemenitas a alistarse bajo sus banderas. Los maaditas se agruparon también en torno de Yusof y Somail. En todas partes los vecinos de diferente raza se decían adiós de la manera cortés y amable propia de hombres serenos y valientes; pero al mismo tiempo se prometían unos a otros medir sus fuerzas cuando estuviesen en el campo de batalla. Ninguno de los dos ejércitos era numeroso; limitada al Mediodía de España, la lucha que iba a empeñarse era un duelo en gran escala más bien que una guerra; en desquite, los guerreros que tomaban parte en él eran los más valientes e ilustres de su nación.

Tuvo lugar el encuentro cerca de Secunda, antigua ciudad romana rodeada de murallas, a la orilla izquierda del Guadalquivir, frente a Córdoba, y que, comprendida más tarde en el recinto de esta capital, se convirtió en uno de sus arrabales (1). Después de la plegaria matutina, los

---

(1) Respecto a Secunda, véase Macari, t. I, p. 304.

caballeros se atacaron como en un torneo; una vez rotas las lanzas, cuando ya calentaba el sol, todos gritaron que debían batirse cuerpo a cuerpo. Abandonaron sus corceles, y cada uno eligió un adversario, luchando hasta quebrar las espadas. Entonces cada combatiente esgrimió lo que encontró más a mano: el uno, un arco; el otro, un carcax; se tiraban arena a los ojos, se molían a puñetazos, se arrancaban los cabellos. Habiéndose prolongado inútilmente tan encarnizada lucha hasta la tarde, Somail dijo a Yusof:

—¿Por qué no hacemos venir al ejército que hemos dejado en Córdoba?

—¿Qué ejército?—le preguntó Yusof con sorpresa.

—La gente del mercado—repuso Somail.

Era una idea singular en un árabe, y sobre todo en un árabe del temple de Somail, hacer intervenir en una lucha como aquélla a los panaderos, a los carniceros, a los tenderos, en suma, a los villanos, como ellos decían; y por lo mismo que había sido Somail quien concibió la idea, es de suponer que temía que su partido sucumbiese de un instante a otro. Fuese lo que fuese, Yusof aprobó, como de costumbre, el proyecto de su amigo, y envió mensajeros a Córdoba en busca de tan extraño refuerzo. Cerca de cuatrocientos artesanos se pusieron en camino casi sin armas; algunos se habían provisto de espadas o lanzas; los carniceros esgrimían sus cuchillos, pero los demás no llevaban más que palos. Sin embargo,

como los soldados de Ben-Horait estaban medio muertos de fatiga, aquella improvisada guardia nacional decidió la suerte de la batalla, y los maaditas hicieron gran número de prisioneros, entre ellos a Abu-l-Jatar.

Este jefe, sabiendo la suerte que le esperaba, no hizo ninguna tentativa para escaparse; pero al menos quería tener la satisfacción de que participase de ella su supuesto aliado Ben-Horait, aquel implacable enemigo de los sirios, que le había despojado del emirato. Sabiendo que se ocultaba en un molino, se lo indicó a los maaditas; después, viéndole prisionero y condenado a muerte, le dijo aludiendo a la cruenta frase que Ben-Horait repetía constantemente: "Hijo de la negra, ¿queda aún alguna gota de sangre en tu vaso?" Ambos fueron decapitados (747).

Los maaditas arrastraron a los demás prisioneros hasta la catedral de Córdoba, consagrada a San Vicente. Allí, Somail fué a la vez su acusador, su juez y su verdugo. Sabía administrar pronta y terrible justicia; cada fallo que pronunció fué una sentencia de muerte. Había mandado degollar a setenta personas, cuando su aliado Abu-Ata, que presenciaba esta horrible escena con mortal disgusto, quiso ponerle término.

—¡Abu-Chauxan—exclamó levantándose—, envaina tu espada!

—Vuelve a sentarte, Abu-Ata—respondió Somail con espantosa exaltación—; hoy es un día glorioso para tu pueblo y para ti.

Sentóse Abu-Ata, y Somail continuó las ejecuciones. Al fin, Abu-Ata no aguantó más. Helado de espanto por aquel torrente de sangre, a la vista del asesinato de tantos infelices que eran yemenitas, pero yemenitas de Siria, sólo vió en Somail al enemigo de sus compatriotas, al descendiente de aquellos guerreros del Irak, que bajo el mando de Alí habían combatido a los sirios de Moauia en la batalla de Cifin. Levantándose por segunda vez, exclamó: "Arabe, si experimentas tan atroz placer degollando a los sirios, mis compatriotas, es porque te acuerdas de la batalla de Cifin. Cesa en tus crímenes, o declararé que la causa de tus víctimas es la de los sirios." Entonces, y sólo entonces, Somail envainó la espada.

Después de la batalla de Secunda, la autoridad de Yusof ya no fué discutida, pero era gobernador sólo de nombre mientras Somail gobernaba en realidad, y acabó por cansarse de la subordinación a que le condenaba el caisita, por lo que, queriendo librarse de él, le ofreció una especie de virreinato: el gobierno del distrito de Zaragoza.

Somail no rechazó la oferta, inclinándole más a aceptar el que aquel país estaba habitado por yemenitas y se prometía satisfacer, oprimiéndolos, el odio que le inspiraban. Pero las cosas tomaron un rumbo imprevisto. Acompañado de sus clientes, de sus esclavos y de doscientos coraixitas, llegó a Zaragoza el año 750, cuando España comenzaba a quedar asolada por el hambre, que

duró cinco años (1), quedando interrumpidas hasta las comunicaciones, porque casi todos los correos habían muerto de hambre, la cual hizo también emigrar en masa a los bereberes establecidos en el Norte, para volver a Africa. La vista de tantas miserias y sufrimientos excitó la compasión del gobernador hasta el punto que, por uno de esos accesos de bondad que alternaban en su carácter con la ferocidad más implacable, olvidó todas las querellas y rencores, y sin distinción de amigo o enemigo, de maadita o de yemenita, dió dinero a éste, esclavos a aquél y pan a todo el mundo. Nadie hubiese reconocido en aquel hombre tan compasivo, tan caritativo, tan generoso, al verdugo que había hecho caer tantas cabezas sobre las losas de la iglesia de San Vicente.

Dos o tres años transcurrieron así, y si la buena inteligencia entre caisitas y yemenitas hubiera sido posible, si Somail hubiera podido reconciliarse con sus adversarios a fuerza de beneficios, los árabes de España hubiesen vivido en paz después de tan sangrientas guerras. Pero, hiciese lo que hiciese, no podían perdonar a Somail sus implacables ejecuciones; le creían siempre dispuesto a repetirlas, y el odio estaba harto arraigado en el corazón de los hombres más notables de ambos partidos, para que la aparente reconciliación fuese más que una corta tregua. Por otra parte, los yemenitas, que creían que España les pertene-

---

(1) *Ajbar machmua*, fol. 81 r.

cía de derecho, en atención a que ellos formaban la mayoría de la población árabe, sufrían trémulos de cólera la dominación de los caisitas, y estaban resueltos a sacudir el yugo en la primera ocasión que se presentase para reconquistar el poder.

Algunos jefes coraixitas murmuraban también. Perteneciendo a una tribu que desde Mahoma era considerada como la más ilustre de todas, veían con despecho que un fihirita, es decir, un coraixita de los arrabales, que consideraban inferior a ellos, gobernase España.

La coalición de los dos partidos descontentos era de temer, y no se hizo esperar. Vivía entonces en Córdoba un ambicioso noble coraixita, llamado Amir, a quien Yusof, que le odiaba, había quitado el mando de las tropas que de tiempo en tiempo iban a combatir a los cristianos del Norte. Con el ardiente deseo de vengar esta afrenta, y de ser gobernador, Amir tenía el designio de explotar, en provecho propio, el descontento de los yemenitas y de ponerse al frente de ellos, haciéndoles creer que el califa abasida le había nombrado gobernador de España. Comenzó, pues, por levantar una fortaleza sobre el terreno que poseía, al oeste de Córdoba, y una vez acabada, pensaba atacar con éxito a Yusof, porque éste no contaba más que con una guardia de cincuenta jinetes, y Amir, aunque tuviese un fracaso, podía encerrarse en su fortaleza y esperar allí la llegada de los yemenitas, con los que había entrado ya en

negociaciones. Yusof, que no ignoraba los propósitos hostiles del coraixita, intentó hacerle prender; pero viendo que Amir estaba sobre aviso, y no queriendo recurrir a medidas extremas sin el consejo de Somail, a quien consultaba todo, a pesar de su alejamiento de la capital, le escribió para preguntarle qué debía hacer. En la respuesta, Somail le indujo a asesinar a Amir lo antes posible. Afortunadamente, advertido, por un espía que tenía en casa del gobernador, del peligro que le amenazaba, Amir montó a caballo, y, juzgando a los yemenitas de Siria muy debilitados por la batalla de Secunda, tomó el camino de Zaragoza, esperando que los yemenitas del Noreste le prestarían un apoyo más eficaz.

Cuando llegó al distrito de Zaragoza, otro coraixita, llamado Hobab (1), había levantado ya bandera de rebelión, y habiéndole propuesto Amir unir sus fuerzas contra Somail, celebraron una entrevista, y ambos jefes decidieron llamar a las armas a los yemenitas y a los bereberes, contra Yusof y Somail, a quienes calificaban de usurpadores, sosteniendo que el califa abasida había nombrado a Amir gobernador de la península. Y como los yemenitas y los berberiscos respondieran en gran número a su llamamiento, vencieron a las tropas que Somail había enviado contra ellos, y fueron a sitiarle en Zaragoza—753-4—.

Después de haber demandado inútilmente el au-

(1) O Habhab.

xilio de Yusof, reducido a tal grado de impotencia que le fué imposible reunir tropas, Somail se dirigió a los caisitas que formaban parte de la división de Kinesrina y de Damasco, establecidos en el territorio de Jaén y de Elvira; y pintándoles la crítica situación en que se encontraba, añadió que se contentaría con un refuerzo, aunque fuese poco numeroso. Su demanda tropezó con serias dificultades. Cierto que su amigo, el kilabita Obaid, que era, después de él, el jefe más poderoso entre los caisitas, recorrió el territorio habitado por ambas divisiones, advirtiendo de paso a todos aquellos con quienes podía contar que se armasen y estuvieran dispuestos a marchar sobre Zaragoza; cierto también que los Kilab, los Moharib, los Solaim, los Nasr y los Hauazin prometieron tomar parte en la empresa; pero los Gatafan, que no tenían entonces jefe, porque Abu-Ata había muerto, y aun no habían elegido sucesor, se mostraban indecisos y aplazaban su respuesta definitiva, mientras los Cab ben-Amir, con sus tres sub-tribus, la de Coxair, la de Ocail y la de Harix, descontentos de que la hegemonía que habían ejercido cuando Balch, el coraixita, mandaba a todos los sirios de España, perteneciese ahora a los Kilab—porque Somail y Obaid eran ambos de esta tribu—, los Cab ben-Amir, decimos, en su *mezquina envidia, no se contentaban con menos* que con ver perecer a Somail por falta de socorros. Apremiados por Obaid, los Gatafan acabaron, no obstante, por prometerle su concurso, y

entonces los Cab ben-Amir pensaron que valía más partir como todos, porque comprendieron que si no lo hacían, se atraían el odio general sin conseguir su objeto, porque Somail sería socorrido de todos modos y podría prescindir de ellos. Por lo tanto, todas las tribus caisitas proporcionaron guerreros, pero en corto número; el de infantes es desconocido, pero se sabe que el de jinetes no excedía de trescientos sesenta. Viéndose tan débiles, los caisitas empezaban a desmoralizarse, cuando uno de ellos venció su vacilación con algunas palabras entusiastas.

"No nos está permitido—dijo en conclusión—abandonar a su suerte un jefe como Somail, aunque tengamos que perecer para libertarle."

Los ánimos, vacilantes, se reanimaron, y todos se pusieron en marcha hacia Toledo, después de haber conferido el mando de la expedición a Aben-Xihab, jefe de los Cab ben-Amir, como había aconsejado Obaid, que, aunque podría aspirar a la misma dignidad, como amigo generoso y abnegado, prefirió cederla al jefe de la tribu que se había mostrado más reacia a la empresa, esperando que de este modo le ligaría fuertemente a la causa de Somail. Tuvo lugar la partida al comienzo del año 755.

Llegados a las orillas del Guadiana, los caisitas encontraron a los Becr ben-Uail y a los Beni-Ali, tribus que, aunque no fuesen caisitas, pertenecían a la raza de Maad. Habiéndolos invitado a reunirse con ellos, más de cuatrocientos jinetes

engrosaron sus tropas. Reforzados así, llegaron a Toledo, donde se supo que el sitio era sostenido con tal vigor que Somail se vería bien pronto obligado a rendirse. Temiendo llegar tarde, y deseando prevenir a los sitiados de su proximidad, los caisitas despacharon un emisario a Zaragoza, con orden de deslizarse entre los sitiadores y lanzar por cima de los muros un papel atado a un guijarro, sobre el cual había escritos estos dos versos:

"¡Regocijaos, sitiados! porque os llegan socorros, y bien pronto los enemigos se verán forzados a levantar el asedio. Ilustres guerreros, hijos de Nizar y oriundos de la raza de Auach, vienen en vuestra ayuda sobre bien embridados potros."

El mensajero ejecutó puntualmente la orden recibida. El billete fué recogido y llevado a Somail, que se lo hizo leer, y se apresuró a reanimar el valor de sus soldados, comunicándoles la importante nueva que acababa de recibir. Todo terminó sin lucha; el ruido de la aproximación de los maaditas bastó para que los sitiadores, que no querían hallarse entre dos fuegos, levantasen el cerco, y habiendo entrado en la ciudad los caisitas con sus aliados, Somail los recompensó generosamente.

Entre los auxiliares había treinta clientes de la familia ommíada, que pertenecían a la división de Damasco, establecida en la provincia de Elvira. Los ommíadas—según la costumbre árabe se daba

este nombre tanto a los miembros de la familia como a sus clientes—, los ommíadas venían distinguiéndose hacía tiempo por su adhesión a la causa de los maaditas; en la batalla de Secunda habían combatido valientemente entre las filas de Yusof y Somail, y ambos jefes les demostraban gran aprecio; pero si en aquella ocasión estos treinta jinetes habían seguido a los caisitas para ir en socorro de Somail, era menos por considerarse aliados suyos que por consolidar intereses de la más alta importancia. Para explicar de lo que se trataba, es preciso que retrocedamos cinco años.

XIII (1)

Cuando en el año 750 Meruan II, el último califa de la dinastía Ommíada, pereció en Egipto, donde había ido a refugiarse, una cruel persecución comenzó contra su numerosa familia, que los abasidas, usurpadores del trono, querían extеminar. A un nieto del califa Hixem le cortaron un pie y una mano; mutilado así, le pasearon sobre un asno por las ciudades y pueblos de Siria, acompañado de un heraldo que le mostraba como una bestia salvaje, gritando:

"¡Este es Aban, el hijo de Moauia, el que se

(1) *Ajbar machmua* (fols. 69 v.-72 v., 77 r., 78 r.-80 r.) ha sido la fuente principal para este relato y para el siguiente. Algunos detalles los he tomado de Macari, libro VI.

apellidaba el más cumplido caballero de los ommíadas!"

Este suplicio duró hasta que la muerte le puso término. La princesa Abda, hija de Hixem, por haberse negado a decir dónde ocultaba sus tesoros, fué apuñalada en el acto. Pero la persecución fué tan violenta, que no surtió el efecto apetecido. Muchos ommíadas se libraron de ella ocultándose entre los beduínos. Viendo escapar a sus víctimas, y comprendiendo que no podrían realizar su obra sanguinaria más que por la astucia y la traición, los abasidas repartieron una proclama de su califa, Abu-'l-Abas, en la que éste, confesando haberse excedido, prometía la amnistía a todos los ommíadas que vivieran aún. Más de setenta de éstos cayeron en el lazo y fueron muertos a golpes.

Dos hermanos, llamados Yahya y Abderrahman, nietos del califa Hixem, se habían librado de tan horrible matanza. Cuando fué promulgada la amnistía del califa abasida, Yahya dijo a su hermano:

—Esperemos aún; si todo va bien, siempre podremos reunirnos al ejército de los abasidas, pues se encuentra cerca; pero hasta ahora no tengo una gran confianza en la amnistía que se nos ofrece. Enviaré, pues, al campamento a preguntar cómo han sido tratados nuestros deudos.

Después de la carnicería, la persona enviada por Yahya volvió apresuradamente, trayendo la noticia fatal; pero aquel hombre era perseguido

de cerca por los soldados, que habían recibido la orden de matar a Yahya y Abderrahman, y antes de que el primero, lleno de estupor, pudiese huir, fué detenido y degollado. Abderrahman estaba entonces de caza, y esto le salvó. Enterado por fieles servidores de la triste suerte de su hermano, aprovechó la obscuridad de la noche para volver a su morada, anunció a sus dos hermanas que iba a ponerse en salvo en otra casa que poseía en una aldea no lejos del Eúfrates, y les recomendó que fueran a reunirse con él lo antes posible, llevando a su otro hermano y a su hijo.

El joven príncipe llegó sin accidente a la aldea, y bien pronto se vió rodeado de toda su familia. No pensaba detenerse allí mucho tiempo, por estar decidido a pasar a Africa; pero, creyendo que sus enemigos no descubrirían su retiro fácilmente, quería esperar el momento oportuno para emprender sin peligro su largo viaje.

Un día que Abderrahman, enfermo entonces de la vista, estaba acostado en una habitación obscura, su hijo Solimán, que no tenía más que cuatro años y que jugaba a la puerta de la casa, entró temblando de espanto, y bañado en lágrimas se abrazó a él.

—Déjame, pequeño—dijo su padre—; ya sabes que estoy indispuesto; pero, ¿qué tienes? ¿Por qué ese terror?

El niño ocultó de nuevo la cabeza en el pecho de su padre, gritando y sollozando.

—¿Qué tendrá?—repitió el príncipe levantán-

dose; y abriendo la puerta vió a lo lejos los estandartes negros...

El niño los había visto también, y recordaba que el día que los había contemplado en la antigua morada de su padre había sido asesinado su tío... Abderrahman apenas tuvo tiempo de coger algunas monedas de oro y despedirse de sus dos hermanas.

—Me voy—les dijo—; enviadme a mi liberto Badr; me encontrará en tal sitio; que me lleve lo indispensable, y, con la ayuda de Dios, me llegaré a salvar.

Mientras los jinetes abasidas, después de haber cercado la aldea, invadían la casa que servía de refugio a la familia ommíada sin encontrar más que a dos mujeres y un niño, a los cuales no hicieron daño, Abderrahman, acompañado de su hermano, niño de trece años, fué a ocultarse a alguna distancia del pueblo, lo cual no resultaba difícil, porque el país era muy frondoso. Cuando Badr llegó, los dos hermanos se pusieron en camino y llegaron a las orillas del Eúfrates. El príncipe se dirigió a un conocido, le dió dinero y le rogó que fuera a comprarle provisiones y caballos. El hombre partió, acompañado de Badr, prometiendo cumplir su cometido. Desgraciadamente, un esclavo de aquel hombre lo había escuchado, y, soñando con una recompensa considerable, el traidor partió a todo correr para delatar al capitán abasida el paraje en que los fugitivos estaban ocultos. De repente quedaron espantados

al oír el galopar de un caballo; apenas tuvieron tiempo para ocultarse en un jardín; pero sus perseguidores les habían visto y comenzaron a cercar el recinto. Un momento más, y los dos hermanos morirían asesinados; no les quedaba más que una solución: arrojarse al Eúfrates y tratar de atravesarle a nado. El río era muy ancho, y la empresa, por tanto, peligrosa; pero en su desesperación no vacilaron en desafiar la corriente.

—Volved—gritaban los abasidas, què veían escaparse la presa—, volved, que no os haremos nada.

Abderrahman, que sabía lo que valían sus ofertas, redobló los esfuerzos. Al llegar a la mitad del río se detuvo un instante y gritó a su hermano para que se apresurase. ¡Ay!, el niño, menos nadador que Abderrahman, había tenido miedo de ahogarse, y fiándose en las palabras de los soldados, volvía hacia la orilla.

—¡Ven, ven conmigo, querido mío, no creas en tales promesas—exclamó Abderrahman.

Pero todo fué inútil.

—El otro se nos escapa—se decían los soldados; y el más animoso iba ya a despojarse de sus vestiduras y a arrojarse al Eufrates, cuando la anchura del río le hizo desistir. Abderrahman no fué perseguido; mas desde la otra orilla tuvo el dolor de ver decapitar a su hermano.

Llegó a Palestina, y allí se le reunieron su fiel servidor Badr, y Salim, liberto de una de sus hermanas, que le llevaban dinero y pedrerías. Par-

tió inmediatamente al Africa, donde la autoridad de los abasidas no había sido reconocida aún, y donde muchos ommíadas habían hallado asilo. Llegó sin obstáculo, y allí hubiese encontrado tranquilidad y reposo; pero no podía resignarse a una existencia modesta y obscura. Sueños ambiciosos germinaban sin cesar en su cabeza de veinte años. Alto, vigoroso, valiente, con esmerada educación y talentos poco comunes, su instinto le sugería que estaba llamado a un destino brillante, y su espíritu aventurero y emprendedor se enardecía con los recuerdos de su infancia, que, desde que llevaba un vida errante y pobre, se despertaban con vivacidad. Era creencia muy generalizada entre los árabes que cada hombre tenía el destino escrito en los rasgos de su fisonomía; Abderrahman lo creía, como todos, y aun más por una predicción de su tío Maslama, hermano de su abuelo, reputado como el más hábil fisonomista. A los diez años, cuando ya había perdido a su padre, Moauia, le llevaron un día con sus hermanos a Ruzafa, soberbia ciudad en el distrito de Kinesrina y habitual residencia del califa Hixem. Estando los niños a la puerta del alcázar, llegó Maslama, y, deteniendo su caballo, preguntó quiénes eran aquellos niños.

—Son los hijos de Moauia—respondió su ayo.

—¡Pobres huérfanos! — exclamó Maslama, con los ojos arrasados de llanto, y mandó que se los llevasen de dos en dos.

Abderrahman le agradó más que ninguno, y ha-

biéndole colocado sobre el arzón de su silla, le llenó de caricias, a tiempo que Hixem salió de su palacio.

—¿Quién es este niño?—preguntó a su hermano.

—Un hijo de Moauia—replicó Maslama; e inclinándose hacia su hermano, murmuró a su oído, pero bastante alto para que Abderrahman pudiera oírlo—: El gran acontecimiento se aproxima, y este niño será el hombre que tú sabes.

—¿Estás seguro?—interrogó Hixem.

—Te juro que sí—repuso Maslama—; en su rostro y en su cuello he reconocido los signos infalibles.

Abderrahman recordaba también que desde entonces su abuelo había mostrado por él gran predilección; que a menudo le enviaba presentes de que no participaban sus hermanos, y que todos los meses le hacía llevar a su alcázar.

¿Qué significaban las palabras misteriosas proferidas por Maslama? Abderrahman no lo sabía fijamente; además, en aquella época había muchas predicciones semejantes. El poder de los omeyas estaba ya muy quebrantado, y en su inquietud, aquellos príncipes, superticiosos como todos los orientales, interrogaban a los adivinos, a los astrólogos, a los fisonomistas, pretendiendo descorrer el velo del porvenir.

No queriendo quitar toda esperanza a aquellos hombres crédulos, que los colmaban de presentes, ni arrullarlos con promesas que los acontecimien-

tos hubieran desmentido bien pronto, aquellos adeptos de las ciencias ocultas creían hallar un término medio diciendo que el trono de los ommíadas se hundiría; pero que un vástago de tan ilustre familia lo restablecería en otro país. Maslama parecía obsesionado por la misma idea.

Abderrahman se creía, pues, destinado a ocupar un trono; pero, ¿dónde reinaría? El Oriente estaba perdido, y allí no había nada que esperar. Quedaban Africa y España, y en cada uno de estos países trataba de consolidarse una dinastía fihirita.

En Africa, o más bien, en la parte de esta región que aun estaba bajo el dominio árabe, porque el Occidente ya había sacudido el yugo, reinaba un hombre que ya hemos encontrado en España, donde había intentado sin éxito hacerse proclamar emir. Era el fihirita Abderrahman ben-Habib, pariente de Yusof, el gobernador de España. No habiendo reconocido a los abasidas, ben-Habib esperaba legar el Africa a sus hijos, como principado independiente, y consultaba a los adivinos sobre el porvenir de su raza con inquieta curiosidad. Algún tiempo antes que el joven Abderrahman, llegó a la corte un judío iniciado en os secretos de las ciencias ocultas por el príncipe Maslama, en cuya corte había vivido, y le había vaticinado que un descendiente de una familia real, que se llamaría Abderrahman, y que tendría un bucle de cabellos a cada lado de la frente, sería el fundador de una dinastía que reinaría en Afri-

ca (1). Ben-Habib le había respondido que, en ese caso, él, que se llamaba Abderrahman, y que era dueño del Africa, no tenía más que dejarse crecer un bucle de cabellos sobre cada sien, para que pudiera aplicársele el vaticinio.

—No—le había respondido el hebreo—; tú no eres la persona designada, porque, no procediendo de regia estirpe, no tienes la principal de las condiciones requeridas.

Más adelante, cuando Ben-Habib vió al joven Abderrahman y notó que este príncipe tenía los cabellos en la forma indicada, hizo llamar al judío y le dijo:

—Sin duda es éste el que, según el destino, ha de ser dueño de Africa, pues tiene todas las condiciones requeridas; pero no importa, no se alzará con mi provincia, porque le haré asesinar.

El judío, sinceramente adicto a los ommíadas, sus antiguos dueños, tembló ante la idea de que su predicción causase la muerte a un joven que tanto le interesaba; sin embargo, sin perder la serenidad, contestó:

—Confieso, señor, que este joven tiene todas las condiciones exigidas; pero puesto que crees lo que te he vaticinado, es preciso una de las dos cosas; o bien este Abderrahman no es el predestinado,

(1) Los documentos nombran aquí a España, pero esto es sin duda un error, porque no era España, sino Africa, lo que interesaba a Ben-Habib. Probablemente el judío había aludido al Africa; pero, habiendo desmentido su predicción los acontecimientos, sería substituído el nombre de España por el de Africa.

y entonces podrías matarle, pero cometerás un crimen inútil, o está fatalmente destinado a reinar sobre Africa, en cuyo caso, hagas lo que hagas, no podrás quitarle la vida, porque el destino siempre se cumple.

Comprendiendo la exactitud de este razonamiento, Habib no atentó inmediatamente contra la vida de Abderrahman; pero, desconfiando no sólo de él, sino de todos los omeyas que se habían refugiado en sus estados, y en quienes veía peligrosos pretendientes, espiaba todos sus actos con creciente ansiedad. Entre estos príncipes se encontraban dos hijos de Ualid II. Emulos de su padre. que no vivió más que para el placer; que enviaba a sus cortesanos a presidir, ocupando su puesto, la plegaria pública, y que al tirar al arco se servía del Corán a guisa de blanco, llevaban en el destierro una vida de goces, y cierta noche en que bebían y charlaban juntos, uno de ellos exclamó:

"¡Qué locura! ¿No cree Habib que seguirá siendo emir de esta comarca y que nosotros, hijos de un califa, nos resignaremos a dejarle reinar tranquilamente?"

Habib, que escuchaba a la puerta, resolvió desembarazarse en secreto de tan peligrosos huéspedes; mas esperó una ocasión favorable para que se atribuyese su muerte al azar y no a venganza suya. No cambió de conducta con ellos, y cuando le venían a visitar les demostraba la misma benevolencia que antes. Sin embargo, no ocultó a sus confidentes que había espiado a los hijos de

Ualid y les había oído palabras indiscretas. Entre estos confidentes había un secreto partidario de los ommíadas, el cual aconsejó a los príncipes que se librasen, mediante la fuga, de las asechanzas del gobernador. Hiciéronlo inmediatamente; pero Ben-Habib, informado de su precipitada partida, cuya causa ignoraba, y temiendo que hubiesen ido a sublevar contra él alguna tribu berberisca o árabe, los mandó perseguir por jinetes, para que los alcanzaran y se los trajeran. Después, juzgando que su huída y los propósitos que les había escuchado eran pruebas fehacientes de sus criminales proyectos, los hizo decapitar (1). Desde entonces sólo pensó en librarse de los demás ommíadas, que, advertidos por sus partidarios, se apresuraron a buscar un refugio entre las tribus berberiscas independientes.

Errando de tribu en tribu y de ciudad en ciudad, Abderrahman recorrió de un extremo a otro el Norte de Africa. Permaneció algún tiempo oculto en Barca; buscó un asilo en la corte de los Beni-Rostem, reyes de Tahort; después fué a implorar la protección de la tribu berberisca de Micnesa. Cinco años transcurrieron así, y nada indica que durante ese tiempo Abderrahman hubiese intentado buscar fortuna en España. Era el Africa lo que codiciaba aquel ambicioso pretendiente sin dinero ni amigos; intrigando sin cesar, buscando partidarios a cualquier precio, fué arrojado de

(1) Ben-Adari, t. I. pp. 49, 50.

Micnesa, llegando por fin a la tribu berebere de Nafza, a la cual pertenecía su madre, tribu que habitaba en las inmediaciones de Ceuta (1).

Convencido de que en Africa no realizaría sus propósitos, dirigió la mirada al otro lado del mar. Tenía sobre España vagas noticias, debidas a Salim, uno de los dos libertos que le acompañaban en su vida errante. Salim había estado en España en tiempo de Muza o poco después, y hubiera podido prestar al príncipe servicios muy útiles; pero había regresado a Siria. Disgustado hacía tiempo de la vida vagabunda que llevaba en compañía de un aventurero, estaba decidido a aprovechar la primera ocasión para alejarse, cuando Abderrahman se la proporcionó. Un día que, por estar durmiendo, no había oído que su dueño le llamaba, éste le arrojó un vaso de agua al rostro, y entonces Salim dijo encolerizado:

—Puesto que me tratas como a un vil esclavo, te abandono para siempre. No te debo nada, porque no eres mi patrono; sólo tu hermana tiene derecho sobre mí; así, pues, me vuelvo con ella.

Quedaba el otro liberto, el fiel Badr, al cual encargó Abderrahman que pasase a España para ponerse de acuerdo con los clientes omeyas, que en número de 400 o 500 formaban parte de las divisiones de Damasco y de Kinasrina, establecidas en Elvira y Jaén. Badr debía entregarles una

(1) Véase Becri, en las *Noticias y extractos*, t. XII, página 559.

carta de su patrono, en la cual éste refería que llevaba cinco años recorriendo el Africa como fugitivo, a fin de escapar a las persecuciones de Ben-Habib, que atentaba contra la vida de todos los ommíadas.

"Querría ir a vivir entre vosotros, clientes de mi familia—decía el príncipe—, porque estoy seguro de que seríais para mí fieles amigos. Pero ¡ay!, no me atrevo a ir a España, cuyo emir me tendería lazos, como el de Africa, considerándome como un enemigo, como un pretendiente. Y, en verdad, ¿no tengo derecho a pretender el emirato, siendo nieto del califa Hixem? Pues bien: ya que no puedo ir a España como un simple particular, iré en calidad de pretendiente; pero sólo cuando me hayáis asegurado que tengo en ese país alguna probabilidad de éxito, que me apoyaréis con todas vuestras fuerzas y que consideraréis mi causa como propia."

Terminaba prometiendo dar a sus clientes los puestos más elevados, en caso de que quisieran secundarle.

Llegado a España, Badr remitió esta carta a Obaidala y a Aben-Jalid, jefes de los clientes de la división de Damasco. Enterados del escrito, los dos jefes fijaron el día en que consultarían el asunto con los demás clientes, y rogaron a Yusof aben-Bojt, jefe de los clientes ommíadas de la división de Kinesrina, que asistiese a la reunión. En el día prefijado consultaron a sus compañeros de tribu sobre el partido que debían adop-

tar, y aunque la empresa pareció difícil, acordaron que debía intentarse. Tomando esta decisión, los clientes cumplían un verdadero deber desde el punto de vista árabe, porque la clientela supone un vínculo indisoluble y sagrado, un parentesco de convención, y los descendientes de un liberto están obligados a ayudar en cualquier empresa a los herederos del que ha manumitido al jefe de su familia. Pero esta decisión fué dictada, además, por su propio interés. El régimen de las dinastías árabes era un régimen de familia; los parientes y clientes del príncipe ocupaban casi exclusivamente todas las altas dignidades del Estado. Así, pues, laborando por la fortuna de Abderrahman, trabajaban también por su propio engrandecimiento. La dificultad estribaba en ponerse de acuerdo sobre los medios conducentes al fin, y resolvieron consultar a Somail, que a la sazón se hallaba sitiado en Zaragoza. Sabían que estaba irritado contra Yusof porque éste no le enviaba refuerzos, y suponían en él un resto de adhesión hacia los ommíadas, antiguos bienhechores de su familia; en último caso, contaban con su discreción, porque le consideraban demasiado caballeroso para traicionar una confidencia.

Por lo tanto, el móvil de conferenciar con Somail fué lo que indujo a socorrerle a los treinta ommíadas que, acompañados por Badr, se habían unido a los caisitas. Ya se ha visto que la expedición fué coronada por el éxito; podemos, pues, reanudar el relato, interrumpido en el momento

en que los jefes ommíadas pedían a Somail una entrevista secreta.

Habiendo accedido a su demanda el caisita, comenzaron por rogarle guardase el secreto de las importantes nuevas que le iban a comunicar; y cuando él se lo prometió, Obaidala le refirió la llegada de Badr y le leyó la carta de Abderrahman. Después añadió con tono humilde y sumiso:

—Ordena lo que debemos hacer; nos atendremos a tus órdenes. Haremos lo que apruebes; dejaremos de hacer lo que desapruebes.

Profundamente pensativo, respondió Somail:

—El asunto es grave; no me exijáis una respuesta inmediata. Después de reflexionar os comunicaré mi opinión.

Habiendo sido introducido Badr a presencia de Somail, éste, sin prometerle nada, le colmó de regalos, como había hecho con los demás que habían ido en su auxilio. Después partió para Córdoba, donde encontró a Yusof ocupado en alistar tropas, destinadas a castigar a los rebeldes del distrito de Zaragoza.

En el mes de mayo del año 755, Yusof, en vísperas de ponerse en marcha, llamó a los dos jefes de los clientes ommíadas, que consideraba como sus propios clientes desde que sus amos habían perdido el trono (1), y les ordenó:

—Id en busca de vuestros clientes, y decidles que nos acompañen.

---

(1) Ben-al-Cutia, fol. 9 v.

—Imposible, señor — respondió Obaidala—; a causa de tantos años de penuria, esos desgraciados no tienen fuerzas para andar. Todos los que aun podían hacerlo fueron a socorrer a Somail, y tan larga marcha, durante el invierno, los ha fatigado excesivamente.

—He aquí con qué restablecer sus fuerzas—repuso Yusof—; enviadles estas mil monedas de oro, que les servirán para comprar trigo.

—¿Mil monedas de oro para quinientos guerreros inscriptos en el registro? Es muy poco, sobre todo en tiempos de tal carestía.

—Haz lo que quieras; no te daré más.

—Pues bien, guarda el dinero; no te acompañamos.

Sin embargo, después de abandonar al emir, Obaidala y sus compañeros cambiaron de opinión.

—Vale más que aceptemos ese dinero, que podrá sernos útil—se dijeron—. Claro está que nuestros hermanos de tribu no acompañarán a Yusof; quedarán en sus hogares, prevenidos para cualquiera eventualidad; pero ya encontraremos algún modo para explicar su ausencia en el ejército; aceptemos, pues, el dinero que Yusof nos ofrece; daremos parte de él a nuestros compañeros de tribu, que, gracias a este socorro, podrán comprar trigo, y emplearemos el resto en facilitar la ejecución de nuestros planes.

Dijeron, pues, al gobernador que aceptaban la oferta. Cuando recibieron el dinero, se traslada-

ron al distrito de Elvira, y dieron a cada uno diez monedas de plata de parte de Yusof, diciéndole que eran para comprar trigo; lo que callaron es que Yusof les había dado mucho más, que pretendía que los clientes le acompañasen, y que las mil monedas de oro eran la soldada.

La moneda de oro contenía veinte monedas de plata, por lo que quedaba para los dos jefes casi cerca de las tres cuartas partes de la suma que Yusof les había dado.

Mientras tanto, Yusof había partido de Córdoba con algunas tropas, y, habiendo tomado la ruta de Toledo, había establecido su campamento en el distrito de Jaén, en el paraje denominado *vado de Fath*, al norte de Menjíbar, por donde se cruzaba el Guadalquivir cuando se querían atravesar los desfiladeros de Sierra Morena, y donde ahora se halla una barca de río, que ha adquirido celebridad europea por los acontecimientos que precedieron a la batalla de Bailén, en 1808. Yusof esperaba allí las tropas que acudían de todas partes, y les distribuía la soldada, cuando los dos jefes de los clientes omeyas, comprendiendo que apremiado por la necesidad de combatir a los rebeldes de Zaragoza, no se detendría mucho tiempo en el *vado de Fath*, se presentaron a él.

—Y bien, ¿por qué no llegan nuestros clientes?—preguntó Yusof.

—Tranquilízate, emir, y que Dios te bendiga—respondió Obaidala—; vuestros clientes no se parecen a ciertas personas que todos conocemos.

Por nada del mundo dejarían que combatieras a tus *enemigos* sin ellos; es lo que aseguraban el otro día; pero al mismo tiempo me encargan te pida que les concedas alguna demora. La recolección de primavera, como sabes, promete ser abundante, por lo que deseaban, antes de partir, cuidar la cosecha; pero quieren reunirse contigo en Toledo.

No teniendo ningún motivo para sospechar que Obaidala le engañase, Yusof creyó en sus palabras, y le dijo:

—Pues bien: volved con vuestros hermanos de tribu, para encargarles que se pongan en marcha lo antes posible.

Poco después, Yusof reanudó su avance. Obaidala y su compañero fueron con él parte del camino; después se despidieron, prometiéndole unírsele bien pronto con los demás clientes, y volvieron al *vado de Fath*. En el camino encontraron a Somail y a su guardia. Después de haber pasado la noche en una de las orgías que les eran habituales, el jefe caisita dormía aún en el momento en que Yusof se puso en marcha, por lo que partió mucho más tarde. Viendo volver a los dos clientes, exclamó con sorpresa:

—¡Cómo! ¡Os volvéis! ¿Me traéis alguna noticia?

—No, señor—le respondieron—; Yusof nos ha permitido partir, y nos hemos comprometido a alcanzarle en Toledo, con los otros clientes. Si te place, te acompañaremos parte del camino.

—Quedaré encantado de gozar vuestra compañía—replicó Somail.

Después de tratar de cosas indiferentes, Obaidala se aproximó a Somail y le dijo al oído que deseaba hablarle en secreto. A una señal del jefe, sus compañeros se alejaron, y Obaidala añadió:

—Se trata del asunto del hijo de Moauia, sobre el cual te consultamos. Su emisario no ha partido aún.

—No he olvidado este asunto; al contrario, he reflexionado profundamente, y, según te prometí, no se lo he revelado a nadie, ni aun a mis íntimos amigos. Ahora, he aquí mi respuesta: Creo que Abderrahman merece el trono y ser apoyado por mí; puedes escribírselo y que Alá nos ayude. En cuanto al viejo pelado—así llamaba a Yusof—, es preciso que me deje obrar como quiera. Le diré que debe casar con Abderrahman a su hija Om-Musa, viuda actualmente (1), y resignarse a no ser emir de España. Si accede, se lo agradeceremos; si no, le hendiremos la calva con nuestras espadas y llevará su merecido.

Entusiasmados con una respuesta tan favorable, los dos jefes le besaron la mano con reconocimiento, y después de reiterarle las gracias por la ayuda que prometía a su patrono, le abandonaron para dirigirse al *vado de Fath*.

Evidentemente, Somail, que no había tenido

(1) Había estado casada con Catam, hijo de Abdalmelic el fihirita, que había sido gobernador de España.

tiempo de dormir la mona, se había levantado aquella mañana de muy mal humor contra Yusof; todo lo que había dicho a los clientes provenía de un impulso irreflexivo. Con su habitual indolencia no había pensado seriamente en el asunto de Abderrahman, por no decir que lo había olvidado por completo. Sólo después de haber dado tantas esperanzas a sus clientes, fué cuando comenzó a pesar el pro y el contra, y entonces una sola preocupación dominó su espíritu.

—¿Qué será de la libertad de las tribus árabes si un príncipe omeya reina en España? Una vez consolidado el poder monárquico, ¿qué poder nos quedará a los jefes de tribu? No; por quejas que tenga contra Yusof, es preciso que las cosas continúen como están—y llamando a uno de sus esclavos, le ordenó partir a rienda suelta y decir que le esperasen los dos clientes. Estos habían recorrido ya una legua hablando de las risueñas promesas de Somail, y creyendo asegurado el éxito de su pretendiente, cuando Obaídala, oyendo pronunciar su nombre, se detuvo y vió llegar a un jinete. Era el esclavo de Somail, que les dijo:

—Esperad a mi señor; va a venir, y tiene que hablaros.

Asombrados de este mensaje, temieron por un momento que quisiera detenerlos y entregarlos a Yusof; sin embargo, retrocedieron en su camino y bien pronto vieron llegar a Somail, montado sobre "Estrella", su mula blanca, que iba a galope

tendido. Viendo que no venía con soldados, recuperaron la confianza; cuando llegó Somail, les dijo:

—Desde que me entregasteis la carta del hijo de Moauia y me presentasteis a su mensajero, he pensado muchas veces en ese asunto.

Al hablar así, Somail mentía o su memoria le engañaba; pero no se atrevía a confesar que había casi olvidado un asunto tan importante, y era muy árabe para que le preocupase una mentira.

—Apruebo vuestros designios, como os acabo de decir; pero desde que nos hemos separado he reflexionado de nuevo y ahora pienso que Abderrahman pertenece a una familia tan poderosa que... —aquí Somail empleó una frase seguramente muy enérgica, pero que no podemos traducir sin pecar contra el decoro—. En cuanto al otro—continuó—, en el fondo es un buen muchacho y se deja guiar por nosotros, salvo raras excepciones, con bastante docilidad. Además le estamos muy obligados y no debemos abandonarle. Reflexionad, pues, lo que vais a hacer; y si persistís en vuestros propósitos, pronto me veréis llegar; pero no será como amigo. Os juro que la primera espada que se desenvainará será la mía. Y ahora, id en paz; que Alá os sugiera, lo mismo que a vuestro patrono, prudentes inspiraciones.

Consternados por estas palabras que desvanecían todas sus ilusiones, y temiendo irritar a aquel hombre colérico, respondieron humildemente:

—¡Dios te bendiga! Jamás nuestra opinión diferirá de la tuya.

—En buen hora—respondió Somail—; pero como amigo os aconsejo que no intentéis nada para cambiar el estado político del país. Lo único que podéis hacer es asegurar a vuestro patrono una posición eminente en España, y, si renuncia al emirato, me atrevo a asegurar que Yusof le acogerá benévolamente, lo casará con su hija y le entregará, con ella, una fortuna considerable. Adiós, y buen viaje.

Dicho esto, hizo dar media vuelta a "Estrella", y, clavando las espuelas en sus flancos, la lanzó al galope.

No teniendo nada que esperar de Somail ni de los maaditas que, en general, seguían los consejos de su jefe, no les quedaba más partido que aliarse con los yemenitas, excitándolos a vengarse de los maaditas. Queriendo lograr a todo trance sus propósitos, se dirigieron a todos los jefes yemenitas con los cuales creían poder contar, incitándolos a empuñar las armas en pro de Abderrahman. Obtuvieron un éxito que excedió a sus fuerzas, porque los yemenitas, que ardían en cólera recordando su derrota de Secunda, y creyéndose condenados a sufrir el yugo de los maaditas, estaban dispuestos a sublevarse a la primera señal y a agruparse bajo la bandera de cualquier pretendiente, con tal de vengarse y exterminar a sus adversarios.

Seguros del apoyo de los yemenitas y de que

Yusof y Somail se hallaban luchando en el Norte, los clientes omeyas juzgaron aquel momento favorable para el arribo de su patrono. Compraron, pues, un barco, y enviaron a Tamam, que con once más había de tripularle, quinientas monedas de oro, de las cuales debía entregar parte al príncipe, empleando el resto en saciar la avaricia de los bereberes, que sin rescate no dejarían partir a su huésped. Aquel dinero era el que Yusof había dado a los clientes para que le secundasen en su campaña contra los rebeldes de Zaragoza, bien ajeno de que serviría para traer a España un príncipe que le disputaría el emirato.

XIV (1)

Hacía meses que Abderrahman había abandonado Nafza y se había establecido entre los Magila, a orillas del Mediterráneo, donde llevaba una existencia triste y monótona, esperando, con ansiedad siempre creciente, el regreso de Badr, del cual no había recibido noticias. Su suerte iba a decidirse; si sus grandes proyectos fracasaban, se disiparían como el humo sus ensueños de felicidad y gloria y tendría que reanudar su errante vida de proscripto, o bien ocultarse en cualquier paraje ignorado del Africa; en cambio, si triunfaba en su audaz empresa, España le ofre-

(1) *Ajbar machmua,* fols. 80 r.-83 r.

cería un asilo seguro y todas las riquezas y satisfacciones del poder.

Fluctuando entre el temor y la esperanza, Abderrahman, poco devoto de suyo, pero fiel observador de los convencionalismos, cumplía una tarde con el precepto de la oración ordenada por la ley, cuando vió aproximarse un buque a la costa y arrojarse de él a uno de los que lo tripulaban para nadar hacia la playa. Era Badr, que, en su impaciencia por volver a ver a su señor, no quería esperar a que anclasen. "¡Buenas noticias!", gritó al príncipe en cuanto le vió; después contó rápidamente lo ocurrido, nombró los jefes con que podía contar y las personas que tripulaban el navío destinado a conducirle a España. "Ya no carecerás de dinero—añadió—; te traigo quinientas monedas de oro."

Loco de alegría, Abderrahman fué en busca de sus partidarios. El primero que encontró fué Abu-Galib Tamam. Abderrahman le preguntó sus nombres, y cuando los supo dedujo de ellos un augurio feliz. En efecto: no había nombres más adecuados para inspirar grandes esperanzas al que creyera en presagios, porque Tamam significa *cumplidor*, y Galib, *victorioso*. "Realizaremos nuestros designios—exclamó el príncipe—y alcanzaremos la victoria."

Apenas trabaron conocimiento, resolvieron marchar sin demora. El príncipe estaba haciendo sus preparativos cuando los bereberes acudieron en masa, amenazando con impedir la partida si no

les daban presentes. Como esta exigencia estaba prevista, Tamam dió dinero a cada uno según su jerarquía. Hecho esto, ya levaban anclas cuando un bereber, olvidado en la distribución, se arrojó al mar, y asiéndose a una cuerda del navío, empezó a gritar para que le diesen algo. Aburrido del descaro de aquel mendigo, uno de los clientes sacó su espada y cortó la mano al importuno, que cayó en el agua y se ahogó.

Una vez libre de los berberiscos, se empavesó el barco en honor del príncipe, y poco después llegaron al puerto de Almuñécar. Era en septiembre del año 755.

Fácil es suponer la alegría de Abderrahman cuando abordó a España, y la de Aben-Jalid y Obaidala cuando abrazaron a su patrono, que habían ido a esperar a Almuñécar. Después de haber pasado algunos días en al-Fontin, quinta de Jalid, situada cerca de Loja, entre Archidona y Elvira (1), el príncipe establecióse en el castillo de Torrox, perteneciente a Obaidala, y situado un poco más al Oeste, entre Yznájar y Loja (2).

Mientras tanto, Yusof comenzaba a inquietarse en Toledo por la prolongada ausencia de los clientes ommíadas. Con el afán de esperarlos aplazaba la marcha de día en día. Somail, que sospechaba

---

(1) La posición de la quinta de al-Fontin, que a fines del siglo IX pertenecía aún a los descendientes de Aben-Jalid, está indicada por Ben-Hayan, fols. 76 v., 83 v.

(2) Actualmente existe un pueblo llamado Torrox al oeste de Almuñécar, en la costa del Mediterráneo; pero la situación del Torrox indicado en el texto fué claramente determinada por Ben-Hayan, fol. 83 v.

la verdadera causa de su ausencia, pero que, fiel a lo prometido, guardaba el secreto, se impacientaba también de la larga permanencia del ejército en Toledo. Quería escarmentar lo antes posible a los rebeldes de Zaragoza; y un día en que Yusof se quejaba de la tardanza de los clientes, Somail le dijo con desdén: "Un jefe como tú no debe detenerse tanto para esperar a *unos nadie* como ellos. Temo que perdamos la ocasión de encontrar a nuestros enemigos con recursos inferiores a los nuestros, si permanecemos largo tiempo aquí."

Para el débil Yusof, tales palabras en labios de Somail equivalían a una orden. Pusiéronse, pues, en marcha, y una vez frente al enemigo, no necesitaron combatir, porque tan pronto como los rebeldes vieron que tenían que habérselas con un ejército tan superior en número, entraron en negociaciones. Prometióles Yusof la amnistía, a condición de que le entregarían sus tres jefes coraixitas, Hobab, Amir y su hijo Uahb. Los rebeldes, casi todos yemenitas, vacilaron menos en aceptar esta condición, por suponer que Yusof sería clemente con los jefes que pertenecían casi a su misma tribu. Entregáronlos, por lo tanto, y Yusof convocó a sus oficiales para que juzgasen a los prisioneros, que esperaban el fallo cargados de cadenas.

Somail, que sentía hacia aquellos coraixitas uno de esos odios que para él no acababan más que con la vida, insistió en que los decapitaran; pero

ningún otro caisita compartía su opinión, pensando que no tenían derecho a condenar a muerte a hombres que pertenecían como ellos a la raza de Maad; temían, además, atraerse el aborrecimiento de la más numerosa tribu coraixita y de sus múltiples aliados. Los dos jefes de la rama de Cab ben-Amir, llamados Aben-Xihab y Hosain, mantenían esta opinión con más vehemencia que los otros caisitas. Somail tuvo que ceder, pero ardiendo de cólera y resuelto a vengarse prontamente de los que le habían llevado la contraria. Yusof perdonó, pues, la vida a los tres coraixitas, pero los retuvo prisioneros.

Pronto encontró pretexto Somail para librarse de los dos jefes que le habían contrariado, y que anteriormente, cuando él estaba sitiado en Zaragoza, se habían resistido largo tiempo a acudir en su socorro. Imitando el ejemplo de los españoles de Galicia, que habían sacudido la dominación árabe, los vascos de Pamplona se sublevaron también, y Somail propuso a Yusof enviar contra ellos parte del ejército y confiar el mando de estas tropas a Aben-Xihab y a Hosain. Ideó esto a fin de alejar a tan importunos contradictores y con el secreto deseo de que no volviesen de aquella expedición a través de un país agreste y erizado de ásperas montañas.

Yusof, cediendo, como de costumbre, al ascendiente que su amigo ejercía sobre él, hizo lo que le indicaba; y después de nombrar a su propio hijo Abderrahman gobernador de la frontera, vol-

vió a tomar el camino de Córdoba. Al hacer un alto a orillas del Jarama (1), un emisario le trajo la noticia de que las tropas enviadas contra los vascos habían sido completamente derrotadas; que Aben-Xihab había perecido, y Hosain, vuelto a Zaragoza con los pocos guerreros que habían escapado del desastre.

Ninguna noticia podía ser más grata para Somail, y al amanecer del día siguiente dijo a Yusof: "Todo marcha a maravilla. Alá nos ha librado de Aben-Xihab. Acabemos ahora con los coraixitas; hazlos venir, y ordena que les corten la cabeza." A fuerza de repetirle que aquella ejecución era absolutamente necesaria, Somail logró que participase de su opinión el emir, que también esta vez condescendió con su voluntad.

Los tres coraixitas dejaron de existir. A la hora de costumbre, es decir, a las diez de la mañana (2), se sirvió el almuerzo, y Yusof y Somail se sentaron a la mesa. El emir estaba triste y abatido: el triple asesinato que acababa de cometer le causaba remordimientos; reprochábase también haber enviado a Aben-Xihab y a tantos valientes guerreros a una muerte cierta; comprendía que tanta sangre exigía venganza, y un vago presentimiento le decía que su poder tocaba a su fin. Abrumado de cavilaciones, apenas comía. Somail, al contrario, mostraba una alegría brutal; y mien-

(1) *Uadi-Xaranba*, en el *Ajbar machmua*; Ben-al-Abar (página 52) cita aquí el Uadi-ar-ramal—*río arenoso*—, es decir, el Guadarrama.

(2) Burckhardt: *Notas sobre los beduinos*, p. 36.

tras comía con excelente apetito, esforzábase en tranquilizar al débil emir, del cual se servía para satisfacer sus rencores personales, induciéndole a atroces violencias. "Aleja esas negras ideas —le dijo—. ¿En qué has delinquido? Si ha perecido Xihab, no es culpa tuya; ha muerto en un combate, y en la guerra a cualquiera le puede suceder lo mismo. Si han sido ejecutados los tres coraixitas, lo merecían; eran rebeldes, rivales peligrosos, y este ejemplo de severidad hará reflexionar a los que pretendan imitarlos. España es desde ahora propiedad tuya y de tus hijos; has fundado una dinastía que reinará hasta la venida del Anticristo. ¿Quién será tan audaz que te dispute el poder?"

Con estas frases, Somail procuró en vano disipar la tristeza que abrumaba a su amigo. Terminado el almuerzo, levantóse el emir y volvió a su tienda, para dormir la siesta en el departamento reservado a sus dos hijas. Una vez solo, arrojóse en el lecho, más bien por costumbre que por necesidad de dormir, porque sus negros pensamientos no se lo permitían.

De repente oyó gritar a los soldados:

—¡Un correo..., un correo de Córdoba!

Incorporándose a medias, preguntó a los centinelas apostados delante de su tienda:

—¿Quién grita? ¿Ha llegado un correo de Córdoba?

—Sí—le respondieron—; es un esclavo, montado sobre el mulo de Om-Otman.

—Que entre al instante—ordenó Yusof, que no comprendía por qué su esposa le enviaba un propio, pero que adivinaba que debía tratarse de algo grave y urgente.

Entró el correo y le entregó un escrito concebido en estos términos: "Un nieto del califa Hixem ha llegado a España, fijando su residencia en Torrox, castillo del infame Obaidala ben-Otman. Los clientes ommíadas se han declarado por él; tu lugarteniente de Elvira, que había salido a hacerles frente con tus tropas, ha sido derrotado; los soldados han sido apaleados, pero no han matado a ninguno. Haz sin demora lo que juzgues conveniente."

Leído el escrito, Yusof mandó llamar a Somail, el cual, al retirarse a su tienda, había visto llegar al correo; pero, con su habitual indolencia, apenas se había fijado en él, y hasta que el emir lo llamó a una hora tan desusada no pensó que el mensajero habría venido por algún motivo grave.

—¿Qué ha sucedido, emir?—dijo penetrando en la tienda de Yusof—. ¿Por qué me llamas durante la siesta? Supongo que no será por nada desagradable.

—Sí—le respondió Yusof—; ¡por Dios, que es un acontecimiento extremadamente grave! Temo que Dios nos castigue por la muerte de esos hombres.

—¡Qué locura!—prosiguió Somail con desdén—. Esos hombres eran demasiado viles para que

Dios se preocupe de ellos. Pero veamos, ¿qué sucede?

—Acabo de recibir una carta de Om-Otman, que te leerá Jalid.

Este, que era cliente y secretario del emir, leyó entonces el escrito. Menos asombrado que Yusof, porque podía prever lo que pasaba, Somail no perdió la sangre fría al oír que Abderrahman había llegado a España.

—El asunto es grave, en efecto—dijo—; pero he aquí mi opinión: marchemos ahora mismo contra el pretendiente; presentémosle batalla; tal vez muera en ella; en todo caso, sus fuerzas serán aún tan poco numerosas que las dispersaremos fácilmente, y, una vez derrotado, perderá probablemente la gana de repetir.

—Me place tu opinión—replicó Yusof—; pongámonos en marcha ahora mismo.

Bien pronto todo el ejército supo que el nieto de Hixem había llegado a España y que iban a combatirle. Esta noticia causó una emoción extraordinaria; indignados ya del infame complot urdido por sus jefes contra Aben-Xihab, y del cual habían sido víctimas muchos de su tribu; indignados también por la ejecución de los coraixitas, ordenada a despecho de la opinión de los jefes caisitas, no estaban dispuestos a emprender una campaña para la cual no habían sido pagados. "¡Quieren forzarnos a hacer dos campañas en vez de una—exclamaban—, pero no lo consentiremos!" Al anochecer, comenzó una deserción casi general;

los de cada tribu se llamaban unos a otros, y a bandadas abandonaron el campamento para volver a sus hogares. Apenas quedaron diez yemenitas; eran los portaestandartes, que no podían abandonar su puesto sin mancillar su honor; pero ni censuraron a los desertores, ni hicieron nada por detenerlos. Algunos caisitas, más adictos a Somail, y algunos guerreros de otras tribus maaditas, se quedaron también; pero no se podía contar con ellos, porque, fatigados y deseosos de tornar a sus moradas, rogaron a Yusof y a Somail que los condujesen a Córdoba, alegando que el emprender una campaña de invierno en la sierra de Regio con tan escasas fuerzas sería, por huír de un peligro, caer en otro mayor; que la insurrección se limitaría, sin duda, a algunos distritos de la costa, y que para atacar a Abderrahman convenía esperar el retorno de la primavera. Pero una vez que Somail concebía un plan, se aferraba a él. Marcharon, por lo tanto, hacia la sierra de Regio, pero bien pronto la mala voluntad de los soldados convenció al mismo Yusof de que el plan de Somail era irrealizable. Había comenzado el invierno, las lluvias y los torrentes desbordados hacían impracticables los caminos. A pesar de la oposición de Somail, Yusof dispuso volver a Córdoba, contribuyendo a esta decisión el haber sabido que Abderrahman no había venido a España para pretender el emirato, sino simplemente para buscar un asilo y medios de subsistencia. "Si le ofreces una de tus hijas en matri-

monio, y además dinero—le decían—, no pretenderá otra cosa."

Yusof, ya de regreso a Córdoba, resolvió entablar negociaciones, y envió a Torrox tres de sus amigos. Eran Obaid, el jefe más poderoso de los caisitas después de Somail, y amigo de éste; Isa, cliente omeya y tesorero del ejército, y Jalid, secretario de Yusof. Debían ofrecer al príncipe ricas vestiduras, dos mulos, dos caballos, dos esclavos y mil monedas de oro.

Partieron con estos presentes; pero cuando llegaron a Orx, en los límites de la provincia de Regio, Isa, que además de cliente de la familia ommíada era sinceramente adicto a Yusof, dijo a sus compañeros: "¡Me asombro de que hombres como Yusof, Somail y vosotros dos procedáis con tanta ligereza! ¿Sois tan simples para creer que, si llevamos estos presentes a Abderrahman y rehusa aceptar las proposiciones de Yusof, nos dejará volver con los regalos a Córdoba?" Esta observación pareció tan justa y sensata a los demás, que resolvieron que Isa quedase con los presentes en Orx hasta ver si Abderrahman aceptaba las condiciones del tratado.

Al llegar a Torrox hallaron la ciudad y el castillo llenos de soldados; porque los clientes de la familia ommíada y los yemenitas de las divisiones de Damasco, del Jordán y de Kinesrina habían acudido en masa. Obtenida una audiencia, fueron recibidos por el príncipe, rodeado de su pequeña corte, en la cual Obaidala ocupaba el pri-

mer puesto, y le expusieron el objeto de su viaje, diciéndole que Yusof, lleno de agradecimiento a los beneficios que su ilustre tatarabuelo Ocba aben-Nafi había recibido de los omeyas, no deseaba más que vivir en buena armonía con Abderrahman, a condición de que éste no pretendería el emirato, sino solamente las tierras que el califa Hixem había poseído en España; que le ofrecía su hija con un dote considerable; que le enviaba también presentes que habían quedado en Orx, pero que no tardarían en llegar, y que si Abderrahman quería instalarse en Córdoba, podía contar con la más benévola acogida.

Estas proposiciones agradaron bastante a los clientes, cuyo primer ímpetu se había enfriado un tanto desde que habían advertido que los yemenitas, aunque dispuestos a combatir contra sus adversarios, mostraban una tibieza desesperante respecto al pretendiente, por lo que, después de reflexionar, se inclinaban a un acomodamiento con Yusof. Respondieron, pues, a los mensajeros: "Lo que proponéis es excelente. Yusof está en lo cierto al pensar que el príncipe no ha venido a España para pretender el emirato, sino simplemente para reclamar los territorios que le pertenecen por herencia."

Inútil es decir que Abderrahman no participaba de su opinión y que su codicia no se contentaba con la posición de rico propietario que querían asignarle; pero no creyéndose todavía en terreno firme, y supeditado enteramente a sus ami-

gos, mostróse con ellos modesto y hasta humilde; y, no atreviéndose a condenar lo que ellos aprobaban, guardaba prudente silencio. Un observador superficial hubiese afirmado qué su espíritu no había salido aún del estado de crisálida, o, al menos, que estaba bajc la tutela del viejo Obaidala.

—He aquí ahora—añadió Jalid—la carta que Yusof te envía, y que confirma cuanto acabamos de decir.

El príncipe tomó la carta y se la dió a Obaidala para que la leyese en alta voz. Esta carta, escrita por Jalid, como secretario de Yusof, era de admirable pureza de estilo, sembrado de las flores de la retórica árabe. Cuando Obaidala terminó la lectura, el príncipe, siempre prudente, dejó que su amigo decidiera.

—¿Quieres encargarte de responder a esta carta—le dijo—, puesto que ya conoces mi modo de pensar?

No tenía duda sobre el sentido de la respuesta; en nombre de su patrono, Obaidala aceptaría pura y simplemente las proposiciones de Yusof; y el príncipe se resignaba ya al doloroso sacrificio de sus sueños de ambición, cuando una inconveniencia de Jalid embrolló el asunto y devolvió la esperanza al príncipe.

Jalid no era árabe; pertenecía a la raza vencida, era español; sus padres habían sido esclavos y cristianos; pero, como muchos de sus compatriotas, su padre había abjurado el cristianismo; al hacerse musulmán había recibido el nombre de

Zaid, y para recompensarle de su conversión, su dueño, Yusof, le había manumitido. Educado en el palacio de su patrono, Jalid, a quien la naturaleza había dotado de inteligencia nada común y de extraordinaria aptitud para el trabajo mental, había estudiado con tal entusiasmo la literatura árabe, y la conocía tan bien, que llegó a escribir con tal elegancia, que Yusof le había nombrado su secretario, lo cual era un gran honor, porque los emires se jactaban de tener como secretarios a los hombres más cultos y versados en el conocimiento de la lengua y de los antiguos poemas. Jalid adquirió bien pronto gran influencia sobre el débil Yusof, que, no fiándose de sus propias luces, se guiaba siempre por la voluntad de otro; así que cuando Somail no estaba a su lado, Jalid dictaba sus resoluciones. Envidiado por los árabes a causa de su influencia y talento, menospreciado por ellos a causa de su origen, Jalid devolvía a estos rudos guerreros desprecio por desprecio. Así, cuando vió la torpeza con que el viejo Obaidala, que manejaba mejor la espada que el cálamo, hacía los preparativos para contestar a su elegante carta, se indignó con vanidad de literato de que el príncipe confiase una tarea tan noble a un hombre tan inculto y tan poco familiarizado con las filigranas del estilo. Retozó en sus labios una sonrisa burlona, y dijo con acento desdeñoso:

—Te sudarán los sobacos, Abu-Otman, antes de que respondas a una carta como ésa.

Viendo que se burlaba de él tan groseramente un hombre salido de la nada, un vil español, Obaidala, cuyo carácter era naturalmente violento, se enfureció de un modo espantoso.

—¡Infame!—exclamó—. No me sudarán los sobacos, porque no contestaré a tu carta.

Dichas estas palabras con acento de fiereza brutal, arrojó el escrito al rostro de Jalid y le asestó en la cabeza un vigoroso puñetazo.

—¡Que prendan y encadenen a este miserable! —prosiguió, dirigiéndose a los soldados, que se apresuraron a ejecutar la orden; después, hablando con el príncipe, dijo—: he aquí el principio de la victoria. Toda la sabiduría de Yusof reside en ese hombre, sin el cual no puede nada.

El otro mensajero, Obaid, el jefe caisita, esperó a que se calmase la cólera de Obaidala, y después le advirtió:

—Recuerda, Abu-Otman, que Jalid es un embajador, y, como tal, inviolable.

—No—le replicó Obaidala—; el mensajero eres tú; por eso te dejaremos partir en paz. En cuanto al otro, él ha sido el provocador, y merece ser castigado; es hijo de una mujer impura y vil, es un *ilche* (1).

A consecuencia de la vanidad de Jalid y del temperamento irascible de Obaidala quedaron ro-

---

(1) La palabra *ilche* no significa solamente cristiano, como se encuentra en nuestros diccionarios, sino también renegado. Véase Mármol: *Descripción de Africa*, t. II, fol. 17, col. I; Haest: *Noticias*, p. 147; *Charant*, p. 48; Jackson, página 140.

tas las negociaciones, y el príncipe se regocijó viendo que el azar favorecía los propósitos que no se había atrevido a confesar.

Cuando partió Obaid, en el cual respetaba Obaidala al jefe de una noble y poderosa familia árabe, y cuando Jalid quedó encerrado en un calabozo, los clientes recordaron que los mensajeros habían aludido a los presentes que habían quedado en Orx, y resolvieron apropiárselos, toda vez que la guerra contra Yusof estaba declarada. Treinta jinetes partieron a rienda suelta hacia Orx; pero Isa, advertido a tiempo, había huído precipitadamente, llevándose todas las riquezas que los mensajeros debían ofrecer al príncipe ommíada, y los jinetes volvieron a Torrox sin haber logrado su objeto. Abderrahman no perdonó nunca a su cliente la conducta observada en esta ocasión, si bien aquél trató de persuadirle de que, siendo fiel servidor de Yusof, entonces su dueño, no podía proceder de otro modo.

Cuando Obaid, de regreso en Córdoba, informó a Yusof y a Somail de lo ocurrido en Torrox, Somail exclamó:

—Ya temía yo el fracaso de esas negociaciones; por eso, emir, te había aconsejado que atacases al pretendiente durante el invierno.

Este plan, bueno en sí mismo, pero desgraciadamente irrealizable, había llegado a ser la obsesión de Somail.

XV (1)

Para comenzar las hostilidades tuvieron los dos partidos que esperar al fin del invierno, que aquel año fué más riguroso que de costumbre en Andalucía. Abderrahman, o más bien Obaidala, pues éste era el que lo dirigía todo, aprovechó aquel tiempo de forzada inacción para escribir a los jefes berberiscos y árabes incitándolos a rebelarse contra Yusof. Los yemenitas respondieron afiliándose todos a la causa del príncipe. Los bereberes estaban divididos, unos en favor de Yusof y otros en el del pretendiente. Respecto a los jefes caisitas, tan sólo seis ofrecieron apoyar a Abderrahman, y tres de ellos tenían agravios personales recibidos de Somail; eran Chabir, hijo de Aben-Xihab, a quien Somail había enviado al país de los vascos para que allí encontrase la muerte; Hosain, el compañero de Xihab, cuya suerte había compartido, y Abubequer ben-Hilal el Abdita, que estaba irritado contra Somail porque éste había abofeteado a su padre. Los tres restantes pertenecían a la tribu de Takif, que desde tiempo del ilustre taquifita Hadchach había seguido ciegamente la causa de los ommíadas.

Las dos naciones rivales, reforzada cada una

---

(1) *Ajbar machmua*, fols. 83 r.-91 r., libro al cual me he atenido con preferencia a otro; Ben-al-Cutia, fols. 10 v.-13 r.; Ben-al-Abar, pp. 42, 50, 54 y 55.

por tribus bereberes, iban a reanudar la lucha, pero en mayor número y en mayor escala que en el combate de Secunda, librado diez años antes. Las fuerzas de ambos partidos eran menos desiguales de lo que parecía; el partido omeya era superior en número, pero el pretendiente no podía contar mucho con la adhesión de los yemenitas, que en realidad no se interesaban por su causa, viendo sólo en la guerra un medio de vengarse de los maaditas. Por el contrario, el bando de Yusof estaba formado por una masa todo lo homogénea que era posible entre los árabes, celosos siempre unos de otros. En este partido todos pretendían una sola cosa: el simple mantenimiento de lo ya existente. Yusof, el bondadoso y débil anciano, que no contrariaba su amor a la independencia y a la anarquía, era precisamente el emir que convenía a los maaditas; y si le faltaba sagacidad—lo que sucedía con frecuencia—, Somail, aunque tenía enemigos entre los caisitas, gozaba de la estimación de casi todos los de su tribu y estaba siempre alerta para aconsejar y dirigir a Yusof.

Al comenzar la primavera, cuando se supo en Torrox que Yusof hacía preparativos para marchar contra su competidor, decidieron dirigirse hacia el Oeste, a fin de atraerse a los yemenitas al atravesar el país, y llevar ventaja a Yusof. También era preciso pasar por la provincia de Regio—habitada por la división del Jordán—, de la cual era capital Archidona. El gobernador de

este distrito era un caisita llamado Chidar; Obaidala le consultó si dejaría pasar al príncipe y a su ejército, y el gobernador, fuese por odio contra Somail o por acceder a los deseos de la población, enteramente yemenita (1) del distrito, respondió: "Conduce al príncipe a la *Mosala* de Archidona el día en que termina el ayuno, y ya verás lo que hago." En la tarde del día indicado, que aquel año, 756, caía en 8 de marzo, los clientes llegaron con el príncipe a la *Mosala*, que era el nombre de una gran planicie, fuera de la ciudad, donde debía predicarse un sermón al cual asistirían todos los musulmanes de Archidona. Cuando el predicador o *jatib* quiso comenzar por la fórmula consagrada, consistente en implorar las bendiciones del cielo sobre el gobernador Yusof, levantóse Chidar y dijo:

—No pronuncies más el nombre de Yusof; substitúyele por el de Abderrahman, hijo de Moauia, hijo de Hixem, porque éste es nuestro emir, hijo de nuestro emir.

Después, dirigiéndose a la turba:

—¡Pueblo de Regio!—continuó—, ¿qué piensas de lo que acabo de decir?

—¡Pensamos como tú! — gritaron de todas partes.

El predicador suplicó, pues, al Eterno que concediese su protección al emir Abderrahman, y, terminado el acto religioso, la población de Archi-

---

(1) Compárese con Ahmed ben-abi-Yacub, fol. 78 v.

dona prestó juramento de fidelidad y obediencia al nuevo soberano.

A pesar de este apresuramiento en reconocerle, el número de jefes de la provincia que unieron sus tropas a las del pretendiente fué poco considerable. Se resarció con la llegada de cuatrocientos jinetes de la horda berberisca (1) de los Beni-al-Jali, clientes del califa Yezid II, que habitaban en el distrito de Ronda, llamada entonces Ta-Corona (2), y que al saber lo ocurrido en Archidona se habían apresurado a partir para unirse al ejército.

Al pasar de la provincia de Regio a la de Sidona, habitada por la división de Palestina, el príncipe cruzó, no sin trabajo y por escarpados senderos que serpean en los flancos de las rocas cortadas a pico, la salvaje y pintoresca Serranía de Ronda. Llegado a la región habitada por la tribu maadita de Kinena, que lleva hoy el nombre de Jimena (3), ligera alteración de Kinena, no

(1) Ben-al-Cutia, fol. 13 v.

(2) En este nombre propio, *Corona* es el término latino, y *Ta* es el prefijo bereber. Este nombre era el de una de las fortalezas construídas sobre un picacho, tan numerosas en la serranía de Ronda. La comarca que habitaban los Beni-al-Jali conserva aún su nombre, convertido en Benadalid. Es una pequeña población con un castillo muy pintoresco, al sur de Ronda, a la orilla derecha del Genil. Consúltese la *Rebelión de los moriscos,* de Mármol, fol. 221, col. I, y, además, las *Excursiones por las montañas de Ronda y Granada,* de Rochfort Scott, t. I, p. 89.

(3) Respecto a *Jimena,* población con un castillo de construcción romana, véase Rochfort Scott, t. II, p. 28 y sig. El nombre de la tribu de Kinena se ha perpetuado en *Jimena,* situada entre Jaén y Jódar, y en *Torredonjimeno,* al norte de Martos.

encontró allí más que mujeres y niños; los hombres habían ido a engrosar el ejército de Yusof. Pensando que no debía comenzar por ejecuciones, no los molestó lo más mínimo.

Reforzado por los yemenitas de la provincia de Sidona, que se le unieron en gran número, el pretendiente marchó hacia la provincia de Sevilla, poblada por la división de Emesa. Los dos jefes yemenitas más poderosos de la comarca, Abu-Saba, de la tribu de Yahcib, y Hayat aben-Molamis, de la tribu de Hadramot, salieron a su encuentro, y a mediados de marzo hizo su entrada en Sevilla, donde le prestaron juramento de fidelidad. Poco después, cuando supo que Yusof se había puesto en marcha siguiendo la orilla derecha del Guadalquivir para atacarle en Sevilla, abandonó con su ejército esta ciudad y avanzó sobre Córdoba, siguiendo la orilla opuesta del río, con la esperanza de sorprender la capital, que estaría casi desguarnecida, y donde los clientes ommíadas y los yemenitas que habitaban allí le prestarían apoyo.

Cuando llegaron, en el distrito de Tocina, a la ciudad de Colombera (1), según unos, o Villanova de los Bahritas—hoy Brenes—según otros (2), notaron que las tres divisiones militares tenían cada una su estandarte y que la del príncipe no tenía ninguno. "¡Gran Dios—exclamaron los je-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 84 r.
(2) Ben-al-Cutia, fol. 11 r. Los Beni-Bahr eran una subtribu de los lajmitas. Brenes es una alteración de la palabra árabe Bahrin.

fes—, la discordia estallará entre nosotros!" Pero el jefe sevillano Abu-Saba se apresuró a atar un turbante a una lanza, presentando al príncipe esta bandera, que se convirtió en el paladión de los ommíadas. Mientras Abderrahman continuaba su marcha hacia Córdoba, Yusof, que había hecho un alto en Almodóvar, prosiguió la suya hacia Sevilla, y bien pronto los dos ejércitos se vieron frente a frente, separados por el Guadalquivir, cuyas aguas habían crecido demasiado en aquella estación—era en el mes de mayo—para poder vadearle. Observábanse unos a otros. Yusof, que tenía prisa de atacar a su competidor antes de que éste recibiera nuevos refuerzos, esperaba con impaciencia que el río decreciera. Por su parte, el pretendiente quería marchar contra Córdoba sin que lo notase el enemigo. Al llegar la noche, mandó encender hogueras, como en un vivac, a fin de hacer creer a Yusof que habían acampado. Después, a favor de la obscuridad, se pusieron en marcha en el más profundo silencio. Desgraciadamente para Abderrahman, tenían que recorrer cuarenta y cinco millas árabes, y apenas habían andado una, Yusof advirtió su partida clandestina, y, sin perder un instante, retrocedió para ir a proteger su capital amenazada. Fué entonces una verdadera carrera de obstáculos, pero Abderrahman, viendo que Yusof iba a ganar esta carrera, trató de engañarle de nuevo, deteniéndose. Yusof, que observaba desde el otro lado del río todos los movimientos de su rival, hizo lo mismo;

después, cuando Abderrahman volvió a ponerse en marcha, le imitó, hasta que se detuvo definitivamente en Mosara, muy cerca de Córdoba, frente a su competidor, cuyo plan había fracasado, con gran descontento de sus tropas, que, no teniendo otro alimento que garbanzos, esperaban desquitarse de sus privaciones en la capital.

El jueves 13 de mayo, día de la fiesta de Arafa, el Guadalquivir comenzó a decrecer; y habiendo convocado Abderrahman a los jefes de su ejército, que había sido reforzado por la llegada de muchos cordobeses, les habló en estos términos: "Ya es tiempo de tomar una última y firme resolución. Conocéis las proposiciones de Yusof. Si creéis que debo aceptar, todavía estoy dispuesto a hacerlo; pero si preferís la guerra, la prefiero también. Manifestadme francamente vuestra opinión; cualquiera que sea, será la mía." Habiéndose decidido por la guerra todos los jefes yemenitas, su ejemplo arrastró a los clientes ommíadas, que en el fondo no rechazaban la idea de un acomodamiento. Resuelta por lo tanto la guerra, el príncipe tomó de nuevo la palabra: "Pues bien, amigos míos: pasemos el río y entablemos mañana mismo la batalla; porque mañana es un día fausto para los omeyas: viernes y día de fiesta, como lo fué el viernes en que mi tatarabuelo vinculó el califato en mi familia, venciendo en la batalla de la Pradera de Rahit a otro fihirita que, como el que vamos a combatir, tenía por visir a un caisita. Entonces, lo mismo que ahora, los

caisitas estaban a un lado y los yemenitas a otro. Esperemos, amigos míos, que mañana será para los ommíadas y los yemenitas una jornada tan gloriosa como la de la Pradera de Rahit." Después el príncipe dió sus órdenes y nombró los jefes que habían de mandar los diferentes cuerpos de ejército. Al mismo tiempo entabló una insidiosa y ficticia negociación con Yusof. Queriendo cruzar el río sin luchar y procurarse víveres para los soldados hambrientos, envió a decir que aceptaba las proposiciones que le habían sido hechas en Torrox y que sólo habían sido desoídas por una impertinencia de Jalid; que, por lo tanto, esperaba que Yusof no se opondría a que el ejército no pasase a la otra orilla, donde, más próximos uno de otro, podrían proseguir más fácilmente las negociaciones, y que, estando a punto de restablecerse la buena inteligencia, le suplicaba le enviase víveres para las tropas.

Creyendo de buena fe a su rival, y que podría arreglarse el asunto sin derramamiento de sangre, Yusof cayó en el lazo; no solamente no se opuso al paso de Abderrahman, sino que le envió bueyes y carneros. Un extraño destino parecía obstinarse en que el viejo Yusof secundara, siempre a su costa, los proyectos de su rival. Ya una vez el dinero que había dado a los clientes omeyas, a fin de que se armasen para defenderle, había servido para conducir a España a Abderrahman; esta vez su ganado servía para restaurar las fuerzas de sus enemigos, que desfallecían de hambre.

A la mañana siguiente, viernes 14 de mayo, día de la fiesta de los sacrificios, comprendió Yusof que se había dejado engañar. Vió también que el ejército de su adversario, reforzado por los yemenitas de Elvira y de Jaén, que habían llegado a la madrugada, se desplegaban en orden de batalla. Forzado a aceptar el combate, dispuso también las tropas, aunque no había recibido los refuerzos que su hijo Abu-Zaid debía traerle de Zaragoza, y aunque había cundido viva inquietud entre los caisitas, que recordaban, lo mismo que Abderrahman, la sorprendente semejanza que había entre aquella jornada y la de la Pradera.

Entablóse el combate; el pretendiente, rodeado de sus clientes—entre los cuales Obaidala actuaba de abanderado—, montaba un magnífico caballo andaluz, que hacía brincar como un corzo.

Hubiera sido muy conveniente que todos los jinetes, los jefes sobre todo, tuvieran caballos; pero hasta mucho tiempo después, los caballos fueron tan raros en Andalucía, que la caballería ligera iba ordinariamente montada sobre mulos (1). El fogoso caballo de Abderrahman inspiraba temores a los yemenitas, que murmuraban:

—Es muy joven, e ignoramos si es valiente. ¿Quién nos garantiza que, dominado por el miedo, no se salvará en ese brioso corcel, y, arrastrando

(1) En el siglo x, Juan de Gorz, embajador del emperador Otón I en la corte de Abderrahman III, vió en Córdoba la caballería ligera montada sobre mulos un día de gran parada. *Vita Johannis-Gorziensis*, c. 132.

a sus clientes en su fuga, sembrará el desorden en nuestras filas?

Habiendo llegado estas murmuraciones, cada vez más acentuadas, a conocimiento del príncipe, llamó inmediatamente a Abu-Saba, uno de los que mostraban más inquietud. Llegó el jefe sevillano, montado sobre su viejo mulo, y Abderrahman le dijo:

—Mi caballo es demasiado fogoso y me impide con sus botes apuntar bien. Preferiría un mulo, y en todo el ejército no veo ninguno que me agrade más que el que montas; es dócil, y a fuerza de encanecer se ha vuelto blanco, de negro que era. Me sirve a maravilla, porque quiero que mis amigos puedan reconocerme por mi cabalgadura. Si fracasamos, lo que Alá no permita, no habrá más que seguir mi mulo blanco, que indicará a cada uno el camino del honor. Toma, pues, mi caballo y dame tu mulo.

—Pero, ¿no valdría más que el emir permaneciese a caballo?—balbuceó Abu-Saba, enrojeciendo de vergüenza.

—¡No!—replicó lacónicamente el príncipe saltando ágilmente a tierra.

Apenas los yemenitas le vieron montado sobre aquel viejo y cansado animal, sus temores se disiparon. El desenlace del combate no se hizo esperar mucho tiempo. La caballería del pretendiente arrolló el ala derecha y el centro del ejército enemigo, y Yusof y Somail, después de ver cada uno morir a uno de sus hijos, buscaron su

salvación en la fuga. Sólo el ala izquierda, compuesta de caisitas y mandada por Obaid, se mantuvo firme hasta el medio día, y no cedió hasta que todos, incluso el jefe, cayeron muertos.

Los yemenitas victoriosos se apresuraron a entregarse al saqueo. Unos fueron al abandonado campamento enemigo, donde encontraron los manjares que Yusof había hecho preparar para sus soldados, y además un considerable botín; otros corrieron a saquear el palacio de Yusof, en Córdoba, y dos hombres de la tribu yemenita de Tai franquearon el puente para ir a expoliar el palacio de Somail en Secunda, donde, entre otras riquezas, hallaron un cofre con diez mil monedas de oro. Somail vió y reconoció desde lo alto de una montaña, que se alzaba sobre el camino de Jaén, a los dos individuos que llevaban su cofre, y como, aunque vencido y privado de su hijo, había conservado todo su orgullo, desfogó su cólera y su deseo de venganza en un poema, del cual han llegado hasta nosotros estos versos:

"La tribu de Tai tiene mi dinero en depósito; pero ya llegará el día en que ese depósito sea retirado por mí... Si queréis saber lo que pueden mi lanza y mi espada, no tenéis más que interrogar a los yemenitas, y, si ellos guardan un sombrío silencio, en cambio los numerosos campos de batalla que han sido testigos de sus derrotas responderán por ellos, proclamando mi gloria."

Llegado al palacio de Yusof, costó trabajo a Abderrahman arrojar de él a los asaltantes, y no lo consiguió más que dándoles los vestidos que decían necesitar. El harem de Yusof corría el mayor peligro, porque, en su odio contra el viejo emir, los yemenitas no querían respetarle. La esposa de Yusof, Om-Otman, acompañada de sus dos hijas, corrió a implorar la protección del príncipe.

—Primo—le dijo—, sé bueno con nosotras, porque Alá lo ha sido contigo.

—Lo seré—respondió el príncipe, conmovido por la suerte de aquellas mujeres, en las cuales veía miembros de una familia aliada de la suya; y ordenó inmediatamente fuesen en busca de *sahib-as-salat*, el superior de la mezquita. Cuando llegó el que ostentaba entonces esta dignidad, que era un cliente de Yusof, Abderrahman le ordenó que condujese las mujeres a su morada, especie de santuario donde estarían al abrigo de la brutalidad de la soldadesca, y les entregó, además, las riquezas que había podido salvar del pillaje. Para demostrarle su reconocimiento, una de las dos hijas de Yusof le regaló una esclava, llamada Holal, que con el tiempo dió a luz a Hixem, el segundo emir omeya de España (1).

La noble y generosa conducta de Abderrahman descontentó extraordinariamente a los yemenitas. Les impedía saquear, cuando se habían prometido

(1) Compárese Ben-al-Cutia, fol. 12 r., y el *Ajbar machmua*, fol. 86 v., con Joxani, p. 219.

un rico botín; tomaba bajo su protección mujeres que ellos codiciaban; era, por lo tanto, una usurpación de los derechos que creían haber adquirido.

—Es parcial hacia su familia—se decían los descontentos—, y pues nos debe la victoria, debería mostrarnos su gratitud.

Hasta los yemenitas más moderados no desaprobaban del todo estas murmuraciones, pues decían que el príncipe había obrado bien, mas se veía en la expresión de su rostro que hablaban así en descargo de su conciencia; pero que, en el fondo de su alma, daban la razón a los detractores. Además, como no habían secundado a Abderrahman más que para vengarse de los maaditas, logrado este objeto, uno de ellos se atrevió a decir:

—Hemos acabado con nuestros enemigos los maaditas. Este hombre y sus clientes pertenecen a la misma raza; volvamos ahora las armas contra ellos, matémoslos y en un solo día habremos alcanzado dos victorias en vez de una.

Esta infame proposición fué discutida serenamente, como si se tratase de una cosa natural, aprobándola unos y desaprobándola otros. Entre estos últimos figuraba toda la raza de Coda, a la cual pertenecían los kelbitas. No se había llegado a un acuerdo, cuando Talaba, noble chodamita de la división de Sidona, fué a revelar al príncipe el complot. Le inducía un motivo personal: a pesar de su noble origen, había sido despojado por sus competidores cuando los de su tribu

habían elegido jefes; y como sus felices rivales habían opinado en pro de la proposición, creía haber hallado un medio excelente para vengarse de ellos. Habiendo advertido a Abderrahman, le dijo que no podría fiarse más que de los de Coda, y que el que había apoyado más que ninguno la proposición era Abu-Saba. El príncipe le dió las gracias con efusión, prometiendo recompensarle—como lo hizo—, y tomó sus medidas sin pérdida de momento. Nombró al kelbita Abderrahman ben-Noaim prefecto de la policía de Córdoba y se rodeó de todos sus clientes, organizándolos como guardias de corps. Cuando los yemenitas advirtieron que su prefecto había sido traicionado, juzgaron prudente abandonarle y dejaron que Abderrahman se presentase públicamente en la gran mezquita, donde pronunció, en calidad de imán, la oración del viernes y arengó al pueblo, prometiéndole gobernar como un buen príncipe.

Dueño de la capital, Abderrahman no lo era aún de toda España. Yusof y Somail, aunque habían sufrido una gran derrota, no desesperaban de restablecer su poder. Según el plan trazado al emprender la fuga, Yusof corrió a buscar recursos a Toledo, mientras Somail volvió a la división a que pertenecía, es decir, a la de Jaén, donde llamó a todos los maaditas a las armas. En seguida Yusof fué a reunírsele con las tropas de Zaragoza, que había encontrado en el camino, y con las de Toledo. Ambos jefes forzaron enton-

ces al gobernador de la provincia de Jaén a retirarse a la fortaleza de Mentesa, y al de Elvira, a refugiarse en las montañas. Al mismo tiempo, Yusof, enterado de que Abderrahman se preparaba a atacarle, ordenó a su hijo Abu-Zaid que se dirigiese a Córdoba por distinto camino del que seguía Abderrahman y que se apoderase de la capital, lo cual no sería difícil, porque quedaba en ella escasa guarnición. Si este plan se realizaba, Abderrahman tendría que retroceder para recuperar Córdoba, con lo cual Yusof ganaría tiempo para engrosar su ejército. Y, efectivamente, triunfó este plan. Después de haber partido Abderrahman, Abu-Zaid atacó de improviso la capital, se hizo dueño de ella, sitió a Obaidala, que con algunos guerreros se había refugiado en el alminar de la gran mezquita, y le obligó a rendirse. Pero poco tiempo después, cuando supo que Abderrahman había retrocedido para venir a atacarle, abandonó Córdoba, llevándose consigo a Obaidala y a dos hermosas esclavas del príncipe, que había encontrado en el alcázar, cosa que los jefes que le acompañaban criticaron francamente.

—Tu conducta es mucho menos noble que la de Abderrahman—le dijeron—, porque, habiendo tenido en su poder a tus propias hermanas y a las mujeres de tu padre, las ha respetado y protegido, mientras tú te apropias las mujeres que le pertenecen.

Abu-Zaid comprendió que tenían razón, y cuando llegó una milla al norte de Córdoba, ordenó

que levantasen una tienda para las dos esclavas, que instaló allí, después de haberles devuelto cuanto poseían. Inmediatamente fué a reunirse con su padre en Elvira.

Cuando Abderrahman supo que Abu-Zaid había abandonado Córdoba, marchó rápidamente contra Yusof; pero las cosas tomaron el rumbo más inesperado. Sintiéndose muy débiles para resistir largo tiempo al príncipe, Yusof y Somail le hicieron proposiciones, declarando que estaban dispuestos a reconocerle como emir, con tal que les garantizara la posesión de todos sus bienes y concediese una amnistía general. Abderrahman aceptó estas ofertas estipulando, por su parte, que Yusof le daría en rehenes dos de sus hijos, Abu-Zaid y Abu-'l-Asuad. Se comprometió a tratarlos dignamente, sin imponerles otra obligación que la de no abandonar el alcázar, prometiéndole devolvérselos a su padre en cuanto la tranquilidad estuviese completamente restablecida. Durante las negociaciones, el español Jalid, prisionero de Abderrahman, fué canjeado por Obaidala, prisionero de Yusof. Así, por un capricho de la suerte, el cliente ommíada fué cambiado por el mismo que le había hecho prender.

Reconocido por todos emir de España, Abderrahman, con Yusof a la derecha y Somail a la izquierda, tomó el camino de Córdoba, en julio del 756. Durante la marcha, Somail se mostró el hombre más fino y educado del mundo, y más tarde, Abderrahman solía decir:

—Cierto que Dios da el gobierno según su voluntad y no según los méritos de los hombres. Desde Elvira hasta Córdoba, Somail fué siempre a mi lado, y, sin embargo, su rodilla jamás tocó la mía, la cabeza de su mulo no avanzó nunca más que la del mío; jamás me dirigió una pregunta indiscreta; jamás comenzó una conversación sin que yo le hubiese dirigido la palabra (1). Pero, según afirman los cronistas, el príncipe no tenía ningún motivo para hacer semejante elogio de Yusof.

Todo marchó bien durante algún tiempo. Los manejos de los enemigos de Yusof, que querían procesarle bajo pretexto de que se había apropiado tierras que no le pertenecían, fracasaron. El y Somail gozaban de gran favor en la corte, y a menudo el mismo Abderrahman los consultaba en los asuntos difíciles. Somail estaba completamente resignado con su suerte. Yusof, incapaz de tomar por sí mismo ninguna gran resolución, se hubiera acomodado a su papel secundario; pero estaba rodeado de descontentos, de nobles coraixitas, fihiritas y haximitas que, durante su reinado, habían ocupado los puestos más lucrativos y eminentes y que, no pudiendo habituarse a la obscura condición á que se veían reducidos, excitaban al emir antiguo contra el nuevo, interpretando malévolamente las menores palabras del

---

(1) Ziyad, hermano bastardo de Moauia I y gobernador del Irak, hacía un elogio semejante refiriéndose a Harita. Véase Aben-Jalican, t. I, p. 325, ed. de Slane.

príncipe, y consiguieron sus propósitos. Resuelto a intentar fortuna por última vez, Yusof solicitó en vano el apoyo de Somail y de los caisitas, pero tuvo más éxito con los baladis—así se llamaba a los árabes venidos a España antes que los sirios—, principalmente con los de Lacant (1), de Mérida y de Toledo, y un día del año 758, Abderrahman recibió la noticia de que Yusof había huído hacia Mérida. Inmediatamente lanzó varios escuadrones en su persecución, pero fué en vano: hizo llamar a Somail y le reprochó duramente haber favorecido la evasión de Yusof.

—Soy inocente—alegó el caisita—; la prueba es que no he acompañado a Yusof, como lo hubiese hecho si hubiera sido su cómplice.

—Imposible que Yusof haya abandonado Córdoba sin haberte consultado, y tu deber era advertírmelo.

Después le encarceló, lo mismo que a los dos hijos de Yusof, que habitaban en el alcázar en calidad de rehenes. Yusof, después de haber congregado en Mérida a sus partidarios árabes y berberiscos, tomó con ellos el camino de Lacant, cuyos habitantes se le unieron también, y desde allí marchó a Sevilla. Casi todos los baladis de esta provincia y un gran número de sirios se habían acogido a su bandera, comenzando con veinte mil hombres el cerco de Sevilla, gobernada por un pariente de Abderrahman, llamado Abdalmelic, que el año an-

(1) Este lugar se encontraba, probablemente, en las inmediaciones de Fuente de Cantos, al noroeste de Sevilla.

terior había llegado a España con sus dos hijos. En seguida, creyendo que este gobernador, que no tenía a sus órdenes más que una guarnición poco numerosa, compuesta de árabes y sirios, no se atrevería a resistirle, resolvió dar un golpe de audacia, marchando directamente contra la capital antes de que los árabes y sirios del Mediodía tuviesen tiempo de llegar a ella. Este plan fracasó, porque mientras Yusof estaba todavía en marcha, los sirios llegaron a Córdoba, y Abderrahman salió con ellos al encuentro del enemigo. Por su parte, Abdalmelic, el gobernador de Sevilla, recibió bien pronto refuerzos con la llegada de su hijo Abdala, que, creyendo a su padre sitiado en Sevilla, venía en su auxilio con tropas de Morón, distrito que él gobernaba, y entonces ambos resolvieron atacar a Yusof durante su marcha. Informado de los movimientos del enemigo, y temiendo ser cogido entre dos fuegos, Yusof se apresuró a retroceder para ir a derrotar las tropas de Sevilla y de Morón. Abdalmelic, que quería dar tiempo para que llegase Abderrahman, se retiró lentamente; pero Yusof le obligó a hacer alto y a aceptar el combate. Como de costumbre, la batalla comenzó por un desafío. Un bereber, cliente de una familia fihirita, salió de las filas de Yusof y gritó:

—¿Hay alguno que quiera medirse conmigo?

Como era un hombre de una estatura colosal y de una fuerza prodigiosa, ninguno de los soldados de Abdalmelic aceptó el reto.

—He aquí un principio muy a propósito para

desalentar a nuestros soldados—dijo entonces Abdalmelic; y dirigiéndose a su hijo Abdala, le ordenó—: Ve, hijo mío, a luchar con ese hombre, y que Alá te ayude.

Abdala iba a salir de las filas para obedecer la orden de su padre, cuando un abisinio, cliente de su familia, se acercó, preguntándole qué quería hacer.

—Voy a combatir con ese berberisco—respondió Abdala.

—Déjale de mi cuenta, señor—respondió el abisinio; y en el mismo instante salió al encuentro del campeón.

Los dos ejércitos esperaban con ansiedad el resultado del desafío. Ambos adversarios eran iguales en estatura, en fuerza y en valor, así que la lucha se prolongaba sin ventaja para ninguno, hasta que el bereber resbaló y cayó a tierra por estar el suelo húmedo a causa de la lluvia. Mientras el abisinio se arrojaba sobre él y le cortaba las dos piernas, el ejército de Abdalmelic, enardecido por el éxito de su campeón, al grito de "¡Alá es grande!" cayó sobre las tropas de Yusof con tal impetuosidad que las derrotó completamente. Un solo ataque había decidido la suerte de la jornada; pero Abdalmelic no tenía fuerzas suficientes para sacar de su victoria todo el fruto apetecido.

Mientras sus soldados huían en todas direcciones, Yusof, acompañado solamente de un esclavo y del persa Sabic, cliente de los Temim, atravesó

el Campo de Calatrava y ganó la carretera de Toledo. Corriendo a rienda suelta pasó por una aldea situada a diez millas de Toledo, donde fué reconocido y donde un descendiente de los medineses, llamado Abdala ben-Amr, dijo a sus amigos:

—Montemos a caballo y matemos a ese hombre; sólo su muerte puede proporcionar reposo a su alma y al mundo, porque mientras viva, será la tea de la discordia.

Sus compañeros aprobaron la idea, y como tenían caballos descansados, mientras los de los fugitivos estaban rendidos de fatiga, los alcanzaron a cuatro millas de Toledo y mataron a Yusof y a Sabic. Unicamente el esclavo pudo librarse y llevó a Toledo la triste nueva de la muerte del antiguo emir de España.

Cuando Abdala ben-Amr fué a ofrecer a Abderrahman la cabeza de su infortunado competidor, el príncipe, decidido a acabar con sus enemigos, hizo decapitar a Abu-Zaid, uno de los hijos de Yusof, y perdonó al otro, llamado Abu-'l-Asuad, a causa de su extremada juventud, pero condenándole a cadena perpetua. Sólo Somail podía hacerle sombra. Una mañana corrió el rumor de que, estando ebrio, había muerto de apoplejía. Introducidos en su calabozo los jefes maaditas, para que se convenciesen de que no había muerto violentamente, encontraron junto al cadáver vino, frutas y confituras. Sin embargo, no creyeron en una muerte natural; y tenían razón,

pero se engañaban suponiendo que Abderrahman había hecho envenenar a Somail: la verdad era que le había mandado estrangular (1).

XVI

Abderrahman había realizado sus deseos. El proscripto que, durante cinco años de vida aventurera, había vagado de tribu en tribu por los desiertos de Africa, era al fin el dueño de un gran país, y habían perecido sus enemigos más encarnizados.

Sin embargo, no gozaba en paz del trono, ganado por el asesinato y la perfidia. Su poder no tenía raíces en el país, lo debía tan sólo al apoyo de los yemenitas, y desde el principio se había convencido de que este apoyo era muy débil. Ardiendo en deseos de vengar la derrota de Secunda y de recobrar la hegemonía de que se veían privados hacía tanto tiempo, la causa de Abderrahman no había sido para ellos más que un pretexto; en el fondo hubiesen preferido elevar uno de los suyos al emirato, si sus celos recíprocos se lo hubieran consentido, siendo de prever que volverían sus armas contra el príncipe en cuanto fuese vencido el enemigo común. No dejaron de hacerlo, en efecto, y durante un reinado de treinta y dos años, Abderrahman I vió discutida su autoridad, ya por los yemenitas, ya por los bereberes, ya por los fihi-

(1) Macari, t. II, p. 24.

nitas que, derrotados a menudo, surgían después de cada combate con nuevas fuerzas, como el gigante de la fábula, a quien Hércules derribaba siempre en vano. Afortunadamente para él, no había unión entre los jefes árabes, los cuales tomaban las armas, ya para vengar personales agravios, ya para satisfacer un simple capricho; comprendían que, para vencer al emir, era preciso formar una confederación de toda la nobleza; pero no estaban acostumbrados a concertarse y a obrar con unidad. Gracias a esta falta de unión de sus enemigos, gracias también a su actividad infatigable y a su política, unas veces pérfida y astuta, otras violenta y atroz, pero casi siempre hábil, calculada y adaptada a las circunstancias, Abderrahman logró sostenerse, aunque apoyado tan sólo por sus clientes, por algunos jefes adictos y por los soldados bereberes que él había hecho venir de Africa.

Entre las más formidables de las numerosas revueltas tramadas por los yemenitas figura la de Ala aben-Mogit (1), que estalló en el año 763. Dos años antes, el partido fihirita, del cual era jefe Hixem ben-Ozra, hijo de un antiguo gobernador de la península, se había sublevado en Toledo; y aun no había logrado el emir someter esta ciudad, cuando Ala, nombrado gobernador de España por Al-Mansur, el califa abasida, desembarcó en

(1) Los autores árabes difieren respecto a la tribu a que pertenecía Ala. Unos citan la de Yahsob, otros la de Hadramot, y otros la de Chodam.

la provincia de Beja y enarboló el negro estandarte del califa (1). Ninguno tan propio para unir a los diferentes bandos, porque no representaba ésta o la otra fracción, sino la totalidad de los musulmanes. Así, los fihiritas de aquella región de la península se unieron a los yemenitas, y la situación de Abderrahman, sitiado en Carmona durante dos meses, llegó a ser tan crítica que decidió jugarse el todo por el todo. Habiendo sabido que gran número de sus enemigos, rendidos por la prolongación del sitio, habían vuelto a sus hogares con diferentes pretextos, escogió setecientos hombres, los mejores de la guarnición, y mandando encender una fogata cerca de la puerta de Sevilla, les dijo:

—Amigos míos, hay que vencer o morir. Arrojemos al fuego las vainas de nuestras espadas y juremos perecer como valientes si no alcanzamos la victoria.

Todos lanzaron al fuego las vainas de sus espadas y se precipitaron con tal impetuosidad sobre los sitiadores que éstos, después de perder a sus jefes y siete mil hombres, huyeron a la desbandada. Irritado el vencedor, hizo decapitar el cadáver de Ala y los de sus principales compañeros; luego, queriendo quitar al califa abasida el deseo de disputarle España, hizo limpiar estas cabezas, llenarlas de sal y alcanfor, y después de colocar en la oreja de cada una un papel in-

(1) Sabido es que el negro era el color distintivo de los abasidas.

dicando el nombre y la categoría de su dueño, las mandó meter en un saco con el estandarte negro, el diploma por el cual Al-Mansur nombraba a Ala gobernador de España, y un escrito refiriendo la derrota de los insurrectos. Por dinero comprometió a un comerciante de Córdoba a que llevara el saco a Cairauan—adonde le llamaban sus negocios—y lo colocase durante la noche en la plaza del mercado. El traficante cumplió su cometido sin ser descubierto, y dicen que Al-Mansur, al enterarse de todo, exclamó espantado:

—Doy gracias a Dios de que haya puesto un mar entre semejante enemigo y yo (1).

Alcanzada la victoria sobre el partido abasida, siguió inmediatamente la sumisión de Toledo (764). Cansados de la larga guerra que habían sostenido, los toledanos entraron en negociaciones con Badr y Tamam, que capitaneaban el ejército del príncipe, y obtuvieron la amnistía, después de haber entregado a sus jefes. Cuando estos jefes eran conducidos a Córdoba, el emir mandó a su encuentro un barbero, un sastre y un cestero; según las órdenes recibidas, el barbero rapó a los prisioneros la barba y la cabeza; el sastre les hizo unas túnicas de lana, y el cestero, unas enormes cestas. Un día, los habitantes de Córdoba vieron llegar unos asnos llevando unas cestas, de donde

---

(1) *Ajbar machmua*, fol. 91 r.-92 r. Ben-al-Cutia, fol. 14 r. y v.; Ben Adari, t. II, p. 53-55. Algunos historiadores afirman que el saco fué llevado por un peregrino de Córdoba, no a Cairauan, sino a la Meca, donde se hallaba entonces Al-Mansur.

salían unas cabezas peladas y unos bustos extrañamente rebujados en mezquinas y estrechas túnicas de lana. Perseguidos por los insultos del populacho, los infelices toledanos fueron paseados así por la ciudad y crucificados en seguida (1).

La crueldad con que Abderrahman castigaba a los que se atrevían a desconocer su autoridad prueba suficientemente que quería reinar por el terror; pero los árabes, a juzgar por la rebelión de Matari, que estalló dos años después del suplicio de los nobles de Toledo, no se dejaban intimidar fácilmente. Matari era un jefe yemenita de Niebla. Una noche que había bebido copiosamente y que la conversación recayó sobre el asesinato de los yemenitas que habían combatido bajo la bandera de Ala, cogió su lanza, ató a ella un trozo de tela negra y juró vengar la muerte de sus hermanos de tribu. Cuando se despertó al otro día, olvidó lo que había hecho la víspera, y al fijar la mirada en la lanza convertida en estandarte, preguntó con asombro qué significaba aquéllo. Recordáronle lo que había dicho y hecho, y poseído de terror, exclamó:

—¡Quitad inmediatamente ese pañuelo de mi lanza, a fin de que no se divulgue mi aturdimiento.

Pero no habían tenido tiempo de ejecutar esta orden, cuando añadió:

—No, dejad esa bandera; un hombre como yo

(1) *Ajbar machmua*, fol. 92 r. y v.; Ben Adari, t. II, página 55.

no abandona un proyecto, aunque sea temerario—y llamó sus hermanos de tribu a las armas. Supo resistirse algún tiempo, y cuando al fin pereció en el campo de batalla, sus compañeros continuaron la lucha con tal tenacidad, que el emir tuvo que tratar con ellos y hacerles concesiones (1).

Llegó su turno a Abu-Saba. Aunque Abderrahman tenía sobrada razón para desconfiar de este poderoso yemenita, que había querido asesinarlo poco después de la batalla de Mosara, había creído prudente no enemistarse contra él y confiarle el gobierno de Sevilla; pero en el año 766, cuando ya no tuvo rebeldes que combatir y se creyó bastante poderoso para no temerle, le destituyó de su cargo. Furioso Abu-Saba, llamó los yemenitas a las armas. Abderrahman adquirió bien pronto la certidumbre de que la influencia de aquel jefe era mayor de lo que creía. Entonces entabló negociaciones insidiosas; propuso al sevillano una entrevista, y le remitió, por medio de Aben-Jalid, un salvoconducto firmado de su puño. Abu-Saba fué a Córdoba y, dejando los cuatrocientos jinetes que le acompañaban, a la puerta de palacio, celebró con el emir una conferencia secreta, llegando—según dicen—a injuriarle de palabra. Entonces Abderrahman intentó darle de puñaladas con su propia mano; pero la vigorosa resistencia del jefe sevillano le obligó a llamar a sus guar-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 92 v.

dias y hacerle matar por ellos. Tal vez no había premeditado este homicidio, que los clientes omníadas que han escrito la historia de sus patronos no han querido confesar.

Cuando expiró Abu-Saba, Abderrahman hizo extender una manta sobre su cadáver y borrar cuidadosamente las huellas de su sangre; después mandó venir a los visires, les dijo que Abu-Saba estaba preso en su palacio y les preguntó si convenía darle muerte. Todos le aconsejaron que no lo hiciera.

—Sería muy arriesgado—le dijeron—, porque los jinetes de Abu-Saba están apostados a las puertas del alcázar, y tus tropas, ausentes.

Uno solo no compartió esta opinión. Era un pariente del emir, que expresó la suya en estos versos:

"Hijo de los califas: te doy un buen consejo induciéndote a matar a ese hombre que te odia y arde en deseos de vengarse de ti. Que no se te escape, porque si queda con vida, sería para nosotros el origen de una desgracia. Concluye con él y te librarás de una gran enfermedad. Hunde en su pecho un buen acero damasquinado; tratándose de semejante hombre, la misma violencia sería generosidad."

—Sabed, pues—prosiguió el emir—, que le he hecho matar—; y sin fijarse en la sorpresa de sus visires, levantó la manta extendida sobre el cadáver.

Los visires, que no habían desaprobado la muerte de Abu-Saba sino por temor al efecto que esta violencia podía producir en el ánimo de sus acompañantes, advirtieron bien pronto que dicho temor carecía de fundamento; pues cuando un empleado del alcázar les participó que su jefe ya no existía, y que podían marcharse, se retiraron tranquilamente; conducta extraña, que induce a suponer si Abderrahman, queriendo obrar sobre seguro, los habría corrompido de antemano. Un solo cliente omeya tuvo dignidad para censurar esta traición infame, de que había sido ciego instrumento; fué Aben-Jalid, que había remitido al jefe sevillano el salvoconducto del emir. Retiróse a sus tierras, y desde entonces rehusó obstinadamente aceptar ningún empleo (1).

Poco después de la muerte de Abu-Saba estalló una gran insurrección entre los bereberes, hasta entonces bastante tranquilos. Fué excitada por un maestro de escuela, mitad fanático, mitad impostor, que vivía en el Este de España y se llamaba Xakya. Pertenecía a la tribu berberisca de Miknesa; pero, sea que su cerebro se había perturbado por el estudio del Corán, de las tradiciones relativas al Profeta y de la historia de los primeros tiempos del islamismo, sea que la ambición le inducía a ponerse al frente de un partido, creyó o fingió creer que descendía de Alí y de Fátima, la hija de Mahoma. Los crédulos bereberes acepta-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 92 v.-93 v.; Ben-al-Abar, p. 45.

ron esta impostura, tanto más fácilmente porque por una coincidencia fortuita, la madre del maestro de escuela se llamaba Fátima, y cuando Xakya, o más bien Abdala, hijo de Mohamed—porque así se hacía llamar—, vino a establecerse en el país comprendido entre el Guadiana y el Tajo, los berberiscos, que formaban la mayoría de la población musulmana, y que estaban siempre dispuestos a la lucha cuando se lo ordenaba un morabito, se agruparon en masa bajo sus banderas, apoderándose sucesivamente de Sontebria (1), Mérida, Coria y Medellín. Venció a las tropas que el gobernador de Toledo había enviado contra él; atrajo a su causa a los bereberes que militaban en el ejército del cliente omeya Obaidala; atacó y derrotó a los soldados de este general; se apoderó de su campamento, y logró librarse de las persecuciones de Abderrahman, retirándose a las montañas. En fin: después de seis años de guerra, Abderrahman buscó y obtuvo el apoyo de un berberisco que era entonces el jefe más poderoso de la región oriental de España y que miraba con envidia el poder y los éxitos del supuesto fatimita. La discordia dividió entonces a los bereberes, y Xakya se vió obligado a abandonar Sontebria y a retirarse hacia el Norte (2); pero mientras Abderrahman marchaba contra él, asolando

(1) Sontebria—hoy Castro de Santover, a orillas del Guadiela—era una ciudad importante en la época de la dominación árabe. Gayangos, notas sobre Razí, p. 47.

(2) *Ajbar machmua,* fol. 93 v.; Ben-Adarí, t. II, pp. 56 y 57; Nouairí, p. 441.

los campos y aldeas berberiscas, estalló otra insurrección al Oeste, donde los yemenitas no esperaban más que una ocasión favorable para vengar la muerte de Abu-Saba. El alejamiento del emir proporcionó esta ocasión, y marcharon hacia la capital, de la cual esperaban apoderarse por un golpe de mano, capitaneados por los parientes de Abu-Saba, que eran gobernadores de Niebla y de Beja, y reforzados por los bereberes del Oeste, sugestionados hacía tiempo por los emisarios del morabito.

Apenas recibió Abderrahman tan alarmantes noticias, regresó velozmente a Córdoba, y sin detenerse ni una noche en su palacio, como le proponían, encontró a los enemigos atrincherados a las orillas del Benbezar o Uadi-Cais (1). Transcurrieron los primeros días en escaramuzas poco importantes, sirviéndose Abderrahman de sus clientes bereberes, entre los cuales figuraban los Beni-al-Jali, para anular la alianza de los berberiscos con los yemenitas. Deslizándose en el campamento enemigo durante la noche, persuadieron a los bereberes de que el emir era el único que podía defenderlos contra el odio celoso de los árabes, y, por lo tanto, si perdía el trono, su expulsión era inmediata y segura. "En cambio podéis contar—añadían—con el reconocimiento del príncipe si abandonáis una causa contraria a vuestros

(1) Ben-al-Cutia nombra este río, que parece fué designado también con el nombre de Uadi-Cais—río de los caisitas—, como se encuentra en Ben-Adari.

intereses y abrazáis la suya." Estos consejos prevalecieron; los bereberes prometieron traicionar a los yemenitas durante el combate, aplazado para el siguiente día. Cumplieron su palabra. Antes de la batalla dijeron a los yemenitas: "Nosotros no sabemos combatir más que a caballo mientras vosotros combatís perfectamente a pie; dadnos, pues, todos vuestros corceles." No teniendo ninguna razón para desconfiar, los yemenitas accedieron a su demanda; mas pronto se arrepintieron, porque, una vez empeñada la lucha, los bereberes que habían obtenido caballos fueron a reunirse con la caballería omeya, y mientras cargaban vigorosamente contra los yemenitas, los demás berberiscos huyeron. Los yemenitas fueron acosados por todas partes, comenzando una horrible carnicería; pues, en su ciego furor, los soldados de Abderrahman herían a diestro y siniestro, desobedeciendo la orden de perdonar a los fugitivos. Treinta mil cadáveres quedaron enterrados en una fosa, que en el siglo x se enseñaba aún (1).

Respecto a la insurrección de los bereberes del centro, no fué reprimida hasta después de diez años de guerra, cuando Xakya murió asesinado por dos de sus compañeros, y duraba aún cuando una conflagración formidable atrajo a España un conquistador extranjero. Los miembros de esta conflagración eran el kelbita Al-Arabi (2), gober-

(1) *Ajbar machmua,* fol. 93 v., 94 r.; Ben-al-Cutia, folios 13 r. y v.; Ben Adari, t. II, p. 52, 53.
(2) Soliman aben-Yacdan al-Arabí.

nador de Barcelona, el fihirita Abderrahman ben-Habib, yerno de Yusof, apodado *el Eslavo*, porque su cuerpo, alto y delgado, su blonda cabellera y sus ojos azules recordaban el tipo de esta raza, de la cual había en España muchos individuos como esclavos, y, en fin, Abu-'l-Asuad, hijo de Yusof, condenado por Abderrahman a cadena perpetua, pero que había logrado burlar la vigilancia de sus guardianes fingiéndose ciego. Al principio nadie había creído en su ceguera; hiciéronle sufrir las pruebas más difíciles; pero el ansia de libertad le dió fuerzas para no traicionarse ni un minuto, y desempeñó su papel con tanta perseverancia y con tan gran talento para engañar que al fin todos le juzgaron verdaderamente ciego. Entonces, viendo que sus carceleros no se fijaban mucho en él, concertó un plan de evasión con uno de sus clientes que había obtenido permiso para visitarle alguna vez, y una mañana que llevaban a los prisioneros, a lavarse al río, por un camino subterráneo, este cliente se apostó con amigos y caballos a la otra orilla del Guadalquivir. Aprovechando un momento en que nadie le observaba, Abu-'l-Asuad se arrojó al río, lo atravesó a nado, montó a caballo, tomó al galope el camino de Toledo y llegó sin accidente a esta ciudad (1).

El odio que estos tres jefes profesaban a Abderrahman era tan profundo que resolvieron demandar el auxilio de Carlomagno, aunque este

(1) Ben-al-Abar, p. 56.

conquistador, que había atronado ya el mundo con sus éxitos, era el enemigo más encarnizado del islamismo. Por consiguiente, en el año 777 se trasladaron a Paderborn, donde Carlomagno celebraba a la sazón un *Campo de mayo*, y le propusieron una alianza contra el emir de España. Carlomagno no vaciló un momento en aceptar sus proposiciones, porque se hallaba en situación de pensar en nuevas conquistas. Los sajones estaban sometidos—o al menos él lo creía—a su dominación y al cristianismo; los principales acababan de llegar a Paderborn para dejarse bautizar; Wittikind, el más temible de sus jefes, forzado a abandonar el país, se había refugiado en la corte de un príncipe danés. Convinieron, por lo tanto, en que Carlomagno cruzaría los Pirineos con numerosas tropas, que al-Arabí y sus aliados del Norte del Ebro le apoyarían y reconocerían por soberano, y que *el Eslavo*, después de haber alistado tropas berberiscas en Africa, las conduciría a la provincia de Todmir—Murcia—, donde secundarían los movimientos del Norte, enarbolando la bandera del califa abasida, aliado de Carlomagno. Ignórase en qué región de España debía actuar Abu-'l-Asuad.

Tan formidable coalición, que había trazado su plan de ataque después de maduras deliberaciones, amenazaba ser mucho más peligrosa para Abderrahman que ninguna de las precedentes. Por fortuna para él, la realidad no respondió a los preparativos. *El Eslavo* desembarcó con un ejér-

cito berberisco en la provincia de Todmir; pero llegó demasiado pronto, antes que Carlomagno hubiese franqueado los Pirineos; así, cuando pidió auxilio al Arabí, éste le respondió que, según el plan trazado en Paderborn, el papel que a él le correspondía era permanecer en el Norte como gobernador de Barcelona, para secundar desde allí las operaciones del ejército de Carlomagno (1). El odio entre fihiritas y yemenitas era harto arraigado para que por ambos lados no se procediese con perfidia. Creyéndose *El Eslavo* traicionado por al-Arabí, volvió sus armas contra él; pero derrotado y de vuelta a la provincia de Todmir, murió asesinado por un bereber de Oretum, en quien había puesto su confianza imprudentemente sin sospechar que era un emisario del emir Abderrahman.

Por consiguiente, en el momento en que Carlomagno escalaba los Pirineos, uno de los tres jefes árabes, con los cuales había contado, dejaba de existir. El segundo, Abu-'l-Asuad, le apoyó tan débilmente que ninguna crónica francesa ni árabe consigna lo que hizo. No le quedaban, pues, más que al-Arabí y sus aliados del Norte, tales como Abu-Tor, gobernador de Huesca, y el cristiano Galindo, conde de la Cerdaña. Sin embargo,

(1) Así es como creo que deben interpretarse estas palabras del autor del *Ajbar machmua*: "*El Eslavo* escribió a al-Arabí para pedirle que hiciera causa común con él. Al-Arabí le respondió: "Yo no dejaré de ayudaros." *El Eslavo* quedó tanto más descontento de esta respuesta, porque veía que al-Arabí no reunía tropas para venir en su auxilio", etc.

al-Arabí no había permanecido inactivo. Secundado por el defensor Hosain aben-Yahya, descendiente de Sad ben-Obada, que había aspirado al califato después de la muerte del profeta, se había apoderado de Zaragoza; pero cuando el ejército de Carlomagno llegó a las puertas de esta ciudad, no pudo vencer la repugnancia que mostraban sus correligionarios a admitir al emperador de los francos dentro de sus muros; sobre todo el defensor Hosain aben-Yahya no hubiera podido consentirlo más que renegando de recuerdos de familia, sagrados para él. Viendo que no podía persuadir a sus conciudadanos, al-Arabí, no queriendo que Carlomagno sospechase que le había engañado, se puso espontáneamente en sus manos.

Carlomagno debía, pues, poner sitio a Zaragoza cuando recibió una noticia que trastornó todos sus proyectos: Witikind había vuelto a Sajonia; a su voz, los germanos habían tomado de nuevo las armas; aprovechando la ausencia del ejército franco, y pasándolo todo a sangre y fuego, habían penetrado hasta el Rhin, apoderándose de Deutz, frente a Colonia. Forzado a abandonar apresuradamente las orillas del Ebro para volver a las del Rhin, Carlomagno se dirigió al desfiladero de Roncesvalles. Los vascos, inducidos por su inveterado odio contra los francos, y ávidos de botín, esperaban emboscados entre las rocas y los bosques que cubren la parte septentrional de este valle. Las tropas francas desfilaban en línea larga y estre-

cha, impuesta por las quebraduras del terreno. Los vascos dejaron pasar la vanguardia; pero cuando llegó la retaguardia, cargada de bagajes, se precipitaron sobre ella, y, aprovechándose de la ligereza de sus armas y de su ventajosa posición, la precipitaron en el fondo del valle, mataron en un tenaz combate hasta el último hombre, entre otros a Roldán, jefe de la frontera de Bretaña; después saquearon los bagajes, y, protegidos por la obscuridad de la noche, se dispersaron con extraordinaria celeridad (1).

Tal fué el desastroso desenlace de esta expedición de Carlomagno, comenzada bajo los más felices auspicios. Todos habían contribuído a que fracasara, excepto el emir de Córdoba, contra el cual iba dirigida; pero él se apresuró a aprovechar las ventajas que debía a los rebeldes de Zaragoza, a los vascos cristianos y a un jefe sajón, cuyo nombre probablemente desconocía, y marchó contra Zaragoza a fin de forzar esta ciudad a prestarle obediencia. Antes de llegar al término de su expedición, al-Arabí, que había acompañado a Carlomagno en su retirada después de regresar a Zaragoza, había dejado de existir porque el defensor Hosain, considerándole como traidor a su religión, le había mandado apuñalar en la mezquita. Sitiado ahora por Abderrahman, Hosain se sometió, para sublevarse al poco tiempo; pero en-

(1) Compárense para estos acontecimientos los anales francos en Pertz, *Monum. Germ.* t. I, p. 16, 81, 156-9, 296, 349, con el *Ajbar machmua,* fol. 94 v., 95 v.-96 v.

tonces sus conciudadanos, asediados de nuevo, le entregaron a Abderrahman, quien después de hacerle cortar los pies y las manos le mató a golpes. Dueño de Zaragoza, el emir atacó a los vascos, haciendo tributario al conde de la Cerdaña. Por último, Abu-'l-Asuad intentó rebelarse; pero, habiendo sido traicionado en la batalla del Guadalimar por el jefe que mandaba el ala izquierda de sus tropas, los cadáveres de cuatro mil compañeros suyos "sirvieron de pasto a los lobos y los buitres" (1).

Por lo tanto, Abderrahman había salido vencedor de todas las insurrecciones; sus éxitos producían la admiración de sus mismos enemigos. Refiérese, por ejemplo, que el califa abasida Al-Mansur preguntó un día a sus cortesanos:

—¿Quién os parece que debe ser llamado el sacre de los Coraix?

Creyendo que el califa ambicionaba este título, los cortesanos respondieron sin vacilar:

—Eres tú, comendador de los creyentes; tú, que has vencido a príncipes poderosos y puesto término a las discordias civiles.

—No, no soy yo—repuso el califa.

Los cortesanos nombraron entonces a Moauia I y a Abdalmelic.

—Ni uno ni otro—prosiguió el califa—, porque a Moauia le habían allanado el camino Omar y Otman, y Abdalmelic estaba apoyado por un par-

(1) Véase el poema de Abu-'l-Majxi sobre esta batalla, en Ben-al-Jatib, man. P., fol. 214 r. y v.

tido pujante. El sacre de los Coraix es Abderrahman, hijo de Moauia, que después de haber recorrido solo los desiertos de Asia y Africa ha tenido la audacia de aventurarse sin ejército en un país para él desconocido y situado al otro lado del mar. No contando con más apoyo que su habilidad y perseverancia, ha sabido humillar a sus orgullosos adversarios, exterminar a los rebeldes, defender sus fronteras contra los ataques de los cristianos, fundar un gran imperio y reunir bajo su cetro un país que parecía repartido ya entre diferentes jefes. He aquí lo que nadie había hecho antes que él (1).

El mismo Abderrahman expresaba estas ideas en sus poesías, con legítimo orgullo. Pero había pagado caros sus éxitos este tirano, pérfido, cruel, implacable, vengativo, y si ningún jefe árabe o bereber se atrevía a desafiarle frente a frente, todos le maldecían en secreto. Ningún hombre de bien quería entrar a su servicio. Habiendo consultado a sus visires sobre la elección de un cadí para Córdoba, sus dos hijos, Solimán e Hixem, estuvieron de acuerdo—cosa que sucedía raras veces—para recomendarle a Mosab, un devoto y virtuoso anciano. Abderrahman le llamó y le ofreció la dignidad de cadí; pero Mosab, persuadido de que con aquel príncipe, que anteponía su poder a las leyes, él no sería más que un instrumento de tiranía, rehusó, a pesar de las reiteradas

(1) *Ajbar machmua*, fol. 98 r. y v.; Ben-Adari, t. II, páginas 61-62.

instancias del emir. Irritado por esta negativa, Abderrahman, que no podía sufrir la menor contradicción, retorcía nerviosamente su bigote, lo que en él anunciaba el estallido de una próxima tempestad, y los cortesanos esperaban que dictase una sentencia de muerte. "Pero Dios—dice un cronista árabe—le hizo desistir de su culpable pensamiento." Aquel venerable anciano le imponía involuntario respeto, y dominando su cólera, se contentó con decirle: "¡Sal de aquí, y que Dios maldiga a los que te han recomendado!" (1).

Poco a poco fué perdiendo el apoyo con que hubiera podido contar en todas las ocasiones; muchos de sus clientes le abandonaron. Algunos, como Aben-Jalid, se negaron a seguirle en la senda de traiciones y crueldades que había emprendido. Otros excitaron sus sospechas, como Obaidala. Decíase que éste, deseando hacerse necesario al emir—el cual, según se cree, quería desembarazarse de él—, había favorecido la defección de su sobrino Uachi, que había abrazado el partido del pretendiente fatimita Por su parte, Abderrahman, cuando se apoderó de Uachi, le mandó decapitar, a pesar de los ruegos de Obaidala (2), que poco tiempo después fué acusado, con razón o sin ella, de haber intervenido en una conspiración urdida por dos parientes del emir; pero Abderrahman no reunió pruebas suficientes de su complicidad, y por poco escrupuloso que

---

(1) Ben-al-Cutia, fol. 18 r.; Joxani, p. 204-205.

(2) *Ajbar machmua*, fol. 95 r.; Macari, t. II, p. 30.

fuese, vacilaba en condenar a muerte por una simple sospecha al anciano a quien debía el trono. Fué, pues, clemente a su manera. "Yo impondré a Obaidala un castigo que le sea más doloroso que la muerte misma", dijo, y desde entonces lo trató con una cruel indiferencia (1).

No quedó nadie, ni aun el fiel Badr, que no cayese en desgracia. Abderrahman confiscó sus bienes, le prohibió salir de su vivienda y acabó por desterrarle a una ciudad fronteriza; pero también hay que advertir que Badr había faltado al respeto que debía a su dueño, abrumándole con quejas injustas e insolentes (2).

Enemistado con sus principales clientes, la propia familia de Abderrahman llegó a conspirar contra él. Desde que se hizo dueño de la península, llamó a su corte a los ommíadas, dispersos en Asia y Africa, a los cuales colmó de riquezas y honores. "El mayor beneficio que he recibido de Dios después del poder—solía decir—es el haber podido auxiliar y ofrecer un asilo a mis parientes y hacerles beneficios. Confieso que mi orgullo se encuentra halagado cuando admiran mi grandeza, que no debo a nadie más que a Dios" (3). Pero estos ommíadas, impulsados por la ambición o no pudiendo soportar el despotismo quisquilloso del jefe de la familia, empezaron a conspirar. La

(1) Macari, t. II, p. 30.
(2) Macari, t. II, p. 27 y sig.
(3) Macari, t. II, p. 32.

primera conjuración fué urdida por dos príncipes de la sangre y por tres nobles, que fueron traicionados, presos y decapitados (1). Algunos años después fué tramado otro complot por Mogira, sobrino de Abderrahman, y por Hodail, ansioso de vengar la muerte de su padre, Somail, estrangulado en su prisión. Fueron traicionados también y castigados de la misma manera. Después de su muerte, un cliente ommíada entró a ver a Abderrahman, y le encontró solo, taciturno y abatido, con la mirada fija en tierra y abismado en tristes reflexiones. Adivinando lo que pasaba en el alma de su dueño, herido en sus afecciones más íntimas y en su orgullo de jefe de familia, el cliente se aproximó con precauciones y sin decir palabra. "¡Qué parientes los míos!—exclamó al fin Abderrahman—. Cuando intentaba asegurarme un trono, hasta con peligro de mi vida, pensaba tanto en ellos como en mí mismo. Habiendo realizado mi intento, les rogué que vinieran aquí, y he compartido con ellos mi opulencia. ¡Y ahora quieren arrebatarme lo que Dios me ha concedido! ¡Señor Omnipotente! Tú los has castigado por su ingratitud, permitiéndome conocer sus infames conspiraciones, y, si les he quitado la vida, ha sido por preservar la mía. Sin embargo, ¡qué triste es mi suerte! Sospecho de todos los individuos de mi familia, y ellos, a su vez, temen que atente contra su vida.

(1) *Ajbar machmua*, fol. 93 v.; Macari, t. II, p. 31, 32.

¿Qué confianza, qué expansión cabe ya entre nosotros? ¿Qué relaciones pueden existir entre mi hermano y yo, siendo él el padre de ese desdichado joven? ¿Cómo podré estar tranquilo a su lado yo, que al condenar a su hijo a muerte, he roto los lazos que nos unían? ¿Cómo podrán mis ojos fijarse en los suyos?" Después, dirigiéndose a su cliente, prosiguió: "Ve inmediatamente en busca de mi hermano; excúsame con él lo mejor que puedas; dale esas cinco mil monedas de oro que ves aquí, y dile que se vaya a la región de Africa que más le agrade."

El cliente obedeció en silencio y encontró al infortunado Ualid medio muerto de espanto. Le tranquilizó, le entregó la suma que le ofrecía el emir, y le repitió sus palabras.

—¡Ay!—exclamó entonces Ualid—. ¡El crimen cometido por otro recae sobre mí! Ese hijo rebelde que ha desafiado la muerte, que merecía, me arrastra en su perdición cuando yo buscaba el reposo y me hubiera contentado con un rincón en la tienda de mi hermano. Pero obedeceré su orden; debo someterme con resignación a los designios divinos.

De regreso al lado del emir, anuncióle el cliente que Ualid se disponía a abandonar España, y le refirió la entrevista.

—Mi hermano tiene razón—exclamó el príncipe sonriendo con amargura—; pero que no espere engañarme con tales palabras y ocultarme su pensamiento íntimo. Le conozco, y sé que, si pudiera

saciar con mi sangre su sed de venganza, no vacilaría un momento (1).

Execrado por los jefes árabes y berberiscos, enemistado con sus clientes, traicionado por sus deudos, Abderrahman se encontró más aislado cada día. Durante los primeros años de su reinado, cuando aun gozaba de cierta popularidad, al menos en Córdoba, gustaba de recorrer casi solo las calles, mezclándose con la turba; ahora, desconfiado y sombrío, era casi inaccesible; apenas salía de su alcázar, y cuando lo hacía iba rodeado de una guardia numerosa (2). Desde la gran insurrección de los yemenitas y bereberes del Oeste, aumentó las tropas mercenarias, como único medio de mantener en la obediencia a sus súbditos. Compró y alistó esclavos, hizo venir de Africa una turba de berberiscos, elevando así su ejército permanente a cuarenta mil hombres (3), ciegamente adictos a su persona, pero indiferentes en absoluto a los intereses del país.

Reducir los árabes y los bereberes a la obediencia y obligarlos a contraer hábitos ordenados y pacíficos era la obsesión constante de Abderrahman. Para realizar este pensamiento empleó todos los medios a que recurrieron después los reyes del siglo xv para triunfar del feudalismo, pero era un triste estado aquel a que España se veía condenada por la fatalidad de los aconteci-

(1) Macari, t. II, p. 32, 33.
(2) Macari, t. II, p. 25.
(3) Macari, *ibid.*

mientos, y un triste papel el que tendrían que desempeñar los sucesores de Abderrahman, porque la ruta trazada por el fundador de la dinastía era el despotismo del sable. Cierto que no podía gobernarse a los árabes y a los bereberes de otra manera, porque si la violencia y la tiranía estaban de una parte, la anarquía y el desorden minaban la otra. Las diferentes tribus hubieran podido formar otras tantas repúblicas, unidas, si esto era posible, contra el enemigo común, o sea contra los cristianos del Norte, por un vínculo federativo; ésta hubiera sido una forma de gobierno en armonía con sus instintos y sus recuerdos; pero los árabes y los berberiscos eran inadaptables a la monarquía.

FIN DEL TOMO PRIMERO

NOTAS

Nota A, pág. 101.

Algunos de esos cronistas teólogos que han pretendido amoldar la historia musulmana a sus estrechos y falsos prejuicios, suponen que dos generales—ambos de la familia *omeya*—, Obaidala, hijo de Ziyad, y Amr, hijo de Said, apodado Axdac, se negaron a capitanear el ejército destinado a someter las dos ciudades santas. Esto a mí me parece una fábula, lo mismo que las cien monedas de oro entregadas a cada soldado, porque el más antiguo de los cronistas de esta clase, Fakihi, no dice nada en tal sentido, y no hubiese dejado de indicarlo si hubiera llegado a noticia suya; aun, suponiendo que no se trate de una fábula, la negativa de ambos generales no obedecía a escrúpulos religiosos, como los devotos cronistas querían hacer creer, sino a su odio contra el califa. Obaidala, como ha observado acertadamente M. Weil—t. I., p. 330, en la nota—, estaba descontento porque no eran bien recompensados sus servicios y porque Yezid no le había cumplido la promesa de conferirle el gobierno del Jorasán y del Irak-Arabí. Axdac tenía igualmente

quejas contra Yezid, que le había quitado el gobierno del Hichaz. Por eso responde en la obra de Aben-Jaldun: "Yo he sabido sojuzgar este país; mis sucesores no lo han logrado; ahora la sangre va a correr", lo cual equivale a decir: "Puesto que se ha preferido seguir una política opuesta a la mía, no quiero mezclarme en nada."

Nota B, pág. 133.

Según Aben-Badrun—p. 185— y otros autores, Meruan no había ganado la batalla de Rahit más que por una perfidia. Siguiendo el consejo de Obaidala-aben-Ziyad, había atacado a los caisitas de improviso, durante una tregua que le había concedido Dahac. Este relato me parece inventado en época bastante posterior, por los caisitas o por los enemigos de los ommíadas, porque los mejores escritores, como Ben-al-Atir, Masudi, el autor del *Raihán*, etc., y los poetas caisitas de aquella época—que si el hecho hubiera sido verdad no hubiesen dejado de reprochar a sus enemigos su desleal conducta—no dicen absolutamente nada ni de armisticio ni de perfidia.

Nota C, pág. 210.

Isidoro no da a esta víctima del odio de Haitan otro nombre que el de *Zat*—es decir, *Sad*—. Opino que este Sad era kelbita, hijo del poeta Chauas, porque el kelbita Abu-'l-Jatar, que más

tarde llegó a ser gobernador de España, se gloría, en un poema del cual he traducido un fragmento, de haber vengado la muerte de Aben-Chauas, y yo ignoro a qué personaje hubiera podido designar con este nombre, a no ser al Sad que cita Isidoro. Lo que además me induce a creer que el Chauas del poema de Abu-'l-Jatar era realmente el hijo—o tal vez el nieto—del poeta es la circunstancia de que este nombre de Chauas es tan poco frecuente, que Tibrizi, al enumerar en su *Comentario sobre el Hamasa*—p. 638—todos los que llevaron dicho nombre, no cita más que cuatro, entre los cuales no hay más que un solo kelbita, Chauas el poeta.

FIN DE LAS NOTAS DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE